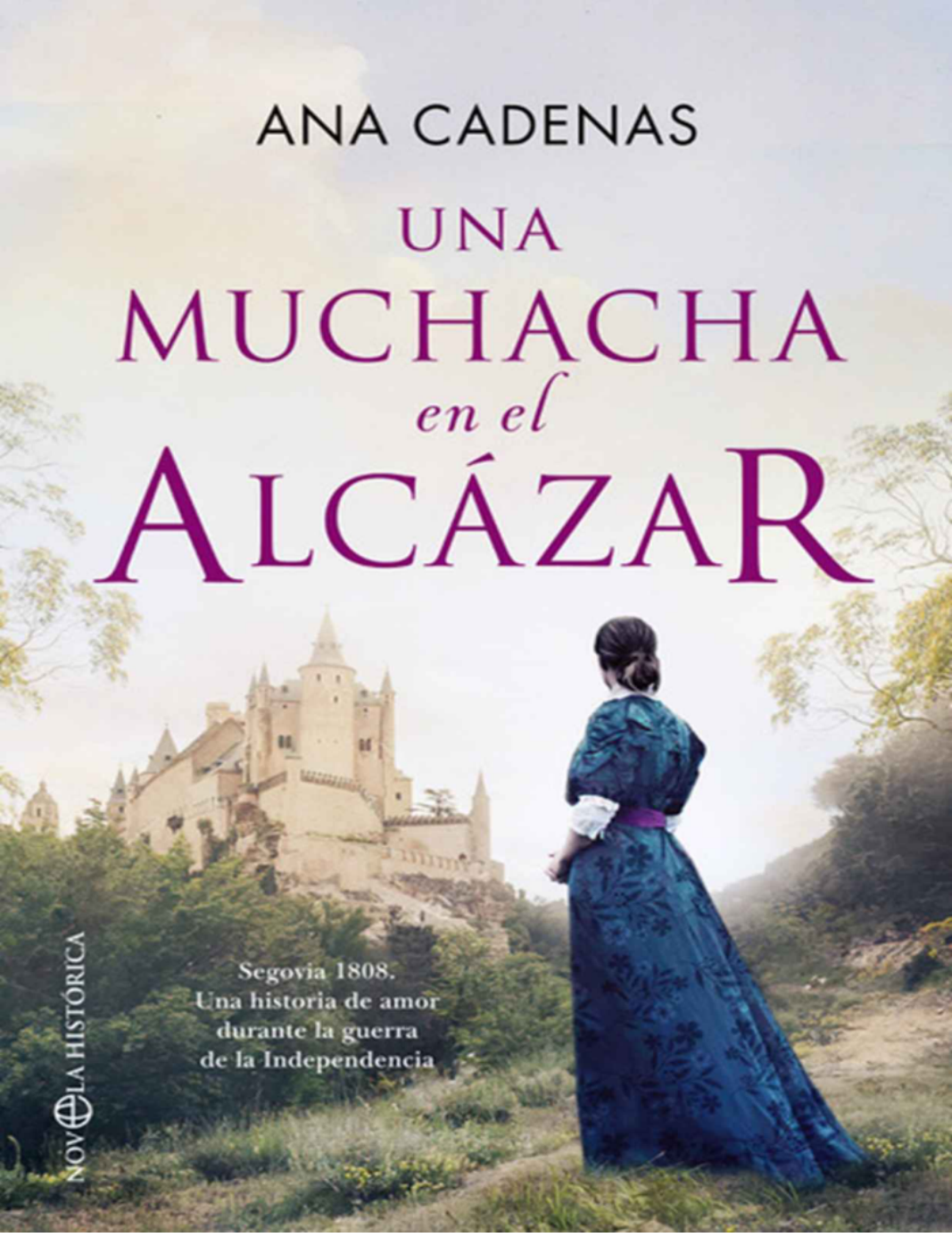
ANA CADENAS

# UNA MUCHACHA *en el* ALCÁZAR



Segovia 1808.
Una historia de amor
durante la guerra
de la Independencia

NOVELA HISTÓRICA

# Índice

Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Colofón
Agradecimientos
Créditos

*A Carlos, Anabel, Cora y Martina.*
*Y a mis tías, que me enseñaron a leer.*

*Y es nada más que mi alma,*
*la que se convierte y vuela*
*desde las buhardillas del Alcázar.*

# 1

## *Junio de 1822*

*Tras la guerra contra los franceses, Fernando VII recuperó la Corona, disolvió de forma inmediata las Cortes y abolió la Constitución aprobada en Cádiz. De 1814 a 1820 el rey absolutista se centró en la represión de los enemigos, dando lugar a una persecución contra los liberales que, en respuesta, promovieron diversos intentos de golpes militares, todos fallidos y duramente castigados, hasta que el pronunciamiento liberal del teniente coronel Riego terminó por triunfar, y obligó a Fernando VII a jurar la Constitución de 1812. En 1820 se inició el régimen monárquico parlamentario previsto en la Constitución, pero dos años después las divisiones internas de los liberales y las conspiraciones del monarca hacen tambalear el sistema.*

En la alacena aún queda un trozo del pastel que Marita horneó la noche anterior para celebrar el cumpleaños de Pedro. El joven salió temprano esa mañana y de vuelta a casa, desde la puerta, clava los ojos en los restos del dulce que, entre tarros de miel y confitura, parece burlarse de él. Pedro da un paso más y su nariz se llena de olor a azúcar tostado, extiende los dedos hasta rozar el relleno de crema y, tomando todo el aire que pueden contener sus pulmones, golpea con la mano abierta los potes de barro cuyo delicioso contenido se esparce por el suelo.

Marita siente el alboroto y llega enseguida.

—Supongo que no hubo buenas noticias —le dice sorteando los charcos de mermelada.

El muchacho se gira mientras terminan de hacerse añicos los frascos del último estante.

—El reglamento exige, por tradición, que los aspirantes a oficiales del Arma sean hijos de artilleros o de probada hidalguía —contesta cuando el estrépito enmudece—. Las Cortes suprimieron el privilegio, pero el Colegio solo admite a españoles de familias honradas. ¡Mírelo! —ordena tendiéndole a la mujer unos papeles arrugados.

—¡Veamos! —ella comienza a leer en voz alta—: «Instrucción de lo que deben practicar los pretendientes a plaza en el Real Colegio Militar de Caballeros Cadetes del Real Cuerpo de Artillería para lograr su admisión en él». —Lo siguiente lo lee deprisa y murmurando hasta que cambia de hoja y señala un párrafo—. ¡Aquí está escrito! ¡Es cierto! Las malditas normas requieren que los caballeros cadetes demuestren parentesco con nobleza titulada, sean hijos de oficial del Arma o justifiquen limpieza de sangre.

Marita sigue leyendo en voz baja hasta que interrumpe bruscamente la lectura.

—De todos modos, vida mía, no poder acreditar el

correspondiente certificado de nobleza u honradez no es el único contratiempo. ¡Mira qué asombrosa cantidad de ropa blanca, vestidos y utensilios han de comprar los nuevos alumnos! Si a fecha de hoy martes no podemos pagar ni una cuchara de palo, más difícil me parece poder presentar un juego de cubiertos de plata con tus iniciales grabadas.

Pedro asiente, aprieta la mandíbula para no llorar y habla casi sin aire en la garganta.

—Eso no importa, Marita, solo son cosas que trabajando duro podría conseguir, pero en esta hora, daría lo que fuera, lo que su Señor Dios me pidiera, por tener unos padres que respondieran por mí.

Marita se tapa la boca, clava los pies en la pegajosa madera y se siente aplastada por el peso de los meses de preocupación que precedieron al decimocuarto cumpleaños de Pedro. Quizá todos esos años cuidando del chico han sido en realidad un largo desvelo y de repente está segura de que ha llegado el día. «Reventaré si no lo cuento todo», piensa.

—Pedrito, ven conmigo fuera, quiero contarte algo y si te hablo aquí dentro, es seguro que el resto de mi ajuar se hará trizas bajo ese endiablado genio tuyo.

El joven la sigue al exterior, el sol cae sobre los encinares y dibuja sombras en los claros del monte cuando ambos se sientan en el banco de piedra de la entrada. Marita resopla, atrapa un mechón canoso y lo lleva detrás de la oreja, como hace siempre cuando duda. Después resopla de nuevo.

—Es sobre tu padre, Pedrito —comienza a hablar la mujer—. No estoy segura del todo, pero creo que fue cadete en el Alcázar.

El muchacho abre los ojos hasta que le duelen los párpados, sale corriendo y ella le sigue, mas no lo alcanza. Él es más rápido y a su espalda deja suspendidos en el aire los brazos de la mujer. Ella se detiene jadeante y decide volver a la casa. El chaval no va muy lejos. Pasada la cerca de pequeños troncos desiguales, patea rabiosamente una tomatera que crece al borde del camino. Sus pies descalzos se tiñen de rojo y, cuando las fuerzas le empiezan a abandonar, se deja caer sobre la destrozada planta. Marita se acerca; trae un balde que interpone entre los dos e introduce en agua fresca los pies sucios del chico. El pecho de Pedro aún vibra de indignación y el cansancio enronquece su voz.

—¿Usted sabía que yo tenía un padre? —pregunta.

Marita lanza una escueto «¡ajá!» y el joven gime sacando los pies del barreño.

—¿Usted qué sabe de mi padre? ¿Por qué nunca me ha dicho que tengo un padre?

La mujer se encoge de hombros.

—Tuviste una madre y un padre —responde—. Dos ángeles que te cuidan. Eso lo sabías y, a mi entender, es todo lo que un niño debe saber.

Pedro se endereza y ambos se ponen de pie.

—Ya no soy un niño, ayer cumplí catorce años y, además, soy más alto que usted. Esta mañana me lo dijo cuando marché a Segovia. ¡Ahora soy un caballero!

Marita levanta la cara y le mira con atención. El bebé, el niño e incluso el joven al que ha cuidado desde sus primeras horas de vida se desfigura bajo los rizos castaños recién cortados y se pierde para siempre al llegar a la boca, a esos labios, ahora resecos, rodeados de vello oscuro bajo la nariz pecosa. Los ojos marrones, que a veces parecían verdosos, nunca se habían ensombrecido tanto y Marita percibe que tiene delante a un hombre. «¡A un hombre de gran carácter y estatura!», aclara para sí misma. Los hombros cuadrados del muchacho tapan el sol y, al trasluz, la mujer se maravilla por el formidable cambio que en pocos meses ha experimentado el cuerpo de su niñito.

—Tienes razón, has crecido, tienes hechuras de varón y ya no se te puede tratar como a un niño. —Marita hace una pausa y señala primero la casa y después el suelo—. No eres un mocito, pero el diablo que ha echado a perder la despensa y que le ha hecho esto a la tomatera tampoco es un señor.

Pedro abre la boca y la cierra sin saber qué decir. Marita vacía el cubo y se aleja hacia la casita de piedra que es su hogar. Él la sigue, agarra el lazo de su mandil y le impide a avanzar.

—Perdóneme, Marita, es mi cabeza, ya sabe, se nublan las cosas aquí dentro… —dice señalándose la sien—. Y no puedo detener mis manos —añade mostrando las palmas abiertas.

La mujer sube la barbilla otra vez y se encara con el joven.

—Tampoco puede detener sus pinreles su señoría y creo que el destrozo que has causado merece una buena zurra, por muy hombre que seas ya —dice ella pareciendo más enfadada de lo que realmente está.

Pedro se encorva, toma las manos de Marita y envuelve la cara en ellas, un gesto que repite desde que era niño, cada vez que se disculpa con ella.

—¡Perdóneme! No volveré a romper nada, Marita, pero dígame por favor, ¿quién fue él? ¿Quién fue mi padre?

La mujer toma asiento de nuevo en el banco de piedra y apoya la espalda en la pared. Sus manos tiemblan y retuercen el delantal, toma aire para hablar y se arquea hacia adelante hasta que su cara roza la falda, como si fueran los guijarros ardiendo al sol los que hubieran de escuchar su confidencia.

—En realidad no sé mucho, y puede que incluso esté equivocada, pero en vista de que han pasado los años y él tampoco vino a buscarte, quizá ya sea hora de que te entregue la caja —dice sin despegar los ojos de la grava.

El muchacho guarda un desacostumbrado silencio y Marita supone que espera que ella siga hablando. Sin embargo, la mujer se levanta y se dirige a la vivienda. Siente un terrible escozor en la garganta al cruzar el umbral. En su dormitorio, oculta entre lo más querido de sus pertenencias, está la cajita de marfil que custodia desde aquella noche. Antes de volver junto a Pedro, abraza el joyero y lo mece al compás de sus furiosos latidos. Su corazón desbocado es otra señal de que ha llegado el momento, debe hacerlo por él.

Marita haría cualquier cosa por su querido niño Pedrito, lo que fuera, incluso desprenderse del único objeto que tienen en común. El estuche que va a entregar al chico contenía originariamente su anillo de casada, perdido en la guerra. Una joya que les salvó del hambre cuando el pequeño aún era una criatura de pecho. La medalla, sin embargo, seguía en su sitio. Ni en los peores días de hambruna dejó de guardarla con celo. Esa pieza de oro, el traje de cristianar y el arrullo que lo envolvía fueron las únicas pertenencias del bebé cuando quedó a cargo de Marita en el desolado convento de San Agustín, la madrugada del 6 de junio de 1808, casi tres lustros atrás. Sonríe al recordarlo ahora, pero en aquel entonces ella ya se sentía muy vieja y cansada.

La mujer sale llevando entre sus manos enlazadas el diminuto cofre. En el exterior la noche ha oscurecido los encinares y apenas se distinguen las astillas que el chaval le arranca a una vara de fresno. Marita le entrega la cajita.

—La noche aquella, como esta de hoy, era cálida —comienza a narrar—. Yo había tocado el aldabón del convento al atardecer pero nadie acudió, esperé unos minutos y al final empujé la cancela que se abrió sin resistencia. Crucé el patio y allí no había un alma, busqué en las cocinas, en las celdas; miré en la capilla, en el sótano y hasta en las letrinas, pero no encontré a nadie y finalmente pensé que, a juzgar por las sobras de comida reciente, la comunidad había abandonado el convento pocas horas antes de mi llegada. ¡Claro que nadie me esperaba en aquel lugar! A nadie pude anunciar mi visita, puesto que

fue mi montura asustada la que enfiló el camino a Segovia cuando huía despavorida. Al dejar atrás a nuestros perseguidores y entrar en la ciudad que parecía tranquila, se me ocurrió refugiarme con mi tartana y mi mula en esa casa de Dios a la que solía suministrar hilos y tejidos porque me pareció un lugar seguro para una pobre viuda como yo, que acababa de ser expulsada de su hogar en San Ildefonso por una muchedumbre que insultaba mis orígenes franceses y me quería rajar el cuello.

»La quietud del claustro terminó de apaciguar mis nervios y dejé para la mañana siguiente una postrera decisión. Me alimenté con sopas frías, pan duro y algo de fruta que encontré en la hornacina. Estaba a punto de dormirme cuando un tufo a chimenea atascada penetró en mi nariz y me sacó del sopor. El suelo de la celda estaba frío, pero no perdí tiempo en calzarme para subir a la torre y ver qué sucedía más allá de los muros del convento. Presentía algo aterrador. Antes de que mis ojos se asomaran a las tierras en llamas, mi corazón intuyó la tragedia. En medio de un profundo silencio, las hogueras se alzaban terroríficas como un enmudecido grito ciudadano ante el ejército invasor. ¡Los franceses tomaban Segovia!, pensé, y corrí escaleras abajo, sorteando los escalones de dos en dos. Seguía descalza y tropecé varias veces, lastimándome pies y rodillas.

»Entonces, no sé por qué, me dirigí al pequeño campanario de la ermita y tiré de la cuerda con fiereza. Un segundo antes de que las campanas iniciaran su ruidosa danza, oí caer la aldaba del portón de entrada. Volví a tirar de la cuerda sobresaltada y el silencio de la noche quedó otra vez partido en dos con el tañido, pero antes de que pudiera dar una tercera campanada, escuché nuevos golpes en la puerta seguidos de una voz infantil que, desde el otro lado, suplicaba que abrieran. Era una vocecilla dulce, melodiosa, parecía la de una niña o tal vez la de una mujer muy joven. Sin pensarlo, me acerqué a la entrada, descorrí el pesado cerrojo, abrí y me encontré cara a cara con ella. Era un ángel y se sujetaba el orondo vientre con las dos manos. La chiquilla no podía sostenerse en pie y la ayudé a entrar. A cada paso, la arremetían nuevos dolores y fue un milagro que nacieras en un colchón en vez de en el suelo.

»Fuera del convento, las hogueras seguían alimentadas por los vecinos de Segovia, que iluminaban así su miedo, mientras esperaban la invasión de las tropas enemigas. Se empezaron a oír gritos horribles. “¡Fuera el invasor! ¡Mueran los cobardes de la patria! ¡Ardan los traidores!”.

»A veces, cuando quiero encauzar mi alma por el buen camino, recuerdo aquel momento, pues ese griterío cruel y violentado de la

gente de paz me hizo saber cómo habla el diablo.

»Tras el parto, tu madre se quedó dormida, mas despertó enseguida de un sueño corto y profundo, y te miró un largo rato, apretándote entre sus brazos. Te llamó Pedro, y te besó dulcemente, quería amantarte, y saciar tu sed y tu hambre, pues había decidido que, por un corto rato, debía salir y dejarte a mi cuidado. Me contó que ella era la luz de los ojos de una sor llamada Teresa y que rogaba poder volver a ver a la monja algún día. Entonces le expliqué que no había nadie más en el convento y que la gente huía, pues venían los franceses. "¡Ayúdame, guarda a mi hijo hasta que yo vuelva!", me pidió.

»Parecía febril, le rogué que no se fuera y le insistí en que debía descansar y recuperarse, pues es sabido que una mujer que acaba de dar a luz no ha de moverse, pero no me escuchó. Te puso estas ropas que ella misma había bordado, colocó esta medallita alrededor de tu cuello y dijo que volvería enseguida. La única pregunta que me dio tiempo a hacerle fue sobre tu padre, su esposo, y ella respondió: "Un valiente caballero cadete. Sangre en las venas que no ha de correr". Aún era de noche, como ahora. El cielo estaba cargado, hacía días que esperábamos la lluvia, pero ahí arriba solo se amontonaban las nubes sin llegar a tocarse. La luna débil alumbraba su camino cuando tu madre cogió mi tartana y salió del convento.

Esa historia de cómo Pedrito llegó a sus brazos había sido narrada por Marita en incontables ocasiones en las veladas de invierno. Era el cuento favorito del niño y en cada versión de lo que sucedió después, el relato se enriquecía con más detalles y nuevos hechos. A lo largo de los años, Marita había tejido una red de fantasía tan tupida que ahora, que se disponía a contar lo nunca dicho, tuvo que acudir a lo más recóndito de su memoria para rescatar solo la verdad.

—Ella no volvió o tal vez lo hizo después, demasiado tarde —continuó Marita—. No sé cuánto tiempo pasó, pero mientras me preguntaba qué hacer contigo, el día terminó de despertarse y el convento fue alcanzado por las cuadrillas de segovianos que se disponían a defender la ciudad. Entraron por la puerta de atrás, con las teas iluminando los rosas del alba, y el cielo dejó de tener ese precioso tono que precede al amanecer para envolverse en cenizas. Temí que fueran a quemarlo todo y me escondí contigo en la caseta del mastín cuando el can huyó espantado. Apenas cabíamos ahí dentro tú y yo, sobre orines y restos de huesos dentellados, así que, cuando varios transeúntes pasaron de largo sin percibir tus gorjeos ni mis ansias por callarte, le pedí a mis piernas un último esfuerzo. Corrí

hacia el camino de entrada sin mirar atrás, pues si Dios me había encomendado salvarte, debía evitar que me reconocieran como francesa esas almas que intentaban poner a salvo del saqueo los bienes de San Agustín, mientras juraban pasar por hachas y cuchillos a los hijos de Napoleón.

»Las casas vecinas estaban cerradas, tablones cruzados cegaban ventanas y puertas. Nadie respondió a mis suplicas en las primeras viviendas, hasta que por fin, con los nudillos ensangrentados, pude empujar una portezuela que alguien me abrió, salvando nuestras vidas. El sonido lastimero de los lejanos disparos dejó de escucharse cuando atravesé el portal y seguí a un hombre que me condujo a la bodega. En la oscuridad, pude vislumbrar varias caras, dos adultos, hombre y mujer, y dos niños, ¡bendito sea el señor!, uno muy pequeño, aunque no tanto como tú, que solo sumabas unas horas de vida. La señora de la casa te amamantó, ¡gracias a Dios!, y dos días después, cuando las tropas francesas se habían establecido en la ciudad y no parecían un peligro para la población, las gentes de bien pudimos asomarnos al exterior. Yo al fin regresé al convento, pero allí solo había soldados franceses y ningún rastro de tu madre.

Las manos del chico hacen girar la medalla mientras Marita sigue hablando. La pequeña joya es una rareza rectangular de oro con la silueta de la Virgen niña labrada de perfil.

—¿Por qué no fue al alguacil después o a la autoridad que buscaba a los desaparecidos cuando acabó la guerra?

—¡Te hubieran llevado a la inclusa! Hubiera sido terrible, no podía consentir que te arrancaran de mí y te metieran en un hospicio, Pedrito. Pero nunca dejé de buscar a tu madre —continuó Marita—. He visitado el convento tantas veces como lunares tengo en la espalda, pero ni ella ni aquella monja que…

—¡Cállate! —grita el chico interrumpiendo a la mujer—. ¡No quiero escuchar más! ¡Cállate! ¡Cállate!

Alentado por la fe de Marita, Pedro no ha dejado de esperar a su madre ni un solo día. Pero esa noche, al girar el metal a la luz de la luna, un escalofrío recorre su espalda, haciéndole comprender algo nuevo. Un sentimiento que quema, que devora esperanzas, le sube por el pecho mientras la realidad se impone a la ilusión. En los relatos de Marita, su madre siempre regresa a buscarlo y como un ave grácil revolotea en torno a él, velando por su crianza. Pero una dolorosa certeza se acaba de posar ante sus ojos nublándole la vista. Algo malo pudo suceder, algo espantoso que la impidiese regresar. Ella no volvió aquel día y tal vez nunca lo haga, y esta verdad descompone así mismo la figura del padre que viene a su encuentro, la del hombre que

lo busca para otorgarle una identidad de largo apellido. En la mente del muchacho, la imagen paterna se deshace como un estandarte olvidado al sol durante siglos. Su recuerdo se convierte en hilos sueltos y se desvanece, pues aunque pueda ahora imaginarlo más real, uniformado de cadete, su rostro se ha vuelto de pronto inalcanzable.

En la cabeza de Pedro, todo se oscurece. Se cruza ante Marita y levanta la mano para pegarla. La mujer se sorprende, pero no se aparta. En el último momento, cuando ella levanta los brazos para protegerse, el puño se detiene.

La cólera le hace llorar enrabietado, ella aprieta los labios y da un paso atrás. Acompaña en silencio los sollozos del chico hasta que son vencidos por el sueño. Después, cuando el joven se queda dormido sobre el banco de piedra, ella se acerca y lo abriga con su chal, pues la noche se ha vuelto fría y oscura.

Cuando amanece, Marita le tiende una jarra de agua fresca y le empuja hacia dentro con suavidad. La casa está cubierta por un tejado rojo y la parte más nueva de la fachada, la que no es de piedra, acaba de ser encalada. Dentro se aprecia el cuarto que se añadió para acomodar a Pedro y la sala de estar, que antes fue pieza única, los recibe con la calidez y familiaridad de siempre. Las tostas de pan chisporrotean en el fuego y, tras la noche al fresco, los cuerpos no tardan en entran en calor. Ambos ocupan su sitio en la mesa pero ninguno empieza a comer. Por la ventana, húmeda de rocío, se pueden ver las primeras luces rosadas que trae la mañana. El silencio espesa el ambiente hasta que Pedro deja de mirar con fijeza los campos, que poco a poco comienzan a dorarse bajo el sol de junio, y se encara con su cuidadora.

—¿De verdad, Marita, la mujer de la que nací, de verdad le dijo que mi padre era un cadete? —pregunta—. ¡Dígame la verdad, se lo suplico!

Marita sonríe. De la nebulosa de aquella noche, hay una imagen que no olvidará, la de la joven muchacha, mentando a un valiente caballero cadete y añadiendo: «Sangre en las venas que no ha de correr».

—Sí, mi niño, eso me dijo.

—Y no va a volver, ¿verdad, Marita? Mi madre no va a volver jamás.

La mujer suspira.

—No lo sé, Pedrito. Hasta ahora hemos vivido con esa pregunta sobre nuestras cabezas sin agacharlas un instante, y así deberíamos seguir.

El joven abre la boca, busca las palabras, pero esta vez no hay ni

una gota de aire en su garganta.

—Se lo que vas a decir —habla ella por él—. Quieres pedir perdón porque casi me pegaste anoche, pero ya sabes que estás perdonado. Aunque esta vez fuiste demasiado lejos, Pedrito, y por eso te hago esta última advertencia: si no dominas tu genio, me iré. Esta casa es mía, pero me iré y entonces sí que estarás solo, entonces sí que conocerás la soledad de no deberle a nadie un buenos días.

El muchacho se abalanza sobre ella y la abraza, arrodillándose y poniendo la cabeza en su regazo.

—¡No me deje nunca, Marita! —ruega Pedro y empuja la frente contra el vientre de la mujer—. ¡Usted es mi familia y si no cuida de mí, me llevarán los demonios de aquí dentro!

Marita acaricia el cabello encrespado del chico y sonríe al pasar por sus dedos los mechones trasquilados. No le dejará nunca, no podría hacerlo. En esa cabeza hay demonios, sí, pero esa cabeza está sobre los hombros de un ser al que adora como al hijo propio que la vida le negó.

—Ayer, a esta hora, hendía la navaja en tus cabellos y tú no notabas mi mano temblorosa. Creí que el asunto sería más sencillo, que tu nobleza de alma y el espíritu guerrero que siempre te acompaña serían suficiente muestra de virtud para abrirte las puertas del Alcázar. Creí, ¡pobre boba de mí!, que pasaría las mañanas en soledad, esperando la llegada del domingo para verte subir, todo galante, la cuesta de casa con tu uniforme de artillero. Y ahora, querido niño, nos rodea la desdicha ¡Se ha rendido tu alma!

—¡No, Marita, se equivoca usted! —exclama Pedro—. ¡No se ha rendido mi alma! ¿Recuerda un día, del año doce, cuando fuimos a Segovia para vender la lana que le dio el pastor después de curarle? Mientras la esperaba en el mercado, vi las torres alzarse sobre los tejados. ¡Eran más altas que el chapitel de la iglesia! Y quise ir, pero usted no me dejó —termina de explicar con un mohín.

—Tenías cuatro años, Pedrito, aún estaban aquí los franceses y el Alcázar no era un sitio adecuado para ti en aquel entonces. ¡Pero hemos acudido sin faltar a todos los desfiles por Santa Bárbara! —resopla la mujer impacientándose.

—¡Sí! —El chico se aclara la voz antes de continuar—. Me llevaba usted a ver desfilar a los cadetes a la calle Real, pero me mantuvo lejos del Alcázar. También me prohibió acercarme allí cuando vino el rey. ¡Y en el catorce, cuando el Colegio regresó! Y en toda ocasión en que se lo he pedido. ¡Pero algo tira de mí desde aquel lugar! Y ayer, cuando por fin crucé el puente, sentí escozor en los ojos y mucha alegría, Marita. ¡Sé que en el Alcázar aguarda mi destino y

lucharé para lograr plaza de artillero antes de cumplir los diecisiete años! —Al joven le cuesta seguir hablando y vuelve a hundir la nariz en el corpiño de la mujer—. Anoche, cuando usted creyó que yo dormía, mis pensamientos volvieron allí. ¡Quizá sea verdad que soy hijo de un cadete! Tal vez mi madre fuera una mala mujer y por eso me abandonó, o a lo mejor murió. ¿Qué le pudo pasar a mi madre? —pregunta sin apenas poder respirar, mientras advierte que el corazón de Marita desboca sus latidos y nota cómo esta coge aire para responderle.

—No era una mala mujer y no pudo morir, Pedrito querido.

—¿Por qué lo sabe? —insiste Pedro.

—Un ángel como ese no puede morir —asegura convencida.

—Entonces, Marita, necesito que me ayude.

—¿Ayudarte a qué, chiquillo? —pregunta sorprendida.

—A encontrarla. Si mi madre vive, la encontraré, y si murió, también la encontraré. ¡Los encontraré a los dos, a padre y a madre! Y algún día, Marita, cruzaré otra vez el puente levadizo del Alcázar y demostraré a todos que mi alma no se rinde.

# 2

## *Verano de 1801*

*Como resultado de los diversos acuerdos militares y territoriales suscritos por Napoleón y Carlos IV, los gobiernos de Francia y España firmaron el tratado de Madrid para invadir Portugal si este país se negaba a romper su vieja alianza con Gran Bretaña. Esta ofensiva se denominó la guerra de las Naranjas y fue una campaña corta. El 6 de junio, Portugal solicitó la paz y se comprometió a cerrar sus puertos a la navegación británica. Al gobierno español le satisfizo el pacto, pero a Napoleón no le agradó y amenazó a España con una ruptura de relaciones, mientras que Godoy, hombre de confianza del monarca español, aseguró que una nueva llegada de tropas francesas a la península sería considerada una declaración de guerra.*

Catalina se asomó a la habitación en penumbra y bajo el dosel del enorme lecho atisbó el cuerpo durmiente de su madre. La pequeña estaba indecisa, pero empujó la puerta y el leve chirriar de esta despertó a doña Rosario.

—¿Qué haces ahí parada, Catalina? —preguntó adormilada mientras se intentaba acomodar entre las almohadas.

—Padre me mandó a darle los buenos días, madre —contestó la niña.

—¡Oh, pues entonces, hazlo! —dijo con un quejido—. ¡Acércate, ángel mío, besa mi frente y sal de aquí! Necesito descansar. ¡Hoy no me siento muy bien! —susurró mientras movía lentamente una mano con la palma hacia abajo, alejando a la pequeña.

La chiquilla obedeció y salió del cuarto con alivio. No le gustaba cómo olía esa alcoba en la que su madre pasaba los días echada en la cama, leyendo o recibiendo a cuantos médicos y boticarios visitaban la casa. A menudo, por las tardes, también entraba allí el confesor y juntos leían en voz alta los libros sagrados, y encendían cirios y velas que condensaban el ambiente cargado desde la mañana por aromas de tisanas y emplastos.

Catalina respiró hondo para despejase la nariz y se dirigió al comedor, donde desayunaba su padre en compañía de unos señores que ella no conocía. Las cortinas anaranjadas parecían danzar en torno a los tres ventanales que aireaban la estancia, mientras la luz de la mañana se repartía en tiras luminosas al traspasar los recipientes de cristal tallado.

Los criados servían licores y dulces cuando la niña se acercó a don Alfonso y le hizo una pequeña reverencia. El hombre sonrió y presentó a su hija.

—¡Caballeros, esta es mi bendición, Catalina! —exclamó orgulloso—. Nueve años llenos de dicha desde que nació. Mi hija

querida, mi única hija —reiteró con orgullo.

Los hombres se levantaron al unísono para reverenciar a la damita. Eran tres y vestían casacas de seda oscura, calzón y chaleco de cuello alto. Ella les sonrió con timidez mientras tomaba asiento y esperaba a que le sirvieran la acostumbrada taza de chocolate caliente.

El padre de Catalina, don Alfonso Núñez, provenía de una destacada familia perteneciente al Honrado Concejo de la Mesta, la poderosa asociación que desde el siglo XIII, había ido agrupando a todos los pastores y ganaderos de las tierras de León y de Castilla. Los señores, según le pareció entender a Catalina, eran también miembros de la Mesta, pero solo se dirigieron a ella para interesarse por sus estudios de álgebra y aritmética, obviando que, al ser verano, su profesor había sido dispensado de las clases, y le habían sustituido la criadas, que se empeñaban en enseñarle tediosas labores de costura.

Cuando poco después Catalina terminó su desayuno, se despidió educadamente de los invitados y abandonó la sala por la puerta que daba al jardín. No llegó siquiera a pisar la hierba, pues se escondió tras el arbusto de hortensias y apoyó la espalda en la pared para no ser vista y poder escuchar mejor a su padre. Él dirigía la conversación e intentaba complacer a sus invitados que lo acosaban con preguntas.

—Entonces, Alfonso, una vez acabada la guerra con Portugal, ¿cuándo podremos reanudar la empresa? Tenemos setecientas cabezas lanares esperando en Gredos —dijo el menor de los tres caballeros.

El hombre más cercano al joven tocó su brazo para hacerlo callar.

—Ten calma, deja que Alfonso nos cuente en primer lugar la chanza de las naranjas de la Reina. —Y después, dirigiéndose a la cabecera de la mesa, inquirió—: Creo que has estado en Madrid y que se hacen burlas sobre el asunto. ¡Lo celebro!

Los caballeros levantaron sus copas de anís y rieron a la vez. Tras el brindis, don Alfonso encendió un puro e invitó a los comensales a fumar.

—Puro habano recién llagado de Cuba. —Se deleitó entre bocanadas de humo blanco el anfitrión—. Había otros menesteres que me reclamaban en Madrid, pero este cargamento de cigarros, señores, se convirtió en mi razón de ser y disfruté de los días pasados en la Villa. ¿Recuerdan mi última apuesta sobre los embarazos de la reina? Dos docenas se saben y catorce hijos nacidos. Dije que no habría más y seis años sin nacimiento alguno me hacían merecedor de ganar la susodicha apuesta. ¡Y he aquí mi botín, amigos! —dijo mientras abría la boca y con los labios, daba extrañas formas a la humareda saliente.

Todos rieron de nuevo y don Alfonso les hizo callar amistosamente bajando y subiendo ambos brazos antes de continuar.

—¡Señores, señores! Si esto provoca su carcajada, ¿qué habrá de ocurrir cuando les cuente las picardías que se refieren a Godoy y a su majestad? —preguntó y redujo el volumen de su voz, lo que obligó a los demás a incorporarse sobre el delicado mantel de algodón blanco —. Dicen en la Corte que nuestro osado gobernador, tras alzarse con la victoria en el sitio portugués de Elvas, hizo enviar a su amada María Luisa unas cuantas ramas de naranjas, pues si los enamorados regalan flores, un valiente español, conquistador de Portugal, ha de mostrarse más galante que el amigo francés. Sucede, sin embargo, que por ser el marido de la dama su señor rey, el pueblo se pregunta si los troncos de naranjo son halago para la reina o adornos para la cabeza de Carlos IV…

Las estridentes carcajadas que siguieron a la explicación de su padre sobresaltaron a la pequeña, que intentaba seguir la conversación pese a los picores que sentía en el cuello y los antebrazos, producidos por los vestidos rematados de encaje que la obligaban a lucir. El sol radiante parecía mofarse de sus ropas almidonadas y aunque tomó la quemazón como un castigo divino por su afán de curiosear, en ningún momento pensó en dejar su escondite. Se dio una tregua para rascarse a conciencia y siguió prestando atención a la conversación de los hombres cuando empezaron a tratar asuntos de envergadura.

—Ya sabe que lo que mi gente necesita, monsieur Alfonso, son tierras de cultivo —dijo uno de los comensales con un fuerte acento que Catalina reconoció como francés gracias a las lecciones de monsieur François–. ¿Porque la Mesta no se aviene a ceder terreno? El pastoreo quedará antiguo y el porvenir vendrá de la agricultura como a día de hoy sucede en Francia. Napoleón ha demostrado ser un excelente aliado de su patria y compartimos vecindad, pero el gobierno español recela de nuestros intereses. Los socios de la Mesta se reunirán el mes que viene, en la tradicional asamblea del norte, y nuestra propuesta es que los aquí reunidos hagan valer, como en otras ocasiones, su condición de miembros destacados del Concejo para favorecer, digamos, un cambio de opinión y librar del pastoreo algunas miles de hectáreas al nordeste de la cañada segoviana. Nuestra corporación compraría con gusto ese terreno para la plantación de vides. Son negocios entre viejos conocidos, yo no vengo a hablar de los asuntos de Estado, pero los caballeros como nosotros, con empresas comunes, nos encontramos ante el mismo inconveniente para nuestras cuitas: la falta de entendimiento entre nuestros gobiernos. —El francés hizo una pausa y siguió con rotundidad—. Soy

de la opinión que, de seguir así, los ingleses se convertirán en los señores de América y todos los intereses de nuestras naciones encallarán en los puertos de Portugal y Cádiz, pues no habrá barco que se ocupe de nuestros portes, si los británicos están tan dispuestos a aventajar los costos de todas las manufacturas. ¡Hemos de unir nuestras fuerzas, España y Francia han de andar como una sola!

Don Alfonso se reclinó en la silla antes de responder. Sus invitados le miraban con avidez, pero dio otra calada al puro habano.

—Mi querido amigo llegado de Francia —comenzó a sonar su voz entre volutas de humo—, como es sabido por usted, pues nos unen importantes diligencias comerciales, siempre me he declarado admirador de su causa. No le guardo simpatía alguna a nuestra casa reinante y mi pensamiento está cerca de quienes, como ustedes, se rigen por el buen juicio del pueblo. Los ingleses han sido nuestros enemigos en casi todas las guerras de los últimos años, pero no desacierte al ponerle una sola bandera a la patria de los Núñez. No somos gente de armas. Al contrario que su cónsul, no concibo la lucha como una batalla y cuando entro en disputas, solo es como defensa. Si me debo a algún reino, es al de mi casa, al de esta casa que hoy he abierto para ustedes tempranamente, pues sospecho que su presencia puede atraer malas miradas —dijo señalando al francés.

La severidad del discurso hizo a Catalina morderse los nudillos, pero el hombre no replicó.

—De Madrid, de manos del mismísimo alcalde mayor, y bendecido por el presidente del Honrado Concejo, he traído, amigos de la Mesta, un acuerdo para reanudar nuestros despachos a Portugal esta misma semana —siguió hablando don Alfonso ante el silencio de todos—. Pero temo que no puedo compartir más buenas nuevas con nuestro asociado francés. Están en esta mesa representadas tres de las familias consideradas, hasta hace poco, entre las más influyentes del Concejo en Castilla y su empresa en Francia puede contar con nuestro favor, como cuando hicimos valer para ustedes nuestros derechos de paso y simulamos que su ganado era nuestro, pero sepa que el rey ha suprimido hace poco la figura de los alcaldes entregadores de la cañada segoviana y ahora son los corregidores de letras y alcaldes mayores los que actúan como subdelegados del presidente.

»Con estos nuevos señores designados no compartimos cercanía, ni yo ni mis amigos aquí reunidos —dijo mirando a los aludidos—. La lana ha dejado de ser el gran caudal por el que el oro llegaba a la Corona y quisiera la buena ventura que esto cambiase pero, créame, a fecha de hoy, tras perder parte del favor real, nadie consentirá en rebatir el vigente Quaderno de Mesta, ese libro de leyes tan antiguo

que contiene normas escritas hace más de cuatrocientos años, como las que prohíben que las tierras de pasto sean reducidas a cultivo. Desde lo de Jovellanos, el Honrado Concejo no levanta cabeza y sería osado provocar más enfrentamiento entre los miembros. Mi consejo es que dejemos que Godoy pierda el beneficio del pueblo con sus torpes argucias y que se lleve al infierno con él a sus corregidores y jueces para que seamos los señores de la Mesta los que dictemos su destino, como viene sucediendo por los siglos. Esperemos pacientemente a que Fernando suba al trono y nos devuelva el estatus pues, además de aparentar ser más favorable a los vientos franceses, parece tener el buen juicio de confiar en las élites dominantes para que estas soplen en pro de la prosperidad y el progreso.

—Tiene toda la razón nuestro amigo don Alfonso. —El convidado de más edad se adelantó al francés que se disponía a hablar e intervino con contundencia—. Fernando se rodea de afines que cuentan con una idea avanzada de España y en París pueden estar seguros de que el entorno del príncipe tiene a Francia como espejo. Pero amigo, aunque no son cosa nuestra los asuntos de la política, ¿me podría usted decir hasta cuándo durará la paciencia de Francia con nuestro Godoy?

—Créanme si les digo que no tengo respuesta —contestó el francés sorprendido por la pregunta—. Su gobernante no es del agrado de nadie y su rey tampoco parece gozar del aplauso del pueblo español. Queda, efectivamente, el hijo, Fernando. Según se sabe, Francia espera encontrar en este príncipe un aliado natural. España, como enemiga, sería una nación incómoda.

—Le ruego que se explique mejor, señor, pues he sentido cierto desafío en sus palabras. ¿Amenaza Francia con una guerra a España si se demora la llegada de Fernando al trono? —quiso saber el invitado más joven.

—Caballeros —se apresuró a contestar el francés—, yo solo actúo como ustedes, en nombre de mis negocios. Desconozco lo que se dicta en la Malmaison, pero es conocida la voluntad de Napoleón de respetar la soberanía de la península ibérica en su parte española. España solo es tierra de paso en su estrategia portuguesa y, por ende, en ese escollo que representa Inglaterra. Así mismo, es mi deseo el considerarles a ustedes amigos, pues además de mi admiración por su persona, monsieur Alfonso, he de recordarles que me juego la bolsa en este asunto y que espero su compromiso. Muchos de nuestros viñedos vienen sufriendo una plaga que no podemos contener y se hace urgente la necesidad de asegurar nuestra producción adquiriendo tierras en su país, pero la Mesta impide su venta y, por lo que cuentan,

así será por un tiempo.

—¿Y por qué no cambian de parecer y buscan tierras ya labradas? —preguntó de nuevo el joven—. Es seguro que entraña menos dificultades el intercambio de titularidad.

—Necesitamos tierras vírgenes sometidas únicamente al pastoreo. Nos interesan los campos a orillas del río Duero. Nuestro plan es traer aquí nuestras propias variedades de uva, nuestras propias máquinas y nuestros propios métodos —contestó el francés.

—¿Y no podría suceder que también trajeran consigo su propia plaga, de la que huyen? —preguntó el más joven.

Con una mirada fija y profunda, don Alfonso reprobó la impertinencia juvenil de su invitado y se adelantó a una posible réplica.

—Entendemos su necesidad, tiene nuestro compromiso, no lo dude, pero le insisto en que guarde paciencia amigo —pidió el anfitrión—. En breve parto hacia Cáceres. Acompañaré a mi esposa que desea retirarse a descansar y establecer su residencia un largo tiempo en ese clima más propicio. En el camino, que será largo, es seguro que tendré conversaciones con otros caballeros de la Mesta. El rey Carlos no está con nosotros, es un hombre que vive en el pasado, igual que su valido. Y Fernando es el sol tras la tormenta. Una vez acomode a mi esposa en Extremadura, acudiremos a la asamblea del norte, de allí saldrán fuerzas para Fernando. Tal vez el trato se demore unos pocos meses, pero tendrá sus tierras, le doy mi palabra —aseguró mirando a sus otros dos invitados que asintieron.

—Perdone si le soy inoportuno —dijo el francés—. ¿De qué enfermedad convalece su esposa? Quizá nuestros cirujanos de Montpellier, de gran notoriedad, pudieran tratar su mal.

—Créame, querido amigo, que si así fuera, mañana los hacía llamar —contestó don Alfonso—. Quedo agradecido por su buen consejo, pero en confidencia le diré que el mal que aqueja a mi querida esposa es de naturaleza espiritual y es su deseo encontrar la paz del alma en un retiro religioso. Catalina y yo esperaremos en Segovia su pronta mejoría. Así lo he decidido.

Diciendo esto, el anfitrión se levantó, y Catalina, que escuchaba asombrada e intuía que tal vez iban a salir al patio, echó a correr bordeando la fachada para que no la descubrieran. Entró en la casa tras forzar la portezuela de la cocina y, cegada por las lágrimas, acabó de bruces sobre las baldosas de damero. Las manchas de harina y grasas terminaron de arruinar sus finas vestiduras blancas.

—Catalina, mi niña, ¿qué te ha pasado? —preguntó Consuelo, una de las sirvientas que más tiempo llevaba en la casa, y la más

querida por la pequeña.

Catalina no contestó y siguió tumbada boca abajo, hasta que Consuelo se agachó, le puso una mano en la barbilla y la obligó a mirarla.

—¿Por qué lloras, mi niña? ¿Dónde estuviste para acabar con el cuello y los brazos tan rojos? ¿Y por qué tus faldas parecen las enaguas de una puerca?

Catalina apretó los labios y gimió.

—¿Me das sollozos por toda respuesta? ¿Eso le enseña a mi señorita el maestro franchute ese? —insistió Consuelo.

Catalina sacó la lengua con desdén. En sus labios aún había restos de chocolate. Cuando se disgustaba, su garganta se cerraba a las palabras, las manos se recogían sobre sí mismas y su cuerpo entero se encorvaba encerrando el aire en nubes imaginarias que solo podían liberarse rompiendo cosas a su paso. Catalina deseaba rasgar el incómodo vestido, arrancar de su cuello las ásperas hebras de oro y hacer trizas también las chinelas granates de puntera afilada. Los ojos, de un marrón muy oscuro, brillaban a través de las lágrimas y su tez, habitualmente pálida y pecosa, estaba rosada por los efectos del sol. El cabello sudoroso se rizaba en la frente y caía en una trenza castaña a punto de deshacerse sobre la sucia espalda.

Durante un largo rato siguió tumbada en el suelo, dando patadas si se le acercaba alguien, hasta que disminuyeron las ganas de llorar y despedazarlo todo.

—Mi madre se marcha a un sitio lejano, se va y me deja —consiguió decir entre hipidos.

Todos en la casa Núñez lo sabían, llevaban meses disponiendo el traslado de doña Rosario y el señor había dado orden de que se actuara en secreto. Hasta el último momento deseaba evitarle un disgusto a la pequeña.

Tampoco comentaba el servicio las habladurías que corrían del acueducto al mercado, señalando el afrancesamiento de don Alfonso, al que apodaban Petimetre o Josefina, por su cuidada manera de vestir y su empeño en educar con preceptores extranjeros a su hija. Se decía que doña Rosario era presa del libertinaje de su esposo y que sus escasas salidas por la ciudad siempre la llevaban a la iglesia, aunque en su propia alcoba tenía un altar en el que diariamente tomaba la comunión para pedir por los pecados del marido. La gente se compadecía de las dolencias de la esposa, pues ciertamente con el casamiento la mujer había contraído algún tipo de mal. Y era de extrañar, comentaban, que aún no hubiera visitado el Santo Oficio la distinguida vivienda de los Núñez, levantada junto al acueducto, en la

plaza del Azoguejo.

De esa casa amarilla de tres alturas, tejado rojizo y balcones llenos de geranios, salieron después del mediodía Catalina y Consuelo. La niña lucía un vestido nuevo de lino blanco, que se ceñía en el centro con dos pasacintas bordadas en hilos dorados. La falda llegaba a sus tobillos y dejaba ver los zapatos de seda verde que le torturaban los pies mientras caminaba hacia el convento de San Agustín.

Era jueves, el día de la semana en que Consuelo tenía por costumbre visitar a su hermana, sor Teresa, con la niña. La pequeña y la religiosa se estimaban profundamente desde la primera vez que Catalina se obcecó en acompañar a la criada, pues para la niña el claustro representaba un insoldable misterio, al ser el lugar con el que su madre soñaba dormida y despierta.

El convento de San Agustín no era, sin embargo, el lugar tenebroso que Catalina esperaba y la muchacha solía disfrutar lo mismo jugando en los amplios corredores o el patio cuadrado, que entreteniéndose con los quehaceres de las monjas que allí profesaban.

La criada agradecía a Dios el consuelo que la visita de aquel día iba a procurar a la niña que, aún entristecida, seguía sus pasos sin levantar la mirada del suelo empedrado.

En San Agustín las hermanas las recibieron con pastas de almendra recién horneadas y les permitieron tomar parte en la labor que realizaban aquel día, un primoroso bordado para el manto de una pequeña Virgen de la Asunción que el marqués de Sepúlveda les había donado. Catalina bufó hastiada, pues nada en el mundo le parecía más tedioso que las labores de encaje, y pidió permiso para salir al patio y hacer dibujos con una vara en la tierra húmeda que rodeaba el pozo. Al poco, el juego la aburrió y la vara se convirtió en una lanza que colisionaba con la pared haciéndose añicos. Después fueron las piedras las que salieron disparadas de sus manos para hincarse en el adobe, y caer polvorientas y desordenadas. Hasta que la hermana Teresa, casi sin resuello, llegó junto a ella.

—Desde dentro nos ha parecido que quieres echar abajo la tapia del convento, ¡deja los cantos y la pared, por amor de Dios, que no tienen culpa de tu aflicción! —Ordenó la monja dulcemente pero con firmeza.

Catalina notó cómo empezaba a temblar su barbilla, pero apretó los dientes para no llorar de nuevo. La sor la miró con ternura y la pequeña deseó que la acunara un rato para dejarse inundar por el aroma a almendras tostadas y miel que desprendían sus hábitos. Mas no sucedió.

Hacía calor a esas horas del día, cuando aún quedaba mucho

para el atardecer y el silencio cubría las tierras, dando a los campos una extraña quietud. A lo lejos, el Alcázar se elevaba imponente como una figura adormilada que pronto despertará.

La religiosa se inclinó sobre el pozo y ofreció a la niña un cántaro de barro para saciar su sed. Tras beber, la pequeña mojó las manos y salpicó su cara, dejando que las diminutas gotas de agua refrescaran su piel. Después siguió a la monja hasta una sala amueblada con austeridad y oscurecida por pesados cortinajes de terciopelo marrón. Cuando se acomodaron en la tosca poltrona, sor Teresa cogió las manos de la niña.

—No debes consentir que el caballo del diablo se encabrite en tu pecho, Catalina —dijo la monja con suavidad—. Mi hermana Consuelo me ha confiado tus angustias. Tu madre querida se marcha y eso te aflige. Entiendo tu pena, pero no son buenos estos quebrantos que te traes. —La sor apretó las manitas de la niña entre las suyas—. Una señorita como tú no debe arrojarse al suelo ni dar malas palabras o silencios cuando es preguntada —la reprendió.

—¡Pero sor Teresa! ¿Por qué se va si apenas la molesto? —respondió con vehemencia Catalina.

La monja se sintió invadida por la lástima.

—¿Por qué te culpas, pequeña mía, si tal vez no tengas nada que ver con la decisión? —preguntó conmovida la hermana.

—Madre siempre dice que no debo importunar, pues si soy latosa y perturbo el silencio de la casa con mis juegos, tendrá que irse a otro lugar. Y yo sé al sitio al que va. Padre lo repite cuando hablan: «Tendrían que haber dejado que te llevaran al convento», dice gritando, y ella llora y grita también, y responde: «¡Ordenarme era cuanto quería en mi vida! Pero dispusiste el casamiento y después me hiciste eso y…».

Sor Teresa puso entonces una mano en la boca de la muchacha para impedirla continuar.

—¿Escuchas a tus señores padres cuando hablan? —preguntó aterrada.

—Desde que tomé la comunión lo confieso entre mis pecados, sor Teresa. Sé que no es de buena niña oír a las espaldas, tal vez sean las alas del demonio, pero algo me empuja y escucho a ciegas, aunque a veces no entiendo las palabras.

—¡Mi querida niña, debes dejar de hacerlo! —protestó la monja enfadada—. Cuando sientas esa necesidad, reza al Niño Jesús, que te guarda, y sé firme en tu voluntad, dirigiendo tus pasos hacia otro lado.

Catalina asintió cabizbaja.

—En la misa de un domingo lejano, madre dijo al confesor que

sentía desazón cuando me miraba, porque veía a padre en mí. Ella detesta mi voz, por eso me manda callar. Tampoco le gustan mis manos. Se va porque a veces rabio y porque mis zapatos hacen eco en el corredor y ciertamente estará enojada porque un día reí mucho y porque una mañana entré a verla y tapé sin querer la luz de su ventana, y dijo que había dejado a oscuras sus ojos —explicó sollozando.

Sor Teresa miró hacia el ventanal, que apenas mostraba un resquicio de claridad, para espantar las lágrimas. Sentía deseos de abrazar a la niña y envolverla entre sus hábitos negros para aliviar su pena, pero se puso en pie y levantó a la pequeña, conduciéndola hasta la ventana.

—Mira mis ojos, Catalina. ¿Ves una luz en ellos? Eres tú quien me ilumina. ¡Tú eres la luz de mis ojos! Tu madre padece un mal y cuando, por la gracia de Dios, sane, te colmará de amor —aseguró la religiosa.

—¿A padre también? —quiso saber la niña.

—A tu padre también, pequeña mía. Tu madre es una buena cristiana que busca comprender a Dios y esa costosa tarea la ha enfermado. Dios es misericordioso con los que sufren y debemos ayudarla, rezando por su pronta recuperación —respondió.

El tañido de las campanas sobresaltó a ambas, obligándolas a dejar la penumbra de la habitación. En el patio de entrada, Consuelo esperaba a Catalina para iniciar el regreso a casa y la pequeña, con los ojos entornados para acostumbrarse a la claridad de la tarde, aferró la mano de la religiosa.

—Sor Teresa, necesito saberlo, ¿qué le hizo padre a madre después del casamiento? —le preguntó cerca del oído.

La hermana se sonrojó. Tras un instante y de la misma manera, muy cerca del oído de la chiquilla, le dio una respuesta que ninguna olvidaría pasados los años.

—Llenarla de amor —dijo—. Eso imagino yo que fue lo que hizo tu padre, mi niña. Los hombres y las mujeres se unen para llenarse de amor y ser bendecidos con los hijos.

Cuando el portón se cerró tras ellas, sor Teresa se santiguó. Sentía una pena honda y se dirigió con paso firme a la capilla para rezar por la pequeña. Algo malo rondaba a esa familia. Lo intuía. Tendría que rezar mucho para que Dios acudiera en su auxilio. Cruzó las manos sobre el pecho, se arrodilló con fervor ante Jesús crucificado y musitó una oración.

# 3

## *12 de diciembre de 1804*

*En 1805, tras caer en la batalla de Trafalgar, la armada española perdió su supremacía e Inglaterra comenzó a construir el mayor imperio de la historia, pero a finales de 1804 Napoleón era el enemigo de Europa. Estaba en guerra con Inglaterra y con los aliados británicos. Los franceses necesitaban a España y finalmente, presionado por los ataques ingleses y la política francesa, el rey español Carlos IV declaró la guerra a Gran Bretaña, y firmó poco después un nuevo tratado de alianza con Francia. Mientras tanto, la población española se enfrentaba a graves problemas económicos y sociales generados por la falta de víveres y las epidemias, lo que elevó la mortalidad. Crecía el descontento hacia la Corona y el gobierno. Godoy, el primer ministro, fue duramente criticado y se alzaron en su contra las voces del grupo de oposición que rodeaba al príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII.*

Santos se juró no mirar atrás y cruzó el puente levadizo con la mandíbula apretada y el paso firme. Imaginó cómo habría quedado la comitiva a su espalda, con la madre en el centro y, a cada lado, dos de sus cuatro hermanas. Las casadas, escoltadas por sus esposos, todos militares, como él lo sería algún día. En el último tramo, no pudo evitarlo y lanzó una ojeada fugaz a su familia. Se detuvo un instante en la mano tranquila de doña Esperanza que asomó bajo la tupida mantilla negra, y se movió a un lado y a otro con lentitud, apremiándole a seguir mientras le decían adiós desde la plazuela. Vahos de aire caliente desdibujaban las medias sonrisas que le prodigaban sus allegados en ese frío amanecer, y le asaltó la urgencia de dar la vuelta y correr hacia ellos, pero recordó el juramento que había hecho y su mirada volvió al frente, recorriendo la hilera de centinelas de la sección de inválidos, que cumplían la misión de custodiar la entrada al palacio fortaleza. Al avanzar, Santos observó que la nieve amontonada al pie del muro se iba oscureciendo bajo las alargadas siluetas de las torres del Alcázar.

—¡Venga, cadete, pase dentro! —ordenó con sequedad el oficial de guardia—. Ya lleva usted tres meses de retraso, no se demore más de lo debido y camine hasta la siguiente puerta. Entre allí y preséntese como se le explicó a las primeras autoridades.

Santos obedeció y cumplimentó su inscripción tras ser largamente observado por el jefe del registro. Como primera medida, le instó a mudar, lo antes que fuera posible, la casaca corta con cordones y botones dorados, el pantalón azul turquí, el sombrero de tres picos y el sable que portaba en su cadera por el uniforme de paño azul y el gorro de cuartel que debían lucir los cadetes dentro del Colegio.

Así lo hizo el muchacho y terminó de instalarse en el señorial

dormitorio que compartiría con otros cuatro alumnos de primer curso. Al despojarse del traje de paseo, le fue envolviendo el suave eco que provocaban las ropas al caer sobre las baldosas rojizas. Con los pies helados, alzó la vista hasta las vigas del techo, lejanas e inalcanzables incluso para su gran estatura, y disfrutó tanto de ese instante de soledad y aislamiento, que decidió no acercarse al único ventanal del cuarto, como había pensado hacer, no fueran a tentarle de nuevo las ganas de huir.

Poco después, sentado a la mesa del desayuno, recibió las primeras bromas de sus nuevos compañeros.

—¡Todo te cae con holgura, cadete, parece que fueras a perder el calzón si vuelves a respirar! —le gritó un joven desde la esquina más alejada.

El comedor estalló en carcajadas. Un centenar de estudiantes se repartían en las ocho mesas del gran salón de paredes blancas y abundante artesonado de madera oscura. Santos bajó la mirada hasta su tazón de chocolate y vio cómo sus compañeros de mesa le quitaban el pan y se lo repartían sin dejar de reír. No tenía hambre, pero amarró fuertemente los cubiertos de plata con sus iniciales grabadas y la taza con la otra mano para evitar que los utensilios y el chocolate también le fueran robados. Dio un pequeño sorbo por el mero hecho de efectuar algún movimiento y al instante el líquido marrón, que debía contener algún tipo de guindilla picante, le abrasó los labios. Antes de que la quemazón llegara a la garganta, se levantó y escupió el brebaje lo más lejos que pudo sin ensuciar a nadie.

La sala bramó al unísono y cuando Santos quiso volver a sentarse, alguien retiró su silla y él cayó al suelo entre aplausos y vítores. El recién llegado se levantó veloz y tomó de nuevo asiento. Clavó los codos en la mesa, mientras pensaba que si en aquel momento se desataba una tormenta y un rayo le partía en dos, matándole allí mismo, él moriría gustoso. Pero la débil luz del día, que apenas se abría paso entre los zócalos de las altas ventanas, solo anunciaba otra mañana de nieve y ventisca.

En el aula de Matemáticas, encontró su silla rubricada por una flema verdosa. Al tratar de limpiarlo a manotazos, el escupitajo se le quedó enredado en los dedos y terminó cayendo a sus pies en el preciso momento de la llegada del profesor, el capitán Velarde, que entró en la sala arrugando su ancha frente con gran interés.

—¡Buenos días, caballeros! —exclamó el oficial y la clase se puso en pie.

Santos pisó el esputo para esconderlo y, tras el saludo militar, arrastró el pie dejando un rastro sucio en la tarima. Tomó asiento

luego con la misma postura erguida de sus compañeros. Notaba la palma de la mano aún húmeda y quizá con restos de saliva verde, así que la fue restregando con disimulo por las patas de hierro del pupitre y por los contornos de su asiento, pero no consiguió quitarse de encima una desagradable sensación de repugnancia.

En mitad de la siguiente clase, la de Química, sucedió lo que más había temido durante su convalecencia. En aquellos meses pasados en cama, sobreviviendo milagrosamente a la fiebre amarilla, Santos soñó y deliró imaginándose en medio de un auditorio, rodeado de desconocidos sin saber qué responder a su maestro.

Y en ese instante aquel mal sueño cobraba vida real para algarabía de todos.

El profesor Vallejo, un hombre de baja estatura y grandes ojos negros, se hallaba en medio de una larga explicación cuando, de improviso, levantó la voz, preguntó si la memoria de sus alumnos seguía despierta y pidió a continuación que alguno de ellos le ilustrara sobre la ley de las proporciones definidas.

Santos sintió como alguien tomaba con fuerza su brazo desde detrás y lo mantenía firmemente en alto, sin que él pudiera impedirlo. Al ver su mano alzada, el sorprendido profesor parpadeó, le señaló y le invitó a ponerse en pie y a darse a conocer declamando lo que supiera sobre la mencionada ley.

El nuevo alumno le dedicó una maldición silenciosa al compañero que tenía a la espalda y con desgana se puso en pie. Notó el cuello de la camisa empapado de sudor y la boca demasiado seca para hablar. Cuando la situación adquirió tintes dramáticos, por lo espeso del silencio; la risa incontenida de los cadetes encendió su cólera.

Santos llevaba con orgullo haber heredado el corpachón y las grandes manos de ese padre al que apenas recordaba, pero le desconcertaban —a él y a todos— los orígenes de las extraordinarias dotes para la lectura y cualquier tipo de saber que el joven mostró desde que comenzó a hablar.

Había cumplido catorce años poco antes, mientras su cuerpo pendía del hilo de la ictericia y todo en su casa parecía sobrenatural: la madre en continuo rezo; las hermanas, sobre todo la menor, Irene, que aún no tenía marido y le adoraba, en constante sollozo; y el recordado padre, capitán de artillería, apelado para que intercediera desde el más allá y no permitiera una muerte tan injusta y temprana.

El día de su onomástica, con el fin de llegar a su ánimo y llenar aquellas horas oscuras, Santos recibió los libros del Colegio y, aunque se esforzó por agradecer su regalo, apenas fue capaz de aguantar las

náuseas e incorporarse lo bastante como para conseguir acariciar brevemente el gastado lomo de los cuadernos. Unos días después empezó a leerlos y más tarde pudo estudiarlos. Con el paso de las semanas, logró caminar sin que nadie lo sostuviera y poco a poco su estómago fue aceptando algo más que el caldo de gallina. Finalmente, bastantes meses después de lo previsto, se arregló su ingreso en el Colegio Militar de Segovia.

En este Colegio, célebre por contar con prestigiosos científicos civiles y militares como instructores, había dejado una profunda huella el profesor y químico francés Joseph Louis Proust. Santos, en sus días de recuperación, tuvo la oportunidad de leer algunos de sus artículos y de seguir con avidez sus progresos en el laboratorio de Madrid en el que desempeñaba su labor, mientras en círculos científicos aún calibraban la repercusión de uno de sus más recientes hallazgos: la ley de las proporciones definidas.

—Y bien, cadete —insistió el maestro—. ¿Se puede presentar a sus compañeros y compartir con todos sus conocimientos sobre la ley de Proust, también llamada ley de las proporciones definidas?

En medio de varias risas apagadas, Santos alzó con irritación su voz ronca y áspera, temblorosa al principio, pero briosa según iba comprobando que le llegaban a la lengua las palabras adecuadas.

—Me llamo Santos Álvarez de Santillana, soy natural de Segovia y cumplo hoy mi primer día en el Colegio, señor. La, eh, la ley, es decir, hum, la ley, esto… ¡Perdón! Hum… La Ley de las proporciones definidas enuncia que un compuesto contiene sus elementos en unas proporciones constantes, sin influir en absoluto su modo de obtención. Diciéndolo de un modo sencillo, señor, se puede contar que en sus experimentos el profesor Proust ha probado que, cuando varios elementos se combinan para formar un determinado compuesto, lo hacen en una relación de pesos fija. En algunas publicaciones que he leído muestran más ejemplos de los que figuran en este libro —dijo Santos, señalando el manual abierto en su pupitre que se sabía de memoria.

Después permaneció de pie sin saber qué debía hacer o decir y observó que habían cesado las risas y que el maestro se estaba acercando a él mientras hacía bailar en la palma de su mano derecha una tiza blanca

—Cadete Álvarez de Santillana, ¿le gusta a usted la práctica del estudio? —preguntó.

—Sí, señor Vallejo —contestó con timidez Santos.

El preceptor subió al estrado y escribió en el encerado la palabra estudio. A continuación, se giró para mirar de frente a sus alumnos,

¡niños que aún eran niños!

—¿Se dan ustedes cuenta de hasta dónde les puede llevar el aprendizaje? —preguntó—. Vivimos en un país dominado por la ignorancia. El hambre del pueblo tortura los estómagos y está vaciando las mentes. Nuestro imperio es un viejo que camina cansado sin darse cuenta de que otros caminantes, en la plenitud de su vigor, se han puesto en pie y comienzan a andar a su lado. España se rodea de aliados y enemigos que emprendieron el camino de la sabiduría y ese viento izará sus naves. En esta clase acaban de ver que es posible, con algo de esfuerzo y erudición, que un ser imberbe, un desconocido que acaba de llegar, se ponga por encima de sus señorías y adquiera la gloriosa posición de alumno aventajado en el primer compás de esta lección. ¡Díganos, cadete! —exclamó señalando a Santos—, ¿cuántas horas de estudio ha necesitado para memorizar este enunciado de nuestro eminente Proust?

—En verdad, bastantes, señor. Aunque tengo cierta claridad de mente, lo aprendí cuando estaba enfermo y ocurría entonces que en ocasiones lo aprendido se lo llevaban las fiebres…

—¡Eso nos pasa a todos, nuestra memoria es presa de las calenturas! —interrumpió una voz desde atrás, y dio lugar a un nuevo estallido de risas.

Santos se volvió para ver cara a cara al cadete que se sentaba a su espalda. Su compañero llevaba una coleta algo más larga que el resto y, al sonreír, sus labios finos mostraron un par de colmillos afilados. A Santos le recordó la cara de un galgo que olisquea una presa con el hocico levantado.

—Cadete Mario Olivenza —el profesor tuvo que gritar para hacerse oír a través de las risas de sus veinticinco alumnos—, va a tener usted tiempo de curar su calentura, así como de adiestrar su memoria, pues voy a proponer una nueva corrección para que usted pase al menos dos jornadas de arresto, so pena del calabozo. Una por la largura de sus cabellos y otra más, por faltar el respeto a este nuevo caballero cadete que, además de la virtud del estudio, trae consigo la valentía de haberse enfrentado a la muerte, ganándole una batalla que se daba por perdida.

El aula enmudeció y Santos, que seguía de pie, sintió los ojos de sus compañeros clavados en su piel aún macilenta.

—¿Es seguro que se ha curado? —murmuró otro estudiante con un extraño acento—. ¡Está delgado como un palo y su cara parece una alpaca de paja!

El instructor oyó el cuchicheo y se dirigió hacia el alumno que había hablado sin dejar de mirar a Santos.

—Cadete Álvarez de Santillana, ¿le puede explicar al cadete Marín, así como al resto de la clase, los pormenores de su sanación? —inquirió el maestro.

Santos se rascó la mejilla antes de comenzar a explicarse. Le ardía el rostro por saberse el centro de atención y le escocían las minúsculas llagas que, tras el rasurado de la noche anterior, habían aparecido en la línea de su mandíbula. Esas pequeñas rojeces y el mal color deslucían su tez, pero sus ojos, de un verde tan profundo que se confundía con marrón; se abrían cálidos y brillantes. La nariz ancha se alzaba cordial y restaba seriedad a la figura de amplios hombros, cuya espalda rozaba una corta coleta de pelo oscuro.

—Hace unos meses, cuando estaba prevista mi entrada en el Colegio, enfermé de fiebres. —Santos carraspeó para continuar—. La epidemia ha sido trágica en Segovia y se ha llevado muchas vidas, pero no la mía, gracias a Dios, que tuvo a bien salvarme después de haber recibido la extremaunción.

El cadete Olivenza levantó el brazo

—Cuándo uno va a morir, ¿sabe que va a morir? —preguntó con gran curiosidad tras conseguir permiso para hablar—. ¿Te avisa la muerte de que viene a llevarte para que no tengas miedo?

—La muerte no da miedo. —Santos nunca se había hecho a sí mismo esa pregunta pero, tras pensarlo un instante, respondió sin dudar—. Yo no sentí que me avisara de cosa alguna. Noté que me llevaba con ella como si fuera una madre. A veces, la cabeza me dolía tanto que quería morir, quería irme y que nadie me obligara a abrir los ojos, quería convertirme en polvo y no dejar que ningún alimento arañara mis tripas. Pero poco a poco dejó de tirar de mí y… —Santos calló de repente, tenía tanta sed que se sintió capaz de beber su propio orín—. Pues sucedió que, que… ¡Que volví de entre los muertos! —exclamó abriendo los brazos en un tono exageradamente teatral que divirtió mucho a sus compañeros y causó gran estupor al profesor Vallejo, quien, mientras masajeaba sus blanquecinas sienes, consideró que en demasiadas ocasiones aquellos niños, que aún eran niños, más bien le parecían zorros viejos.

Al toque de fajina, se inició el tiempo de la comida. Aunque la sopa de arroz que le fue servida a Santos le supo a rayos por la exagerada cantidad de sal y pimienta que alguien había vertido en ella, se felicitó porque la manzana roja del postre no había sufrido ningún tipo de adulteración. Se la comió en dos bocados mientras pensaba en cómo haría para acostumbrarse a las escasas raciones que eran norma en la escuela.

Tras el mediodía, Santos acudió, igual que el resto de sus

compañeros, a la sala de estudio y encontró su silla gratamente limpia. También apareció inmaculado su sitio en las clases de Geometría, Mecánica y Cálculo que se impartieron antes de la pausa diaria dedicada al rezo. Pensó con alivio que tal vez se hubiera dado por concluido su tiempo de chanza.

Dos capellanes oficiaron aquella misa en la que Santos oró con un fervor inusitado. El joven pidió un milagro que lo sacara de allí, y ofreció a la Cruz un variado ramillete de promesas si algún tipo de prodigio lo llevaba de vuelta a casa, alejándole de este escenario castrense que aborrecía. Pero enseguida, como siempre sucedía cuando hablaba con Dios, se arrepintió de su propio e íntimo deseo. Clavó las rodillas en el gélido granito y suplicó al Señor su perdón por haber deshonrado de nuevo la memoria del padre.

Santos llevaba en sus venas sangre de ilustres militares y no esperaba otro destino que no fuera el de servir a la patria y al rey, tal y como hicieron sus ancestros. De niño, jamás llegó sucio a casa ni se arrojó al pilón, nunca lo tuvieron que separar de una pelea ni participó en los juegos de invasión. Él contaba historias, leía, escribía y construía extraños artilugios. Mezclaba especias en frascos de sales y podía hacer fuego con una lupa. Jugaba con espadas de madera solo si así se lo pedía su madre y nunca le confió a nadie que su disgusto al ser aceptado en el centro de enseñanza militar había sido probablemente el causante de la enfermedad que casi lo mata.

Acabado el culto, llegó hambriento a la merienda con su rosario de azabache tintineando en el bolsillo de la casaca. Los ribetes de vivo carmesí distinguían a los cadetes de los oficiales, así como una única mesa sin mantel diferenciaba el buen y el mal comportamiento. A esa mesa desnuda, se dirigió el amonestado Mario Olivenza en las primeras horas de su castigo, durante el cual no se le suministraría desayuno ni merienda. Santos lo vio jugar pasando los dedos por el plato vacío mientras los demás devoraban su torta de chicharrón.

Cuando empezó el recreo en la parte soleada del patio del reloj, varios compañeros rodearon a Santos y le pidieron con curiosidad que ahondara en ese trance vivido con la muerte. El joven volvió a sentir las mejillas ardientes y despertó más expectación que los habituales juegos de pelota. A su alrededor se fue congregando un grupo cada vez más numeroso a los que encandiló con sus dotes de narrador.

Antes de acabar el tiempo de asueto, aún pudieron disputar una baza del juego del marro y ahí fue donde Santos comprendió que su primer día en el colegio iba a ser muy largo.

Con alumnos de los cuatro cursos, se formaron dos equipos y se dividió mediante una raya pintada en el suelo el espacio del patio que

sería la casa de cada una de las formaciones. Después, con los dos bandos situados a cierta distancia, uno frente al otro, se dio la señal de salida y se lanzaron todos a por los miembros del equipo contrario. Los que eran atrapados pasaban a la casa del grupo que los había capturado y debían permanecer en territorio enemigo con los brazos en cruz.

Santos fue el primer capturado y nadie lo rescató, pese a que los miembros de su equipo podían salvarle tocando una de sus manos, por lo que hubo de aguardar en la zona sombría del patio, estático y con las extremidades extendidas, como el reloj de sol de la pared. Cuando el juego acabó, Santos estaba helado y sentía un espantoso dolor de brazos, así como una creciente irritación hacia sus compañeros. Pero pronto la olvidó, pues las siguientes horas de estudio se desarrollaron en la biblioteca, lugar del que mucho había oído hablar a sus anteriores preceptores.

El joven contempló con admiración las paredes forradas de bellos ejemplares manuscritos sobre arquitectura civil y militar, tratados de artillería y fortificación, así como libros que contenían el saber del arte militar, con apéndices de táctica, legislación y balística. Y otros muchos que versaban sobre matemáticas, física, química, geometría, astronomía, botánica y óptica. Lamentó que los cuatro años que tenía por delante en el Colegio quizá no fueran suficientes siquiera para leer los índices. Y entonces, mientras hundía la nariz en el *Tratado elemental de química,* de Lavoisier, y aspiraba las palabras, recientemente traducidas al castellano por el capitán Munarriz, una mano se tendió dentro de él para ponerse en paz con su destino. Admitió al fin que el macizo legado que sus parientes habían puesto en sus hombros tal vez le hubiera traído al lugar oportuno. En esta fortaleza, que desde niño le había atemorizado, no solo iba a iniciar la carrera de la gloria, como era su obligación de cuna, sino que también podría colmar su necesidad de conocimiento, mientras aprendía el arte de la guerra y se convertía, a su pesar, en artillero.

Y como una cortina que de repente cae, la noche llegó a la escuela. La campana de la catedral marcó a lo lejos las seis y Santos se vio andando entre las sombras. Los largos corredores se habían vuelto tenebrosos. Se sintió cansado y sus tripas rugieron camino del dormitorio. Llevaba su cena escondida en un hatillo por dentro de la casaca, ya que sus compañeros de mesa le habían obligado a guardar su ración para el cadete reprendido y, al llegar al cuarto, tuvo que entregar su hogaza de pan, la porción de tocino y las uvas pasas a Mario Olivenza.

—¡Óigame, cadete! —cuchicheó Octavio Marín en su oído con

un acento de suaves consonantes—. Tenemos un rato hasta que se toque a silencio. Ese animal que ve ahí engullendo su cena se llama Mario y no lo avistará a menudo porque pasa los días en el calabozo. Los otros dos gañanes no son de nuestra incumbencia, temen y no anhelan ser enviados a luchar contra los ingleses. Uno de ellos tiene criado, no como yo, que no necesito siervos —dijo clavándose el dedo gordo en el pecho—. Y el otro no acabará el curso porque muere de pena. ¡Mírelo, valiente artillero!

Santos recorrió el dormitorio en penumbra, vio en la cama más próxima a Mario, que estaba terminando de comer, y distinguió las camas que señalaba Octavio Marín, situadas frente a la suya. En una, que tenía un catre al lado, se adivinaban dos siluetas conversando, y en la otra constató que lloraba un cadete que yacía tumbado boca arriba con sus ropas de dormir ya puestas.

—Todas las noches el mismo cuadro —continuó Octavio, hablando entre dientes—. Mi hermano, que cursa su segundo año, ya me anunció que algunos son de manteca, que los hay que lloran de noche y escriben a casa para que los lleven de vuelta. Mario viene de lejos, de un pueblo español en la frontera portuguesa. Nosotros hemos cruzado un océano y, aunque dejamos a la familia en Argentina, nunca nos han visto un brillar de ojos. Mi hermano y yo tenemos jurada la promesa de ser hombres y si uno de los dos alguna vez llora como una muchacha, el otro es libre de matarle. Y ahora, escúcheme —dijo bajando aún más el tono de voz—, es conocido su apellido y legendarias las valentías de sus antepasados, por eso, tras esta noche que ha de ser larga, se le admitirá en este lado, en la tierra de los valientes. ¿Preparado, cadete Álvarez de Santillana?

Santos permaneció en silencio. Le parecía que en la habitación a oscuras todos podían palpar su miedo y decidió sonreír por si se enfrentaba a una nueva broma.

—¿Por qué dice que esta noche va a ser muy larga? —acertó a decir.

—Porque es tradición del Colegio que la primera noche no se permita dormir al recién llegado. ¡Aquí todo se explica, no es como en infantería! —dijo Mario, jugando con una navaja, cuyo filo ocasionó un leve resplandor—. ¡Hasta los llorones y los señoritos velarán por usted! Y no se queje, cadete Santos Álvarez de Santillana, usted no tiene que hacer nada, por esta vez solo se le exige permanecer en posición de firme.

Según terminó de hablar, tomó su almohada y se tumbó en la cama del recién llegado.

Santos saltó al suelo y se quedó de pie en la oscuridad. A su

alrededor, se hizo un silencio cada vez más denso. Cuando ya todos dormían y el cansancio le puso difícil sostener la cabeza, decidió cambiar de posición y dejarse caer al suelo, pero el sirviente del cadete, que ocupaba la cama de enfrente, se levantó como un resorte y le ordenó seguir en pie. Más tarde, en otro ataque de agotamiento, Santos cayó hacia atrás y fue el propio Mario Olivenza el encargado de ordenarle levantarse y volver a la posición de firme. Entonces Santos, tanteando en la oscuridad, encontró acomodo en una columna cercana y apoyó la cabeza. Durante unos minutos preciosos pudo dormir, pero se sobresaltó enseguida golpeado por una bota que alguien le lanzó desde el fondo del cuarto. En otro momento, cuando los ronquidos de los cinco le amodorraron de nuevo, volvió a dejarse resbalar lentamente hasta el suelo, pero el toque de diana despertó a todos a la vez. Mientras abrían sus ojos al amanecer de una nueva mañana, los cadetes del quinto dormitorio de primer año pudieron contemplar en pie y en medio de la habitación al cadete Santos Álvarez de Santillana, que les dio los buenos días de muy mal humor.

# 4

## *30 de junio de 1822*

*Fernando VII, obligado a reinar bajo un sistema de monarquía parlamentaria, sigue alentando todo tipo de conspiraciones y revueltas que le puedan devolver al sistema absolutista. Los gobiernos que se suceden en esta etapa liberal son débiles y no dan solución a los graves problemas del país. Crecen las logias masónicas, los clubes políticos y la prensa liberal, mientras se termina de abolir la Inquisición, se toman diversas medidas anticlericales, y se rompen las relaciones con la Santa Sede. El 30 de junio, la Guardia Real que escolta a Fernando VII carga contra la muchedumbre que los insulta y apedrea en las calles de Madrid. Debido a los altercados que se empiezan a producir, tanto en las calles como en los cuarteles, entre seguidores del rey y partidarios del gobierno, se decreta el acuartelamiento de la Guardia y de la milicia afín a la Corona.*

Marita llama a la puerta, dando dos golpes de aldaba. Lleva en la mano un pollo desplumado que aún gotea sangre. Es la cena de los Páramo. Ha sabido que hace días que no comen nada fresco. Marita insta a la señora de la casa a que agarre el ave por el pescuezo y esta duda si dejarla entrar, pero el marido da una orden desde el interior y el corredor estrecho queda libre para su paso. El portal es ahora la única sala habitable de la vivienda, pues el resto se venció tras el derribo provocado por las lluvias primaverales. Los escombros rodean tres de las cuatro paredes. Marita se pregunta qué hará esta gente cuando llegue el invierno y el frío se cuele entre las piedras. Ahora hay una lumbre con un puchero puesto al fuego en medio de la habitación y la claridad de la tarde evidencia el desastre. Los hijos no están, pasan el verano con los primos de El Espinar, mientras los padres tratan de apuntalar la casa.

Son buenas personas. Él es conocido como el Mediazanca desde que perdió el pie derecho al acabar la guerra. Marita sabe cómo sucedió porque estaba allí. Ambos se habían camuflado en el lado francés de la contienda, y traían y llevaban información para la guerrilla segoviana. El final de la lucha les sorprendió en el bando enemigo y tuvieron que huir de una muerte segura a manos de sus propios compatriotas cuando las violentas llamaradas rodearon el campamento francés alzado en el arrabal.

El hombre aún tiene malos sueños con el guerrillero que intentó empujar a Marita al fuego, y en el sopor se ve a sí mismo impidiéndolo y tirando de la capa de ella con todas sus fuerzas, mientras esquiva una bayoneta que finalmente se clava en su pierna. En las noches en vela, todavía respira el olor de su pelo quemado, pues Marita buscó una escapatoria entre las llamas más bajas y acarreó con él, sacándole del cerco llameante y arrastrándole después

por un sembrado de trigo seco que nadie se había atrevido a segar. En el sueño, tan real como lo vívido, a él le cuelga el pie de un hilo de carne ensangrentada y Marita, casi sin poder mirarlo, lo une a la pierna envolviéndolo con su redecilla. Al despertar, le tiemblan las manos recordando que cuando alcanzaron a los ingleses y se declararon del pueblo, ya no estaba en su sitio ni el pie ni la redecilla, y al verse mutilado, cayó medio muerto.

Al principio, dormía muy cerca de la bolsa que le hizo llegar el Caballero Contrario, benefactor de la revuelta, pero apenas duró dos años llena. Más tarde, la paz se llevó la memoria y fueron subsistiendo con trabajos diarios, remiendos, favores, empeños y algunas veces, solo con hambre.

La mujer del Mediazanca observa con recelo a Marita. Le agradece la comida con la misma mirada aprensiva que le dirigió años atrás, mientras le ponía a Pedrito en su pecho para que lo amamantara.

No le gusta Marita. No le agrada lo que sabe de ella, que es la añosa viuda de un francés que cría en soledad a un hijo que no es suyo. Todo lo que porta la gabacha son ingratos recuerdos. Rememora cuando apareció con un recién nacido en brazos, buscando socorro porque a Segovia habían llegado los franceses. Después se fue al frente y se llevó a su marido. De su regreso recuerda cómo llegó devolviéndole, sin una disculpa, al esposo maltrecho. Traía el cabello suelto y los ojos cristalinos, Marita llevaba las ropas rotas y sonreía relatando la escapada. «Sonrío porque estoy viva», dijo ella entonces, y Páramo también sonrió, aunque ya se había acabado el orujo y sufría atroces dolores en el pie que le faltaba. Aquel día, con las primeras noticias de la guerra acabada, la intrusa cogió al niño y regresó a su casa, dejando entre los esposos un pesado muro que ninguna tormenta de primavera había conseguido derrumbar.

La luz de la tarde va perdiendo intensidad y la fogata crea sombras en la cara de Marita. Dos pliegues de piel caen suavemente a ambos lados del mentón, sostenidos por una frente ancha llena de arrugas. Bajo las cejas tupidas, brillan los ojos azules y el moño de hebras grises parece plateado. El corpiño todavía le enmarca la cintura y sus brazos fuertes parecen de muchacha.

La esposa de Páramo es testigo otra vez de las sonrisas cruzadas y desea que Marita se marche, pero ella no lo hace. Acepta el hervido de manzanilla y los tres se sientan al fuego con sus tazas de barro, recordando aquellos tiempos de lucha, cuando Marita vigilaba al enemigo y repetía después en castellano las órdenes captadas. Así las guerrillas podían sorprender al ejército francés y alejarlo cada día un

palmo más de tierra.

La dueña de la casa atiza con nerviosismo las brasas. Marita comprende que ha de irse y se levanta con pereza de la dura banquetilla. Los ojos del hombre la siguen. Algo apartada, la esposa trocea el pollo. Los golpes secos del hacha resuenan por encima de los cascos de la mula mientras Marita se aleja cabalgando.

Aunque el viejo animal no resiste ya un galope, Marita lo hace trotar. Sabe que si no va más aprisa la puesta de sol será muy triste.

La mujer nota el corazón hinchado, sin espacio en el pecho, y advierte los latidos que le llegan a la garganta. Procura no pensar y fija los ojos en el sendero polvoriento que transcurre entre campos amarillos y zarzas, pero inevitablemente su pensamiento vuelve al hombre.

Antes de querer a Páramo, había intentado amar a otro, pero la guerra convirtió su matrimonio con Philippe en un vago recuerdo. El padre de Marita, al que una epidemia de cólera mató al poco de nacer ella, era recordado en San Ildefonso como uno de los artesanos franceses más célebres de la Real Fábrica de Cristales. Ambos, padre y madre, habían dejado Lyon y se habían instalado en el pequeño pueblo segoviano, para dedicarse, como tantos otros artistas y bohemios franceses y alemanes, a la fabricación de labrados y proveer de preciosas piezas a los palacios y las residencias reales. Cuando la madre también enfermó, apenas hubo tiempo para no dejar sola a la joven huérfana y buscarle esposo entre los compatriotas recién llegados.

Philippe fue el elegido. El pobre Philippe.

Junto a su esposa Marita, el artesano lloró el nacimiento sin vida de una hija y también lloró, tres años después, al notar que a él también se le iba la vida, cuando una nueva pandemia lo borró de este mundo tras enfebrecerlo durante diez días.

Marita ve a lo lejos el pueblo y desmonta para aliviar a la mula. Deja que la bestia acaricie su hocico en los zarzales y la recompensa sacando una manzana de las alforjas.

Ya es tarde para darle la espalda a la dama dormida.

Desde ese punto, la cadena montañosa de la sierra, vista en la lejanía, asemeja a una mujer tumbada. Marita ha oído decir que la señora que perfilan las montañas espera la noche con los brazos cruzados y desde la niñez rehúye asistir a esa muerte diaria que representa la figura apagándose en el cobrizo horizonte. «No tengo edad para amoríos», dice a las estrellas, y se mira las manos, queriendo saber si nació vieja, pues también de joven sintió esa angustia que en el presente la aprieta por dentro. Tras pensarlo un

rato más, decide que este mal no deben traerlo los años a la vida, sino las cosas que a una la envuelven y la nada que queda cuando esas cosas se pierden o se van.

El solitario camino se oscurece y Marita pasa sus manos por las vestiduras como si sacudiera gotas de lluvia que no han de dejar rastro. El animal la sigue dócilmente cuando emprende la marcha.

La casa a la que vuelve fue obra de Philippe, allí vivió su largo tiempo de viudedad, hasta que sus vecinos españoles, hijos, nietos y tataranietos de españoles empezaron a señalar a los afrancesados, y dejaron recado en las fachadas con palabras escritas en rojo. Muchos de los compatriotas de sus padres regresaron a Francia asustados. Ella limpiaba los insultos y se ocupaba tejiendo labores de hilo para soportar el miedo, hasta que un día las letras que le decían gabacha y anunciaban maldades no fueron escritas sino gritadas ante su puerta por una turba enfurecida.

Ese día sus manos temblaban tanto que Marita pensó que el ruido de las agujas chocando la delataría y decidió dejar de esconderse. Podía hacer algo más que esperar encogida a que echaran la puerta abajo.

Podía correr.

Cuando los gritos cesaron, salió entumecida de la diminuta leñera en la que se había ocultado, cogió algunos enseres, se asomó a la trasera y, al verla libre, enganchó la tartana a la dócil mula. La habló con dulzura unos segundos y después la espoleó con furia, gritando el nombre de todos los santos que conocía para que protegieran su huida y no la dejaran perecer a manos de esos salvajes que habían nacido en su misma tierra.

Mucho hubo de trabajar, al regresar, para que aquella casa volviera a ser su hogar. Y aún peor resultó el afanoso deber de alejar los peligros.

Pedro salta sobre ella cuando poco después Marita llega a casa.

—Lo he cavilado, planeado tengo todo, usted de cierto, sabe… —El joven lleva horas esperándola. Está tan excitado que las palabras se atropellan en sus labios y crean confusas sentencias.

—¡Ten piedad, jovenzuelo! —Marita le mira todavía desconcertada y le tapa la boca con la mano clamando silencio—. ¡Vengo de hacer un largo trecho andando porque esta mula nuestra está más vieja que yo y antes de escuchar tus ocurrencias, ¡por asombrosas que sean!, necesito tomar asiento y, a ser posible, una hogaza de pan con manteca.

El chico acerca un par de sillas a la mesa y hace sentarse a Marita, le tiende el botijo y ella lo vence hacia su garganta dejando

que el reguero de agua fresca recorra también su cara y parte de su cuello. Marita se enjuaga con un paño almidonado los sofocos del paseo y toma deprisa la cena que Pedro le ha servido con sorprendente habilidad. Se queda con ganas de comer más longaniza y otro pedazo de queso, pero sabe que debe administrar la comida o sucederá como otras veces, que hasta el siguiente mercado nadie comprará sus labores y solo habrá pan duro en la fresquera. Además, el muchacho sigue con mirada impaciente sus últimos bocados y se resigna pensando que quizá sea un gran alimento, al menos para su alma, el asunto que el joven le quiere confiar. Con el último bocado todavía entre los dientes, le hace una seña a Pedro, invitándolo a hablar.

—¿Sabe usted el hijo del herrero, el que decía don Servando que nunca iba a las clases? Pues esta tarde el cura me ha encontrado por la calle y me ha dado dos reales para que buscara al muchacho entre los que jugaban en la plaza y lo llevara a la sacristía. Cuando di con él, me siguió sin poner pega alguna y lo llevé a la iglesia. Como don Servando no me dijo que me fuera, me quedé escuchando y así puede saber que, según el chaval, su padre, el herrero, tenía una hermana monja que murió al contagiarse de unas fiebres al poco de empezar la guerra, y tras dejar por mal consejo la seguridad del convento y hacer una penosa marcha hasta otro convento. Allí, según él, murieron casi todas las monjas de la congregación. El herrero acusa a los prelados del fallecimiento de la hermana y le ha dicho al hijo que, mientras gobiernen nuestra España los liberales, nadie le obliga a sentar a su prole ante el encerado de un cura.

Pedro calla y espera a que la mujer dé muestras de haber entendido el relato.

—Hace bien el hombre si esa no es su fe —contesta Marita—. Tú aprendiste con don Servando las primeras letras a los siete años, pero entonces corrían otros tiempos, reinaba con todo su poder Fernando y no era de discutir…

—¡No, no, no! No es eso lo importante —ataja Pedro—. Lo valioso del asunto es…

—¡Que ganaste un par de reales! —añade traviesa Marita.

—¡No, señora mía! ¡Lo valioso del asunto es que he sabido que la hermana monja del herrero profesaba en el convento de San Agustín y que ya sabemos por qué ninguna monjita regresó! ¿Comprende usted lo que esto significa?

Marita asiente.

Durante los últimos catorce años no ha dejado de preguntar a don Servando y a los párrocos de las iglesias de Segovia por la suerte

de aquella congregación, y en ese tiempo ha visitado por costumbre y sin faltar un lunes los muros del convento. Desde la marcha de los franceses, no se ha vuelto a habitar, pero no pierde la esperanza de que cualquier día, al acabar el mercado y hacer la ronda por la fachada en ruinas, surja una voz más allá de la enredadera silvestre, y le indique que las hermanas han vuelto a San Agustín y con ellas, alguna noticia de sor Teresa y, por ende, de la madre de Pedrito. Marita observa a su niño, que a su vez la mira fijamente, esperando un gesto. Está muy cansada pero la noche ha sido bendecida con luna llena y la casa del herrero les queda cerca.

La mujer se envuelve en un largo suspiro.

—Vayamos —le dice al muchacho. Antes de que ella termine de ponerse en pie y estirarse la falda, el joven se ha calzado y camina ya unos pasos por delante.

El herrero les hace saber, sin abrir la puerta, que no atiende apremios acabado el día, pero descorre el cerrojo cuando Marita le asegura que ninguna prisa los lleva allí.

—Y entonces, ¿qué quieren a estas horas? —pregunta con sequedad mientras se asoma. Su cráneo resplandece a la luz de la luna, ni un solo cabello en la cabeza o en la barba.

Marita y Pedro dan un paso atrás, sobrecogidos por su aspecto. Ella no le había vuelto a ver desde que años atrás le sorprendiera por las calles de San Ildefonso, dirigiendo la mula y la tartana que la madre de Pedro se llevó. Marita le paró, y le dijo que ambas cosas eran suyas. El joven herrero se encogió de hombros y le devolvió las riendas, mientras le explicaba que había encontrado al animal abandonado, tirando de la carreta rota. Después de reparar la rueda trasera, como nadie la reclamó, se la había quedado. Ahora el hombre ofrece una apariencia muy desmejorada y no parece reconocerla.

—Discúlpenos, señor —dice Marita, reponiéndose—. ¿Es usted Justo Cuellar, el herrero?

—Así me llamo, como mi padre y el padre de mi padre. ¿Qué se les ofrece?

—Pues verá, señor —anuncia—. Llevo años queriendo saber de una monja de San Agustín, y hoy nos hemos enterado de que una hermana de usted era religiosa del convento, sería muy grato para mí si me pudiera dar algún detalle…

Justo Cuellar parpadea varias veces seguidas. Sus ojos son extraños, no tienen pestañas y un borde carnoso rodea las pupilas oscuras que se clavan en ellos antes de hacerlos pasar. Varias cabezas asoman tras una cortina que separa las habitaciones de la sala de estar. La mujer y los hijos, una niña y un niño, dan educadamente las

buenas noches y se retiran de nuevo. El hombre se sirve vino de una garrafa, pero elude ofrecerles nada y tampoco les invita a sentarse en los asientos de forja. Después de un largo trago, vuelve a llenar el vaso y cuando comienza a hablar su aliento es caliente y desagradable.

—Mi hermana era una chiquilla y mi padre la entregó al convento sin que ella lo pidiera. Solo pude volver a verla una vez, pues a las novicias pobres no se les dejaban visitas —dice antes de beber de nuevo—. Yo también era un chaval cuando llegaron los franceses, pero quise ir por ella y traerla a casa. El viejo no me dejó y, para no regañar más con él, me uní a los grupos que luchaban para defender al pueblo. Vi a mi hermana cuando huían hacia otro convento, según dijo, más seguro, pero lo cierto es que pude saber que los curas habían prometido San Agustín a los franceses para que les sirviera de albergue mientras estuvieran en Segovia. Así lo hicieron en muchos sitios, hacinaron a las monjas en un puñado de conventos y concedieron a los franchutes el uso de los que dejaban vacíos. Esperaban que al terminar la invasión les devolvieran todo, pero ya se vio que solo quedaron la ruinas y que pocas sores sobrevivieron a las calamidades de andar por los caminos. Mi hermana, no sé por qué, no quiso venir conmigo, aunque le supliqué. Era solo una hermana lega, pues se entregó sin dote y estaba condenada a servir a las hermanas de coro, las monjas de mayor rango y fortuna, pero no quiso dejarlas. ¡Y por no hacerlo encontró la muerte! Por enfermedad, me dijeron, pero más bien fueron el hambre y el frío y la mala voluntad de los curas las que acabaron con ella.

Pedro y Marita se miraron un instante.

—¿Y las otras monjas? ¿También murieron? —preguntaron la mujer y el chico a la vez.

—Se salvaron muy pocas, solo las que tuvieron la suerte de que sus pudientes familias llegaran a tiempo. Cuando pude enterarme de dónde estaba el convento al que habían marchado, acudí. Pero solo para arrodillarme ante una tumba común y llorar por mi hermana. Esa fue la última vez que recé en mi vida. Les deseé a las moribundas que agonizaban un pronto final, pues estoy seguro de que a ese odioso lugar jamás llegó la sanación.

—¿Qué lugar era ese? —pregunta Marita.

—El convento de la Hoz, levantado en un recodo del Duratón, en tierras de Sebúlcor, tan húmedo e inhóspito que si el río viene crecido, desaparecen los caminos que van a él —asegura el hombre.

—¿Queda lejos de aquí? —pregunta Pedrito.

—Dos días que pueden ser tres si llueve —contesta el herrero mientras se pellizca el ojo derecho y después de haber vuelto a beber

—. ¿Para qué quieren ir hasta allí? —Dice luego con sorna.

—Como le dije, llevamos años buscando a una conocida que profesaba en San Agustín… —comienza a explicar Marita.

—Nadie les contará que todas murieron de la epidemia, porque es una gran vergüenza para esta Iglesia haberlas dejado morir así —la interrumpe el hombre con una exhalación de aliento agrio—. ¿Por qué creen que San Agustín acabó en ruinas? Porque es mejor para los curas ver sus muros caídos. ¡Menos paredes a las que arrimar sus remordimientos! Se lo dice alguien que no presume de buena conciencia, precisamente —exclama entre amargadas carcajadas, mientras toma un candil y empuja suavemente a Pedro y Marita hasta la calle.

Marita entonces se da cuenta de las profundas y minúsculas heridas que cruzan su cara imberbe.

—Por cada valiente ciudadano que se revolvía contra los franceses había un cura azuzando —continúa el herrero—. Los otros, los prelados y el resto de los gobernadores eclesiásticos, trataban en apariencia con las juntas provinciales para hacer causa común contra el enemigo francés. ¿Saben lo primero que hizo Napoleón en España? Pues ordenar contra el Santo Oficio. ¿Y saben lo que hizo Fernando después, cuando se coronó? ¡Pues devolver favores, restaurando la Inquisición! ¿Y queda así claro cuál era el bando de la Iglesia durante la guerra? ¡Pues no, señores! Porque en los peores años de sublevación, cuando España iba en desventaja, se apalabraron arreglos entre los franchutes y los curas para que no se perdieran sus riquezas. Al fin, todo les salió mal.¡Y ahora, claro que sí que se sabe dónde están! ¡Alimentando revueltas para hacer caer a los liberales y volver a sentar al Deseado en el trono como rey absoluto! —Hace una pausa, recordando algo y añade—: Y hoy, ¡buena chanza!, trae mi hijo recado del cura para que vaya a aprender. ¡Ja!

De repente, suelta otra risotada y les da la espalda, alejándose hacia la casa sin despedirse ni dejar de reír mientras apaga el quinqué.

La noche vuelve a ser silenciosa. Marita mira a Pedro y piensa que en la oscuridad los ojos del chico parecen dos luciérnagas a punto de echar a volar. Suspira otra vez y se prepara para hacer el camino de vuelta en compañía del lenguaraz muchacho y de sus apremiantes preparativos de partida hacia Sebúlcor, pero se equivoca.

—¿Es cierto eso que decía el herrero? —pregunta Pedro cuando echan a andar.

—Ha dicho muchas cosas, ¿a cuál de todas te refieres? —apunta con desdén Marita.

—Eso de que los curas azuzaban a los españoles para que

lucharan contra los franceses —aclara el joven.

—Bueno, yo luché y a mí no me azuzó ningún cura, pero he oído cuentos y de una cosa estoy segura: cada ser se levanta en la mañana con una idea propia en la mollera. Así que lo lógico es pensar que cada español que se rebeló contra el enemigo lo hizo por sus propios motivos, seguramente bien diferentes unos de otros —dice Marita.

—¿Y los suyos cuáles fueron? ¿Por qué usted nunca quiere hablar de eso? —insiste él.

—Lo que ocurrió en la guerra no merece un recuerdo, cielo mío —apostilla con dureza.

El chico la mira de reojo y lanza un escupitajo hacia la maleza. Por un instante los grillos se silencian y Marita le reprende, él escupe de nuevo y Marita ríe la burla, pero se pone seria y se detiene encogiendo los hombros.

—En fin, si quieres saber, te diré que yo no empecé luchando por causa alguna. Bueno, ¡quizá sí!, te defendía a ti, a nosotros. Para mí, los franceses, por mis lazos familiares, no encarnaban un enemigo natural. Sin embargo, yo adoraba a Fernando, me enorgullecía estar en el lado del príncipe de Asturias. ¡Yo, una humilde viuda! Y luego sucedió un hecho que nunca antes había pasado en mi vida. ¡El corazón me latía con fuerza, Pedrito! Podía ir y venir por las calles a mi antojo, podía recoger mis faldas hasta la rodilla y soltarme los cabellos. Si había manduca, podía comer y beber; y si no había nada que llevarse a la boca, sabía cómo burlar el hambre. Te cuidaba, ayudaba en lo que podía en el hogar de los Páramo y luego nos unimos a la lucha. Seguía órdenes y, a veces, yo las daba. ¡Yo disponía mandatos a hombres y mujeres! Y hasta me enfrentaba a los peligros haciendo amigos entre el invasor, yendo de un lado a otro bajo el fuego cruzado de los nuestros, ingleses y españoles, contra las tropas francesas. ¿Y para qué? Llegó Fernando y las mujeres lo perdimos todo otra vez. El cabello hemos de llevarlo agarrado en la cofia; el jubón, más cerca del cuello que del pecho; la basquiña, siempre negra y a ras del suelo, no sea que a las piernas le falten unas faldas. Nadie te escucha, pues eres solo una mujer y cada cual volvió a su sitio. —En ese momento piensa en el Mediazanca y su mirada se vuelve líquida —. ¡Menos mal que te tenía a ti, Pedrito! —dice abrazando al chico.

—¡A mí y a Riego, nuestro libertador del año veinte! —exclama el joven soltándose con burla del abrazo—. Marita, si hubiera una guerra ahora entre la gente del rey y los leales al gobierno, estaríamos con los liberales, ¿verdad?

—¡No habrá ninguna guerra! ¡Y guarda silencio, tontaina! ¡Vete a saber quién nos escucha! —le pide Marita sonriendo, mientras deja

que tome su mano lo que resta de camino.

Antes de dormirse, la mujer cavila sobre la maduración de espíritu del muchacho. ¡El muy bribón!, reconoce casi en sueños Marita, no desaprovechó su momento de debilidad y en mitad del sendero, con sus dedos entrelazados a los de ella, comenzó a fraguar para la mañana siguiente, sin ir más lejos, una visita al convento de la Hoz, en Sebúlcor.

—¡Ay de mí, Pedrito! —dijo la mujer, sin que se le ocurriera en ese momento nada más que objetar.

Pedro mira al cielo apesadumbrado y lanza un juramento. Marita le reprende y le da un flojo manotazo en el cogote. La mujer calla, pues si abriera la boca no podría evitar asimismo una maldición. Sus ojos también están clavados en unas nubes negras que parecen flotar en carbón.

Caminan desde hace días, siguiendo la vega del río, rumbo al convento de la Hoz, en Sebúlcor.

Esta mañana, desde muy temprano, han notado que empezaba a oler a lluvia y cuando recogían yesca para prender en la noche una lumbre, se han cruzado con varios gazapos que volvían atolondrados a sus madrigueras. Pedro no ha podido evitarlo, se le hacía la boca agua y de una certera pedrada ha conseguido una sabrosa comida que nada tiene que ver con el pan seco y las frutas silvestres que les han venido alimentando. El aroma del tomillo en las brasas, envolviendo la carne tierna, se ha instalado en sus fosas nasales y ha sido al despertar de la siesta, cuando se ha hecho más persistente el olor a campos mojados. Los corrillos de moscas que durante todo el día les han zumbado alrededor han desaparecido y han dejado en el ambiente una extraña calma. El muchacho lamenta ahora, mirando al cielo, no haber prestado atención a las advertencias de la tierra.

Las primeras gotas embarran los platos de latón. Pedro y Marita recogen con rapidez el resto de los enseres y los guardan en el zurrón mientras buscan con la mirada refugio en los alrededores.

Del suelo caliente suben hilillos de vapor y es un hecho que la lluvia ya no huele, pues en pocos minutos todo lo ha envuelto con su manto acuoso.

—Si hubiéramos traído la tartana… —se reprocha ella en voz alta.

—Pero la mula no podía hacer este largo camino —le recuerda Pedro, cuya camisa mojada empieza a pegársele al cuerpo.

El lugar en el que se han detenido para comer y descansar en las horas más calientes del día es el claro de un pinar. Desde la guerra, Marita siente pavor por los espacios cerrados e intenta acallar una

punzada de angustia al verse cercada por un laberinto de troncos finos y alargados. Pedrito, empapado ya, no entiende la confusión de la mujer y tira de ella, la obliga a correr y no la suelta hasta que poco después atisba una pequeña abertura en un risco de piedra y la empuja dentro. Allí la deja sola mientras sale a buscar bajo los pinos ramas y piñas hundidas que aún no estén mojadas y puedan arder.

Marita tiembla y estruja sus manos, hace sonar los nudillos. Oye un trueno más fuerte que sus propios latidos y poco a poco comienza a tranquilizarse.

—Es solo una tormenta —se dice—. Es un aguacero que pronto pasará y después volveremos a ponernos en marcha. No hay nada más que temer, estamos ya muy cerca del convento.

Mientras, Pedro ha encontrado algunas ramas secas y está regresando al refugio. Le gustan las tormentas, pero esta no. Llueve mucho. Se encuentran muy cerca del río y está preocupado porque de sobra es conocido que el Duratón se desborda incluso en verano.

Marita le espera tiritando. En el agujero que han encontrado apenas hay sitio para los dos, pero da gracias a Dios cuando le ve aparecer. Dobla sus piernas y se sienta sobre ellas para que el chico pueda entrar y hacer chasquear el pedernal hasta que una diminuta llama aparezca ante ellos. Afuera se suceden los relámpagos y deciden cubrirse con sus mantas antes de que el fuego se apague y les deje a merced del frío y la oscuridad.

Al despertarse, Marita siente un insoportable dolor en las piernas. Ha dormido sentada, con el cuerpo encogido sobre sí mismo. Las rodillas casi tocan su cara y cuando levanta la cabeza para aliviar el cuello entumecido, descubre disgustada que Pedro duerme boca abajo, apoyando el torso sobre sus faldas mientras la mitad de su cuerpo se halla fuera, a la intemperie. La mujer extiende una mano y nota los calzones del chico empapados. En algún momento de la noche, Pedro debió estirarse y tender sus piernas a la lluvia. Marita le mueve suavemente. El joven tarda un rato en enfocar la mirada y despertarse del todo. Cuando lo hace, le brinda una gran sonrisa, se echa a un lado para que ella pueda salir y se compadece de los gestos de dolor que acompañan cada movimiento de la mujer.

En el exterior de la diminuta cueva, la tormenta por el momento ha cesado y ha convertido el suelo en lodo.

Y el cielo también parece embarrado.

Muy cerca se escucha el río que discurre caudaloso y alegre hacia Valladolid.

Marita estira su cuerpo con alivio y cierra los ojos. Intenta retener esa imagen de Pedro, despertando feliz pese a las

incomodidades. Siente orgullo de verlo crecerse en la dificultad y todavía nota su mano tirando de ella con la misma fuerza y amor que hubiera empleado el más valiente de los hijos.

Él tose a su espalda. Aunque avanza el mes de julio, la mañana es fría y la ropa mojada le hace temblar. Marita se cubre los hombros con la manta de lana y tiende otra parecida al muchacho. Están formadas por pequeños cuadrados multicolores que ha tejido ella misma, utilizando restos de madejas.

—¿Para qué? ¿No ve que en cualquier momento lloverá otra vez y me volveré a mojar? —dice el chico ante la insistencia de ella para que se quite los calzones húmedos.

—¡Pedrito, enfermarás si no te quitas esas ropas! —advierte ella con severidad—. Deberíamos buscar un mejor resguardo y alejarnos del río. Si vuelve a llover como anoche, podríamos tener problemas. ¡No contábamos con esto!

—¡Es solo una tormenta, mujer! —estalla el chico abriendo los brazos.

—No, Pedro —dice Marita muy despacio para intentar calmarle —. Ayer sí que parecía solo una tormenta, pero hoy no pinta bien. Me siento angustiada, como si alguien fuera a cascar un huevo sobre nuestras cabezas. Ha llovido mucho y creo que aún va a llover más…

Pedro le arrebata la manta y se cubre con ella los hombros.

—¡Pues entonces hemos de ponernos enseguida en camino, dijo el herrero que el convento se levanta en un recodo del río y que si llueve mucho, sube el caudal y es imposible llegar a pie!

Marita fija la vista en las nubes de color pardo, las más rojizas parecen de arrebol, pero ningún rayo de sol las ilumina. Están colmadas, listas para soltar su carga plomiza sobre cualquiera que se aventure por los caminos.

—Pedrito, tal vez sea mejor, como te digo, ponernos a cobijo hasta que pasen las lluvias y después regresar a casa —vuelve a hablar la mujer con tono conciliador—. Podemos intentar regresar al convento más adelante, cuando mejore el tiempo.

Él la mira fijamente, sus pupilas castañas echan chispas. Aprieta las mandíbulas y sus labios se hacen finos, de manera que se puede ver con qué fuerza está oprimiendo los dientes.

—¡No! —grita Pedro y al momento suaviza el tono—. No hemos llegado hasta aquí para darnos la vuelta ahora. ¡Estamos muy cerca! Si nos apresuramos, tal vez en un par de horas habremos llegado. ¡Por favor! —suplica tendiendo una mano.

—Pero ¿y si cuando lleguemos el caudal ha subido mucho y no podemos acercarnos al convento? ¿No será mejor intentarlo más

adelante? ¡Mira arriba! ¡Mira esas nubes, mi niño!

Pedro alza la vista. Marita cree que se va a encarar con las nubes, pero el joven murmura una especie de oración, después se santigua y saca de su camisa una fina cadena que pende de su cuello y de la que cuelga una medallita rectangular. Besa la medalla y la pone a mejor recaudo en el estuche al fondo del zurrón.

—Marita, le juro por este oro que dejó mi madre que llegaremos como sea a ese convento hoy mismo.

La mujer resopla y un trueno rompe en la distancia.

Más tarde, los dos se ven obligados a mirar otra vez al cielo.

A lo lejos, el enorme peñasco cuyas paredes forman un abrupto precipicio sobre el río se ve majestuoso. Marita y Pedro contemplan maravillados el paisaje desde el farallón y observan mucho más abajo, casi confundido con la piedra gris que lo rodea, el convento de la Hoz. Parte de su estructura está clavada a la roca y el resto se ve rodeado de agua, como si la edificación emergiera de las profundidades en ese meandro del Duratón.

Han transcurrido varias horas desde que reiniciaron la marcha. Los primeros momentos los pasaron protegidos de la lluvia en una cabaña de pastor deshabitada. Los últimos compases del viaje, una vez que dejó de llover, los han hecho caminando tan aprisa que Marita siente estar al borde de sus fuerzas. Con un suspiro, la mujer se deja caer sobre la hierba mojada. El sol de verano comienza a calentar de nuevo, pero ya está entrada la tarde y pronto oscurecerá.

Pedro tiende su mano a la mujer para que se incorpore y ella lo hace a regañadientes.

—¡Vamos! —dice el muchacho—. Hemos de bajar.

Marita da unos pasos hacia el barranco, intentando ver mejor y luego camina hacia ambos lados sorprendida.

—¿Y por dónde quieres que bajemos, botarate? ¡No se ve ningún camino y todavía no han crecido alas en mis pies!

—No hay ninguna senda visible, pero por suerte estamos en el mismo lado de la orilla, así que tendremos que bajar por la ladera abriéndonos paso con mucho cuidado. ¡Vamos, Marita, hemos de llegar antes de que se haga de noche!

Ella mira hacia abajo y se persigna, preguntándose cómo fue posible que alguien pudiera levantar una construcción en el fondo de ese cañón tan difícil de alcanzar. Mientras da los primeros pasos y sigue al chico hacia lo profundo del desfiladero, reconoce que el enclave es tan perfecto para el recogimiento como ingrato para las visitas. A mitad del descenso, Pedro hace una pausa y Marita casi llora agradecida. La bajada resulta muy pronunciada y le tiemblan las

piernas, pero no deja de seguir al muchacho, sin levantar la mirada del suelo rocoso. Pone con mucho cuidado un pie delante del otro hasta que bruscamente Pedro se detiene.

—Es imposible continuar —comenta el joven sin darse la vuelta —. Aquí el muro se hace demasiado alto y, como temíamos, la lluvia ha elevado el cauce del río y no nos permite avanzar por tierra.

—A menos que nademos hasta alcanzar el último tramo — aventura Marita.

Pedro se gira horrorizado. Él es capaz de pescar en el Eresma de vez en cuando y hasta puede andar descalzo por la orilla de lagos o riachuelos, pero desde que era niño evita las profundidades. Marita jamás consiguió que metiera la cabeza en el balde para enjuagar sus cabellos e incluso en invierno era necesario echárselo por encima para quitarle los restos de jabón. Si había algo que le inquietara especialmente en toda la travesía, era que se diera esta posibilidad y ahí está Marita, empujándolo hacia el río para que no desista.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, no te irás a dar por vencido ahora, ¿verdad, mi niño? —le azuza la mujer enfadada.

—¿Cómo es eso que repite usted? ¡No contábamos con ello! Pues yo no esperaba esto, Marita, y de verdad le digo que…

La mujer, resuelta, no le deja hablar más. Se descalza, da un pequeño salto y se zambulle en el agua, que está fría y, para alivio de Pedro, apenas le llega a la cintura. El chico no puede evitar una carcajada cuando ve las faldas de la mujer flotando alrededor de sus caderas y, con un temor que no oculta, se mete en el agua tras ella. Con las manos en alto, llevan por encima de sus cabezas las alpargatas de Marita y el morral en el que guardan las mantas y los cacharros.

Recorren un trecho del camino y siguen la pared cubierta de musgo, con medio cuerpo hundido en la suave corriente. Superan el recodo del río y poco después alcanzan una orilla de juncos, de pronunciada pendiente, que desemboca, por fin, en el sendero de entrada al convento. Sus movimientos van dejando un rastro mojado y a Marita le sangran las rodillas, pues las ropas empapadas la hicieron resbalar una y otra vez en la empinada ribera.

Un penetrante olor a humedad rodea la vegetación del camino, que se vuelve más verde y densa según se adentran, y el fango comienza a formar costras de barro en sus pies.

Delante de la fachada se quedan sin aliento.

El manto de hiedra y la maleza que cubre el convento les impide alcanzar la puerta.

—¿Será posible que después de todo no viva nadie aquí? —Esta vez sí, los pensamientos de Marita se escuchan en voz alta.

Pedro coge la primera piedra que encuentra y la lanza furioso al río. Ella maldice abiertamente y gruñe mirando al cielo, ya despejado, cuya inmensidad azulada aparece rasgada a esa hora final del día por las primeras estrellas y por un pequeño hilo de humo blanco.

La mujer se abraza para darse calor y se aleja de la entrada. Camina hacia atrás. Sigue intrigada la diminuta humareda y de repente su corazón estalla.

—¡Pedrito, Pedrito! ¡Mira! ¡Fíjate en aquella chimenea! ¡Sale humo! ¡Hay alguien dentro, gracias a Dios!

El muchacho toma una rama seca y se acerca a la puerta. Durante unos minutos golpea la madera con tesón. Astilla la vara hasta que al fin se produce un leve movimiento en una ventana superior y un cerrojo se descorre. Pedro usa el palo como escudo y se adentra decidido en la maraña. Marita, tiritando, le sigue. Pasa un largo rato hasta que empujando con todas sus fuerzas logran abrir desde fuera la vieja puerta. Antes han tenido que despegar del vano una gruesa capa de rastrojos y hojarasca.

Dentro les esperan cuatro monjas muy asustadas. Ellos también se encuentran aturdidos, por lo que se prolonga el silencio y es Marita, finalmente, quien con la voz temblorosa por el miedo consigue decir algo.

—Disculpen la molestia, hermanas. ¿Es este el convento de la Hoz?

Las religiosas fijan la mirada en una de ellas, la más anciana sostiene un bastón entre sus manos a modo de arma.

—Soy la madre María Micaela de San José, prelada de este convento, conocido como el convento de la Hoz. ¿Qué buscan en esta casa de Dios?

—Perdone, madre, las horas del día y el presentarnos así, pero este joven y yo venimos buscando a una persona que es probable que siga aquí, ya que la última vez que se supo de ella profesaba en este convento —responde Marita.

—Nada sabemos de la gente que estuvo aquí y se marchó, y nada tenemos que ofrecer, pues todo objeto de valor fue prendido por los soldados —contesta la sor y hace notar que porta un cayado.

Marita levanta las manos instintivamente con las palmas hacia arriba y observa que las demás monjas también portan, a su manera, útiles de defensa, como un cucharón de madera o sendos cuchillos.

—¡No, no teman por nosotros! —aclara él con las manos levantadas también—. Somos gente de bien. Yo soy Pedro y ella es Marita, y solo queremos averiguar sobre la persona que buscamos. Perdónennos, por favor, esta manera de presentarnos, pero venimos

desde muy lejos y estamos muy cansados, además de empapados y ateridos.

—¡Somos gente de bien! —repite Marita—. ¡Nada queremos, solo necesitamos saber si la persona que buscamos se halla aquí o si saben qué fue de ella!

Las cuatro monjas parecen serenarse, se miran entre sí, dan su aprobación.

—Disculpen ustedes nuestra falta de modales, pero los tiempos que corren, tan llenos de maldad, nos han vuelto temerosas de los hombres —indica la madre María Micaela—. ¡Somos buenas cristinas y estamos a su merced, señores! Hagan el favor de pasar.

Marita se santigua y hace un gesto al muchacho para que se persigne también antes de entrar. Observa que las religiosas lucen togas oscuras y grandes cruces de madera en el pecho. El suelo del recibidor está lleno de hojas secas y, cuando cierran la puerta, se desvanece la poca luz que alumbra la estancia.

—¡Vengan aquí dentro! —dice la madre internándose en un corredor—. Por desgracia hace mucho tiempo que se acabó la mecha de vela y, sin lámpara ni candil, el fuego del hogar se convierte en nuestra única manera de alumbrarnos cuando llega la noche.

En la cocina, el resplandor de las llamas descubre los rostros secos. Los cuerpos menudos y encorvados que se adivinan bajo los hábitos raídos se mueven con soltura entre las sombras. Una de las monjas ofrece a Marita ropa limpia y otra de ellas la acompaña con una antorcha para que pueda mudarse en la sala contigua. Por pudor, Marita solo acepta cambiarse las enaguas, estas son ásperas pero huelen a espliego y están secas; Pedro, sin embargo, rehúsa y prefiere terminar de secarse dentro de sus propias vestiduras al calor de la lumbre. En medio de la mesa, se alza un puchero y todos toman asiento a su alrededor.

—Nuestros víveres son escasos, pero algo tenemos de miel, frutas y hortalizas, ya que nuestro señor Dios nos provee con estas bendiciones de la tierra —explica la superiora—. Estábamos a punto de tomar nuestra cena y nos es grato compartir nuestro alimento. Coman, por favor, y mientras, ¡conversemos!

Pedro sorbe la sopa de nabos y zanahorias como si fuera lo más delicioso que ha comida en su vida. Después hinca los dientes en una pera y bebe de un solo trago una jarra de agua. Marita le reprende con los labios apretados y hace esfuerzos por no mostrar la misma voracidad que el chico, pues el caldo le parece realmente exquisito. Tras saborear una manzana, ordena a Pedro que deje de comer tanto cuando este se lanza a por el resto de frutas.

—¿De dónde vienen ustedes? —quiere saber la madre María Micaela.

—De San Ildefonso —contesta el muchacho sin dejar de masticar —. Llevamos varios días de travesía y creíamos que finalmente no íbamos a poder bajar y llegar hasta aquí con la crecida del río.

—¿Y cómo sigue la contienda? —pregunta con timidez la monja —. ¿Continúan su avance las tropas de Napoleón?

Pedrito, que a punto está de darle el último bocado a una manzana, se queda con la boca abierta.

—¿Cómo dice usted, hermana? —inquiere Marita, ladeando la cabeza.

—Pregunto por esta dichosa guerra que tanto mal nos ha traído —contesta la prelada.

—¡Pero la guerra acabó! —prorrumpe Pedro.

—¿Cuándo? —exclaman las cuatro religiosas a la vez.

—¡La guerra terminó en el año catorce! —revela Marita—. ¡Y ahora estamos en el veintidós! ¡Han pasado ocho años!

Las monjas tocan instintivamente sus cruces y después juntan las manos en los regazos. Todas lloran aliviadas.

—¡Dios santísimo! ¡La guerra acabó! ¡Virgen santísima! ¿Y quién venció? —pregunta con los ojos enrojecidos la superiora—. Hemos pasado muchos años de miedo, enterrando a nuestras queridas hermanas que perdían la salud en estas paredes, soportando las epidemias, los saqueos de la guerrilla y de los franceses, y rezando por las almas de los caídos. ¡Hemos agradecido a Dios cada día que pasaba sin que una guarnición llamara a nuestra puerta y resulta que lo que hemos de agradecer es que el mundo se olvidara de nosotras! — exclama sollozando—. ¿Qué mundo quedó ahí fuera? ¿Quién venció?

Marita toma la mano huesuda de la monja y la estrecha con orgullo antes de contestar.

—¡Ganó el pueblo, madre! ¡Luchó el pueblo y los echamos de aquí! ¡Ya no han de temer, pues no queda en estos confines ningún soldado enemigo!

Las religiosas se santiguan y dan gracias a Dios.

—¿Y reina Fernando, al fin? —indaga la prelada.

—¡Sí, madre! —responde Pedro con tono de resignación—. Cuando terminó la guerra, coronamos a Fernando VII, ¿y sabe qué hizo él? ¡Volverse malo! ¿Verdad, Marita?

Marita le sostiene la mirada, intentando que el chico entienda que ha de callar, pues como le ha repetido unas cuantas veces, es peligroso tratar ciertos asuntos fuera de casa, pero el muchacho no atiende la advertencia y sigue hablando.

—Hará dos años, un militar llamado Riego puso las cosas de nuevo en orden y ahora hay unos señores políticos, los liberales, gobernando el país junto con el rey. Ahora tenemos un ejército dividido entre liberal y realista, un rey absolutista y un gobierno moderado. El otro día oí que vuelven las milicias y que nos acercamos a otra guerra…

—¡Basta ya, zoquete! —interrumpe Marita y se da cuenta enseguida de que lo ha dicho con voz demasiado alta—. ¡No teman, que la situación no es tan mala, al menos no en Segovia y menos aquí en la paz de este convento, que Dios quiera que les dure muchos años!

Las monjas, mudas tras el sobresalto, se santiguan y piden permiso para ausentarse unos momentos y rezar. Se dirigen a oscuras a un saloncito que les sirve de capilla. Desde el tragaluz, la luna ilumina sus plegarias y deja entrever una pequeña imagen de la Virgen María.

Cuando vuelven, descubren a Pedro y Marita amodorrados, pero el frufrú de los hábitos les saca del sopor y la mujer bebe otro vaso de agua para espabilarse. Tose, se aclara la voz y se prepara para preguntar por sor Teresa, no sin antes amonestar una vez más al chico, quien de nuevo mira con gula el cesto de frutas. El muchacho teme tanto lo que puedan responderle que obedece y aleja de sí la cesta, pero cuando Marita comienza a hablar, la madre superiora la detiene.

—¡Señora Marita, joven Pedro! Las hermanas y yo venimos de orar ante Nuestra Madre y de darle las gracias por nuestra salvación. En nombre de esta humilde congregación, quiero decirles que les estamos profundamente agradecidas por haber venido a esta casa. Con el paso de los años, los caminos para llegar aquí deben haberse borrado y nuestro convento ha caído en el olvido. Nosotras seguimos la orden del prior de no salir jamás de estos confines de amparo que nos da La Hoz y librarnos así de terribles males, como los que infligieron a aquellas hijas de María, que según supimos fueron sorprendidas por los soldados en campo abierto y perecieron con la sangre cayendo entre sus piernas. ¡La Santa Madre nos guardó y aquí nos mantuvo a salvo! ¡Tal vez las gentes del pueblo creyeron que finalmente huimos y pocos podrán imaginarse que aún sobrevivimos cuatro de nosotras! Las noticias que traen usted y el joven son un bálsamo para esta pequeña comunidad, pero hemos decidido que en nada cambiarán nuestras vidas, pues si Dios quiso poner esta carga sobre nuestros hombros es porque podemos soportarla. Yo soy la de más edad y ya vivía aquí cuando llegaron las hermanas de San Agustín, tan enfermas que a los pocos días se ocupó por entero nuestro camposanto. A otras, en los primeros días, vinieron a buscarlas sus

familias y las que quedamos aquí aprendimos a cultivar el huerto en el patio interior donde antes estuvo nuestro hermoso jardín. Un día, creo que en algún otoño, se derrumbó el techo de la iglesia y bajo los escombros tuvieron que buscar los impíos saqueadores las pocas reliquias y alhajas que aún nos quedaban. Cuando estos últimos se fueron dejaron tirada a su paso una imagen de Nuestra Señora. Ya no vino nadie más. Pero Dios misericorde tiene unas providencias muy grandes con nosotras y nos hace apacible esta soledad. ¡No permite que se seque el pozo y nos bendice, además, con los frutos de unos pocos árboles y una colmena donde siempre habitan centenares de abejas!

Pedro mira el tarro de cristal y siente la boca húmeda, la miel forma por fuera pegotes en las paredes del frasco y el muchacho los despega con la uña y los chupa disimuladamente. Marita le observa por el rabillo del ojo y vuelve a tomar la mano de María Micaela.

—Madre, en verdad no se han perdido ustedes ningún quehacer importante por vivir estos años ajenas del mundo —dice suavemente Marita—. Es aún de noche y la calma nos rodea, pero puedo intuir que esta silenciosa paz reina aquí también durante el día, y no es nuestro deseo romper esta quietud en la que han elegido vivir, así pues las dejaremos cuanto antes, pero necesitamos encontrar a una persona, buscamos a una monja llamada sor Teresa que hace años profesaba en el convento de San Agustín de Segovia.

Las religiosas clavan los ojos en una de las monjitas.

—Yo soy sor Teresa de Santa Ana y hasta que vine aquí cumplía mis votos en el convento de San Agustín, en mi añorada Segovia.

—La hemos encontrado, mi niño —dice Marita mirando alborozada a Pedrito—. ¡La hemos encontrado!

—¿Y conoció usted a mi madre? —pregunta a bocajarro el chico —. Yo nací en ese convento de Segovia la madrugada del 6 de junio de 1808, cuando la ciudad empezó a ser sitiada por los franceses.

Sor Teresa empequeñece los ojos hasta convertirlos en dos ranuras sin apenas brillo en su cara ajada. Mientras busca entre sus recuerdos, sus facciones se suavizan y, cuando empieza a rememorar en voz alta, su cara vuelve a ser la de antes.

—Esa madrugada, que no olvidaré en mi vida, toda la congregación se hallaba sumida en un penoso viaje. El día anterior, al mediodía, comenzó a sonar el reloj mayor de la ciudad y algunos lugareños se acercaron a nuestra puerta, gritando que llegaban los franceses y que no tenían armas para resistir. El padre prior, muy seguro de cómo había de obrar para nuestra salvación, nos ordenó dejar el convento y partir de inmediato hacia Sebúlcor, pues ya tenía

hablado con el padre de La Hoz que nos darían refugio en caso de ser sitiadas por los enemigos. Cogimos cuantos objetos de valor pudimos acarrear y partimos sin demora, sin saber que en el camino perderíamos a más de la mitad de las hermanas, abatidas por las penurias de aquel viaje que nos trajo aquí, muertas de hambre, de sed y de miedo. —La monja mira a Pedrito y de repente recuerda la cuestión preguntada—. Yo lo siento, hijo, pero no estuve en el convento cuando dices que ocurrió tu nacimiento ni recuerdo antes o después un hecho parecido.

—¡Hermana! —insiste Marita—. Yo también estuve allí aquel día, yo ayudé a una muchacha a dar a luz a esta criatura y, según me dijo, llegó al convento buscándola a usted. ¿Quién era ella?

La sor entrecierra los ojos y se pone una mano en la sien para ayudarse a recordar.

—Ha pasado mucho tiempo pero, por la bondad de nuestro Señor Jesús, que no recuerdo a ninguna muchacha encinta que yo conociera en aquel entonces —dice con tristeza.

Pedro hunde los hombros y sus largos brazos casi tocan el suelo. Marita puede sentir cómo la mandíbula del muchacho se tensa y observa apenada sus ojos llenos de lágrimas, sus ojos…

—¡La luz de sus ojos! —grita Marita de repente—. ¡Ella me dijo: «Dile a sor Teresa que soy la luz de sus ojos!».

—La luz de mis ojos —susurra sor Teresa que ha palidecido de pronto. Tras un silencio que deja en suspenso las respiraciones de los presentes, la monja se levanta y apoyándose en la mesa exclama—: ¡La luz de mis ojos, mi querida niña, mi querida Catalina!

—Catalina —pronuncia muy despacio Pedro.

—Catalina Núñez, una criatura angelical, bella y buena, obstinada a veces, curiosa, y altiva si estaba enojada, pero noble y bondadosa. ¿Ella es tu madre? ¿Qué fue de aquella niña?

—No lo sabemos —contesta Marita—. Desapareció tras dar a luz y por eso la buscamos.

—¡Pero no puede ser! —interrumpe la sor—. Ella era apenas una chiquilla y no recuerdo que contrajera matrimonio ni tampoco que estuviera en estado. Mi hermana Consuelo servía en el hogar de su señor padre, don Alfonso Núñez, un próspero comerciante de lanas que levantó su casa en el Azoguejo, al lado del acueducto, y jamás tuve noticia de que Catalina viviera ese trance. —La monja calla de repente, levanta un dedo y continúa hablando—. Poco antes de que dejáramos el convento, mi hermana vino a verme, mi querida hermana, ¡por la que tanto rezo deseando su bien! Estaba preocupada porque Catalina se había escapado, pero en ese momento todos

pensamos que se habría marchado con su madre al campo extremeño, pues eran comunes las disputas con el padre. ¡Santo Dios! ¿Será posible que esa pobre niña huyera escondiendo su embarazo?

—Tal vez no lo ocultara o quizá sí, nunca me detuve a pensar en eso—reflexiona Marita.

—Y del padre, ¿qué se conoce? —interpela María Micaela.

—Nada sabemos de él, más que era un cadete. Eso contestó la muchacha cuando pregunté por su esposo. «¡Un valiente caballero cadete! ¡Sangre en las venas que no ha de correr!», me dijo ella antes de marchar.

—¡Un cadete! ¡Los cadetes del Alcázar son hombres de honor, pero su juventud tal vez es demasiado ardorosa! ¡Mi pobre Catalina! ¿Qué le ocurriría? ¿Por qué tanta desdicha? ¡La luz de mis ojos! ¡Puedo ver esa luz otra vez en ti, muchacho! —exclama la monja después de enjuagarse las lágrimas y mientras toma la cara de Pedrito con las dos manos.

Pedro se sorprende. De todas las veces que imaginó a su madre, nunca se le ocurrió que pudiera haber entre ellos un gran parecido. Para gozo del chico, la hermana Teresa guarda en su memoria muchas tardes de visita de la niña Catalina a su convento y durante un largo rato relata algunos de esos momentos, así como retazos de ciertas conversaciones, lo que permite a Pedro ir completando, palabra a palabra, la imagen de aquella mujer que le dio la vida.

—Tienes su frente, que se arruga en la mitad, como la suya cuando estaba preocupada, y las cejas también las arqueas como Catalina cuando tenía tus años, pero lo más parecido es tu modo de hablar —indica sor Teresa sin soltar la cara del joven—. ¡Te pareces a tu madre, muchacho! En esta hora divina en que Nuestro Señor misericordioso te ha puesto delante de mí, vuelvo a ver la luz de mis ojos. No se trata de una semejanza llamativa, pero después de haberos tenido muy cerca a los dos, puedo decirte que te pareces a ella como idéntico es el sol que cada día anuncia una nueva mañana.

—Hay algo más —apunta Marita—. ¡Enséñale tu medalla, Pedro!

El muchacho saca del zurrón un pequeño estuche de marfil, lo abre con ceremonia y muestra la pequeña joya que guarda en su interior. Sor Teresa observa el colgante y lo hace girar entre sus dedos.

—Nunca vi algo parecido, es muy hermosa esta imagen de la Virgen niña, con esa forma de escapulario. Pero lo siento, nunca antes la había visto —dice la monja.

—Su madre se la puso antes de dejarnos y yo la guardé durante años, pues es el único bien que heredó de sus padres. Me hubiera comido una piedra antes de venderla —aclara Marita apenada.

Él guarda la medalla en la cajita de marfil, la hunde en el fondo de morral y se asegura de que queda protegida.

—¿Me permite una pregunta, señora? —le dice la monja a Marita tímidamente—. Esos ojos de usted…

—¿…Tan claros? —acaba Marita la frase sonriendo—. ¡Herencia de mis padres! Mi familia es originaria de una pequeña comarca de Francia y allí, según me dijeron, son habituales las gentes de ojos azules.

—¡Pues parece usted un ángel, un ser celeste! ¡Y ahora, a descansar, por favor! —decreta fatigada la madre Micaela—. Ha sido una noche llena de benditas emociones, pero pronto asomará la aurora y todos necesitamos reposo. Con gusto les ofreceremos un lugar para su descanso —señala la sor, dirigiéndose a Marita.

Esta esboza una sonrisa extenuada y mira a Pedro.

—¡Sinceramente, Marita, ahora que se hace de día, no veo la urgencia de acostarme! —replica fastidiado el chico, que no tiene ningún deseo de dormir.

—Ya, ¡no contábamos con ello! —apunta la mujer con sorna—. Pero, hijo, déjame decirte al fin que, tras varias noches durmiendo en suelo raso y hasta dentro de una cueva, no es de buen castellano despreciar cama y comida. ¡Mi cuerpo flaquea por un buen jergón de lana y cualquier otro menester, por celestial que sea, tendrá que esperar!

El joven se gira malhumorado, se acerca a la ventana, estira el brazo y descorre los visillos. Los cristales están húmedos. Pasa por ellos la yema de un dedo y deja escrito el nombre de su madre: Catalina. Poco después, las letras se desdibujan en el cristal cayendo por él cómo lágrimas del día.

# 5

## *5 de febrero de 1807*

*El sistema político español se hallaba sumido en el caos y la corrupción. Carlos IV reinaba desde 1788. Era un monarca displicente e insensible a los asuntos de Estado y el país llevaba años gobernado, en realidad, por el primer ministro Manuel Godoy, supuesto amante de la reina María Luisa de Parma. Hacía tiempo que el príncipe heredero buscaba aliados que lo alzaran al trono, dentro y fuera del país. En Europa dominaba Francia, pese a la derrota en Trafalgar, y Napoleón había impuesto un bloqueo continental, que prohibía el comercio con Gran Bretaña. La península ibérica era un importante punto estratégico para las aspiraciones del emperador francés, pero Portugal se le resistía pues mantenía una estrecha alianza comercial con los ingleses. Los franceses dieron un ultimátum a Portugal para que rompieran relaciones con los británicos pero los lusos no transigieron.*

Santos lo volvió a lanzar, pero el paño no alcanzó el ventanuco y cayó de nuevo a sus pies. Contrariado, ató de nuevo el cordel para que apretara con fuerza el cabo de vela que llevaba dentro, se alejó un paso más e intentó alcanzar el tragaluz del calabozo situado en la torrecilla más grande de la torre del homenaje. En esa ocasión, el paquete se introdujo por la abertura de la torreta y del otro lado se oyó un gran suspiro de felicidad.

Santos Álvarez de Santillana se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio, aunque Mario no lo podía ver. Su compañero cumplía el último día de castigo por no haberse personado al toque de diana fijado a las seis en punto. A principios de semana, Mario Olivenza llegó al Colegio pasadas las nueve con un inadmisible olor a vino que hizo doblar a cuatro jornadas completas su arresto. Y a la mañana siguiente, coincidiendo con su liberación, debía presentarse junto con el resto de su clase de tercer año al examen de Mecánica. Necesitaba estudiar y podría repasar gracias al rollo manuscrito y a la vela que Santos había colado en la minúscula ventana.

Días después, cuando Santos se preparaba para dejar el Alcázar y gozar de la dispensa dominical de comer en su hogar por tener familia en Segovia, Mario y Octavio le rodearon. Los tres tuvieron que bajar la cabeza al traspasar el arco de piedra que llevaba al patio, aunque la estatura más extraordinaria era la del estudiante argentino. Octavio era objeto de ciertas burlas en el Colegio por haber alcanzado a sus diecisiete años la fabulosa altura de un caballo de tiro, pero como sus brazos musculosos apenas cabían en las mangas de la casaca, la chanza era siempre amistosa. Mario no parecía tan grande ni tan fuerte, pero eran sus ideas las que se imponían y se interpuso entonces entre Santos y la puerta enrejada.

—Amigo, deja el último bocado en la mesa de tu madre y dile

que has de volver temprano al Colegio. Cuando inicies el regreso, tuerce y dirige tu caballo hasta Zamarramala. Hoy es la fiesta de Santa Águeda y te prometí devolverte el favor con algo que no olvidarás jamás. ¡Créeme, hermano, que allí verás un sueño! ¡Docenas de mujeres, bailando solas!

Santos dudó, negó con brusquedad y terminó de abrocharse los últimos botones dorados del uniforme de paseo. Su intención, tras el almuerzo, era regresar al laboratorio de química y trabajar en el tablero de ábaco que expondría en los exámenes finales para explicar la distribución de los electrones en el átomo, pero algo en la mirada canina de Mario le hizo claudicar. Apretó con rabia el sombrero de tres picos y cruzó el puente levadizo, mientras se ajustaba con furia el sable a la cadera y dejaba atrás las sombras picudas del Alcázar.

Era tradición de los cadetes más espabilados escapar, de vez en cuando, para asistir furtivamente al cotidiano fluir de aquella ciudad que veían a lo lejos. Mario conocía bien los alrededores y solo respetaba como límite la expulsión del Colegio. En ocasiones, lo seguían los hermanos Marín, pero el mayor ya se había licenciado, de manera que solo contaba con Octavio y algún otro veterano para sus expediciones. Santos les ayudaba describiéndoles plazas y calles, pero prefería oírles contar a la vuelta sus hazañas y ocupaba todo su tiempo en leer y estudiar. Se había propuesto ser uno de los cuatro mejores cadetes cuando al año siguiente acabaran las clases, y conseguir la distinción de cursar un año más de estudios superiores en el Real Colegio de Artillería para alcanzar el grado de teniente. Después de otro curso en la Escuela de Química y Metalurgia de Madrid se licenciaría con honores, tal y como le había aconsejado el profesor Vallejo, que desde aquella primera clase se había convertido en su mentor.

Cuando llegó a casa, en la mesa ya se había dispuesto la mejor vajilla y de la cocina escapaban aromáticas nubes invisibles que, cada vez que alguien abría o cerraba la puerta, descargaban esencias de ajo, pimentón y aceite. El fuego crepitaba en el salón e impregnaba el ambiente del característico olor a madera quemada y comida caliente. Santos sintió que la ira se aplacaba mientras sus ojos recorrían las paredes blancas salpicadas de tapices y de santos enmarcados. El escudo familiar, idéntico al blasón de la fachada, parecía latir sobre la galería y el muchacho advirtió que su propio corazón se acompasaba al sosiego de la estancia. El almuerzo, al que asistieron todas sus hermanas y cuñados, transcurrió según las tandas habituales de preguntas corteses y ordenadas, aunque doña Esperanza afeó el mal humor con el que se prodigaba en aquella visita e insistió en que se

terminara la manzana asada. Entre tanto, la pequeña de la familia, especialmente habilidosa con el bordado, daba unas puntadas a los botones de la casaca antes de que terminaran por desprenderse del preciado traje de paseo.

Cabalgó hacia Zamarramala y al rato se encontró encaramado a un tejado, donde tembló de frío e indignación por no haber sabido librarse de la gratitud de su amigo. Tanto él como Mario y Octavio se amarraban con fuerza a la cornisa con los nudillos blancos firmemente apretados, sin atreverse ninguno a mirar del todo abajo por temor a caerse, pues sentían las tejas sueltas bajo sus cuerpos mientras permanecían tumbados sobre una techumbre sucia y arenosa. Habían dejado a Santos en medio, para que se sintiera protegido y disfrutara de las vistas, pero este solo miraba al frente y buscaba en las azoteas vecinas algún elemento tranquilizador. De repente, con un estampido que no esperaban, empezaron a sonar dulzainas, carracas y tamboriles. Los músicos que encabezaban la procesión eran los únicos hombres del cortejo y, cuando llegaron a la plaza, se acomodaron bajo un soportal dejando espacio a las mujeres que al son de la música se entregaron con frenesí a la danza. Santos miró por fin hacia abajo y se dejó hechizar por el vuelo de las vistosas faldas de paño rojo. Poco a poco, las manos comenzaron a aflojarse y los tres jóvenes hicieron tamborilear sus dedos al son de una jota.

La tarde era fría y Santos tenía las mejillas encendidas. Los tobillos de las bailarinas, enfundados en medias blancas, le provocaron oleadas de calor entre las piernas, como sucedía en lo más oscuro de la noche cuando le venían a la mente las botonaduras de seda de los vestidos de mujer. No pudo evitar que, encaramado a aquel tejado en ruinas, le asaltara el mismo deseo de llevar su mano allí y calmar la quemazón. Pero entonces una teja cedió y, sin tener dónde sujetar sus pies, el muchacho cayó al suelo, dando un estremecedor grito que se perdió entre la algarabía. Octavio y Mario le vieron despeñarse. Durante un instante su vida entera pendió de un hilo hasta que escucharon, desde abajo, al propio Santos gritarles con la voz maltrecha que se encontraba bien. Entonces volvieron a agarrarse con fuerza al saliente del tejado y enfocaron de nuevo su vista a la plaza para no perderse ni un solo paso de baile de las alegres damas.

En el suelo, a espaldas del gentío, Santos maldijo su torpeza con los ojos cerrados y, tras comprobar que no había fracturas aparentes, se volvió a tumbar dejando que el sol de febrero acariciara sus miembros magullados, hasta que notó una presencia que se interpuso entre él y el sol.

—¿Está usted bien?

Santos abrió los ojos y la vio. A sus pies, una figura femenina se recortaba entre los rayos. Sin pensar en el dolor que podía sentir al hacerlo, se puso en pie de un brinco. La rodilla derecha crujió y, durante un doloroso instante, se le nubló la vista, pero se recobró.

—¡Sí, sí, estoy muy bien, solo ha sido una pequeña caída! —contestó.

Y no pudo decir más, porque el ama tiró de la joven que guardaba y las mujeres siguieron su camino. Santos dio la vuelta con dificultad y las siguió cojeando, sin poder quitar los ojos del manto de paño blanco y bordados amarillos que cubría los hombros de la muchacha. La manga del uniforme se había desgarrado y sus pantalones estaban sucios y polvorientos. La pierna le ardía, pero un raro apasionamiento se había apoderado de su conducta. Dio un par de veloces zancadas y las alcanzó.

—¡Disculpen, señoras! Solo quería agradecer a la joven muchacha su interés. Me llamo Santos Álvarez de Santillana, cadete de tercer año en el Real Colegio de Artillería.

—Muy bien, cadete —se apresuró a contestar la sirvienta—. La señorita y yo nos alegramos de que la caída no le haya ocasionado heridas graves. Buenas tardes tenga usted.

—¡Espera, Consuelo! —se quejó la joven, zafándose del brazo y de las prisas de la criada—. Déjame presentarme como es debido…

—¡Como es debido estaría su señor padre delante y no esta algarada en mitad de la calle! Vámonos, niña, que ya sabía yo que venir a ver a Las Águedas nos traería problemas. ¡Si don Alfonso se entera del engaño, ya nos podemos encomendar a la mártir! —apuntó Consuelo con solemnidad.

Catalina aflojó las manos que amarraban la capa a su cuello y sonrió a Santos, ignorando las súplicas de la sirvienta.

—Padre no está en Segovia y seguro que la Santa cuidará de nosotras…

—Santa Águeda es protectora de las mujeres —señaló Santos, devolviendo la sonrisa a Catalina—. Fue torturada y le cortaron parte de su cuerpo por no consentir ser ultrajada, por eso es una mártir.

Catalina no pudo contener la risa y Santos quedó hipnotizado por la hermosa hilera de dientes blancos que asomaron en la carcajada.

—A la mártir le cortaron los pechos por no querer acostarse con un poderoso señor —explicó Catalina, bajando la cabeza y obligando a sus ojos a alzarse—. Murió virgen y pura, esa es la verdad por mucho que la historia les escandalice a mi ama y a usted.

Consuelo se tapó la boca con la mano enguatada y Santos notó las orejas ardientes. Se subió el cuello de la casaca para disimular la rojez que iba tiñendo sus mejillas y sacó un pañuelo del bolsillo para salir del azoramiento, pero Catalina se lo arrebató para leer el bordado.

—Santos Álvarez de Santillana —leyó en voz alta Catalina, desdoblando el lienzo—. Hasta más ver, cadete —dijo y le tendió la mano para devolvérselo y seguir su camino del brazo de la sirvienta—. Me llamo Catalina y mi casa está en Segovia, cerca del acueducto, en la parte que linda con la plaza del Azoguejo.

—¡Insisto en que se lo quede, señora Catalina! —exclamó Santos mientras sostenía el pañuelo.

—¡Qué galante! ¡Parece usted de la escuela francesa!

—¡Oh, no! ¡Se lo ruego! ¡No me insulte, soy un caballero español!

—Pues por sus modales parece francés. ¡Tómelo como un cumplido! —le dijo entre risas mientras se alejaba y recibía con desdén la regañina de Consuelo.

Atrás quedó Santos, con los brazos en jarra y la mirada convertida en soñadora.

En los días posteriores recibió más de un codazo por parte de Octavio y Mario que achacaban su ensimismamiento al golpe producido por la caída desde el tejado y optaron por dejarlo tranquilo con sus libros, sin imaginar lo que el alma de su amigo buscaba en los poemas de Garcilaso. Por temor a la mofa, Santos escondía librillos de versos entre las páginas de los tratados y buscaba rincones alejados para entregarse a los sonetos y al recuerdo de ese peculiar gesto de Catalina, manteniendo alta la mirada mientras ladeaba la cabeza.

Una tarde en la que los cadetes jugaban a la pelota bajo un cielo sin nubes, Santos subió al dormitorio. Llevaba entre sus brazos el segundo tomo del tratado de artillería de Tomás de Morla lleno de poemas en su interior. Del patio llegaba el jolgorio con el que los estudiantes seguían la partida de palas y Santos decidió buscar un lugar más silencioso. Subió el primer rellano de escalera y tomó asiento en los últimos peldaños, pero unas voces que se acercaban le hicieron ponerse de pie y subir un tramo más de escalera. Las voces continuaban acercándose y, sin encontrar otra escapatoria; Santos abrió la primera puerta que halló.

—No entiendo muy bien ese empecinamiento de los portugueses —decía un oficial a otro en el corredor que encontró al traspasar el dintel—. ¿No sería mejor aliado Francia, en buenos términos, que la vieja Inglaterra, oscura y no muy de fiar?

—¿No muy de fiar Inglaterra? —Otra voz estalló en carcajadas haciendo retumbar una extraña risa en los pasillos vacíos y continuó hablando—. Yo también quisiera ver a todos los ingleses ahogados, flotando a la deriva por el mar del Norte desde la humillación de Trafalgar pero, capitán, no jugaría con el Bonaparte ni a las tabas. Todas esas ideas nuevas son pamplinas. Esperemos que esta vez Godoy tenga buen juicio y escuche a nuestro antiguo alumno, el ilustre teniente general Morla. Es seguro que como su consejero militar sabrá guiarle…

—Teniente, no será cosa ni de Godoy ni de Tomás de Morla. Si es verdad lo que se cuenta, antes de su temprana muerte, la princesa María Antonia se había declarado también enemiga del generalísimo Godoy y, según parece, desde la propia cámara de su esposo Fernando, maniobraba para sentarlo en el trono lo antes posible. La madre de la difunta princesa acusa ahora a Godoy de todos sus males, que no son pocos, y busca con ahínco partidarios que entronen a Fernando para vengar la muerte de su hija y hasta la de su hermana María Antonieta de Francia… —Tras sopesar si seguir hablando o callar, el oficial retomó la conversación—: Dicen que en esa cámara de la fallecida se invocaba a los reyes de Nápoles, a reconocidos aristócratas y a notables hombres relacionados antaño con el partido arandista, pero estoy seguro de que la Iglesia no andaría lejos. Nunca se sabe si lo que nos llegan aquí son cuentos o verdades, pero parece que la burla de las estampas que el príncipe pagó de su bolsillo para ridiculizar a Godoy y a los reyes, sus propios padres, ha sido en realidad un asunto serio y puede que en poco tiempo se brinde por Fernando VII.

—¿Y se sabe, capitán, qué hará el nuevo rey con Portugal y Francia?

—Fernando es un hombre capaz, no llevará a su país a una guerra, eso es seguro. Si fuera tan verdad como parece que se presta a iniciar su reinado, pondrá a su ejército en pie para sí mismo. Pero, en fin, venga conmigo hasta el final, podemos adelantar por este corredor o atajar por las buhardillas, vayamos por aquí fuera, tal vez sea un camino más fácil para alcanzar el viejo cañón que le quiero mostrar. Si no recuerdo mal, cruzar por las buhardillas es laborioso con tanto trasto como hay…

Minutos después de que los pasos y la conversación se alejaran, Santos despegó la espalda de la puerta que había cerrado tras de sí. Entonces pudo mirar alrededor y darse cuenta de que se había adentrado en las buhardillas del Alcázar. A nadie en el Colegio de Caballeros Cadetes del Real Cuerpo de Artillería, ni a los mandos

militares, ni a los oficiales instructores, ni a los docentes civiles o al personal de servicio y, mucho menos, a los alumnos y futuros artilleros, les eran ajenos los asuntos de Estado. Las desavenencias entre Fernando y el poderoso triángulo formado por los reyes y Godoy eran conocidas en las calles y creaban favoritos entre la población. El príncipe heredero devolvería a España el esplendor, acabaría con la degeneración del sistema y desterraría la enfermedad y el hambre. En la figura del príncipe Fernando brillaban todas las virtudes de las que carecía el padre. El pueblo le adoraba mientras le esperaba.

Con los ecos de la llegada inminente de un nuevo rey en la cabeza y pasado el susto de verse descubierto en zonas prohibidas para los alumnos, Santos se atrevió a dar unos pasos con cierta aprensión por la espaciosa estancia. Las buhardillas del Alcázar daban la vuelta entera a la fortaleza y habían caído con los años en desuso. Algunos muebles y bultos enrollados mostraban sus contornos ante la débil luz del día que se filtraba por las numerosas ventanas. Santos se abrió paso entre el miedo, el estupor y la curiosidad con una sonrisa dibujada en la cara. Se felicitaba por haber hallado al fin, tras tres años en el Colegio, un lugar en el que disfrutar de la soledad. Hizo una reverencia a los ratones que huían a su paso y le dio las gracias al Deseado que, sin saberlo, le había otorgado la primera prebenda de su reinado.

Allí se recluyó desde entonces cuando no debía trabajar en el taller puliendo el ábaco, cuando no experimentaba en el laboratorio de química, cuando no estudiaba o cuando no leía en la biblioteca. Y de allí salía cada domingo para almorzar en la casa familiar. Luego dejaba con prisas la mesa para dedicar la tarde a la frustrante búsqueda de aquella, cuyo nombre dicho en alto escucharon tantas veces las paredes sin fin de la buhardilla.

Entrado el mes de marzo, la ronda de Santos por los alrededores del acueducto tuvo éxito. Con el corazón palpitando en la garganta, la vio salir de una casa amarilla de varios pisos, llamativo tejado rojizo y balcones en los que asomaban las primeras flores de la primavera.

Ella también lo vio aguardando en la distancia, bajo un soportal, y tras un momento de intensa alegría, le indicó con un rápido gesto la puerta de atrás. Santos no estaba seguro de haber entendido bien la señal, pero observó cómo la joven hablaba con la criada y cómo ellas, volviendo apresuradamente sobre sus pasos, regresaban a la vivienda. El joven se dirigió hacia la zona indicada y a los pocos minutos el portón del jardín trasero se abrió. Una mano veloz le atrapó hasta esconderle en un granero lleno de herramientas en donde apenas cabía un hombre.

—¡Chiss! —espetó Catalina, aguantándose la risa—. No hagas ningún ruido, mi padre no se halla, pero a Consuelo le ha extrañado mi súbita indisposición y es seguro que enseguida subirá a mi cuarto para ver cómo estoy.

Santos notó el aliento de Catalina en el cuello. El joven agachó la cabeza para sentir aún más cerca la respiración de la muchacha y ella lo tomó como una invitación. Sin poder evitarlo, puso sus labios en los de él. Santos abrió su boca y dejó que en ella entrara el más dulce de los sabores que nunca hubiera probado. Catalina, jadeando, detuvo el beso y se apartó, prometiéndole un reencuentro el domingo siguiente en esa misma hora y lugar. Se soltaron a regañadientes y ella se aseguró de que el cadete pudiera salir sin ser visto. Después entró por el jardín y volvió a la casa. Toda aquella tarde, Catalina la pasó maravillada de que ninguna cosa o persona pudieran percatarse de los furiosos latidos que durante horas siguieron golpeando en su interior.
El pequeño cobertizo dejó de ser su único lugar de encuentro cuando don Alfonso regresó de Francia.

Durante varias semanas, sus citas tuvieron que celebrarse de forma pública y sin apenas roce. Una tarde fue un paseo con Santos del brazo de su madre, doña Esperanza, por la ribera del Eresma, mientras Catalina, a lo lejos, tomaba el fresco con Consuelo a su lado. Otro día, una excursión familiar a las ruinas de la ermita de la Piedad, esta vez con el padre de Catalina, don Alfonso, estrenando un sombrero de copa y alas de fieltro negro jamás visto en Segovia. Y en la distancia, los ojos de Santos clavados en ella. En cierta ocasión, Catalina tuvo que contener las ganas de gritar de orgullo al ver a Santos cuando asistió, como una más, al vistoso desfile de cadetes que se dirigían desde el Alcázar hacia las escuelas prácticas para realizar ejercicios de tiro con cañón y mortero en la Dehesa. Otras veces, Catalina arrastró a Consuelo hasta las inmediaciones del puente de Valdevilla para seguir, fascinadas ambas, los estallidos de los proyectiles con los que practicaban los futuros artilleros.

Y cada domingo, bajo el olmo del centro de la plaza, una piedra que tapaba el mismo verso de Garcilaso, «yo no nací sino para quereros», y justo debajo de ella, más escueto pero escrito por Santos también con mucho nervio, el aviso del lugar de un nuevo encuentro.
A principios de verano, las hojas del árbol comenzaron a acusar la calidez del tiempo y sus bordes se volvieron amarillentos. Durante largo rato, Catalina contempló el viejo olmo, después abandonó el balcón y regresó al fresco interior de la vivienda acercando sus pasos al despacho de don Alfonso, que seguía cerrado desde primera hora de la tarde. La joven recorrió el pasillo con impaciencia a la espera de

que su padre finalizara de una vez la reunión que mantenía con su administrador y pudieran disfrutar del paseo previsto por los alrededores de Santa Cruz. Santos la esperaba junto al convento, allí se cruzarían sus pasos, pero la tarde iba pasando y al otro lado de la puerta corrediza don Alfonso seguía hablando, articulando cifras y nombres de lugares que su empleado, en ocasiones, le rogaba repetir, para asegurarse de que apuntaba todo correctamente. En cierto momento, lo que su padre repitió fue su nombre, Catalina, y la muchacha, recostada sobre la puerta, arrimó la cabeza todo lo que pudo ahuecando la oreja con la mano para oír mejor. Se había vestido con esmero. Lucía uno de los vestidos que su padre mandaba confeccionar en París, y maldijo la cofia y el mantón que entorpecían sus movimientos. Algunos trozos de la conversación no tenían ningún significado especial para ella, pero otras frases hiladas con más claridad le dejaban saber que don Alfonso cancelaría un viaje inminente a Francia porque, al parecer, se avecinaban momentos de gran preocupación entre ambos gobiernos.

—Si algo me sucediera —comenzó a hablar el padre de repente en tono emocionado—, ¿en qué manos dejo a Catalina? ¿En el convento de la madre, condenada a una vida demoniaca? ¿Con los hijos de mi difunto hermano que apenas conoce o con la familia de mi esposa, lejos de aquí y de todo lo que le es familiar? En mis partidas a Francia, he conocido a brillantes jóvenes de gran porvenir que podrían darle a Catalina la vida que espera, pero entonces el futuro de mi hija me parecía tan lejano como apartada la tierra a la que debería trasladarse si tomaba por esposo a alguno de estos caballeros. Como usted sabe, lo vengo meditando desde hace unos meses, desde que cumplió los quince años… Y el momento se acerca, lo dejaré todo y estaré cerca de ella. No hay tiempo que perder, debo casarla cuanto antes y ponerla a salvo de las maliciosas habladurías de Segovia. ¡Una vida maravillosa nos espera en Francia!

Catalina sintió que las piernas dejaban de sostenerla y se recostó sobre la puerta intentando encontrar un punto de apoyo.

—¿Por qué a Francia quiere usted saber? —contestó don Alfonso a una pregunta del administrador que Catalina no pudo oír—. Pues verá, como bien sabe, parte de mis negocios florecen allí. En los últimos años mis beneficios provenientes de la Mesta se han reducido casi a la mitad. La disposición de Napoleón, aprobada por nuestro gobierno contra todo tipo de comercio con Inglaterra, ha degradado el negocio de la lana. El pastoreo agoniza, no solo se ha incrementado el coste de los pastos, también se ha quintuplicado el gasto destinado a caballerizas y campesinos. Tuve la suerte de convencerme a tiempo y

atender los consejos de mis amigos franceses. Resulta mucho más beneficioso roturar los prados y dehesas libres. La extensión de los cultivos es imparable, las vides que retoñan al norte del Duero han resultado extraordinarias y la tozudez de los mesteños me exaspera. Siento sus miradas en la espalda. Además, Francia es la tierra de la luz, del buen gusto, de la libertad. Si no le tuviera aversión al mar, tal vez América podría haber sido mi destino, pero toda mi sed de aventura se la bebe mi admirado Bonaparte. Deseo para mi hija una vida lejos de esta opresión que enfermó a su madre y, como pienso que cualquier cosa puede ocurrir entre nosotros, los españoles, y nuestros vecinos, deseo ponerme cuanto antes en el lado correcto. Créame, para alguien como yo, España es hoy y probablemente también mañana un sitio inadecuado. Esta noche nos visitarán unos amigos de buen porte y linaje, franceses, por supuesto, y le serán presentados a Catalina…

Un estruendo abrió la puerta corrediza de par en par y durante unos segundos pudo sentirse cómo temblaba la sala entera.

—¡Esto debe ser un mal sueño! —gritó Catalina.

La joven entró con furia en el despacho y se encaró con su padre, mientras el contable daba unos pasos hacia atrás, y tropezaba con un sillón orejero.

En los últimos años, en los cabellos de don Alfonso habían aparecido algunas hebras de un raro color plateado, más notables y brillantes en la zona de las sienes. Su cuidado en el vestir, sus amables maneras y la gracia de sus atenciones eran conocidas entre las damas y especialmente admiradas por Catalina, que estaba acostumbrada ya a los murmullos que generaba cualquier gesto de su progenitor. Sin embargo, en aquel instante de enfrentamiento, lo que la hija vio en los ojos del padre fue el destello de la determinación y eso la enfureció aún más.

—¡Debe usted estar soñando, padre, si cree que me voy a casar y me voy a ir lejos de mi casa! ¡O a lo mejor, soy yo quien vive esta ensoñación y esto no es real!

—Catalina, hija, tranquilízate —intentó conciliar don Alfonso—. Si no tuvieras esa fea costumbre de fisgonear, te habría explicado todo esto con calma…

—¿Cuándo me lo habría explicado usted? ¿Antes, durante o tras la cena que ha previsto esta noche para mostrarme a sus amigos franchutes?

—¡No te atrevas a hablar así, como una pueblerina, delante del señor administrador! —dijo el padre, levantando el dedo hacia Catalina—. No hay nadie en el mundo a quien quiera más que a ti —

confesó más calmado—. Y por eso, por tu bien y tu bienestar hago esto.

Catalina bajó la cabeza muy despacio y alzó los ojos hasta que las pupilas rozaron sus cejas.

—¿Sin preguntarme a mí, querido padre? —inquirió Catalina de forma extrañamente sosegada. A continuación, se dirigió al escritorio y pasó un brazo por cuanto había encima. Don Alfonso, el administrador y los criados que se agolpaban en la puerta no pudieron hacer más que ver caer y romperse los tinteros de cristal tallado, las plumas estilográficas y los documentos encuadernados en piel. La alfombra, algunas paredes y casi todos los manuscritos quedaron irremediablemente manchados de espesa y negruzca tinta.

—¡Vete a tu cuarto! —ordenó don Alfonso—. ¡Vete! —vociferó al ver que la muchacha no se movía.

Sin decir palabra y con la misma actitud de aparente calma, Catalina abandonó el estudio y subió las escaleras hasta alcanzar su dormitorio. Cerró con un golpe que hizo tambalear la puerta. Se despojó bruscamente del tocado, se lanzó sobre la cama y derramó las lágrimas que contenía desde la niñez, pues no recordaba haber llorado desde el día en que dijo adiós a su madre. Después, tres o cuatro veces en los últimos seis años, había vuelto a despedirse con inmensa pena de doña Rosario, pero ningún llanto había acompañado el semblante serio de la joven cuando el carruaje dejaba atrás el convento en el que la madre vivía recluida.

Durante un buen rato, Catalina lloró desconsolada. Supuso que su padre había prohibido que Consuelo subiera a verla y la sensación de abandonó incrementó su desazón. Se sentía herida y traicionada. Nunca hubiera pensado que don Alfonso se doblegara a las costumbres y le impusiera un matrimonio concertado. Lloró tanto por la infancia feliz que dejaba atrás como por la abrupta manera en la que su destino se le había anunciado. Don Alfonso jamás cambiaba de parecer. Si había decidido que su futuro esposo debía ser francés, no existía nada en el mundo que ella pudiera hacer para que cambiara de idea, como sucedió cuando se negó a comprarle un caballo de niña o cuando más recientemente convenció a Catalina para que entrara a formar parte del Círculo de Damas de la Caridad. Su padre le procuraba todo lo que la hacía dichosa aun antes de que ella lo pidiera, pero esta vez se había equivocado. Sintiendo que cada lágrima salía de un lugar desconocido de su alma, dedicó a Santos los últimos sollozos al imaginar la terrible posibilidad de tener que dejar de verlo.

Comenzaba a adormecerse cuando se le ocurrió la idea, con los ojos aún llenos de lágrimas, de asomarse al balcón.

Su corazón dio un vuelco al verle junto al olmo.

Tal vez se cansó de esperarla en vano en Santa Cruz y se acercó a la plaza. O quizás llegó con la idea de dejarla más versos e indicaciones para otra reunión. O a lo mejor, simplemente, quiso asegurarse de que faltó a la cita porque esta vez el azar no se había puesto de su parte. Pero fuera cual fuera la razón que lo llevó allí, ahí estaba, mirando fijamente hacia la casa, haciendo girar el plumaje y los picos del sombrero entre las manos. Hasta que al verla, las plumas blancas detuvieron secamente su alocado revoloteo.

La tarde perdía luz y la sombra del árbol se estiraba en la plaza. Catalina deseó pegar su frente al pecho de Santos y dejar que el rugoso cordón con borlas arañara su cara para sentir así un dolor diferente y más intenso que le hiciera sufrir de otra manera. También, como ocurría siempre que lo veía o pensaba en él, notó la sangre correr veloz y caliente de un lado a otro de su cuerpo hasta convertirlo todo en líquido. Y sin dejar de mirar la alta figura de hombros anchos ni dejar de admirar los amados ojos pardos, extendió un brazo y señaló el jardín trasero.

Al momento, estaban los dos siendo casi uno solo en la pequeña caseta que les servía de escondite. Ella llegó jadeante tras dejar su cuarto y recorrer de puntillas, como un espíritu alado, la escalera, los pasillos y el recibidor solitario. Él traspasó el portón, encomendándose a Dios, y la siguió, rogando que nadie los viera.

Después no pudo pensar en nada más que abrazarla y besarla.

Un débil halo de luz cruzaba el cobertizo de arriba abajo proveniente del tejadillo de paja. Apenas cabían los dos allí dentro. Catalina abrió los ojos y se separó todo lo que pudo para poder contemplar las motas cristalinas que volvían verdosa la mirada de Santos. Él pasó los dedos por el rostro de la muchacha dibujando un recorrido por la nariz recta, las cejas casi invisibles, los labios anchos, los dientes hermosamente desiguales, y acarició su cuello, trazando una nueva senda hasta la botonadura delantera del vestido que se fue abriendo con facilidad, y descubrió el pequeño corsé que parecía fundirse con la piel bajo la muselina del traje. Catalina se arqueó hasta que su espalda tocó una de las paredes del diminuto cubículo y estremecida dejó espacio entre sus piernas para Santos. El cadete se apartó solo un momento para admirar otra vez los pechos de la joven y después hizo más fiero el abrazo. Catalina respondió hincando sus uñas en la casaca y le atrajo hacia sí cuando el muchacho desabrochó sus pantalones e intentó llevar hasta lo más profundo de ella la carne henchida y latente. Entonces él volvió a apartarse, negándose a la locura que estaba a punto de consumar. Tuvo que ser ella quien lo

abrazara con fiereza mientras sus manos guiaban, empujaban y tapaban sus bocas para no dejar escapar ningún grito de dolor ni de placer.

Afuera, la noche veraniega envolvió en sombras el olmo.

# 6
## *Julio de 1822*

*El rey Fernando VII aprovecha las notables diferencias entre los miembros del gobierno, los liberales moderados y los radicales. Intriga entre ambas secciones y durante meses busca apoyos, incluso entre sus adversarios. Teje una red dentro y fuera de España compuesta por individuos y colectivos que fueron desfavorecidos por las primeras medidas del régimen constitucional, como empleados públicos, militares o clérigos que, desde los inicios, rechazaron por principios e intereses el liberalismo gobernante. A primeros de julio, se suceden varios días de altercados en distintos puntos del país y, ante el riesgo de una sublevación inminente, las Cortes plantean disolver los batallones de la Guardia Real.*

Todo el mundo en Segovia conoce a don Alfonso Núñez, todos los señores de la ciudad saben dónde vive el respetado caballero al que siguen apodando Petimetre. Y él continúa con sus esfuerzos por mantener en pie el Honrado Concejo de la Mesta, abolido en la constitución de 1812, y restituido después por el rey Fernando.

Los que desconocen quién es y dónde vive son Marita y Pedro. Ambos tienen una idea muy vaga de la ciudad. Aunque vivieron allí durante la guerra y levantan semanalmente un puesto en el mercado, su relación con los segovianos se limita a un puñado de amistades curtidas en el arrabal, muy lejos de los barrios nobles o del centro de la población, donde se alza el hogar de Catalina Núñez, según les indicó sor Teresa.

Pedro lleva horas merodeando por la plaza del Azoguejo. A instancias de Marita ha localizado la casa amarilla con los balcones llenos de flores alineadas y sus ojos no dejan de clavarse en los ventanales abiertos por los que a veces, movidas por la corriente, sobresalen las cortinas de encaje, que se elevan al viento como si quisieran escapar y tocar el cielo. El chico no ha visto a nadie entrar o salir, y le extraña la ausencia de movimiento en una casa que, obviamente, sigue habitada. La parte de atrás de la vivienda, que no es tan alegre ni tan bonita, está más frecuentada. Y es preguntando al pequeño recadero que viene y va con hogazas de pan y otras viandas, como a Pedro se le presenta la ocasión de entrar.

El recadero arrastra un saco de patatas que casi dobla su tamaño de chavalillo y Pedro decide ayudarle. Entre los dos empujan el saco tras salvar el par de escalones de la entrada de la cocina y lo deslizan por el suelo blanco y negro hasta dejarlo amontonado en un rincón mientras el niño le cuenta que, al ser día de mercado, se le requieren muchos servicios por toda Segovia. Pedro echa un vistazo a la cocina. Un par de sirvientas ordenan y limpian las alacenas, el chico puede ver sus espaldas: los trajes negros, los delantales blancos anudados. Su

mirada se fija en el pasillo, amplio y silencioso, y después en el recadero que tira de él con prisas y que al fin termina yéndose solo, dejando a la vista el pasillo igual de amplio y silencioso que hace un momento. Avanza por él y atrás quedan los lazos blancos de las sirvientas, los suelos de damero y los fardos de comida. Pedro se adentra en el pasillo y llega a un salón de sorprendentes dimensiones. Hay varios sofás tapizados en un color verde muy claro en torno a la chimenea apagada y una mesa rectangular junto a los ventanales en la que calcula que se podrían sentar, sin tocarse, más de veinte hombres. Las paredes están llenas de retratos y paisajes, y del techo cuelgan dos lámparas, cuyos cristalitos esparcen haces de luz y color por toda la estancia.

Uno de esos reflejos multicolor le obliga a entrecerrar los ojos, pero no deja de observar, con la boca abierta y los brazos cayendo laxos a lo largo del cuerpo, los candelabros de plata, las jarras y copas aflautadas de las vitrinas, los floreros rebosantes de rosas amarillas y las alfombras de suave lana blanca, cuyos bordes esquiva para no manchar. El aroma de rosas llena sus fosas nasales hasta que un hilo grisáceo y apestoso empieza a rondar su nariz, entonces toda la paz y luminosidad que lo rodea se hace añicos.

Don Alfonso irrumpe en la sala expulsando una bocanada de humo blanco que casi convierte en fantasmal su cara. Sendos mechones blanquecinos surgen de las profundas entradas de sus sienes y se sujetan a los cabellos grises en una lazada que cae por la espalda. Sus ropas claras, la cadena del reloj que sobresale de la casaca y las manos firmes, de uñas cortas perfectamente pulidas, expresan calma, no así su voz.

—¿Qué diablos haces aquí, gañán?

Pedro se asusta, da media vuelta e intenta alcanzar la puerta del jardín de una veloz zancada.

—¡Detente ahora mismo, insensato y sal por la cocina! ¡Pero antes devuelve lo que sea que hayas robado! —grita el dueño de la casa y su voz implacable paraliza a Pedro.

El muchacho se palpa los bolsillos, no hay nada en ellos. La camisa le cae suelta y recuerda que dejó el chaleco colgado de unos de los postes del puesto de Marita. Si hubiera robado algo, no tendría dónde esconderlo. Abre los brazos para mostrar que no lleva nada y sopesa el intentar huir de nuevo por el jardín, pero el señor se acerca a él y lo señala con el cigarro humeante.

—Le voy a decir a tu padre que eres un rufián desvergonzado y no voy a volver a comprar nada a tu familia.

—Se confunde usted —le interrumpe Pedro—. Yo no soy el

recadero, el chaval se marchó hace rato. Yo solo le ayudé a meter las patatas en la cocina. ¡Pero no he robado nada! Solo quería entrar para, para, eh, pues, para, verá…

El muchacho siente las axilas empapadas, no sabe cómo seguir explicándose y echa una mirada angustiada a la puerta del jardín. Don Alfonso capta su miedo y se acerca a él un poco más.

—Devuelve lo que has robado —exige.

—No he robado nada —dice el joven entre dientes.

—¡Mientes! —exclama enfadado don Alfonso.

—¡No! —grita el chico, y observa iracundo cómo los sirvientes van apareciendo detrás del patrón—. ¡No he robado nada! ¡No soy un ladrón!

—¿Ah, no lo eres? —pregunta don Alfonso tirando del cordón de los calzones de Pedro.

El joven piensa por un momento en juntar sus piernas para evitar que se deslice el pantalón, pero se siente furioso y, sin pensarlo, resopla. Mueve las caderas para acelerar la caída de sus ropas y queda desvestido de cintura para abajo, provocando risas nerviosas entre las criadas. Don Alfonso intenta taparlo, pero el chico se aparta y levanta también su camisa. Se la saca por encima de la cabeza y se muestra completamente desnudo ante todos.

—¡Como verá usted, no he robado nada! —dice con voz agitada.

—¡Te detuve cuando ibas a hacerlo! —le acusa don Alfonso—. ¡Vístete, desvergonzado insolente! ¡Te llevaré al alguacil y te dará tu merecido, por gañán y ladrón!

—¡No soy un ladrón! ¡Yo no quería robar nada! —insiste Pedro preocupado, mientras se ajusta los calzones.

—Entonces, ¿quién eres y qué buscabas aquí?

El muchacho se muerde los labios con nerviosismo. Echa en falta el estuche de marfil y la cadena de oro, a la que se aferra en momentos difíciles, pero se alegra de no llevarla encima. Saca las manos por las mangas de su camisa y mete la cabeza por la abertura del cuello para terminar de vestirse. Ha dejado de sudar, pero el alguacil le produce terror. La imagen de Marita yéndolo a buscar al calabozo, le aterroriza y se pregunta cómo ha podido ser tan patán como para verse en semejante embrollo. Decide enfrentarse al hombre.

—¡A usted! —dice Pedro y suaviza el tono para seguir—. Quería verlo a usted, si su señoría es Alfonso Núñez, señor de esta casa.

Don Alfonso asiente y ladea la cabeza con desdén, pero deja continuar a Pedro.

—Y a su hija, también quería ver a su hija, doña Catalina Núñez

—añade el muchacho con voz trémula.

Don Alfonso contiene la respiración. Durante un momento su cuerpo es atravesado por una solemne quietud. Hace mucho que nadie pronuncia ese nombre y le cuesta recuperarse de la sorpresa de oírlo decir en voz alta. Se repone disimulando un carraspeo y flexiona el brazo. Cuelga el pulgar del bolsillo de su chaleco, jalonado por un par de hileras de grandes botones dorados.

—Soy el dueño de este hogar al que has venido a robar y soy, asimismo, el padre de la señorita Catalina Núñez.

—¡No, señor! ¡Yo no he venido a robar si no a conocerlo a usted y a su hija! Si me deja marchar, yo le prometo que vuelvo después con Marita y le aclaramos todo el asunto.

—¡De ninguna manera te irás, quiero saber qué hacías aquí! ¿Quién te manda? ¿Qué quieres de mi hija? ¡Habla o mando a por el alguacil!

—No, no, por favor —ruega Pedro—. Yo le cuento, pero es mejor que venga Marita. Tenemos una cosa importante que hablar con usted. Ella vende labores en el mercado. ¿Puede hacer que alguien vaya a buscarla? —pregunta, dirigiéndose al grupo de sirvientes que sigue la escena.

Don Alfonso apaga el cigarro. Lo aplasta en un cuenco y reflexiona. Es un hábil negociador, que presume de tener muy pocos enemigos. Al acabar la guerra, las reformas económicas permitieron que buena parte de sus tierras dedicabas a pastos y otras muchas que estaban bajo su domino fueran roturadas. Pasaron a ser campos de cultivo tras lograr acuerdos que habían convenido a todas las partes. Con Fernando VII en el trono, la Mesta volvió a contar con el favor real y se le devolvieron todas las concesiones, pero la caída de los precios de la lana y la mortalidad de los rebaños habían convertido en sumamente acertadas aquellas medidas de las que también se felicitaban sus aliados en el Honrado Concejo. Hacía dos años que los liberales en el poder se esforzaban por derogar nuevamente los privilegios de la Mesta, pero él había sabido encontrar entre los moderados del partido liberal aliados que lo admiraban por su contribución a la modernización del medio agrario español. Solo algunos de los miembros más radicales del partido y, en el otro bando, algunos nobles cercanos al rey lo miran con recelo, pues desconfían de su pasado como afrancesado. Fuera de ahí, no le consta nadie que le quiera hacer daño, pero no tiene dudas: venir preguntando por su hija es una afrenta.

—¡Vayan a por esa mujer! —ordena a los criados—. Y tú, acaba de atarte los calzones y siéntate ahí sin moverte.

Pedro obedece a don Alfonso y toma asiento en una butaca que le resulta tan mullida y suave que, al momento, sus músculos se comienzan a aflojar. El hombre se sienta frente a él en absoluto mutismo y el joven agacha la cabeza incapaz de soportar su mirada penetrante.

Cuando a los pocos minutos aparece Marita, el muchacho casi salta de alegría. La mujer está tan sudorosa como pálida y le lanza una mirada transparente. Don Alfonso se anticipa a cualquier cosa que ella vaya a decir. Les da la espalda y se dirige a la puerta de doble hoja. La cierra con suavidad y vuelve hacia ellos con un rictus muy serio.

—Tienen exactamente un minuto para explicarme qué hacen aquí antes de que les eche de muy malas maneras de mi casa.

Marita comienza a explicar que ella ha sido llevada allí sin pedirlo y Pedro la interrumpe para declarar que entró en la casa solo para mirar y que fue sorprendido y falsamente acusado. La mujer y el chico se enredan en una discusión cada vez más ardorosa hasta que don Alfonso, sin decir una palabra, les señala el reloj sobre la repisa y ambos callan a la vez.

El silencio es tan denso que se hace perceptible el sonido de las manecillas recorriendo la esfera. Marita estira el cuello con dignidad y une las manos en el regazo como hacen los mandatarios para hablar de forma solemne.

—Señor, le ruego un minuto más y ya no le volveremos a molestar, supongo. Aunque, bueno, en verdad dependerá de usted y de su hija. ¿Sería posible verla a ella también?

Don Alfonso aprieta la mandíbula y mueve la cabeza con un gesto de negación y hastío. Se siente muy cansado y se deja caer con suavidad en la butaca. Se resigna a escuchar otro relato parecido al que durante años le han venido contando curanderos, adivinadores y todo tipo de aprovechados sobre Catalina.

Marita y Pedro continúan de pie, el chico suplica a Marita que se lance y ella toma una gran bocanada de aire antes de hacerlo. Con el mismo tono solemne, decide presentarse y pedir disculpas por la irrupción del atolondrado chaval, del que es mentora. Después le cuenta de dónde vienen, mientras el hombre da muestras de impaciencia.

—Hace catorce años conocí a una joven que, tras dar a luz, me dejó al cuidado de este chico —relata Marita—. El único rastro que hemos podido seguir para dar con la madre es el de una monja que, por lo visto, es hermana de una sirvienta de esta casa. Tuvimos la fortuna de encontrar a la sor y ella nos habló de su hija, de Catalina Núñez.

Se trata de un leve gesto, un pequeño entrecerrar de ojos de don Alfonso que apenas altera su rostro pero que no pasa desapercibido para Marita. La mujer observa un instante las arrugas que rodean los párpados del hombre y siente que podría caer por esos surcos de sufrimiento. Le da vértigo la profundidad de la pena que encierran.

—Verá usted, iré al meollo del asunto —resuelve Marita—. Creemos que este joven, Pedrito, pudiera ser su nieto, hijo de su hija Catalina. Por eso queríamos verlos a ambos si eso fuera posible.

Don Alfonso clava las uñas en el reposamanos. La seda esmeralda que se hunde entre sus dedos se vuelve oscura. Todo en la sala se vuelve oscuro.

—¡Fuera! —dice don Alfonso, pronunciando muy despacio—. ¡Váyanse y no vuelvan! ¡Y no se les ocurra jamás pronunciar el nombre de mi hija! ¡De todas las patrañas que he tenido que oír desde que desapareció, esta es la más vil! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Esa misma tarde, sentada en el banco de piedra de la entrada de su casa, con la espalda pegada a la pared encalada y solo un ligero chal de ganchillo por encima, Marita ve salir las primeras estrellas. Se inicia una clara noche de verano y el perezoso crepúsculo aún deja entrever los encinares. La mujer chasquea la lengua disgustada, el pelo suelto cae sobre sus hombros y el corpiño desatado descansa sobre sus pechos. Se descalza. Necesita pensar. Dentro está Pedro, probablemente dormido. El día no pudo ser peor, le dice a las estrellas. Primero el tontorrón se cuela en la casa, después don Alfonso le acusa de ladrón y luego, cuando le cuentan lo que han descubierto, el señoritingo les echa de esa manera. No le extraña que el chico esté tan disgustado. Durante el camino de regreso a San Ildefonso, Pedro iba a pie junto a la mula y se sorbía las lágrimas. Ella miraba para otro lado para no azorarlo más. Compartía su vergüenza y humillación, pero escondía su propio llanto y estrujaba las riendas de la tartana.

Cuando llegaron, el muchacho se negó a hablar y tampoco abrió la boca para cenar. Marita se compadece del chico y piensa en las ideas que llevan toda la tarde asaltándola, como buscar en los archivos del Colegio alguna pista sobre un cadete que estuviera desposado y preguntar en las iglesias. En algún lugar tendrán que estar los papeles del matrimonio de Catalina Núñez… ¿Y dónde estará ella? ¿Dijo el padre que estaba desaparecida?

El cielo muestra ya su cara nocturna y Marita advierte que las estrellas parecen estar muy cerca. Las mira y deja que la luz se abra paso en su cabeza.

Hay algo que la ronda, una sensación que la persigue desde que dejaron la casa de los Núñez.

Empieza a refrescar y pasa dentro.

Pedro finge dormir y Marita cruza la estancia aguantando la respiración. Ella tampoco desea hablar, pues en su interior siente crecer la ira por la torpeza del chico. Si él hubiera esperado, si ambos hubieran ido juntos y se hubieran presentado como es debido, si ella hubiese tenido tiempo de prepararse y mostrarse digna para poder tomar asiento en los sedosos sillones… Entonces la redecilla hubiera sujetado sus cabellos y su piel no hubiera lucido el brillo del sudor. Se tumba y cruza las manos sobre el pecho, convencida de que todo hubiera ido mejor eligiendo otras palabras. Fantasea y hace retroceder el tiempo hasta el momento en que fue abordada en su puesto y llevada a la casa, el instante en que apareció en el salón y vio a Pedrito tan asustado, o al lapso en que don Alfonso, el hombre imponente, miró el reloj y los hizo callar.

El reloj.

Marita da un respingo y las mantas caen al suelo. La caja del reloj, en madera oscura ricamente labrada, de no más de dos palmos de altura y brillos dorados en su interior, y en el centro, la esfera, la curvatura perfecta de color blanco y las manecillas negras, recorriendo al revés los números romanos. ¡Al revés! ¡Como en la casa de él! ¿Cómo no se dio cuenta antes? Las manecillas del reloj giraban a la inversa.

El reloj iba al contrario.

Eso fue lo que se dijo entonces, que el benefactor de la revuelta, el que hacía llegar bolsas de monedas a los heridos, las viudas y los jefes, tenía en su casa un reloj con manecillas que marchaban al contrario, por eso comenzaron a apodarle el Caballero Contrario, y nada más trascendió sobre él. Acabada la guerra, su recuerdo se diluyó y la gente dejó de mentarle, aunque en muchos hogares se rezó en su honor y se pidió a Dios más hombres como ese, capaces de hacer el bien en tiempos del mal.

Marita sacude la cabeza y salta de la cama. ¿Sería posible semejante casualidad? ¿Es don Alfonso el Caballero Contrario? Siente las ideas bajar y subir en su mente como esquirlas abrasadas huyendo del fuego y se ayuda de la escoba para alcanzar, en lo más alto de la alacena, la botella de aguardiente. Deja que el licor abrase su garganta mientras saborea el descubrimiento, aguanta una tos y descorre las cortinas. Afuera la noche sigue siendo clara y dentro Pedro finalmente duerme.

Con mucho cuidado, prepara un balde y sumerge en él la cabeza. Se masajea los cabellos con agua y espuma de sosa hasta que relucen a la luz de la luna, y después pasa el jabón por todo su cuerpo. Del baúl

saca su mejor falda y aprieta el corpiño un poco más de lo habitual sobre la blusa blanca. Para acabar, anuda un pañuelo en su muñeca e introduce entre sus pliegues la diminuta cajita de marfil, firmemente apretada. Casi amanece cuando sale sin hacer ruido, engancha la mula a la tartana y, toma el camino hacia Segovia.

En la plaza de la Azoguejo, comienzan a abrirse las primeras puertas y ventanas. El sol baña la fachada amarilla mientras Marita aguarda. Una criada se asoma al balcón y sacude las alfombras blancas. Ha llegado el momento. Marita se acerca a la puerta principal y toca la aldaba. La sirvienta que la recibe es muy joven y se muestra avergonzada por tener que pedirle que no vuelva, pues el señor ha ordenado que no les dejen entrar si, como sucede, regresan a la casa.

—No me iré de aquí, díselo a tu señor —replica Marita con los brazos cruzados y las piernas tensas.

La muchacha se encoge de hombros y cierra. Deja a Marita sola en el umbral. A la mujer se le ocurre entonces otra idea, pero cuando tiende la mano hacia el llamador, la puerta se abre y la criada vuelve a salir con una cesta vacía. Marita se hace a un lado para dejarla pasar. Tras un momento de duda decide seguirla.

—¡Espera, mujer, no creo que a tu patrono le importe que te acompañe! —exclama Marita para abordarla tras doblar una esquina —. ¿A dónde vas? ¿A la huerta, quizás? ¿O a la granja?

La criada mira alrededor con desconfianza, pero la sonrisa franca y amable de Marita la desconcierta. Aun así, no se detiene y sigue andando hacia el acueducto.

—No le traigo ningún daño a tu señor —insiste Marita a su espalda—. Creo que en esa familia ya ha debido de haber demasiado sufrimiento. ¿Crees que podrías llevarle un recado a la señora Consuelo, que sirve en la casa y que tiene una hermana que es monja?

La joven sirvienta se gira en redondo y queda frente a Marita.

—No creo que sea posible, señora —contesta la chica—. Consuelo murió antes de que yo empezara a servir en la casa.

Marita abre la boca sorprendida y sus ojos se humedecen. La criada se compadece de su pena.

—Yo no la conocí —cuenta—. Pero el señor la tenía en gran estima. Según he oído, enfermó hace años y solo podía mover un lado de su cuerpo. Don Alfonso la acomodó en una de las habitaciones de arriba y se ocupó de que no le faltara de nada. Por lo visto, fue como una madre para su hija y juntos la recordaban. Desde entonces, el señor no tiene con quién hablar de la niña Catalina y se muere de tristeza.

A Marita le cuesta recuperarse de la desilusión. Había puesto

todas sus esperanzas en Consuelo.

—Pobre mujer —se lamenta—. No hace mucho que conocí a su hermana. Sor Teresa se apenará mucho si llega a saber de su muerte.

La doncella es apenas una chiquilla. Marita le ofrece una franca sonrisa y la retiene de un brazo con delicadeza para evitar que siga andado. Tal vez esté ante su última oportunidad.

—Estoy convencida de que tienes un alma bondadosa y de que serás muy apreciada en la casa —Marita trata de resultar lo más persuasiva posible—. Como te dije, no traigo ninguna maldad, te lo puedo jurar por mi vida. Te suplico que me hagas este favor y cuando vuelvas, dile a don Alfonso que deseo verle. No te regañará si le repites estas palabras: la señora Marita quiere hablar del reloj que va al contrario. ¿Se lo dirás?

La criada asiente y, con un ligero movimiento, libera su brazo. Marita la ve alejarse y comienza una oración. Cuando pasado un rato la joven regresa, Marita se santigua y vuelve a rezar mientras espera bajo el olmo que da sombra a la plaza. Al mediodía, la puerta principal se abre y la criada le hace una seña invitándola a entrar.

Don Alfonso la espera en el salón. Tiene un semblante muy serio. El hombre viste en tonos azules, más intenso el añil del chaleco, más claros y tornasolados la levita y el ajustado pantalón. Marita adivina que él tampoco ha dormido. Su piel no tiene buen color y la boca, bajo la barba cana, es una línea recta. A la mujer le asombra la larga coleta que luce, recogida con un lazo también azul. Le extraña que un hombre tan elegante se permita tal extravagancia. Ambos toman asiento, en silencio, frente a frente. Ella está incómoda porque en esta ocasión se ha jurado atender la etiqueta y no sabe en qué momento será decoroso comenzar a hablar. Él la mira, alentándola, y Marita rompe la quietud.

—Señor, ¿se me permite hablar?

Don Alfonso descruza las piernas y se inclina hacia ella con las manos entrelazadas. Muestra un respetuoso interés, esperaba otro parloteo interminable y esa aparente dulzura aumenta su curiosidad.

—Por supuesto que se le permite hablar, señora. Estoy deseando conocer otro de sus desvaríos. En esta ocasión sobre mi reloj, según se me ha dicho. Pero déjeme que hoy sea mejor anfitrión y le ofrezca algo fresco. ¿Agua de limón, tal vez?

Marita imposta un gesto de agradecimiento. En su fuero interno, palmea agradecida. Lleva horas sin probar bocado y nota rugosa la garganta. Su sed se despierta como un animal salvaje y beber se vuelve una necesidad inmediata.

La joven sirvienta apenas la mira de reojo cuando trae las

bebidas en delicadas copas de cristal con rodajas de limón clavadas en el borde y la mujer debe hacer un gran esfuerzo por beber con comedimiento a pequeños tragos.

—Está delicioso, muchas gracias —dice Marita, apurando el último sorbo.

Don Alfonso sirve más limonada y repite el gesto de horas antes. Mira con fijeza el reloj, y hace que Marita también dirija la mirada hacia la chimenea, en cuya repisa descansa la preciosa cajita con la llamativa esfera blanca y dorada, recorrida sin descanso y al revés del sentido habitual por las manecillas negras.

De repente, Marita repara en algo nuevo y parpadea sorprendida. Ahora la mujer no tiene dudas.

Le cuesta apartar la vista de la chimenea apagada.

—Verá usted —apunta Marita con un tono ensayado—. A mí la guerra me pilló entre bandos, como hija de franceses tuve que cuidarme de la hostilidad de mis vecinos sin tiempo para pensar realmente qué lado era el mío. Luché para salvarme y en el transcurso de esa lucha, desde la resistencia y sin darme opción a elegir, se me encomendaron ciertas ocupaciones. Es por eso que llegó a mi conocimiento que tras la revuelta del pueblo se hallaba un hombre, un caballero que no deseaba darse a conocer y al que llamábamos el Contrario. ¿Por qué? ¿A qué venía ese apodo? Pues a que alguno de los jefes de las cuadrillas que trataban con él contó que en la casa del benefactor había un reloj cuyas manecillas iban al contrario. Y nuestro caballero, a partir de entonces, se conoció así. Del Alcázar al acueducto, del acueducto al Alcázar, todos en Segovia mentaban al bienhechor como el Caballero Contrario.

Marita calla y provoca un pesado silencio.

—Este reloj que usted admira es un Bracket estilo Carlos IV del siglo pasado —responde don Alfonso tras prender con destreza un cigarro—. Lo adquirí en Francia, pero su origen probablemente sea inglés. Sus manecillas giran hacia la izquierda y los números están invertidos. Es una rareza, desde luego, pero del resto no sé nada.

—Le creería si no fuera porque esta misma mañana han revalidado mi teoría —miente Marita—. Hace unas horas que he hablado con una de las pocas personas que estuvo en la casa del Caballero Contrario, uno al que llaman Mediazanca, y no hay error posible. La historia lleva su nombre y apellido, don Alfonso Núñez, y acaba en esta casa, con un reloj invertido que nos induce a todos a cuestionar las normas establecidas.

Marita se reclina en la butaca. No suele mentir. Lo dicho se le ha escapado sin pensar. En realidad, sí que había planeado hablar con

Páramo y asegurarse completamente de la identidad del Contrario, aunque desechó la idea porque no quería volver a comprometerlo. Tampoco suele jugar, pero sabe que en la mesa ha puesto uno de sus últimos naipes.

Don Alfonso da una profunda calada al puro y se aleja hacia la chimenea. Marita supone que se dirige hacia el reloj, pero se detiene en una mesita llena de botellas y copas de cristal de diferente forma y tamaño.

—¿Le apetece un jerez? —pregunta a Marita.

—Prefería que me hablara usted y que me dijera si es quien pienso que es.

—Brinde usted conmigo —insiste él—. Alce su copa y dígame qué más da quiénes fuéramos hace años. Porque supongamos que usted tiene razón y yo soy ese caballero. ¿Qué importa eso hoy? ¡Un trago por aquellos tiempos!

Marita se pone en pie y bebe con don Alfonso. El regusto ácido del vino blanco y seco deja áspera su lengua.

—Aún hay mucha gente que vive en la penuria que nos dejó la guerra. —Marita ha de tragar saliva para continuar—. Me pregunto si a esas personas les gustaría saber dónde pueden conseguir más bolsas de aquellas repletas de monedas. Pero no tema, yo no diré nada, soy una mujer discreta cuando se me pone en valor —aclara la mujer, sosteniendo la mirada oscura de don Alfonso.

—Al fin, todo se reduce al dinero, como sospeché desde el principio. El gañán y usted han venido a mi casa a robar —acusa el hombre con tono cansado.

—¡Eso jamás, señor! —dice Marita cargada de ira—. ¡El chico y yo nos ganamos la vida honradamente, no queremos su dinero, no nos hace falta!

—Entonces, ¿qué ha venido a pedir usted, señora mía? —pregunta él apurando su copa aflautada.

—Un poco de su tiempo, no para mí, sino para Pedrito. Pase unas horas con él y lo entenderá —ruega Marita—. Ese chico lleva su sangre.

—¿Cómo se le ocurre repetir semejante disparate? ¿Se imagina el dolor que me produce la simple mención del nombre de mi hija? Catalina desapareció y le puedo asegurar que la última vez que la vi ni se había desposado ni se encontraba en estado. ¡Era una niña, por Dios! ¡Le ruego que se vaya y no vuelva!

La mujer suspira. Le llegó la hora a la penúltima carta.

—Es ella, ¿cierto? —pregunta Marita, señalando una pintura que cuelga sobre la chimenea—. Esa joven del cuadro es Catalina,

¿verdad?

Don Alfonso asiente con emoción. El retrato al óleo muestra a una chiquilla perfilada de medio cuerpo con las manos entrelazadas en el regazo. El fondo, el vestido y la mantilla son oscuros, pero la camisa blanca y el rostro, ligeramente ladeado, irradian luz. La piel cristalina, el cabello y los ojos castaños, de cejas doradas, contrastan con las mejillas sonrosadas y los labios suavemente encarnados.

Ambos caminan hasta el cuadro y se quedan frente a él admirándolo.

—El artista tuvo que acabar su obra echando mano de la imaginación, pues Catalina desapareció antes de que lo pudiera terminar —aclara melancólico.

—Yo la conocí —asegura Marita, sin quitar la vista de los ojos pintados en el cuadro—. Yo ayudé a ese ángel a dar a luz y he criado al niño. La joven se marchó a las pocas horas de parir. Estaba febril y muy débil, pero no le pude impedir que se fuera. Y aunque prometió volver, no lo hizo. Durante todos estos años, no he dejado de esperarla y si hemos dado con usted, es porque Pedrito ha jurado encontrar a sus padres y es un muchacho terco y decidido. ¡Piénselo! ¿Y si es cierto que el chico es su nieto y deja pasar usted la oportunidad de recuperar una parte de ella?

Don Alfonso se cubre la cara con las manos. Nadie ha podido decir que le haya visto llorar en todo el tiempo que Catalina lleva desaparecida. Se siente exhausto. Hace muchos años que ha empeñado su vida en dar con ella y la noche pasada, hastiado, decidió dejar de buscarla. Tal vez su hija nunca le perdonara, por eso huyó y no volvió. Era hora de poner fin a la búsqueda y seguir adelante sin ella. Tomar otro camino hacia cualquier parte. No quería andar más sobre ascuas que lo herían, había perdido a su niña, lo aceptaba tanto como aceptaba la culpa. Durante la noche pasada en vela, resolvió no dejarse dañar más. Por eso había accedido a ver a Marita, con la idea de ser, por vez primera, un espectador en la tragedia. Y ahora esa mujer lo devuelve a las brasas. Lo empuja a caminar de nuevo hacia las llamas. Siente que arde. Cierra los ojos con furia y los abre secos.

—¡Señora, deme algo, lo que tenga que no sea su palabra, para demostrar que lo que dice es cierto, porque si de alguna manera están jugando conmigo, si todo es un embuste, pagarán por ello! ¡Pagarán por ello! ¿Entiende lo que le digo?

Marita contiene la respiración y asiente. Se acaban sus cartas. Con todo el aplomo del que es capaz suelta los nudos que enrollan el pañuelo a su muñeca y libera una minúscula caja de color indefinido. Se la ofrece al hombre y este abre la delicada tapa. Don Alfonso hace

mover la medalla de oro rectangular entre sus dedos.

—¿Era de Catalina? —pregunta esperanzada Marita.

—¡No! —lamenta él—. ¡No era de mi hija, pero lucía una medalla igual a esta la última vez que la vi! ¡He vuelto a vivir aquella escena demasiadas veces cómo para no recordar el más pequeño detalle! ¿Cómo ha llegado a su poder?

—Es de Pedrito. Ella se la puso cuando nació y yo la custodié todos estos años —responde.

Don Alfonso contempla la pieza de oro que se ve muy pequeña entre sus dedos. Rememora cómo pendía del cuello de Catalina cuando, furiosa, agarró el pomo de la puerta y se giró para decirle adiós. Se pregunta por qué la dejó marchar y se lleva la imagen de la Virgen niña a los labios. Después señala con ella a Marita.

—Señora, le repito que si todo es un embuste, si todo esto es un engaño, ¡pagarán por ello!

Ella levanta el mentón con decisión. Si fuera una mujer menos valiente, la mirada del hombre la hubiera asustado.

—¿Dónde está el chico ahora? —pregunta don Alfonso.

—Sin duda, metiendo la cabeza entre varias capas de mantas y colchas hasta que se le pase el disgusto que nos dio usted ayer —contesta Marita pensativa.

—Catalina también se escondía bajo las fundas de cama cuando algo la angustiaba —declara don Alfonso.

—Tal vez, si pasa algunos momentos con el chico, encuentre usted más semejanzas —sugiere la mujer.

—Lo dudo, nada de lo que vi en ese bribón me recordó a mi querida niña. Haga el favor de no ofender su buen nombre…

—¿Por qué se marchó? —pregunta de repente Marita interrumpiendo al hombre.

—Discutimos por un asunto familiar —responde con pesar don Alfonso y apoya los brazos estirados contra la repisa de la chimenea—. Catalina era muy vehemente cuando se enfadaba. Aquella última vez rompió ante mis ojos la valiosa escultura griega de alabastro del recibidor. Después, simplemente, abrió la puerta, me clavó los ojos diciendo: «Adiós padre», y se marchó. Pensé que sería un arrebato y que volvería, pero las horas pasaron sin que regresara y mandé a buscarla por los caminos. Creí que habría encontrado refugio en el convento en el que mora su madre, pero allí no fue.

—¿La madre aún vive? —pregunta Marita con curiosidad.

—Sí, Rosario guarda desde hace años un retiro religioso en Cáceres y durante este tiempo tampoco ha sabido del paradero de nuestra hija.

—Me pregunto de quién pudo heredar Catalina ese carácter impetuoso. ¡Lo siento, he hablado en voz alta! —se disculpa Marita tapándose la boca con las manos—. Me refiero a que usted parece un hombre de conducta templada y si la madre también es de naturaleza cavilosa, no me explico…

Una sonora carcajada silencia abruptamente a la mujer.

—Perdóneme, señora, pero no puedo evitar que su insolencia me haga reír —dice don Alfonso con los ojos brillantes—. También yo me he preguntado cómo pudo forjar mi hija un genio tan temperamental en un hogar en el que se actuaba con tanta rectitud y sigilo, sobre todo en el tiempo en que su madre vivió aquí. Tal vez, a mi esposa también le arde esa furia en su interior y por eso la sofoca encomendándose a Dios… Pero discúlpeme, esto nada tiene que ver con el asunto del muchacho.

—Quizá todo esto sea más importante de lo que usted piensa —asegura Marita tamborileando sus dedos en la barbilla—. ¡Hágalo por su hija, conozca a Pedrito, concédale solo unas horas! ¿Qué puede perder?

Don Alfonso recorre con los pulgares los bolsillos y botones de su chaleco. Fija la mirada en la hebilla dorada de sus zapatos y después alza la voz. Ordena a los criados disponer el coche y engancharle la tartana de Marita.

La mujer contiene el aliento para no llorar de alegría y, antes de seguir a don Alfonso, echa un último vistazo al retrato de Catalina Núñez y a las pálidas manos tapando su regazo en la pintura.

Pedro no se aguanta. La última vez que salió a orinar aún era de noche y ahora, bien entrada la mañana, siente en su vientre la fuerza contenida de un torrente. Pero se aferra a las sábanas, cambia de postura y, mientras un escalofrío recorre su cuerpo, aprieta con fuerza los ojos para intentar ser atrapado otra vez por los sueños.

Entonces les escucha.

Marita y un hombre han llegado a la casa. Hablan de él y, como teme, no tardan en aparecer en su pequeña habitación. La mujer descorre las cortinas y le obliga a salir de la cama.

Pedro achica los ojos, molesto por el sol, y se levanta de mala gana.

—¡Tengo que mear, Marita, y luego seguiré durmiendo, así que déjeme en paz!—dice, y pasa entre los dos.

—¿Qué clase de patán le dice algo tan grosero a una señora? —le increpa don Alfonso.

El joven se encoge de hombros y acelera el paso hasta alcanzar afuera la zona del excusado. De su interior, surge un caudaloso chorro

amarillo y caliente. Mientras contempla el gran reguero de orina que encharca la hierba, repara en la ilustre visita que le espera dentro.

Dada la hora, Marita decide ofrecerle algo de almuerzo a don Alfonso. Al trastear en la cocina, descubre la botella de aguardiente vacía, se asoma a la ventana abierta a medias y ve cómo Pedrito introduce medio cuerpo en el agua helada del pozo. La mujer aprieta los labios para no regañarle a voces y encaja un palito en el alféizar para mantener el postigo desplegado, mientras se ata a la cintura el mandil y pone en la lumbre un puchero con sopas de pan. El muchacho regresa, entra en su cuarto y sale de inmediato vestido con ropas secas y limpias. Un vello oscuro cubre su cara y se rasca la incipiente barba al pedirles disculpas a ambos y solicitar permiso a Marita para acompañarlos en la comida.

Al poco, están los tres sentados a la mesa en las toscas banquetas con asiento de paja.

—Pedrito, esta mañana mientras dormías volví a Segovia y convencí a don Alfonso, aquí presente, para que me acompañara y tuviera el gusto de conocerte.

El chico carraspea y asiente con la cabeza, sin saber qué decir.

Marita destapa la olla de barro y un maravilloso aroma llena la pequeña sala que sirve de alcoba, recibidor, comedor y cuarto de costura. Don Alfonso observa descaradamente al muchacho y este se siente cada vez más incómodo. Entonces, la mujer tiene una ocurrencia, hunde el cazo en la sopa y remueve el caldo con las migas de pan, el tocino rojo, la cebolla y los ajos tiernos.

Pedrito siente crujir sus tripas, pero Marita decide no servir y vuelve a tapar el puchero.

—Para el señor don Alfonso y para mí, es la hora de comer, pero tú… Tal vez prefieras un poco más de aguardiente —comenta la mujer haciendo ademán de levantarse—. ¡Oh, no, pero qué digo! ¡Si te lo acabaste todo anoche!

—¿Bebiste aguardiente? —se escandaliza don Alfonso—. ¡Los niños no deben tomar ese tipo cosas!

—¡No soy un niño! —contesta desafiante Pedro e inclina la cabeza.

—No, no lo es. Ya no es un niño —aclara Marita—. Es un joven bastante educado. Está instruido en números y letras, y durante todos estos años le he enseñado a no escupir y a no sacarse con las uñas los restos de comida de entre los dientes. También cumple con su aseo diario y sabe comportarse entre la gente, lo que nadie ha podido doblegar, ni él mismo siquiera, es su mal genio. A mi entender, este joven nunca antes había bebido aguardiente. Aprovechó mi descuido

al irme temprano.¡Espero que desde hoy y hasta el próximo otoño le arda el estómago, por bribón y aprovechado!

—¡Basta ya, Marita! —estalla Pedro.

—¿Basta de qué, Pedrito? ¿Ya has demostrado que te has vuelto un hombre? ¿No es bastante para ti todo lo que hecho? ¿Basta de que, Pedrito? ¿Basta de qué? ¡Dímelo! —pregunta Marita levantando la voz.

—¡De todo! —grita Pedro, golpeando la mesa—. ¡Estoy harto de que todos me traten como un mocoso pordiosero y que se rían de mí! ¡No tengo culpa de no tener padres que respondan de mi persona y usted lo sabe! ¡Y por lo que veo, tampoco puedo hacer cosas de hombre, porque hasta usted, una mujer, se atreve a gritarme!

—¡Pedazo de mequetrefe desagradecido! —responde ella, abriendo exageradamente las aletas de la nariz.

El muchacho se levanta enfurecido y su banqueta sale rodando hacia atrás. En una zancada llega a la puerta y se marcha dejándola abierta y desencajada del marco. Después corre hacia los restos de la tomatera de la entrada y los patea sin piedad hasta que sus pies se hunden en la tierra seca.

Entonces, para sorpresa de Marita, don Alfonso ríe abiertamente.

—¡Otra vez me hace usted reír! ¡La felicito! Ha sido muy hábil sacando al chico de sus casillas —dice jocosamente mientras se ajusta la chalina—. Si ciertamente mi hija fue su madre, no hay duda de que el joven ha heredado su espíritu colérico. Pero no crea que me ha convencido. El carácter indómito y pasional es propio de la juventud, y no soy de esos caballeros que recogen huérfanos con facilidad. ¡Vaya a por él y comamos en paz, por favor!

De nuevo en la mesa, a Pedro aún se le notan rastros de las lágrimas provocadas por la rabia, aunque Marita las ha secado con la faldilla de su basquiña. La mujer ha dejado como siempre que el muchacho hundiera la cabeza en su regazo y le ha tranquilizado explicando el fin de su comportamiento. Después le ha tentado con la sopa y ahora se reparten las últimas ciruelas que guardaban en la casa. Marita ha deducido que el buen apetito puede considerarse otro rasgo familiar, ya que don Alfonso ha demostrado la misma voracidad que el chico, hasta que ha encendido uno de sus cigarros y ha dado por finalizado el almuerzo.

—Señora, muchas gracias por la comida, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un guiso tan sabroso y de una fruta tan exquisita.

Marita le mira extrañada. En la voz del hombre no hay ecos de burla.

—De verdad —insiste don Alfonso con una mano sobre el pecho

—. Pese al altercado inicial, he disfrutado mucho de esta comida y de nuevo les pido disculpas. Por eso, para obtener su perdón, me gustaría invitarles a ambos a pasar unos días en mi casa de Segovia. —Y termina dirigiéndose al chico—: Me gustaría conocerte un poco más, Pedro.

Marita aprieta emocionada la mano del joven.

—Don Alfonso, yo le agradezco mucho la invitación —se apresura a hablar la mujer—. Pero me esperan mis quehaceres, tengo labores que terminar antes del próximo mercado y he de ocuparme de algunas cosas en esta casa, como arreglar esa puerta o atender el huerto, por no mentar que no nos queda fruta y yo…

—¡Ni hablar! —interrumpe Pedro—. Yo no voy a ninguna parte sin usted.

—Creo que todos nos sentiríamos más cómodos si usted nos acompaña. Será por unos días nada más y, por los desperfectos que causó el muchacho, no se apure. Esta misma tarde enviaré a alguien a arreglarlos y también se ocuparán de los postigos de la ventana —sentencia don Alfonso mientras se levanta y sale dirigiéndose al carruaje.

—¡Un momento! —reclama Marita—. No soy mujer a la que se pueda convencer con ligereza, pero iré con ustedes. Aguarden a que avíe la casa y recoja algunas cosas. ¡Muchacho, prepárate un hato, mientras don Alfonso nos espera sentado en el banco de piedra! ¡Y usted, tome asiento fuera, por favor, y disfrute de las vistas, en lo que aguarda! —ordena con los brazos en jarra.

Después gira sobre sí misma, se desplaza hasta la cocina y se quita el delantal como un general victorioso que ha sido capaz de reunir a sus tropas desperdigadas.

En la casa amarilla, al principio de un atardecer de verano, los geranios languidecen.

Marita y el muchacho se acaban de instalar en habitaciones contiguas. Desde su balcón, Marita no puede contemplar la línea de encinares recortándose en el horizonte, pero casi puede tocar las piedras del acueducto y encuentra cierta belleza en la sucesión de tejados de distintas alturas que se vislumbra entre los arcos. Pedrito no se asoma. Ha resistido la tentación de dar unas volteretas pero está tumbado en la amplia cama. Descansa con los brazos flexionados bajo la nuca y observa los relieves de las cuatro columnas de madera que sostienen el dosel. La casa en la que siempre ha vivido cabría dentro de la alcoba. Cuando tocan a su puerta para anunciar la cena, da un respingo, sale al pasillo y aguarda a Marita. La mujer se hace esperar, porque se está acicalando y no es muy diestra. Finalmente recoge sus

cabellos bajo la cofia y la cierra con una lazada, de modo que solo asomen por delante los mechones que conserva negros. Después ata los cordones del jubón sobre una blusa blanca recién puesta, y palmea y estira las faldillas de la basquiña negra. Mira su reflejo en los cristales. Sus ojos brillan y cuando se va a pellizcar las mejillas, se da cuenta de que ya están coloradas.

El muchacho bromea imitando una galantería de caballero al verla. Ambos bajan al salón sonrientes y dejan atrás la sensación de incomodidad que les rodea desde su llegada.

Su anfitrión demuestra ser un gran orador. Don Alfonso ha recortado su barba y se recoge los cabellos grises en una trenza. Se sienta en uno de los extremos de la larga mesa, en medio de sus dos invitados, a los que no obstante mantiene muy cerca y con habilidad desvía la conversación lejos de la niña Catalina y de las circunstancias que los han llevado a ese encuentro. Marita, con toda la delicadeza de la que es capaz, manifiesta en todo momento un educado interés por los orígenes de la familia. Don Alfonso hace a un lado el exquisito cochinillo asado y enlaza parte de su historia familiar con el curso de los últimos acontecimientos. Así es como se enteran Marita y Pedro de las dificultades que atraviesa la asociación mesteña a la que pertenece el dueño de la casa.

—El apellido Núñez es conocido en el negocio del ganado lanar. Cuando yo era niño, mi anciano abuelo me contó que en su infancia pastoreaba, así que crecí pensando que provenía de una estirpe de pastores trashumantes, hasta que mi difunto padre aclaró mi confusión. El abuelo pastor era en realidad el antepasado de algún hombre inteligente que, hace mucho tiempo, tuvo la dicha de hacer fortuna permitiendo la crianza de ovejas en sus tierras, pero dudo que jamás se acercara mucho al ganado. Mi familia pertenece al Honrado Concejo de la Mesta desde sus inicios, lo que puede considerarse un hito, pues no guardamos vínculo alguno ni con la alta nobleza ni con el clero. Como ven, nuestra cabaña ganadera excede los dominios de un pastor. También obramos fuera de la cría y hasta hace unos años mi principal modo de vida fue la venta de lana en el extranjero.

—¿Hasta hace unos años dice usted? —pregunta Marita con sincera curiosidad.

—Sí, señora. ¡Los buenos tiempos de la Mesta tocaron a su fin! Continúo perteneciendo al Honrado Concejo por respeto a la memoria de mi estirpe, pero la decadencia de la asociación es tal que a buen seguro la Mesta desaparecerá por sí misma antes de que el gobierno firme su derogación. A los muchos problemas que la asociación venía acarreando, se le sumó el desastre de la guerra. Algunos campesinos

aprovecharon el caos de la contienda para variar las lindes y trazar nuevas cañadas y pastizales. Entonces, como en mis erróneas conclusiones infantiles, los pastores se convirtieron en propietarios. —Hace una pausa, toma la copa y mira fijamente el vino que contiene—. El intento posterior de los gobernantes de acabar con las abusivas leyes pastoriles ha causado un daño irreparable a la cabaña lanar. Muchas de nuestras ovejas fueron robadas y sacadas de España. A mi modo de ver, jamás nos recuperaremos de esa pérdida del monopolio en el extranjero. ¿Alguien se imagina la crianza de nuestro ganado autóctono fuera de tierras españolas? Algunos señores de la Mesta y las entidades eclesiásticas confían en que el rey Fernando volverá a restituirse en el poder absoluto y devolverá el esplendor al Honrado Concejo, pero apostaría a que la sociedad mesteña terminará olvidada —dice apurando la bebida.

—¿Es usted partidario del rey? —Ahora es Pedro el que traga apresuradamente para preguntar.

Marita carraspea escandalizada, pero don Alfonso le dedica un gesto de calma con la mano.

—Muchacho, no es juicioso plantear ese tipo de cuestiones a un hombre en su casa, pero te diré que mi rey soy yo y mi reino esto que ves —dice abriendo los brazos y bajándolos lentamente—. Por otro lado, en realidad me importa poco el destino de la Mesta, a la que solo me une un obligado respeto por mis antepasados. Como les dije, ya no me dedico de lleno al negocio lanar, ahora tengo muchas otras ocupaciones. ¿Y usted? —pregunta de repente mirando a la mujer y queriendo desviar el interés de la conversación—. Si pudiera hablar libremente, y puede estar segura de que aquí le está permitido, ¿qué diría de Fernando?

—El Deseado me causó gran decepción por ser ruin y embustero con el pueblo que luchó por él —contesta Marita enseguida sin apenas meditar—. Es un mediocre gobernante, como lo fue su padre, y usa la Corona para aplastar a su pueblo. Mientras la gente le hacíamos la guerra, él estaba fuera y a salvo, y después nos engatusó diciendo que hablaba en nombre de todos, pero el único ser del que se ocupa nuestro monarca es de sí mismo ¡Tal cual hace usted, según parece! —indica Marita con atrevimiento.

Don Alfonso sonríe.

—*¡Touché!* No le falta razón, con la diferencia de que yo no engaño, señora.

—Creo que tiene usted una forma muy egoísta de ver la vida, pero temo que ha ganado a un nuevo miembro para su equivocada causa —señala Marita al ver un destello de admiración en los ojos del

muchacho.

—Depende —dice Pedrito y pasa un trozo de pan por los restos de salsa de su plato—. El nuevo gobierno le va a dar duro a Fernando y yo estoy con ellos porque se portó mal con el pueblo. ¡Hay que defender la patria!

—Sigues hablando de forma muy insensata, jovenzuelo. Me recuerdas tanto a…

—¿A mi madre? —interrumpe el chico.

El semblante del hombre se ensombrece un instante. No siente ningún apetito y aleja el plato de carne rosada y corteza crujiente. Da un pequeño sorbo a su copa y sirve vino a Marita. Esa noche no desea embriagarse, está disfrutando de la charla y de los pareceres sinceros que con asombrosa espontaneidad le brindan sus invitados. Pedro le gusta, Marita le intriga. Detrás de ambos sabe que encontrará oscuridad y prefiere, de momento, la sonrisa radiante que le dedica a Marita para alejar las sombras.

—Y usted, señora, ¿se siente cómoda con los radicales acariciando el poder? ¡Esta mañana presumió de sus hazañas de guerra, me pregunto si seguirá siendo una revolucionaria! —exclama con sorna don Alfonso.

—¡No presumí! —responde airada Marita y después sonríe—. ¡Creo que usted disfruta provocándome, señor! ¡Usted y el vino hacen que se me suelte la lengua!

Pedrito observa a los dos adultos y no lo duda: se están divirtiendo. El joven aprovecha para servirse de la fuente aún humeante otra ración de cochinillo asado y se esfuerza en el manejo de los cubiertos mientras come y los escucha. Don Alfonso le intimida y goza viendo que a Marita, sin embargo, el hombre no consigue imponerla.

—Hijo, esta mañana don Alfonso y yo hablamos de aquella horrible época —aclara ella, y bajando el tono añade—: Es algo que no se debe contar fuera de aquí, pero nuestro anfitrión ayudó a las milicias. Gracias a hombres como él pudimos defendernos de los franceses.

—Señora, debo contradecirla. Hubo muchos factores, principalmente el ejército inglés, que inclinaron la balanza hacia el vencedor.

—¡Hacia el pueblo, dirá usted! —responde Marita contrariada.

—¿De verdad cree, señora mía, que el pueblo español fue el vencedor? ¿Obtuvo alguna ganancia tras ganar en esa guerra contra quienes podrían haber traído auténtica prosperidad? ¡Mírenos ahora de nuevo, enfrentados por ver quién nos manda!

—¡Señor, llevo sangre francesa en mis venas, pero de ninguna manera hubiera querido vivir bajo el yugo de Napoleón! —explica Marita disgustada—. ¡Por eso luché y a esa causa contribuyó usted con sus bolsas de dinero!

—¡Buscaba a mi hija! —exclama exaltado don Alfonso, mientras se gira hacia el lado de Marita.

Pedrito deja de masticar hasta que su anfitrión se calma.

—Hubo un tiempo en el que pensé que mi hija se había unido a la milicia —dice don Alfonso para romper el pesado silencio—. Discutíamos a menudo con cierto ardor, ya que no conseguía convencerla de que Napoleón, si le dejaban hacer de forma pacífica, en verdad solo tenía intención de cambiar la dinastía reinante y limitar el poder eclesiástico, tal vez sin necesidad de convertir a España en un territorio del imperio francés. Pero ella sentía, como todos, aversión hacia lo extranjero y no veía que la ciega ignorancia de la Corona, el gobierno y la Iglesia nos llevaba a una guerra cruel. Cuando Catalina desapareció, se empezaban a formar los grupos de guerrillas y por si ella se hubiera unido, ayudé, con la idea de calmar su sed o su hambre, su calor o su frío. No hubo más motivo por mi parte —aclara y se toma un momento antes de señalar a su invitada—. Ahora, cuénteme, señora, qué ganó usted estando entre los vencedores.

Marita pone los codos en la mesa y se inclina hacia don Alfonso muy seria. «¡Nada!», quiere decir. «¡Gané todo durante la guerra, pero al coronarse Fernando me lo volvieron a arrebatar!». ¿Cómo explicar a un hombre los años más felices de una mujer? Marita no encuentra palabras para describir aquella eufórica sensación de libertad y al fin responde sin mencionar la terrible impresión de pérdida que tras la guerra sufrieron las mujeres, aun estando entre los que ganaron.

—Gané sobrevivir y seguir aquí —se justifica—. Estaba sola, pues los pocos amigos que tenía habían regresado a Francia asustados. Yo jamás estuve en aquellas tierras y no hubiera sabido cómo dar con pariente o conocido alguno. Así que, a mi entender, conquisté el poder volver a mi hogar en San Ildefonso y hacerle ver a mis vecinos que soy una más. Aquí está mi casa, junto al único ser que me importa en este mundo.

Pedro responde a la larga y pasional mirada que le dedica la mujer con una sonrisa azorada y Marita, con toda la intensidad de sus ojos húmedos, obliga al joven a fijarse en el retrato que cuelga sobre la chimenea.

Don Alfonso también dirige la vista a la pintura de Catalina y de inmediato enmudece atrapado por las tinieblas. «¿Y si fuera cierto?»,

se pregunta en silencio. Si este joven fuera hijo de Catalina, sería un hecho que es su nieto. El corazón del hombre se desboca al pensar que una parte de su hija vuelve a él, pero sus pensamientos se oscurecen de nuevo mientras sigue razonando: «Si este chico es hijo de ella, entonces Catalina no es la niña pura e inocente cuya memoria guardo. Si realmente quedó en estado, ¡qué desengaño tan terrible me produce su inmoralidad! Y si después abandonó al niño… ¡Qué sufrimiento arroja cualquier suposición! ¿Qué persona tan horrible crie capaz de renegar de su propio hijo? ¿O qué cosa tan terrible le pudo suceder para abandonar así a un recién nacido? Todas las conjeturas, de una u otra forma, hacen que Catalina muera para mí y esta pérdida me hunde en el lodo más negro del infierno, un lugar del que no saldré jamás», se dice don Alfonso ensimismado.

Los criados toman el repentino silencio como una señal para entrar y servir los postres. Irrumpen en el comedor con los tintes anaranjados de la puesta de sol llameando a sus espaldas. Los comensales, sin embargo, apenas dedican un rápido vistazo a las últimas luces del día y una leve ojeada al bizcocho cubierto de yema tostada antes de volverse de nuevo hacia el retrato.

En algunos rincones de la sala se encienden las primeras lámparas y una sirvienta posa sobre el mantel un candelabro de plata. Luego se dirige a las ventanas y cierra los cortinajes, lo que aumenta la tenebrosa sensación que angustia al hombre. La criada regresa y prende las velas. Los brazos del candelabro iluminan la cara de Marita y esta sonríe animosamente a don Alfonso, pero también preocupada por su palidez.

—Parece que no se siente usted bien —dice ella tentada a tomarle la mano.

Don Alfonso tarda en responder y cuando lo hace da la impresión de que no ha oído a la mujer.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta don Alfonso repentinamente —. ¿Cuándo naciste?

—Cumplí catorce años el mes pasado, señor, nací el 6 de junio de 1808.

El rostro del hombre se convierte en un trozo de mármol mientras piensa.

—Eso quiere decir que fuiste concebido en septiembre o en octubre de 1807. En esa época mi hija vivía bajo este mismo techo y pasaba el día custodiada por Consuelo, pues yo viajaba asiduamente a Francia y preparaba nuestro traslado. Además de ofensivo para su honor, repito que la idea es descabellada, pues nunca estaba sola y difícilmente pudo, ejem, pudo… Conocer varón. Aunque quisiera

aferrarme a su historia, me sigue pareciendo un delirio.

—Señor, ¿cuándo vio a su hija por última vez? —inquiere Marita.

—Dejó esta casa un desgraciado día de marzo de 1808.

—¡Pero entonces ya se hallaba en estado! —interrumpe Marita —. Si como dice usted, en ese tiempo ella vivía aquí, ¿cómo es posible que nadie notara su vientre abultado?

Don Alfonso se reclina sobre el respaldo de su silla, abatido.

—¡También usted se está dando cuenta, por fin, de lo disparatado del asunto, señora! ¡Me resulta inconcebible estar hablando de mi hija en estos términos!

—Y sin embargo, ha de creerme —insiste Marita señalando el retrato—. Esta joven del cuadro es la misma a la que ayudé a dar a luz; la misma de la que nos habló sor Teresa, hermana de su sirvienta Consuelo, que en gloria esté; y la misma muchacha que puso en el cuello de Pedrito la medalla de la Virgen niña. ¡Usted reconoció que Catalina lució la joya! ¡Estoy segura de que uniendo nuestras verdades hallaremos una única verdad! ¡Y tal vez la encontremos a ella!

Don Alfonso mira al chico. El muchacho ha hecho una bola con la cera que rezuma del candelabro y cabizbajo se la pasa entre las manos. Verlo juguetear le provoca una punzada de nostalgia y a sus oídos vuelven aquellas risas olvidadas. Por un momento, sus miradas se cruzan. Ese modo de mirar de Pedro, subiendo los ojos, le recuerda mucho a Catalina. Desesperado, levanta las manos para espantar las sombras.

—Juegas como el infante que debes ser. Nadie debería permitir que a un niño le arrebaten la infancia —declara solemnemente don Alfonso, y añade—: Si han terminado su cena, permítame que sea buen anfitrión y les acompañe a las habitaciones. Yo también deseo retirarme, tengo mucho en que pensar.

Pedro traga saliva y aparta los ojos de las cremosas capas del bizcocho. Imita el gesto educado de los adultos cuando se limpian la boca con la esquina de la servilleta de lino. Luego deja la mesa y les sigue escaleras arriba con una mueca enfurruñada: ¡está harto de que lo traten como un niño!

El muchacho cierra el grupo. Lleva en su mano derecha un quinqué que en realidad considera innecesario, puesto que diversas lámparas de aceite iluminan el pasillo y dejan ver hermosos tapices colgados en sus paredes, así como un cuarteto de puertas a ambos lados del corredor. Las habitaciones que ocupan él y Marita están al fondo. Pedrito se pregunta quién usará el resto y se detiene de pronto asaltado por la curiosidad.

—¿Dónde dormía ella?

Marita y don Alfonso se giran. El hombre estira un brazo y su mano queda muy cerca de una de las puertas.

Pedro da un paso y se lanza con timidez.

—¿Me… me permitiría usted entrar, por favor?

Una señal de duda cruza la mente de don Alfonso. Marita lo ve. Las pequeñas arrugas que observa en los ojos del hombre vuelven a parecerle profundos surcos. Esto le hace demasiado daño al hombre, piensa. Pero antes de que la mujer pueda evitarlo, don Alfonso empuja el picaporte. La puerta se abre y Pedro entra en el dormitorio alzando el quinqué.

—Así estaba cuando lo dejó, nadie ha tocado nada, salvo para el aseo doméstico —aclara don Alfonso mientras descuelga una lámpara del pasillo y alumbra aún más el cuarto de Catalina.

Densas cortinas de terciopelo azul cubren los ventanales del pequeño balcón e impiden el paso de la luz de la luna. Es lo único pesado de la estancia, pues el resto parece liviano. Las paredes, forradas de seda azulada con rayas horizontales de distinto tono, envuelven la cama de latón dorado, que está fijada a la pared bajo un dosel de encaje, también azul. Encima de los armarios, sobresalen sombreros y tocados de plumas. En una de las esquinas, se alza un espejo, la jofaina con pie y el tocador. En otra, junto a más roperos y baúles, hay una casa de muñecas de madera llena de muñequillas de trapo y juguetes. Pedro cruza la alcoba y acaricia con adoración un cepillo de plata. Después pasa los dedos delicadamente por el respaldo de la silla, e inicia un recorrido táctil por toda la habitación. Don Alfonso y Marita asisten con emoción a una sentida ceremonia en la que los dedos del chico se posan en todas las superficies que un día acariciaron las manos de ella.

Pedro se acerca a la cama y, tras colocar el quinqué en la mesilla, toma asiento. Posa su cabeza en la almohada con los ojos cerrados y, al acomodarse, golpea el candil. Pero evita que se caiga agarrándose con un brazo a la barra de latón de la cama mientras atrapa la lamparilla en el aire. Entonces, una parte del dosel, un ornamento de forma esférica, se desprende y cae en su regazo. Pedro intenta colocar el adorno de forma apresurada y al tenerlo cerca observa la inscripción.

Rayado en el latón se puede ver con facilidad una palabra escrita: Santos.

El muchacho, atónito, muestra a Marita y a don Alfonso la pieza, y el padre de Catalina acerca su propio farol, mientras pide a los criados que traigan más lámparas.

Al poco, la habitación luce como un altar en día de boda. Marita, Pedro y don Alfonso estudian las cinco ralladuras que forman el nombre. La mujer sujeta entre sus manos la bola de latón y la gira buscando más detalles. Al hacerlo, repara en la hendidura en espiral que tiene dentro. «¡Es una pieza enroscada!», exclama, y sin pensárselo, se descalza y se iza sobre el colchón para alcanzar el borde del barrote descabezado. Mete su mano hasta donde cabe en el hueco cilíndrico y saca varios papelillos arrugados en los que se pueden leer algunos versos y la firma rotunda y clara de Santos Álvarez de Santillana.

# 7

## *27 de octubre de 1807*

*Francia y España rubricaron el Tratado de Fontainebleau en el que se estipulaba una nueva invasión militar conjunta de Portugal, ante el desacato del bloqueo continental contra Gran Bretaña exigido por Napoleón. El acuerdo también estipulaba el paso terrestre de las tropas francesas por el territorio español para dicha invasión. Manuel Godoy negoció este tratado que, entre otras ganancias, le reportaría un principado en la futura tierra conquistada. La actitud del primer ministro español de sumiso vasallaje ante Napoleón encolerizó a la población y a la clase política. Entre sus numerosos opositores, destacó el príncipe de Asturias.*

Santos, Octavio y Mario contemplaron atónitos la explosión inicial.

Cuando los primeros gases comenzaron a liberarse, apenas tuvieron tiempo de correr con la mayor rapidez posible para ponerse a salvo, mientras la violenta fuga de energía provocaba una ensordecedora explosión. El voraz efecto de la dispersión de calor, luz y gas bañó de cenizas un perímetro más amplio de lo esperado y mucho antes de lo previsto.

La fuerza de la voladura arrojó a Santos contra un seto, y a Mario y Octavio, más escorados, los dejó milagrosamente al borde del precipicio. Habían elegido una de las paredes menos descendentes del Alcázar para llevar a cabo el experimento y fue Santos, desde una posición más elevada, el primero que pudo ver la magnitud del desastre mientras seguían sucediéndose pequeñas explosiones en el profundo agujero que la pólvora había cavado en el suelo rocoso. Se trataba de mejorar la composición del explosivo para que su fuerza fuera la máxima, pero algunos de los cálculos de Santos habían fallado.

Arriba, en el Alcázar, se dieron las voces de alarma. El Colegio estaba siendo atacado.

Abajo, en la ladera escarpada, Santos y Octavio intentaban mantenerse en pie y socorrer a Mario que, inconsciente y malherido, yacía en la cornisa del barranco.

Un ligero movimiento y caería en el abismo.

El saliente no parecía muy seguro, pero Octavio por un lado y Santos por el otro, arrastraron al compañero desmayado y lo tendieron a salvo, mientras evaluaban las lesiones. Mario tenía pulso y respiraba, el brazo derecho parecía fracturado y presentaba magulladuras y arañazos por todo el cuerpo. Octavio intentó cargar con él y subirlo al Colegio pero Santos, sobreponiéndose de la sordera que los aturdía, le hizo desechar la idea por si su amigo sufría heridas internas u otras fracturas que pudieran empeorar con el traslado.

Hasta que no se vieron rodeados de otros cadetes no se dieron

cuenta de que estaban siendo socorridos. Antes, los centinelas del Alcázar comprobaron que el ataque no provenía de ningún ejército enemigo. Santos y Octavio rehusaron ser tratados de sus heridas y ayudaron a los auxiliadores a tender el cuerpo de Mario en la camilla. El movimiento provocó que el cadete herido recuperara brevemente la consciencia e hiciera un doloroso esfuerzo por levantar la cabeza. Buscaba a su compañero entre el grupo de estudiantes.

—Santos Álvarez de Santillana, hijo de mala madre, desearás no haber nacido —dijo entre dientes Mario—. Si salgo de esta, te mataré.

Días después, recuperados de las heridas más graves, fueron llevados ante el Consejo Escolar. Los tres cadetes, de uniforme de gala como en los exámenes orales, acatarían en sesión especial el mayor castigo que podían recibir: la expulsión del Colegio. A no ser que uno de ellos asumiera toda la culpa en un acto de gran caballerosidad y grandeza.

El director, presidente del Consejo Escolar, les informó de esta posibilidad y quedó para las crónicas históricas del Colegio la respuesta de los tres compañeros que, al unísono y sin mirarse entre sí siquiera, se pusieron en pie y confesaron su propia responsabilidad: «¡Yo fui!». «¡Fui yo!». «¡Fue idea mía, señor!».

Lo cierto es que todo partió de la clase de Táctica. Estudiaban la teórica de artillería y se dictaba el capítulo seis de la primera parte del famoso tratado de uno de los más ilustres alumnos del Colegio, Tomás de Morla, cuyo objetivo fundamental era hallar la manera de mejorar la composición de la pólvora con el fin de que su fuerza fuera la máxima. Santos salió del aula con la firme convicción de hacer sus propias pruebas alterando las partes. Empezaba su cuarto año y en su expediente ya figuraban brillantes trabajos, como el tablero de ábaco en el que simuló la distribución de los electrones en el átomo. Encaraba este último curso destacando como uno de los mejores cadetes de su promoción. No cabía duda de que terminaría entre los cuatro primeros y se licenciaría con honores en la Escuela de Química y Metalurgia de Madrid en 1809, tal y como anhelaba.

Cuando llegó al laboratorio, no tenía otra cosa en la mente más que comenzar a estudiar por separado los comportamientos de los componentes de la pólvora, salitre, carbón y azufre, para disminuir su tiempo de reacción. En el corazón guardaba otra fuente de energía: no había un minuto de las horas de su día en el que no pensara en su siguiente encuentro con Catalina. Se encontraba realizando ciertos cálculos sobre las fuerzas de activación cuando Octavio y Mario lo interrumpieron. Fue Mario quien propuso intercambiar las proporciones, pero la pestilencia se hizo insoportable en el laboratorio

y tomaron la decisión de continuar con los ensayos al aire libre. De camino al almacén, se les ocurrió terminar de malgastar aquellas bolsas de azufre apiladas al fondo. Octavio y Mario se ocuparon de ellas mientras Santos se centró en solitario en la mezcla.

El Consejo Escolar resolvió que había sido milagroso que los tres caballeros cadetes sobrevivieran al accidente. Las comprobaciones posteriores señalaron al azufre caduco como principal causa de la explosión desordenada y se abrió expediente disciplinario al trío de alumnos, pero dado que el error podía significar una importante revelación en el estudio de las sustancias explosivas y sus tiempos de envejecimiento, no se les castigó con la expulsión. Deberían acatar, eso sí, la pena de dos semanas completas en el calabozo desde el día siguiente a que la resolución le fuera comunicada a sus familias.

Santos lo celebró con una enorme sonrisa y con un gran apretón de manos dado a Octavio, pero cuando llegó a Mario, su mano quedó en el aire. El estudiante herido le dio la espalda y salió cojeando de la sala sin dirigirle la palabra. Octavio le siguió, intentando terciar entre los amigos, pero Mario fue rotundo.

Le quedaban meses para abandonar el colegio. No buscaba más honores que los de su propia condición como militar de ejemplar expediente y ahora su hoja aparecía manchada. El brazo en cabestrillo, la pierna doliente día y noche, y se perdería las maniobras militares en las que tanto destacaba sin ser tan fuerte como Octavio ni tan inteligente como Santos, sin provenir de una familia noble, como este último, o haber tenido un hermano que lo hiciera respetar. Toda la culpa era de Santos, pensó. Su lucha desigual por conseguir lo mismo que el resto, las uñas sucias de tierra, la familia en deuda eterna, las penurias por lograr salir de su pequeño pueblo en la frontera, las burlas de los primeros días, el hambre, la sed, el frío, todas las fatalidades ocurridas y las que estaban por ocurrir eran siempre responsabilidad de otro. La falta de prudencia de Santos, y su soberbia, además de resultarle intolerables, acababan con años de frustración, pues siempre fue obvio que el cadete segoviano no lo aceptaba como igual y había llegado el momento de empezar a cobrarse las afrentas.

—Por favor, Mario, tantos años de amistad truncada por esto, somos artilleros, no caigamos en enemistades… —insistió Octavio con su cuerpo largo que sobresalía entre los tres.

—No es solo una cuestión de enemistad —dijo Mario mientras señalaba a Santos y se formaba un corro de estudiantes a su alrededor —. Él actuó sabiendo lo que iba a ocurrir, él quería que se malograran las pruebas para seguir destacando en los ensayos y llevarse todo el

mérito, como siempre. ¡Y casi nos mata! ¿Por qué crees que no nos dejó meter las narices en la mezcla?¡Vuelve a ponerte en mi camino y te mataré! —sentenció y mostró al acabar un par de amenazantes colmillos acabados en punta.

Santos abrió la boca asombrado, pero no encontró cómo expresar el remolino de ideas que se produjo en su mente. Todavía sentía el amargor de bilis que subió a su boca cuando sus dos compañeros irrumpieron en el laboratorio y entorpecieron sus ensayos, aunque le parecieron acertadas las apreciaciones de ambos. En aquel momento, consideró que era buena idea continuar con las pruebas en el exterior y como no encontró la manera de deshacerse de ellos, optó por seguirles la corriente. Esperaba que el fracaso de un primer intento le volviera a dejar solo con los ensayos y por eso aprobó el uso de los sacos pasados de fecha. Pero no quería que las pruebas fracasaran de esa manera. ¡Su propia vida estuvo en juego! Incluso cuando no dudó en acceder al risco y sacar de allí a Mario con la ayuda de Octavio. Lo que le dejaba sin palabras era la agudeza de Mario: su compañero tenía razón, era cierto que quería solo para él el lucimiento, aunque de haber sabido que se ponían en riesgo sus vidas, jamás hubiera encendido la maldita mecha. «¡Lo ha declarado el Consejo Escolar, el estallido descomunal fue obra del azufre caducado! ¿Qué culpa tengo yo, si tú mismo propusiste usarlo?», quiso preguntar, pero no consiguió que nada de esto saliera de su boca y los testigos del altercado tomaron su silencio como una forma altiva y orgullosa de aceptar el desafío.

Con medio Colegio presente y Octavio en medio, Santos y Mario rompieron su amistad y la condenaron a muerte.

«El Alcázar levantado encima de una inmensa roca, rodeada de precipicios y costados escarpados. Inquebrantable al tiempo. Como si las aguas del diluvio no hubieran podido derribarlo…». A Santos le fascinaba la descripción que un compatriota argentino de Octavio le había dedicado a la fortaleza y Catalina la había memorizado. La joven también guardaba en su memoria el verso de Garcilaso, «yo no nací sino para quereros», y las docenas de poemas que Santos había ido posando sobre las raíces del olmo, bajo las piedras, para acordar entre rimas y asonancias el lugar de la próxima cita.

Se estaba despidiendo el mes de octubre y a Catalina la envolvía un halo de tristeza. La mañana nublada anticipaba el tiempo oscuro que traería el invierno y rememoró con nostalgia los días del maravilloso verano que habían pasado juntos.

Santos disfrutó de su permiso estival y se sucedieron los encuentros a orillas del Clamores y el Eresma, en las excursiones a

ruinas y monumentos, durante las caminatas a la Fuencisla y en la bendita obligación de cumplir los oficios en ermitas e iglesias, y hasta en la Catedral, por la Asunción. También se vieron en la verbena que adornó con luces y guirnaldas los arcos inferiores del acueducto y en la función que unos feriantes con largas piernas de madera ofrecieron tres días seguidos al pie de la Muralla, mientras las manos temblorosas de ambos enamorados se rozaban al dejarles unas monedas en el sombrero que pasaba bocarriba entre la muchedumbre.

Mirarse en la distancia, sonreírse con una multitud en medio, tocarse la frente pare decir te quiero era otra forma de amar. La piel con piel se reservó para unas cuantas noches en el cobertizo, para esas vigilias que permitían la ausencia del padre, cuando este viajaba para atender los asuntos de la Mesta, y en las que Catalina dejaba abierto el portón del patio para Santos, que escapaba de su casa al anochecer y resbalaba por el tejado a dos aguas hasta alcanzar la columna de piedra que después debía trepar a su regreso, con la primera luz del amanecer a su espalda.

El mal humor de la muchacha empeoró tras la comida, cuando el cielo nublado se encapotó hasta oscurecer por completo su habitación, en la que releía los escritos de Santos. Con fastidio, se levantó de la cama para prender una vela pero, tras buscar por toda la alcoba, no halló ninguna. Revisó el ropero, los cajones, las mesillas. Miró incluso en el lugar secreto y se dio por vencida cuando las primeras gotas empezaron a golpear furiosas los cristales de la ventana. Iba a salir para pedirle a Consuelo una lamparilla cuando algo en el patio captó su interés. Fue un movimiento apenas perceptible, aunque al fijar la vista comprobó que la puerta del granero aún pendulaba, como si alguien acabara de entrar. Podía tratarse de un gato o algún criado, pero llovía y se preguntó quién andaría por allí con ese mal tiempo. Al fondo, en la cocina, una sirvienta cortaba judías verdes, mientras Consuelo trabajaba en una colcha de ganchillo arrugando el ceño bajo una lámpara de aceite.

Ninguna vio salir a Catalina.

La joven pasó muy cerca, de puntillas y abrigada con una capa. Salió al jardín por uno de los ventanales del salón principal y entró en la caseta sin saber qué se iba a encontrar.

Los ojos de Santos brillaban en la oscuridad del pequeño cubículo. De cerca se podían observar las quemaduras y el cabello chamuscado cerca de las orejas. En las manos también mostraba heridas, según puedo notar Catalina cuando las tomó.

—¡Santos! —susurró sorprendida—. ¿Qué haces aquí? ¡De casualidad que te he visto! ¡Estás herido!

El joven tenía un gran raspón en el centro de su cara que hacía parecer su nariz más ancha, también pequeñas heridas en la frente y el pelo calcinado en la nuca. Le dolía la cabeza y se dejó caer sobre el interior de una vieja carretilla apoyada en la pared. Atrajo a Catalina para abrazarla por la cintura. Necesitaba sentir su cuerpo y ella lo estrechó contra su pecho, intentando no abrirle las heridas con la botonadura y los adornos de su vestido.

—Hace unos días provoqué una explosión en el Colegio. De milagro no me expulsaron —explicó él con un hilo de voz—. Octavio y Mario también salieron mal parados, sobre todo Mario, pero por suerte seguimos vivos, aunque no sé por cuánto tiempo.

—¿Por qué dices semejante cosa? —preguntó ella bajando la cabeza para verle mejor.

—Mario no ha atendido a mis explicaciones ni a mis disculpas, y se ha declarado mi enemigo. Utilizamos indebidamente un componente que habían retirado al almacén por estar envejecido y me acusa de haberle querido matar. Se irá del Colegio cuando termine el curso, pero ha jurado vengarse y sé que lo hará. ¡Me da vergüenza decir que le temo! ¡Por eso he venido a verte, dame tu fuerza Catalina, hazme valiente!

Del techo de paja caían algunas gotas. La lluvia ligera se colaba y mojaba sus ropas. Catalina acomodó su capucha y extendió la capa sobre ambos en toda su anchura.

—Ya eres valiente —dijo arrodillándose bajo la tela sedosa hasta quedar a la altura de las pupilas verdes—. ¡Eres bueno y educado! ¡Ya sabes que admiro tus modales afrancesados!

—¡No digas eso, Catalina! ¡Me ofendes! ¡Los gabachos son estúpidos presumidos con un fondo cruel! ¡Nosotros, los españoles, vamos de frente! ¡Ya quisieran ellos y esos nuevos españoles afrancesados nuestra gallardía!

La muchacha inclinó la cabeza y se preguntó si debería hablarle de su padre. Sintió que la vergüenza la atenazaba y se disculpó alzando los ojos.

—¡Perdóname! ¡Es cierto, eres gallardo y gentil! ¡Y nadie se atreverá a hacerte daño si enseñas el filo de tu espada. ¡Demuéstrales, como a mí, que eres un guerrero!

—Hay quienes creen que lo soy, pero no me gustan las disputas —dijo Santos con una sonrisa desdeñosa en la cara—. No quiero luchar ni pelear contra nadie; solo quiero estar contigo, pues solo a tu lado me encuentro en paz. ¡No quiero volver! ¡Me esperan quince días de calabazo desde mañana! ¡Deja que hable con tu padre! Dios mediante, acabaré en pocos meses el curso y podría buscar ya algún

destino…

—¡Pero no es ese tu deseo! ¿Por qué has de renunciar a tus ambiciones? ¿Por ese cadete? ¿Por mí? —preguntó Catalina convencida de que Santos y don Alfonso se aborrecerían—. Mi padre, además, no consentirá este casamiento —aseguró omitiendo los intentos de su progenitor para desposarla y llevarla a Francia—. Mi padre no te aceptaría ahora, como cadete, pero lo hará más tarde cuando seas oficial y te licencies con honores en Madrid. ¡Dame algún tiempo más antes de presentaros, por favor!

—¡No creo que estemos actuando del modo correcto, Catalina! ¡Y no me importan las consecuencias! ¡No volveré al Colegio!

—¡Claro que volverás! ¡Debes volver inmediatamente, antes de que te echen en falta y te amonesten! —dijo Catalina con seriedad.

—Ya he sido amonestado —respondió Santos con impaciencia—. ¡Me espera el calabozo en cuanto la sanción llegue a mi casa! Si vuelvo, será solo por ti, por acabar el curso y tener algo que ofrecer a tu padre. ¡Pero no deseo volver! Antes de conocerte, me gustaba pasar el tiempo viendo el Eresma fluir bajo el Puente de Piedra. En invierno, el agua deja espuma en las orillas. Es una demostración de su fuerza y yo creo que uno es precisamente eso, uno es la espuma que puede originar a su alrededor. En mi afán por ser el mejor, casi mato a mis compañeros, cuando en realidad yo no soy capaz de nada, solo compongo sueños que cualquiera puede desbaratar, un leve soplo de tu padre o Mario y…

—¡Y nada! ¡Nada! ¡Porque aquí solo estamos tú y yo y esa fuerza bastará! —dijo Catalina interrumpiéndolo emocionada.

La joven sabía que solo había una manera de convencerlo y, mientras besaba los labios apretados de Santos, comenzó a desabrocharse la hilera de botones que cruzaban en diagonal su pecho hasta que hubo espacio para que entrara en su escote una mano del chico. Él entreabrió sus labios y la agarró por la cintura para cambiarla de sitio y que fuera ella quién acomodara su espalda al interior abovedado de la carretilla que en tantas ocasiones les había servido de lecho. La capa cayó al suelo y la lluvia empapó sus cabellos, mojó las piernas desnudas, los senos descubiertos y el tafetán del vestido, cuyo vuelo subió hasta sus cabezas y participó en una danza cuyos pasos solo ellos conocían.

Poco después, cuando sus cuerpos aún no se habían separado y descansaban el uno en el otro, oyeron, por encima de sus propios latidos, un ruido inconfundible procedente del exterior.

—¡Es el carruaje de mi padre! —exclamó Catalina, segundos antes de escapar de sus brazos, bajarse el vestido y ponerse

rápidamente en pie—. ¡Debes salir antes de que el cochero entre al patio, a veces tarda horas en limpiarlo todo tras un viaje! ¡Sal ahora, deprisa, mi padre se estará apeando en la entrada principal!

Mientras Catalina lo apremiaba, Santos se ajustó el uniforme y atisbó el patio a través de una rendija antes de salir. El muchacho dio un paso atrás cuando un par de soberbios caballos pasaron por delante de la caseta tirando de una berlina. La carroza se detuvo, el mozo saltó con agilidad y comenzó a desenganchar a los animales mientras la pareja seguía escondida y se miraban fijamente sin saber cómo actuar. La lluvia había formado charcos en la arena y el cochero se apresuró a llevar a los corceles hasta la cuadra. Cuando el lomo de las bestias dejó de verse desde la ranura por la que miraban, Catalina empujó a Santos.

—¡Sal ahora! —exclamó.

El joven pensó que sería mejor obedecer y no mirar atrás, para no ver así cómo Catalina sorteaba los charcos y entraba en tromba en la cocina, donde dio un susto de muerte a Consuelo. La criada siguió perpleja las explicaciones de la muchacha que, según contó, volvía de ayudar al mozo en las cuadras. La mujer clavó otra vez la aguja en la labor de ganchillo y le ordenó quitarse la capa y la ropa empapada. Catalina la obedeció tras echar una pronta mirada a la caseta.

Bajo la lluvia, el patio parecía tranquilo. La única huella visible era el cerco encharcado que habían dejado las ruedas de la berlina antes de que la guardaran.

En la calle, Santos, con el corazón desbocado, se caló el gorro y enfiló su camino hacia el Alcázar. Pasó por delante de la puerta principal justo cuando esta se abría y el señor de la casa salía seguido por un sirviente que desplegaba un paraguas tras él. Santos apretó el paso, pero fue requerido por don Alfonso.

—¡Detente un momento, cadete! —ordenó.

Santos tragó saliva y volvió sobre sus pasos, con el corazón en suspenso.

—¡Pierde usted este guante, joven!

Al pie de la escalera, como un ave blanca abatida por la tormenta, yacía sucio y embarrado el otro par del guante que Santos estrujaba entre las manos. El cadete estiró el brazo y rescató la prenda. Apenas pudo articular un escueto agradecimiento antes de iniciar la marcha a toda prisa hacia el acueducto, reconociéndole a sus piernas temblorosas ese último esfuerzo por echar a andar.

En la cena, don Alfonso, que había regresado de muy buen humor de la visita de la tarde, le contó a Catalina los buenos dividendos que les reportaría el paso del ejército francés por la

península, pues había cedido algunas tierras para que parte de las tropas acamparan camino de Portugal. En la mesa humeaban sendos cuencos de consomé y en el centro una pierna de cordero esperaba para ser trinchada, pero Catalina apenas comió.

—Hija, acaba tu comida y brinda conmigo. ¡Hoy es un día importante! Firmado este acuerdo con los franceses, nada me ata aquí. Quizá, cuando estemos ya instalados en París, sea precisa mi presencia en Segovia en algunas reuniones importantes pero, tras lo acordado esta mañana en Madrid, puedo empezar a disponer nuestro traslado.

Ante el silencio de la hija, el padre frunció el ceño preocupado.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma? —preguntó.

—No, padre —dijo Catalina bajando la cabeza—. Siento el estómago lleno y algo revuelto, pero no es nada. —De repente, se enderezó y fijó sus ojos en los de su progenitor, con la mirada envuelta en lágrimas—. ¿Habría algún modo de convencerle para que cambie de idea o para que me deje aquí al cuidado de Consuelo?

Don Alfonso dio un trago a su copa y se limpió con ceremonia la comisura de los labios. Su rostro, perfectamente rasurado, se tensó en la línea de la mandíbula y después suspiró antes de comenzar a hablar en tono paciente.

—Catalina, ya hemos tratado este asunto otras veces y pensé que había quedado resuelto. Si es por tu madre, ya he dispuesto que acudas a verla por última vez el mes próximo y luego tal vez puedas venir una vez al año a visitarla al convento.

—¡No es por ella! —cortó Catalina—. ¡Es por mí! ¡No quiero irme! ¡No quiero dejar mi casa ni deseo casarme con un caballero francés!

—¿Y entonces qué deseas, un esposo español? ¿Un patán que te llene de hijos y encierre tu bello rostro en un velo negro? Así es como viven las mujeres en España, sometidas a la Iglesia y a sus maridos. ¡Si tuve empeño en que pertenecieras al Círculo de Damas de la Caridad fue para evitar siquiera una mirada del Santo Oficio! Mientras estemos aquí, hemos de someternos a ciertas rigideces, pero estoy harto de esta forma de vida. ¡Y no la quiero para ti! He esperado a que tuvieras edad de desposarte para emprender en Francia una vida nueva, libre y luminosa. ¡Y eso haremos! Si deseas que Consuelo nos acompañe, puedo intentar persuadirla.

—Padre, le pido, por favor, que no me aleje de aquí —rogó entre sollozos Catalina—. Esta es mi casa y todo lo que amo está en esta tierra. ¿Y si encontrara un esposo que no fuera un patán? ¡Podría casarme con un oficial o con algún caballero ilustrado!

—En este país no existen caballeros de esa hechura, Catalina.

Los siglos de educación servil bajo el yugo eclesiástico han marchitado nuestro carácter conquistador y valiente. Los hombres de aquí acatan y temen. En el fondo, la pérdida de nuestra Armada en Trafalgar fue la demostración de lo que somos como pueblo, unos perdedores rencorosos y vengativos.

—¿Y usted? ¿Por qué usted es distinto de todos los demás? ¿Por qué mi madre decidió dejarnos y usted se ve con mujeres? ¿Por qué no puedo elegir yo también a quién debo amar?

La pregunta de Catalina dejó estupefacto al padre. Afuera la lluvia seguía cayendo sin cesar como si repentinamente el invierno hubiera querido anunciarse con estrépito. El hombre sintió un escalofrío, pese a la chimenea encendida y a los recuerdos de la tarde pasada al calor de unos brazos ardientes.

—Tu madre enfermó —dijo don Alfonso con aspereza—. Ella vive como desea vivir y yo también intento vivir según mis deseos. Tú podrás hacerlo, pero hay decisiones que las mujeres jóvenes no deben tomar. Tu empeño en retrasar la elección de marido ya no me parece oportuno, y sea en Segovia o en París, tomarás por esposo a un caballero francés. Estoy convencido de que pasado el tiempo me agradecerás el haberte sacado de aquí. Desde tu vida acomodada en la Francia más floreciente, verás la vieja España sumida en las tinieblas y comprobarás que todo lo que ahora amas acabará arrasado por la desidia y la mugre que dominan la nación.

—Tal vez estés confundido, padre —dijo Catalina con sorprendente suavidad—. Según me enseñaron mis preceptores, no se debe guardar en la misma saca a pueblo y gobernantes.

—Tienes razón, lo admito —carraspeó don Alfonso y dejó la comida a un lado para encender un cigarro—. El ejército francés ya ha entrado por el norte. Con permiso del gobierno español, transitan en paz por estas tierras hasta Portugal para invadirlo. Veamos si las gentes de España se conducen como los gobernantes y hacen una reverencia a su paso o si aún queda en la sangre de los españoles algún rastro de arrebato. Mi corazón espera que no se confundan de enemigo. Napoleón es el ser que podría traer luz a esta tierra tenebrosa, pero me temo que harán igual que ante Godoy y agacharán la cabeza con sumisión para después escupir tras su paso.

—El príncipe Fernando es joven y le espera el trono —dijo Catalina ilusionada.

Don Alfonso lanzó una carcajada.

—No se ría, padre —siguió argumentando la joven a pesar de las náuseas que le provocaba el humo pestilente del puro—. La gente habla en el mercado y oigo a los criados y a sus invitados, el pueblo

quiere a Fernando y es él quien les procurará un mejor porvenir, no alguien nacido tan lejos como el primer cónsul de Francia.

—En cualquier caso, no estaremos aquí para verlo. La próxima primavera nos trasladaremos a París y lo más pronto posible te casarás —sentenció don Alfonso, que soltó al hablar una nueva nube de oloroso tabaco.

Catalina sintió una arcada y se levantó precipitadamente pero antes de dejar el salón, apartó la mano de su boca y se giró.

—¡Querido padre, me llevarás a Francia a rastras, en contra de mi voluntad y te odiaré por ello toda la vida!

Después vomitó.

La mañana siguiente, aún lluviosa y gris, Catalina la pasó en cama mientras Consuelo la obligaba a tomar tisanas y caldos para mejorar su indisposición.

Días después, el sol de otoño brilló de nuevo con fuerza y notó la joven cierta mejoría.

Pasada una semana, Catalina supo, sin ningún tipo de duda, que debía buscar la manera de ver a Santos para hacerle llegar lo antes posible la noticia de su embarazo.

# 8

## *7 de julio de 1822*

*Al conocerse que los batallones de la Guardia Real serían disueltos, cuatro de ellos se sublevan alejándose de la ciudad. Varios representantes de los amotinados son recibidos por el rey y este convoca al gobierno a una junta en la que exige que estén presentes las altas autoridades del Estado, incluyendo al Ejército. Los ministros intuyen las intenciones del monarca, rechazan la convocatoria y ordenan a sus fuerzas marchar contra los insurrectos. El 7 de julio, en la Plaza Mayor de Madrid, los soldados afines al rey y la Milicia Nacional se enfrentan. Pese a la superioridad militar de la Guardia, las Milicias vencen y la sublevación absolutista fracasa. El golpe de Fernando VII no prospera, pero daña gravemente al gobierno.*

El nombre de Santos Álvarez de Santillana lleva días revoloteando por la casa de los Núñez. Sus habitantes ocasionales, Marita y Pedro, lo pronuncian una y otra vez, y el dueño del hogar, don Alfonso, lo lleva en los labios con diferentes sensaciones según el momento del día. Ha necesitado dos noches en vela para asumir que, como dice Marita, alguien llamado Santos Álvarez de Santillana mantuvo con Catalina algo más que un galanteo juvenil. Leer una y otra vez los versos y las palabras de Santos, apenas garabateados con indicaciones para citarse de nuevo, le han convencido de la estrecha intimidad entre ese hombre y su hija, y confirman, sobre evidencias, los lazos familiares que le unen a Pedrito. Los papelillos arrugados que Catalina escondía son para don Alfonso un telón que se levanta, como si unas cortinas se abrieran y mostraran en el escenario a una tímida artista de variedades ante su primera actuación. Algo que queda a la vista de todos y descubre un lado oculto de la persona. Para Pedro, los pequeños manuscritos hallados se han convertido en otra de las posesiones más preciadas de su vida, tras alisarlos cuidadosamente y guardarlos con veneración.

A la mañana siguiente del hallazgo, el muchacho, Marita y don Alfonso revolvieron el cuarto de Catalina. Buscaban, a la luz del día, el más impensable lugar en el que la joven hubiera podido guardar o marcar otras pruebas de su amor, pero no encontraron nada más y decidieron entregarse al estudio de las notas. ¡Había tanto escrito, en tan pocas palabras! Marita se emocionó hasta las lágrimas cuando don Alfonso reconoció los versos de Garcilaso y las sencillas instrucciones con que Santos le proponía a Catalina una nueva forma de volver a verse en medio de todos, pero a sus espaldas.

¿Quién era Santos Álvarez de Santillana? Pedrito hubiera querido ir al Alcázar en medio de aquella misma noche, con el adorno rayado en una mano y los papelillos recién descubiertos en la otra, para saber si en el Colegio de Artilleros alguien les daba cuenta de ese

nombre, pero Marita le contuvo ante el estado de consternación de don Alfonso.

La mujer sabe que la paciencia del muchacho se está agotando e intenta convencer al hombre para que acompañe al joven y evite que cometa nuevas imprudencias. En medio de lo que parecía que iba a ser otra charla interminable, don Alfonso respira ruidosamente y mira al techo antes de claudicar.

—¿Y si en el Alcázar nadie sabe de este nombre?

—Según Marita, mi madre le dijo que mi padre era un cadete —afirma Pedrito ante el asentimiento de la mujer.

—Eso dijo la joven y no tenía por qué mentir —reitera Marita.

—Está bien, salgamos de dudas —dice don Alfonso y arroja la servilleta al centro de la mesa, donde quedan sin tocar los tres desayunos, mientras se inician los veloces preparativos que en escasos minutos les llevan ante la puerta del Alcázar.

Poco después, Marita observa desde el carruaje la fascinante torre de Juan II y eleva su mirada hasta la Galería de Moros, en lo alto de la fachada principal. Los miradores que ahora albergan la sala de dibujo fueron antaño puestos de vigía para la guardia. Justo debajo se alza el muro y, a ras de lo que parece el suelo, el puente levadizo y el aterrador foso.

La mujer no sale de la berlina.

—¡Vamos, Marita, baje de una vez! —apremia Pedro.

Pero ella se niega y se arrima a la portezuela contraria a la que el muchacho sostiene abierta.

Don Alfonso rodea el coche y sorprende a Marita al otro lado del cristal.

—¡Creo que ese no es mi lugar! —dice ella en un tono demasiado alto—. Entren usted y el joven, por favor, yo aguardaré aquí.

—¡De ninguna manera, señora! Ya convinimos antes que entraríamos los tres.

—¿Por qué he de hacerlo yo? —grita ella—. ¡No hay ninguno asunto mío ahí dentro!

Don Alfonso la mira asombrado y acerca su frente a la ventanilla. Al asomarse al interior del carruaje, puede ver los nudillos blancos de Marita crispados sobre su falda y el azul oscurecido de su mirada cuando se altera. El hombre gira en redondo y pasa por delante de Pedro. Entra de nuevo en el carruaje y se acomoda frente a la mujer.

—¿Qué es lo que la ocurre?

—¡Nada! —contesta ella huraña—. No quiero entrar ahí, ¡eso es

todo!

—¡No! Algo está sucediendo aquí y por fortuna conozco a las mujeres. ¿A qué le teme, Marita?

—Yo también sé algo de hombres y le digo, señor, que esta es una cuestión de caballeros. Lo que deberían hacer usted y el chiquillo es entrar ahí y resolver este asunto de una vez ¡Encuentre al padre, convénzase de que su hija Catalina es la madre, búsquenla y déjenme a mí volver a mi casa tranquilamente!

—¡Señora, usted, como yo, arde en deseos de cruzar ese puente y preguntar hasta quedar sin voz, a no ser que…! —El hombre voltea la cabeza y la trenza baila en su espalda. Se fija en el murete que salva el foso y en las gruesas cadenas algo oxidadas que amarran la pasarela. Debajo se intuye un profundo despeñadero rocoso—. ¡Teme a las alturas! ¿No es cierto?

Marita chasquea la lengua y se vuelve a sobresaltar cuando la cara de Pedrito irrumpe al otro lado del cristal. La ruega para que no le deje, para que le acompañe también en este duro y difícil momento de su vida.

—¡Eres un zalamero! —acusa ella y da un respingo cuando siente las manos de don Alfonso encima de la suyas.

—No tema —dice el hombre con suavidad—. Agárrese a mi brazo y déjese acompañar. Yo cuidaré de usted.

Marita mira para otro lado y oculta sus ojos llorosos. Que ella recuerde, en toda su vida nadie le ha dicho jamás algo tan conmovedor. Las palabras de don Alfonso, «yo cuidaré de usted», resuenan en sus oídos mientras la piel de su nuca se eriza ligeramente. Así que mientras su voluntad se deshace por dentro, accede y se deja guiar dócilmente. Cuando se da cuenta, ya han cruzado el puente levadizo y se hallan en una de las dependencias del Alcázar. Esperan a ser recibidos por el brigadier jefe de la escuela, a quien le ha resultado imposible desatender la solicitud de tan ilustre ciudadano, por muy extraña que fuera.

—Santos Álvarez de Santillana…—repite pensativo el brigadier —. Recuerdo de oídas a un capitán de artillería de iguales apellidos… Pero entonces era yo muy joven y él muy viejo…

—¡No! —exclama Marita—. No puede ser alguien muy viejo, era cadete en el año ocho.

El brigadier se rasca la cabeza, su mente está en otra parte, su mirada se dirige varias veces a la ventana mientras se explica.

—Yo llegué en 1814 al Alcázar, me incorporé al Colegio en Sevilla y lo seguí, como cadete, cuando se trasladó a Baleares para regresar finalmente a Segovia. En 1808, cuando la guerra contra el

francés, el invasor autorizó al capitán Velarde a continuar las clases, pero después el Colegio entero salió al exilio.

—¡Los cadetes se fueron de Segovia! —clama Pedrito—. ¡Por eso me dejaron! ¿A dónde fueron?

El brigadier jefe lanza una prolongada mirada al horizonte que se perfila en los lados abiertos de la vidriera. El cielo está claro y despejado, a lo lejos los campos amarillean y una suave brisa, proveniente del verdor de pinos y encinares, refresca el despacho. El militar comienza a hablar sin dejar de mirar el paisaje, como si esperase a alguien.

—Como digo, al principio convivieron con los franceses que tomaron el Alcázar. Eran poco más de cuarenta alumnos, y algunos mandos y profesores, pero cuando la contienda avanzó, dejaron la fortaleza. Los artilleros se esforzaron, algunos hasta la muerte, por mantener abierto el Colegio. Recorrieron España a pie y buscaron un lugar seguro en el que proseguir los estudios, acosados por las tropas francesas, sin casi ropa y con hambre. Primero fue Guadarrama, luego Robledo de Chavela, El Escorial… En su largo y penoso periplo recalaron en Galicia y Portugal, y finalmente, como les decía, en Sevilla, donde me uní. Luego el Colegio se asentó en Menorca, Mallorca y por fin, de nuevo aquí en el Alcázar en 1814.

—Y de aquellos cadetes que había en el colegio en 1808, ¿conoce usted a alguno con el que pudiéramos hablar, alguien que pudiera haber tratado a la persona por la que preguntamos? —dice don Alfonso.

El aludido les da la espalda, mira sin disimulo a través de las vidrieras y se escora para asomarse y escudriñar a un pequeño grupo de personas que transitan por un alejado camino. Se vuelve con impaciencia.

—Discúlpenme, pero hoy no es un día tranquilo para mí, estoy muy ocupado y les rogaría, si fuera posible, que vinieran más adelante…

—Discúlpenos a nosotros, señor, por venir a molestarle —declara muy serio don Alfonso—. Pero este asunto nos es verdaderamente importante. Volveremos más adelante. Un placer conocerlo. Marita, Pedro, ¡vayámonos!

Marita aprieta los labios, y avanza hacia el jefe brigadier.

—¡Un momento! Señor, como le ha dicho el caballero, es muy importante para nosotros saber si Santos Álvarez de Santillana fue cadete en esta escuela, ¿Hay algún registro que podamos consultar antes de irnos?

El militar contempla el camino que llega hasta el Alcázar, no hay

nadie en él. Quienes lo transitaban se han debido desviar por campos de labrado. Se le nota aliviado.

—Pregunten al oficial de guardia —asegura entrecerrando los ojos antes de volverse hacia la ventana—. Díganle que tienen mi permiso para revisar los archivos. Creo que el profesor Vallejo es de esa época. Y ahora si me disculpan…

El oficial de guardia los acompaña con mucha prisa y ninguna ceremonia hasta uno de los sótanos al pie de una escalera de madera. Abre una puerta chirriante y les hace entrega del escueto candil que lleva prendido. El pasadizo parece tener siglos de antigüedad y en cuanto deja de estar iluminado, se vuelve tenebroso.

—Cada curso está ordenado en su columna anual correspondiente. Deberían haber cursado una petición formal para consultar este archivo, pero hoy no es un día corriente —indica con impaciencia—. Debo volver a mi puesto, les dejo solos. Por favor, no revuelvan nada y dejen todo como está.

El oficial se despide desde el otro lado, el de la escalera por la que llegaron.

Marita, Pedro y don Alfonso entran y miran a su alrededor asombrados. La estancia, vista al trasluz que ofrecen un par de ventanucos, tiene unas dimensiones considerables: desde el techo al suelo solo llegarían dos hombres de gran estatura puesto en pie uno en los hombros del otro. Las cuatro paredes, entre las que se podría celebrar un baile, están cubiertas por legajos marrones llenos de polvo.

Con los brazos en jarra, Marita se pregunta por dónde empezar.

—¡Busquemos directamente en 1808! No sabemos si también estuvo antes o después, pero al menos ese año nos consta que estudió aquí —exclama con animosidad mientras escudriña las columnas y da con el año en cuestión—. ¡Aquí está, no pensé que fuera a ser tan fácil!

Marita extrae un legajo y tras leer el título, Reales Cédulas, lo vuelve a encajar con desilusión en el archivo. Don Alfonso y Pedro hacen lo propio y comienzan a sacar y volver a guardar docenas de documentos relacionados con acuerdos administrativos, circulares, discursos, correspondencia, partidas presupuestarias, bandos… Pedro se aleja unos pasos para observar la columna con más ángulo de visón y se da cuenta, apesadumbrado, de que tardarán días en encontrar lo que buscan. Marita disimula su propia frustración e intenta animar al chico, pero es don Alfonso quien, un rato largo después, arranca a ambos una sonrisa de júbilo, cuando exclama alborozado: «¡Lo tengo! ¡Aquí está el cuadro de las promociones!».

Termina de extraer con mucho cuidado el legajo y lo lleva hasta una mesa llena de documentos sin archivar. Hace sitio con el brazo derecho y se llena la ropa de un polvo denso muy parecido al hollín. Los tres se asoman a los papeles alumbrados por el farolillo que les cedió el oficial y enseguida vuelven a ser asaltados por la desolación. El cuadro de las promociones aparece en blanco y en los escritos de letra enjuta que lo acompañan solo figuran algunos apuntes intranscendentes con las calificaciones algo emborronadas de algunos estudiantes. «Quizá sean las de quienes fueron examinados de forma extraordinaria», conjetura don Alfonso mientras lee detenidamente el último documento relacionado que data del 4 de junio de 1808.

—¡Claro! —piensa en voz alta Marita—. El Alcázar fue ocupado por los franceses y seguramente se han perdido o destruido papeles, tal vez no hubo promociones en ese año, o vete tú a saber…

—Hace mucho que pasó el mediodía, debemos darnos prisa o nos quedaremos solo con la poca luz que da el farol —comenta Pedrito mientras señala las ventanas.

—Tal vez podamos volver otro día —reflexiona don Alfonso.

—No creo que otro día las cosas estén tan raras como hoy en esta fortaleza del diablo —asegura Marita como forma de resistencia frente a la propuesta de don Alfonso—. ¡Busquemos en 1809, tal vez ahí tengamos más suerte!

Momentos después, la mujer se masajea el cuello dolorido. 1809 resulta ser un año tedioso, atestado de documentos fechados en multitud de lugares distintos. Alguien se tomó muchas molestias y recopiló información del triste peregrinaje de la escuela por toda España, pero nadie se dedicó a ordenarlo luego. Tras estudiar, uno por uno, los manuscritos que agrupa el primer legajo, miran con desesperación los abultados paquetes de papel marrón que se amontonan en la estantería.

—Quizá sea más prudente regresar otro día temprano y seguir buscando con la luz de la mañana —dice don Alfonso rendido.

—Sí —reconoce Marita también agotada—. Apenas se ve ya, nos hemos quedado sin luz y me escuecen los ojos.

—¡No, no, no! —exclama Pedro—. ¡Aún nos queda la lamparilla! ¡Debemos aprovechar, puede que otro día no consigamos permiso para entrar aquí! ¡Váyanse ustedes dos si quieren!

—Pedrito, esto es como buscar una aguja en un pajar…

—¡Que no, Marita! —repite furioso y da un fuerte pisotón al suelo polvoriento—. Estoy dispuesto a dejarme la vista aquí.¡No me voy sin encontrar lo que busco!

La mujer observa al chico, conoce esa mirada. Los párpados

desmesuradamente abiertos, la pupila oscurecida y húmeda. Se fija en los papeles que aún tiene en la mano y en la diminuta caligrafía que empieza a ver borrosa. Marita suspira y encoge los hombros.

—Miraremos un poco más —afirma con resignación—. Pero debemos irnos antes de que oscurezca. ¡Si es que no nos echan antes!… Aunque parece que se han olvidado de nosotros.

Don Alfonso termina de guardar el último legajo revisado y da un paso a su izquierda.

—Busquemos en 1807 —interrumpe a Marita—. Es más acertado. Si Santos Álvarez de Santillana fue en esa época cadete en este Colegio, su nombre debe figurar en algún papel del año anterior.

Marita y don Alfonso revisan los legajos que les quedan a la altura de los ojos y, como antes, extraen al azar algunos de ellos que, al poco, vuelven a guardar en su sitio. Pedro deja libre de documentos la única mesa que hay en la sala y con todas sus fuerzas la arrima a la estantería. Después se sube a ella y busca allí arriba entre los papeles oscurecidos por el polvo. Sus manos recorren las cuerdas que los atan entre sí. Los va sacando y los vuelve a meter. Se niega a perder el tiempo abriendo ninguno en concreto hasta que su vista repara en un legajo distinto, en el que se puede leer la palabra sanciones. Esperanzado, aparta las cuerdas con brusquedad, sujeta el fajo entre sus brazos y su pecho, y empieza pasar las hojas. La suciedad de sus dedos dificulta el trabajo y Pedrito los impregna de saliva para que sus yemas puedan separar las hojas polvorientas. Su boca se llena de un espantoso sabor a tinta y mugre, y no tiene más remedio que escupir. Marita le increpa, pero la regañina se queda en el aire porque el muchacho da un salto y alcanza el suelo. Muestra con triunfalismo uno de sus papeles como hace un matador de toros cuando da la vuelta al ruedo en la plaza, enseñándole a la multitud una oreja negra recién cortada.

—¡Aquí lo pone! —chilla histérico—. Aquí está escrito que «en el año de Gracia de 1807 a los cadetes Santos Álvarez de Santillana, Mario Olivenza y Octavio Marín se les abrirá, sin lugar a expulsión, el correspondiente expediente disciplinario que establece el Real Colegio de Artillería de Segovia para los hechos acontecidos…».

Él sigue leyendo mientras posa el resto del legajo en la mesa, y don Alfonso y Marita se abalanzan para verlo con sus propios ojos.

—«Santos Álvarez de Santillana, nacido en Segovia. Con domicilio en Segovia» —lee Pedro en voz alta y cierra los ojos, gira sobre sí mismo con los brazos abiertos y emula al torero vitoreado por el respetable en la gloriosa tarde de toros—. Ole, ole y ole —repite Pedro, poniendo banderillas al aire.

—¡Gracias a Dios! —exclama Marita santiguándose—. Déjame ver si pone más cosas.

Entre los tres colocan la mesa en su lugar y posan encima, junto al manuscrito, el farolillo. Leen con detenimiento los pliegos de la sanción, hasta dar con un breve apunte al final en el que se establece que, para que sea firme el castigo, los tutores de los encausados recibirán notificación en sus respectivos domicilios. Se citan varias direcciones, una de ellas, solo una, ubicada en Segovia, en el número 11 de la calle Puerta de Santiago.

Sin perder un segundo, devuelven los documentos a su sitio y salen apresuradamente. Recorren sin aliento las oscuras galerías del Alcázar, atravesadas por diversas corrientes de aire que, junto a las prisas, arrancan mechones sueltos al moño de Marita. Tras tantas horas de inactividad, sus cuerpos parecen llenos de energía y, cuando alcanzan la garita de entrada, pasan como un torbellino por delante del oficial de guardia.Él se sorprende tanto al verlos salir que solo acierta a darles el alto cuando lo dejan a su espalda y han recorrido ya medio puente levadizo.

Marita es la primera en volverse al oír la llamada de atención y entiende que efectivamente en el Alcázar se habían olvidado de su presencia.

Sin acercarse, don Alfonso da las gracias al oficial y le indica que se marchan, pues ya tienen lo que buscaban y le repite que quedan muy agradecidos por la ayuda.

Pero el oficial gesticula, obligándoles a volver.

—Hemos dejado todo como estaba… —empieza a justificarse don Alfonso mientras los tres se aproximan al hombre.

—No, señor, nada les digo de lo que buscaran, es que tal vez han estado demasiado tiempo ahí abajo y no se han enterado…

—¿Enterado de qué? —Demanda Marita nerviosa.

—Ha habido un golpe de Estado en Madrid y desde primeras horas de esta mañana se libra una batalla entre la Guardia del Rey y el ejército del gobierno constitucional.

—Pero… ¡Demonio con corona, al final sí fueron capaces de ir tan lejos! —exclama don Alfonso.

—¡Hay revueltas por todas partes entre las milicias y los insurrectos absolutistas! Ninguna persona de bien anda por la calle a estas horas. En un rato oscurecerá y la noche viene con muy mala pinta. El Alcázar lleva todo el día en estado de alerta. Se me había olvidado que estaban ustedes aún dentro, iba a cerrar la puerta cuando los he visto salir.

—¡No tema! —responde con rapidez don Alfonso, temiendo que

el hombre los retenga—. Mi cochero aguarda al otro lado del puente. ¿Lo ve? Está allí —insiste señalando el coche tirado por dos caballos que resoplan impacientes—. ¡Tenga usted buena tarde! —se despide calándose el sombrero con apostura y ofreciendo su brazo a Marita.

El oficial se encoge de hombros y regresa dentro. Varios centinelas empujan la pesada puerta del Alcázar y se quedan fuera en formación de guardia. Antes de que el último cerrojo se cierre, ya se ha perdido de vista el carruaje en el que viajan Marita, Pedro y don Alfonso. Están pálidos y preocupados, los tres convienen en que lo adecuado es volver a casa y ponerse a resguardo de lo que pueda estar pasando, pero en las calles de Segovia reina la calma.

—Las milicias, si las hay, deben estar a las afueras —dice don Alfonso a Marita y el chico—. Si me permiten, le pediré al cochero que los lleve a mi casa tras dejarme a mí en la vivienda del alguacil. No está lejos y yo volveré andando. Es primordial enterarme bien de lo que sucede.

Pedro balbucea una protesta, que enmudece al ver el semblante grave de los adultos. Sin embargo, cuando don Alfonso se apea, se vuelve suplicante a la mujer.

—¡Marita, por favor, aún es de día! Vayamos a la casa de Puerta de Santiago. Se lo ruego, solo un momento, solo para saber que él… ¡Que mi padre existe! Se lo suplico, por favor.

Marita no dice nada, vuelve a sentirse a orillas del foso. «¿Y ahora qué?», se pregunta en silencio con la mirada perdida. «¡Un golpe de Estado! ¡Una guerra otra vez! ¡Una lucha entre hermanos! ¿Ahora los hermanos se llaman liberales y absolutistas? ¡Qué ciegos los hombres, creyéndose enemigos, creyéndose de más valor por llamarse franceses, españoles, constitucionalistas o realistas! ¡Qué ciegos los hombres!», se repite en silencio, ajena al traqueteo del carruaje que ha cesado hace tiempo y que ahora se reinicia, tras un breve intercambio de palabras entre Pedro y el cochero.

El muchacho tira de la manga de la mujer cuando la carroza se vuelve a detener. Ella le mira y poco a poco sale de su aturdimiento. El miedo ha vuelto, se estremece al reconocer la sensación. Toma la mano del chico y se deja guiar lejos de los precipicios de su mente. Pedro la lleva hasta la puerta de una casa que no conoce.

—Aquí estamos, Marita, en el número 11 de la calle Puerta de Santiago. Me tiembla la mano, pero voy a llamar.

El joven da dos golpes secos con la aldaba. Un pequeño cuarterón enrejado se abre al otro lado poco después de que la mujer intente arrastrar a Pedro para evitar lo que ya es inevitable.

—¿Quién llama? —pregunta una voz que suena gastada.

Marita deja de admirar el blasón que sobresale en la fachada bajo un tejado a dos aguas y se acerca con aprensión a la puerta.

—Perdón por la molestia, señora, sabemos que no es día de venir a molestar, pero solo queríamos comprobar si esta es la casa de Santos Álvarez de Santillana.

La puerta se abre de par en par. Una anciana vestida de luto, muy blanca de piel y con los ojos enrojecidos, sale a su encuentro. Alza la barbilla, que le tiembla al hablar.

—¿Cómo se atreven a volver por aquí con sus burlas después de tanto tiempo? ¡Supongo que les animan los vientos de guerra! ¡Ahora que las armas se alzan de nuevo vienen aquí a reírse de nosotras! ¡Váyanse, sinvergüenzas!

Pedro y Marita se miran con estupor sin moverse del sitio. La mujer enlutada está a punto de cerrar su puerta.

—¡Espere, se confunde usted! —ruega el chico—. Solo querríamos ver al señor Santos Álvarez de Santillana… Creo que yo… O sea, es muy posible que yo sea su hijo.

Pedro siente caer sobre él la mirada de asombro de la señora. Es una mirada gélida que le produce un escalofrío. Cuando la anciana habla, la tarde de verano se vuelve helada.

—El nombre de mi hijo ya está suficientemente manchado como para que nadie se atreva a ensuciarlo más. A mi hijo no se le conoce descendencia. ¡Largo de aquí, miserables! —dice entre temblores y da un gran portazo.

Pedro queda hechizado mirando la robusta puerta oscurecida por varias capas de barniz. Marita le empuja suavemente para alejarlo del vano y consigue que dé unos pasos hacia atrás. Le recuerda que no es la primera puerta que les cierran en las narices. Entonces, un ruido a sus espaldas les hace volver. La puerta se abre de nuevo y del interior de la casa surge otra mujer, también de piel muy blanca y enlutada, pero mucho más joven. Los mismos ojos fríos que los escrutan, la misma barbilla que se alza antes de hablar.

—He visto desde arriba lo que le han dicho a mi madre y les ruego que dejen de molestarnos. ¡Ya tuvimos bastante! Mi madre es muy mayor y todo esto la sigue afectando mucho.

Pedro se acerca antes de que la puerta vuelva a cerrarse y ahora es la mujer la que parece hechizada por él.

—¡Dios mío! —exclama ella, tapándose la boca abierta con la mano—. ¡Pareces él! ¡Era como tú! ¡Ojalá fueras tú y Santos estuviera aquí de nuevo conmigo! No sé quién eres ni de dónde sales, pero te pareces tanto a él que ahora mismo te seguiría a los infiernos pensando que eres mi querido hermano y que has vuelto!

—¿Vuelto de dónde? ¿A dónde fue Santos? —pregunta Marita—. ¿Qué le pasó a su hermano?

La mujer mira a Marita y después a Pedro, y sus mejillas toman color mientras sus ojos van de una cara a otra.

—Solo sé que la última vez que le vi, se despidió de mí para siempre, pero yo no me di cuenta. Le dejé marchar con la tranquilidad del que se ha despedido muchas veces. Llevaba un saquito con cosas que le di prestadas en una mano y con la otra me dijo adiós.

La joven rompe a llorar y obedece a la voz que desde dentro le ordena entrar. Se gira para volver a la casa, no sin antes dirigir una interminable mirada a Pedro y después cabecea para alejar a los demonios.

En la casa de la plaza del Azoguejo don Alfonso les espera irritado.

Volvió contento al hogar, con la noticia de que la insurrección de la guardia leal a Fernando VII había sido sofocada y se había restablecido de momento la paz, pero enfureció al no encontrar allí a sus invitados y ahora suspira aliviado al oír el conocido relincho de sus caballos celebrando la vuelta a casa.

Pedro y Marita entran en el salón por la cristalera del patio trasero. Las velas iluminan con calidez la estancia. Su anfitrión, que agarra su copa de jerez con fuerza, no parece de muy buen humor cuando habla arrastrando las palabras.

—Juraría que convenimos que me esperarían en casa.

—¡Este maldito día parece no tener fin! —contesta la mujer con el mismo tono malhumorado. Después, se sienta a la derecha de su anfitrión, mientras Pedro rodea la mesa y toma asiento en el lugar acostumbrado. Don Alfonso aplasta su cigarro en el cenicero y los criados comienzan a servir la cena. El muchacho da grandes mordiscos al pan recién horneado y muestra sin pudor sus carrillos hinchados. Marita nota también un hambre feroz, pues siente que les separa una eternidad de aquel desayuno que dejaron sin tocar esa misma mañana, pero prefiere mantener la dignidad y solo bebe, hasta vaciarla, su copa de agua. Siente también sobre ella los ojos del hombre, percibe su enfado, sus reproches a punto de coger forma como el humo de una vela recién apagada y sabe que su cansancio no lo soportará. Se levanta con toda la lentitud de la que es capaz e inclina la cabeza dando las buenas noches. Cuando llega a la escalera, escucha la voz de don Alfonso muy cerca, en su espalda.

—Debería comer algo y debería explicarme dónde se les ha ocurrido ir en un día como este.

Marita tiene una mano puesta en la barandilla de la escalera y le contesta sin darse la vuelta, en un último intento por evitar la pelea.

—Debería, debería… Yo no debería hacer nada por orden suya, señor don Alfonso.

—Es mi invitada, señora Marita, debería mostrar algo de cortesía al menos.

—Eso puede cambiar —contesta inmóvil y aún de espaldas a él —. Si me lo permite, subiré, recogeré mis cosas y volveré a mi casa.

—¡No! ¡No puede irse! —grita don Alfonso y estira su brazo para alcanzar el de la mujer. Ese leve tirón la hace trastabillar. Marita se agarra al pasamanos y su vista se emborrona. Durante unos instantes, parece que se va a sobreponer, pero finalmente entorna los párpados y cae. Don Alfonso la sujeta con todas sus fuerzas y evita que llegue al suelo y se haga daño.

Todo pasa muy rápido, porque enseguida ella se recupera del mareo y estira el cuello desorientada. Entonces ve los ojos de él muy cerca, como nunca antes los había visto y, sin tiempo para pensar si se trata de un sueño o de la realidad, le echa los brazos al cuello, mientras cierra los ojos y estira los labios, esperando quizás un beso.

—Jamás vi unos ojos como los suyos —dice él con voz ronca—. Parecen estrellas, incluso cuando se enfada y se vuelven tormentosos. ¡Abra sus ojos para mí, Marita, nunca tuve algo así de hermoso tan cerca!

La boca del hombre sabe a vino, a uva temprana que será dulce después, pero que ahora es áspera. El beso es largo, profundo y no tan feroz como para tener que acabar abruptamente, pero ambos se separan con prontitud cuando oyen los pasos de un criado acercarse por el pasillo.

Don Alfonso aprovecha la interrupción para ordenarle al sirviente que suba un refrigerio a la habitación de la señora.

Después, con el mismo tono seco y distante, le desea a Marita un feliz descanso mientras regresa al salón sin mirar atrás.

Marita se queda un rato agarrada a la baranda. Sus labios arden todavía. Después llega a su dormitorio y se sienta sobre la cama. Al rato abre la puerta para permitir que le sirvan la cena junto al tocador, pero apenas mastica un poco de pan.

Sus labios siguen ardiendo.

Al despertar, la quemazón ha pasado a su mente y a la sorpresa de su propio ánimo, porque la noche anterior estuvo en los brazos de un hombre que no había imaginado antes en sus pensamientos. Tanto Philippe como Páramo ocuparon en primer lugar un espacio en sus fantasías antes de meterse del todo en su piel, don Alfonso no. «No es que no lo tuviera en esa estima, pero yo estoy lejos de ser una señora de su gusto. Admiré como a nadie al Caballero Contrario y puede que

de ahí, de la admiración, me vengan estos sentimientos. Es extravagante su figura de larga trenza y son demasiado refinadas sus maneras como para que él pueda tener algún interés en mí. No le falta guapura, pero aun siendo de mi agrado, no soy yo mujer de andar en estos problemas…», reflexiona Marita. Suspira luego y siente que la vergüenza no la deja respirar esa mañana, pero aprieta su corpiño y baja.

En el comedor, la llegada del día parece no haber cambiado las cosas.

Pedro degusta su desayuno y saluda a Marita elevando las cejas para no abrir su boca llena, pero la reprimenda parece inevitable, ya que muestra a continuación los restos de bizcocho entre los dientes mientras comunica a su mentora la ausencia del anfitrión.

—Don Alfonso se ha marchado de viaje esta mañana muy temprano.

La mujer calla y mira absorta la taza de leche. Se siente aliviada y a la vez confusa. «¡Él se ha ido por mi culpa!¡Para no verme después de lo de anoche! ¡No debí darle pie!», piensa.

El muchacho sorbe los últimos restos de chocolate y vuelca su tazón vacío con gesto teatral, pero la broma no hace reír a Marita.

—¿Está usted bien? Parece rara esta mañana.

—Estoy cansada, Pedrito, quiero irme a mi casa. ¿Verías bien que yo me fuera? Tú debes quedarte aquí, esta es la casa de tu abuelo, y aunque no fueron muy amables que se diga, has encontrado a la familia de tu padre y ellos te llevarán hasta él. Este es tu sitio, pero no el mío.

—¡Ya estamos otra vez con esas, Marita! ¡Usted es mi familia, mi auténtica familia! ¡Y yo no quiero despegarme de usted!

—¡Pues deberás hacerlo! —exclama enfadada—. Ya hemos discutido esto antes. Eres un hombre.

—¡Pero no me puede dejar aquí solo! —estalla el muchacho—. Don Alfonso se ha ido para ver cómo están las cosas en las dehesas tras la revuelta, y no volverá en unos días.

—No estarás solo —explica la mujer, intentando mantener la calma—. En esta casa hay criados que te atenderán hasta que él vuelva.

—¿Y qué hay de mi padre? —dice Pedro en tono suplicante—. Creo que es buena idea buscar en las iglesias algún papel que demuestre el matrimonio para poder volver a presentarme en su casa. ¡Pero nadie me hará caso si voy solo! Marita, por favor…

—Pues espera a que vuelva él, tu abuelo, y vais juntos. Ya viste ayer en el Alcázar que tiene autoridad para tratar ciertos asuntos.

El muchacho la interrumpe. Se levanta y se acerca a ella.

—¿Y qué ocurre si vuelve usted a San Ildefonso y atacan su casa? Me explicó don Alfonso que Fernando lleva tiempo pidiendo ayuda al de rey Francia. ¿Y si en San Ildefonso la vuelven a ver a usted cómo enemiga?

Marita abre la boca estupefacta.

—No se me había ocurrido que algo así pudiera volver a ocurrir —reconoce y retuerce las manos con aprensión para alejar los malos recuerdos de cuando huía, de cuando estaba sola y fue perseguida—. ¡Entonces era más joven! ¡Es verdad que ya no soy tan valiente! ¡Pero me las apañaré!

—¡Ni hablar! —dice Pedro con decisión—. Ya no está sola, Marita, y no consentiré que se abalance tontamente sobre los peligros. Además, él me pidió que la cuidara y que no…

—¿Quién? ¿Él? ¡Yo no necesito que nadie me proteja! —responde Marita, en el fondo conmovida.

—¿Por qué está usted tan rara hoy? —pregunta el chico—. Parece que ni siquiera es capaz de pronunciar el nombre de don Alfonso. De verdad, Marita, está usted muy extraña.

Marita vuelve a fijar la mirada en la taza de leche y bebe mientras piensa qué decir, sopesa regañarle por comer con voracidad y malos modales, o hacer lo que realmente desea: levantarse y salir huyendo hasta encontrarse lo suficientemente lejos para poder pensar con claridad. Pero, sin saber lo oportuno que va a ser, Pedro se adelanta a cualquier comentario, y la pone al tanto de sus propósitos más inmediatos.

—Vamos, Marita, ¡acabe ya! ¡Y deje de decir esas paparruchas de que se quiere ir! Tenemos que buscar entre todas las iglesias, cuál pudo ser la elegida por mis padres para cumplir su matrimonio. ¡Hay tantas en Segovia, que nos llevará todo el día!

Marita mira a Pedro. El joven vuelve a ser un niño, su niño. ¿Cómo explicarle que los hombres y las mujeres a veces no hacen las cosas como es de esperar? Si algún dolor más le espera a su niño, ella debe estar con él.

Al mediodía, desde el campanario de la Catedral, Marita y Pedro observan sudorosos el paisaje ondulante y desigual de los tejados segovianos. Imponente entre todas la torres, destaca la del Alcázar, y a cada poco, la cúspide de alguna iglesia. Hay tantas que les faltan dedos de las manos para contarlas. Marita conoce algunas de esas parroquias de cuando preguntaba por las monjas de San Agustín y recuerda el rostro severo de don Servando, mientras enseñaba a Pedro con el crucifijo en la mesa cómo un todo se podía dividir en cuartos.

El joven jadea tras haber subido por la empinada escalera de caracol y la mujer necesita un rato para recuperar el habla tras haber salvado centenares de escalones.

Han empezado la búsqueda por el archivo catedralicio y, siguiendo el consejo del encargado del registro, están convencidos de que no queda más remedio que visitar uno a uno los santuarios de la ciudad.

Para hacerse una idea de la tarea que les esperaba, Pedro ha querido subir a la torre y echar un vistazo desde ahí arriba.

—Nunca había visto Segovia desde tan alto —dice el chico mientras se asoma por las aberturas del campanario.

—Yo tampoco, pero desde aquí puedo imaginar el resto —apunta Marita sin despegar la espalda de la pared—. Y creo que necesitaremos meses, Pedrito, para visitar todas las iglesias de esta bendita ciudad.

—Cuando usted celebró su boda, ¿qué parroquia eligió? —pregunta él de pronto.

—Yo me desposé en San Ildefonso, en la iglesia que hay bajando al pueblo, la más cercana a la casa de mis padres.

—¿Y si miramos en las más cercanas a las casas de ellos? —exclama Pedro entusiasmado—. ¿No sería lo más natural hacer algo así lo más cerca posible de donde se halla uno?

Marita duda, pero no se le ocurre cómo oponerse, así que se envalentona y sin despegar su espalda de la seguridad que le ofrece la pared rugosa, se desplaza por la torre circular hasta llegar al muchacho, que otea el horizonte con los ojos entrecerrados.

—Recuerdo que allí, junto a la plaza del Azoguejo y el acueducto, estaba Santa Columba, la iglesia que se cayó, pero desde aquí por todos lados se ven campanarios en esa parte —apunta Pedro, señalando hacia el centro de la ciudad.

—También abundan las torres de iglesias por la Puerta de Santiago, donde está la casa de quien creemos que puede ser tu padre —indica Marita.

—Santos Álvarez de Santillana —pronuncia el chico con veneración—. Tal vez debamos volver por allí y probar suerte en la parroquia que creamos más cercana al número 11 de la calle Puerta de Santiago.

Marita tuerce la boca e inicia un lento recorrido hasta la puerta, arrastrando su espalda por la pared circular sin despegar sus ojos de la sierra que se recorta infinita a lo lejos. Hablar la tranquiliza.

—¡Ir a cualquier sitio estará bien con tal de bajar y salir de aquí! Este campanario nos deja demasiado cerca del cielo para mi gusto.

¡Vayamos! Pero te pongo una condición, hijo: ¡no nos acercaremos de ninguna manera a la casa! ¿Entendido? Ni siquiera le pude contar a tu señor abuelo lo que descubrimos ayer.

—¡Ah, pero yo sí se lo conté todo, cuando hablamos esta mañana, antes de que partiera! —contesta el joven con despreocupación.

—¿Es cierto eso? —pregunta Marita, alineando ambas cejas—. ¿Y de qué más cosas hablaron sus señorías?

—Hablamos de usted, ya se lo dije. Me pidió que la cuidara mientras él estuviera ausente.

—¡Pero qué se habrá creído este gran señor! —bufa Marita mientras inicia el difícil descenso, y pisa con fuerza los escalones. Está muy enfadada con esa parte de sí misma que se derretía al recordar el beso, y furiosa con ese otro pedazo de su ser que estallaba de felicidad sintiéndose protegida y amparada.

En la calle, el calor de julio les sorprende y caminan aprisa hasta la iglesia de Santiago. Ambos se persignan e introducen las yemas de los dedos en el agua bendita, gozando de la huella tibia que el líquido fresco va dejando por su frente y pecho.

En la sacristía encuentran a un cura joven, ocupado en la ordenación de cirios y velas. Con amabilidad les muestra el lugar en el que se halla el archivo parroquial, en una pieza contigua. Son varios tomos de enormes cuadernos con tapas de cuero, en cuyo lomo se distingue el año de uso y la razón: bautismos, matrimonios y defunciones. El padre Juan tiene el pelo oscuro, crespo y muy corto, y se muestra cauto cuando Marita le pide permiso para consultar los libros. Pero ambos le aseguran que son gente de fiar y, tras hacerle partícipe de las dificultades de su búsqueda, consiguen su permiso. El cura regresa a la sacristía y les deja hacer, aunque se asoma con bastante frecuencia para hacerles notar que les vigila.

Los libros son muy pesados y necesitan posarlos en un improvisado atril que fabrican poniendo una tabla sobre las patas de una silla que han montado al revés encima de otra.

Inician la búsqueda del registro matrimonial por la fecha que ellos consideran principal, 1808, y sin ningún resultado, verifican también 1807 y 1806.

En el cuello y los hombros de Marita vuelve a aparecer el dolor agudo de la víspera y la mujer se toma un descanso para masajearse las zonas afectadas, mientras Pedro revisa de nuevo los tres libros. El padre Juan se asoma y la mujer deja de frotarse para fijarse en los cabellos del cura que se asemejan a los de un puercoespín.

El párroco carraspea impacientándose porque se acerca la hora

del almuerzo y el templo deber cerrar sus puertas.

—Si me dicen ustedes el nombre de la persona que buscan, tal vez les pueda ayudar.

—Discúlpenos, padre —señala Marita—. Pero creo que es usted demasiado mozo. Como le explicamos, buscamos un posible matrimonio, de hace catorce años o más, celebrado entre los padres del joven aquí presente, que los busca. Cualquier papel con su nombre nos ayudaría a saber por qué lo abandonaron y dónde se encuentran ahora.

—¿Y ese matrimonio se celebró en esta iglesia? Si es así, debe figurar en los libros —afirma el cura

—No, no tenemos ninguna constancia de que se celebrara aquí, y en los libros matrimoniales no aparece —dice Marita mientras piensa que ha visto herraduras más finas que el pelo del cura—. Escogimos esta parroquia porque en la Catedral nos dieron cuenta de que cada una lleva su propio registro y esta de Santiago es la más cercana al hogar del padre del chico.

—Entonces quizá haya alguna otra prueba. ¡Tal vez, fuera bautizado aquí! ¡Dejen que les ayude, por favor! ¿En qué año nació y como se llama tu padre? —pregunta a Pedro.

—Mi padre… Mi padre se llama Santos Álvarez de Santillana —afirma el muchacho, al que se le llena la boca cada vez que menciona ese nombre—. Pero no sé cuándo pudo nacer.

—Pedrito vino al mundo en 1808. No tenemos forma de saber la edad de sus padres cuando lo concibieron pero… ¡Un momento! —se corta Marita—. Los años de ella, sí, ¡Catalina tenía diecisiete años cuando desapareció!

El padre Juan se gira, se dirige a la sacristía y regresa de inmediato con una pluma goteante y una hoja de papel sobre la que empieza a escribir números.

—¡1791! Si ella tenía diecisiete años en 1808, no hay duda de que nació entonces —asegura el religioso.

—Supongamos que él era, al menos, algunos años mayor —comenta el párroco y saca los tomos correspondientes a 1788, 1789 y 1790.

Los tres inclinan la cabeza y comienzan a estudiar los nacimientos registrados en el primero de estos años. Siguen, sin ningún resultado, con el siguiente y cuando Marita muestra signos de un dolor insufrible en el cuello, el cura intenta zanjar la búsqueda, pero el muchacho le ruega ver solo dos tomos más antes de abandonar la tarea. Ambos acceden.

—¡Estos dos, de 1790 y 1791, y le juro, padre, que nos iremos!

—dice Pedro besándose los nudillos.

—¡No jures en vano! —le reprende el religioso, a la vez que ocupa su espacio en el rudimentario atril y se vuelca en la tarea de escudriñar, junto a Marita y Pedro, nombres y fechas de segovianos que recibieron su bautismo en la parroquia de Santiago en 1790.

Y al rato.

—Santos Álvarez de Santillana, 20 de julio.

El nombre aparece casi al final del listado de los niños bautizados en ese mes del año 1790. Pedro lanza un grito de júbilo y casi hace caer el libro. Marita está a punto de ser volteada por los aires por la alegría desmedida que muestra el chico, pero el párroco permanece muy serio, sin apartar los ojos del papel.

—¿Qué ocurre, padre Juan? —inquiere Marita y pierde de repente la sonrisa.

El cura no dice nada, pero se abalanza sobre los últimos tomos del registro y algo en la sala parece apagarse, pese a que la luz del día entra como un fogonazo por la ventana, cuando abre el libro destinado al registro de defunciones de 1808.

—Lo siento, Pedro, su registro en este libro es una certificación eclesiástica de que la persona fue bautizada, este es el hecho, pero junto a él se exponen otras circunstancias, como la defunción si esta se hubiera producido y parece que este es el caso.

El muchacho palidece y siente un sudor frío subiendo por su cuerpo. Sus manos tiemblan cuando ayuda al párroco a colocar sobre el atril el pesado tomo.

—Junto al nombre de tu padre he visto escrito el número ocho y dibujada una pequeña cruz. ¡Ojalá me equivoque, pero tengo entendido que durante la guerra los fallecimientos se indicaban así: el número ocho corresponde al año de nuestro Señor de 1808!

Abren el libro y pasan varias páginas alargadas.

—Santos Álvarez de Santillana, caído en batalla en Valladolid el 10 de junio de 1808 —lee el párroco.

La niñez de Pedro se podría comparar a esos arroyos que nacen limpios y crecen cristalinos, ignorando la catarata a la que algún día habrán de llegar. De su infancia, el chico solo maldice aquel día que vio marcar al ganado de la granja vecina y jugó a ponerse el sello incandescente sobre su propia piel. Ese dolor intenso, inaguantable, que le dejó marcado y le hizo gritar entonces, lo vuelve a sentir en ese momento, cuando tiene a la vista el registro de defunción de su padre, pocas horas después de que su figura cobrara vida. Siente asimismo cómo su destino desemboca en un torrente y se pregunta, otra vez, si no hubiera sido mejor continuar en la ignorancia, sin ninguna marca

en el alma.

Como empujadas por una fuerza de la naturaleza, las lágrimas brotan, empapan su camisa y se confunden con las de Marita, aunque el muchacho se deshace enseguida del abrazo que la mujer intenta darle y se aleja entre sollozos, también del cura, rogando que lo dejen solo.

Sentados ante el altar mayor, con la iglesia vacía a sus espaldas, Marita tantea al religioso por si de alguna manera pudiera conocer a la familia de Santos. Describe con todo tipo de detalles a las dos mujeres que vieron la tarde anterior y la vivienda que se encuentra a pocos pasos del templo, hasta que el padre Juan se golpea suavemente la frente.

—¡Creo que sé de quién me habla! —exclama—. Doña Esperanza y su hija Irene son fieles devotas de esta iglesia.

—¿Vienen a menudo? —pregunta con mucho interés Marita.

—La anciana señora no tanto, pero la hija nunca falta a misa de maitines.

Al día siguiente, es todavía de noche cuando Marita sale con el mayor sigilo de la casa de la plaza del Azoguejo y se cubre los hombros con la mantilla. Al entrar en la iglesia de Santiago, sube la prenda hasta que tapa sus cabellos como hace el puñado de feligresas que asiste al culto. Marita busca entre sus caras débilmente iluminadas por los candiles y cuando está segura, toma asiento al lado de la hermana de Santos.

—Perdone si la indispongo, señora —susurra Marita.

La aludida da un respingo y el velo negro que cubre su cara cae al suelo. Marita contempla sus ojos tristes, el rostro demasiado seco y sereno para alguien que aún no es vieja.

—Soy la misma mujer que el otro día estuvo en su casa con el joven Pedrito. No queremos causarle ningún daño a su familia —aclara Marita en voz muy baja—. Como les dijimos, creemos que el muchacho es hijo de su hermano, de su difunto hermano, Dios lo tenga en su Gloria. El otro día ni siquiera sabíamos que había muerto en batalla, en Valladolid.

Por el rabillo del ojo, Marita ve al cura aproximarse al altar y se da cuenta de que la misa está a punto de comenzar.

—No tengo tiempo de explicarle más, pero para que vea que somos gente honrada, le ruego encarecidamente que venga a visitarnos cuando le sea posible al hogar de don Alfonso Núñez. Estamos hospedados allí, es la única casa amarilla de la plaza del Azoguejo.

Después, cuando las bendiciones del padre Juan caen sobre sus

cabezas y Marita se apresta a salir, siente un leve tirón en su falda.

—¿Cómo dijo usted que se llama el muchacho? —le pregunta con un hilo de voz Irene Álvarez de Santillana.

—Su madre, que era un ángel, le puso por nombre Pedro.

La joven palidece pero Marita puede ver más allá del velo enlutado que las mejillas de Irene se vuelven manzanas rojas cuando se santigua una vez más.

—Mi difunto padre, que descansa en el reino de Dios, se llamaba así —dice.

Después, se marcha alejándose aprisa, como llevada en volandas por las faldas arremolinadas.

Los siguientes días transcurren con cierta calma. Pedro solo abandona su cuarto para atender a la mula, a la que saca de paseo cada mañana por los alrededores del acueducto. Marita se refugia en las labores que había dejado olvidadas y que ha podido recuperar tras regresar por un rato a su casa de La Granja para recoger el cestillo de trabajo. La mujer se esfuerza en confeccionar cadenetas para puños y puntillas; cubre mesas y otras piezas que con un hilado primoroso empiezan a ser tan apreciadas como el encaje. No duda de que en breve volverá al mercado. Las últimas monedas las gastó en hilos y no estará tranquila hasta oír de nuevo el tintineo de los metales chocando en su bolsa. También se distrae hablando a ratos con el servicio y visitando al muchacho en su alcoba. Intenta sacarle de la tristeza en la que vive sumido. Cualquier cosa menos darse tiempo para pensar y echar en falta a don Alfonso. La mujer insiste en la idea de continuar la búsqueda del documento matrimonial y también tienta al chico con otros ofrecimientos, como mojarse los pies en el Eresma o incluso regresar a San Ildefonso, pero el muchacho no sale de su aflicción y pasa las horas tumbado en la cama, observando bajo el dosel la inquieta cola de las lavanderas blancas que han anidado entre los barrotes del balcón. Los pájaros le entretienen con sus graciosos caminares sobre la barandilla, mientras balancean hacia delante y hacia atrás su cabeza.

Cuando Marita irrumpe en la habitación, las aves emprenden atolondradamente el vuelo.

—¡Tenemos visita, hijo! —anuncia radiante.

—¿Ha vuelto don Alfonso? —pregunta el joven con desgana.

—¡No! ¡Es mejor aún, avíate y baja enseguida! ¡Ella nos espera! —responde Marita mientras echa agua en la jofaina.

—¿Quién es ella? —insiste Pedro todavía tumbado en la cama.

—Me acaban de anunciar que tu señora tía, hermana de tu difunto padre, aguarda en el salón. ¡Llevo días esperándola! ¡Bendito

sea el Señor!

Irene Álvarez de Santillana se pone en pie cuando los siente entrar. Luce un vestido gris oscuro abotonado hasta el cuello, una cofia sencilla en hilo negro y las mejillas rosadas. Mueve su abanico y el airecillo sofoca el color encendido de sus pómulos, pero en cuanto la joven fija la mirada en Pedro, se vuelve a enrojecer su rostro.

Durante unos instantes no puede apartar sus ojos de él.

—Señora, muchas gracias por venir —acierta a decir Marita. Piensa en lo que haría don Alfonso, y la invita a tomar asiento. Le ofrece también agua fresca en una jarra de barro.

Hace calor e Irene da un gran sorbo. Con timidez vuelve a beber, pero de su boca no sale una palabra.

Marita se revuelve nerviosa y las faldas de su basquiña crujen sobre la seda verde del sillón. Está impaciente y no tarda en romper el incómodo silencio. Tras un leve carraspeo, se lanza y comienza a contarle a la muchacha todo lo acontecido hasta ese día. Cuando va a terminar, y solo le quedan los pormenores de cómo dieron con la partida de defunción de Santos, escuchan unos relinchos en el patio y la casa se alborota.

Don Alfonso ha vuelto.

Marita se fija en su hermosura.

Es la primera vez que considera hermoso a un hombre. Páramo y Philippe la agradaban de distinta manera y eran tan distintos como la noche y el día, pero en ese instante, don Alfonso la atrapa y la deja boquiabierta con su aparición, llenando un espacio que ella no conocía. El alto cuello blanco de la camisa le llega a las orejas, el lazo a juego, el chaleco de brocado pajizo, la casaca y el calzón tan grisáceos como la barba y la coleta. Todo ello no hace más que envolver la apostura del hombre y el gesto feliz que le acompaña al volver a casa.

Don Alfonso, algo aturdido, estrecha la mano de Irene y se acomoda para oír de Marita la parte que tampoco él conoce. Pedro asiste en silencio a la narración que ella ofrece, desde los primeros días de su búsqueda, para que Irene comprenda, hasta los últimos para que don Alfonso entienda. El muchacho hace que escucha, pero tapa sus oídos a la realidad y prefiere rememorar el piar burlón de las lavanderas.

—Si halláramos algún documento, además de los poemas, que atestiguara la ligazón entre Catalina y Santos, sería más fácil convencer a ambas familias de que comparten su sangre con Pedrito —explica Marita—. Así que el joven y yo nos dispusimos a recorrer los templos de Segovia. Buscábamos algún papel que validara el

matrimonio y, a las primeras de cambio, en la iglesia de Santiago Apóstol, tuvimos suerte, bueno…. —Marita titubea pesarosa—. Suerte en realidad no, porque lo que allí hallamos fue la partida de bautismo y defunción de Santos Álvarez de Santillana, caído en Valladolid el fatal día del 10 de junio de 1808.

—¡Creía haberla entendido mal ayer! —Irene Álvarez de Santillana salta como un resorte y sorprende a todos con una voz firme que contrasta con su delicada apariencia—. ¡No puede ser que escribieran que mi difunto hermano fue un caído de Valladolid, porque Santos murió aquí mismo, en Segovia! Mi familia ha sufrido mucho, mis hermanas y sus esposos tuvieron que dejar la ciudad y solo vengo a decirles que no podremos soportar ninguna burla más ¡Tengan piedad! Al menos, por mi madre. Mi hermano no pudo ser el padre de nadie porque apenas era un chiquillo cuando lo mataron.

La joven solloza, pero se rehace y puede continuar, mientras las lavanderas levantan el vuelo y abandonan los pensamientos de Pedrito.

—La última vez que vi a Santos, parecía que se despedía de nosotras. Me pidió mi joyero y se lo di, intuyendo que estaba en un apuro… —otro sollozo rompe su narración, pero entre lágrimas consigue hablar—. Luego supe que lo necesitaba para costearse la huida porque pocos días después vinieron a casa para decirnos que mi hermano había sido ejecutado cuando desertaba huyendo de Segovia. Nos entregaron la bombeta que arrancaron de su uniforme y ni siquiera nos dejaron darle cristiana sepultura, puesto que a los desertores se les entierra de cualquier manera, allí donde son ajusticiados. —La joven hace una nueva pausa y añade—: No estimo que sean ustedes malas personas y por eso vengo a rogarles que nos dejen en paz. Además de las burlas, la vergüenza y el deshonor, solo nos quedan estas cosas como recuerdo de mi hermano. Espero que sirvan para demostrarles que se equivocan.

La joven despliega un pañuelo de seda en el que se puede admirar una pequeña insignia dorada de forma esférica de la que sale una llama.

—Esta era su bombeta de artillero, que había pertenecido a nuestro padre y antes a nuestro abuelo. Lleva inscrito el apellido Álvarez de Santillana. Mi hermano la lucía con orgullo en la solapa.

Pedro la coge entre sus dedos. Puede ver su cara mofletuda reflejada en la bola. Instintivamente busca entre su camisa y el chaleco la medalla que hoy lleva colgada al cuello.

—Esta Virgen niña me la pusieron al nacer. ¿La conoce, señora Irene?

La joven se lleva las manos al pecho y después las extiende para admirar con aprensión la joya rectangular.

—Sí, la conozco —dice Irene—. Mi madre la encargó cuando esperaba a Santos, sin saber que tendría por fin su deseado varón… Pero no puede ser… —cabecea con incredulidad—. No me explico cómo tienen la medalla de mi hermano. No puede ser lo que dicen. ¡Vean esto!

Irene sigue cabeceando mientras desdobla otro pañuelo y muestra un escrito amarillento doblado en cuatro. Es la partida de defunción y se puede leer el nombre del finado: Santos Álvarez de Santillana, muerto en Segovia el 6 de junio de 1808.

Pedrito saca otro papel arrugado del bolsillo de sus calzones.

—Es el documento que vimos en la parroquia. ¡Separé la hoja y lo robé! ¡Aquí pone caído el 10 de junio de 1808 en Valladolid! —asegura el chico.

—No coincide —confirma don Alfonso poniéndose en pie.

—Mismo nombre, distinta fecha, distintos lugares —dice Marita, que en un arranque ha tomado ambos papeles y ahora los muestra juntos—. ¿Cómo puede alguien morir dos veces?

# 9

## *Diciembre de 1807*

*La invasión francesa de Portugal no encontró resistencia armada y tras la victoria, se hizo más evidente que los soldados de Napoleón no estaban de paso por el país. La ofensiva del ejército francés se desarrolló ante la pasividad del gobierno y la Corona española. Entonces, el príncipe de Asturias —futuro Fernando VII— decidió actuar. Junto a un grupo de leales, urdió un complot para salvar a España de la evidente ocupación francesa, cuyo objetivo era la sustitución de Godoy y el destronamiento de su propio padre, el rey Carlos IV. La conspiración se conoce como la Conjura de El Escorial. El plan fracasó pero, aun frustrado el intento, Fernando consiguió salir indemne y delató a sus colaboradores. En los meses siguientes, Napoleón ordenó a sus comandantes tomar las fortalezas españolas.*

En el sendero de entrada del torreón, había un carro de mercancías y en esa ocasión Catalina tuvo que esperar más de lo acostumbrado, escondida entre las zarzas cuyas ramas escuálidas apenas sobresalían de la nieve. La joven hundió las manos enrojecidas por el frío en la suave piel de su capa y se balanceó sobre sus piernas, en las que empezaba a sentir un doloroso cosquilleo. Cuando la entrada quedó despejada, trepó el último tramo y se adentró en el Alcázar por la recóndita puerta enrejada del costado, que Santos dejaba disimuladamente abierta para ella. Las escaleras de subida desembocaban en el pasillo de almenas de la fortaleza, pero ella las pasaba de largo para descender por el lado contrario, hasta un oscuro y tenebroso túnel que terminaba en una luz, un resplandor natural surgido de una abertura en la piedra, desde la que se asomaba el cielo.

En esa parte iluminada, las paredes parecían excavadas a mano y se veían muy antiguas en comparación con la tapia que cerraba la galería y la separaba del resto de pasajes. En sus varios siglos de historia, los moradores de la fortaleza no dejaron de aprovechar las excelentes características del subsuelo del Alcázar para la conservación de víveres y materiales. En tiempos de paz, los corredores se dividían en cientos de depósitos, algunos de los cuales habían caído en el abandono.

La primera vez que usaron su nuevo escondite fue en aquella ocasión en la que Catalina llegó al Alcázar tras escalar la montaña rocosa desde el Eresma y seguir el escarpado recorrido que, según le confió Santos, hacían los cadetes para escaparse en las vísperas de fiesta.

Aquel día lluvioso de octubre, un brío especial empujó a Catalina, que consiguió dejar varios señuelos comprensibles solo para Santos en los escasos lugares que pudo recorrer sin llegar a ser vista en el interior de la fortaleza. El azar quiso que varias horas después, el

cadete se fijara en una estampa de Santa Águeda clavada en una puerta con cinco palabras escritas: «¡Por el camino de farras!». Santos no dudó en reconocer la letra de la joven, redonda, pulcra y pequeña, y siguió la orden, así que marchó colina abajo en mitad de la tormenta, por la senda que se abría en el costado del Alcázar. Pasó el foso y descendió por el sendero por el que se escabullían los estudiantes. Hasta que por fin se encontró con Catalina, tan empapada de lágrimas y lluvia, que al artillero no le quedó otra alternativa más que buscar cobijo en las paredes del Alcázar y trepar con ella en volandas hasta algún recoveco, mientras amainara el chaparrón.

La pared de la fortaleza parecía brotar de la montaña y estaba cubierta de arbustos. Santos palpó la roca e intentó encontrar un hueco en el que refugiarse. Su brazo se hundió en las zarzas, pero logró sortear los matorrales casi vencidos por el peso del agua y tocó algo que parecía hierro. Resultó ser una puerta enrejada. Soltó a Catalina un momento y forzó la reja con ambas manos hasta que esta cedió débilmente. Varias aves de pluma oscura salieron de la oquedad. Dentro de la galería era posible que hubiera más alimañas, pero irrumpieron a ciegas, asustados, pues el sombrío espacio les protegía de la lluvia y de la peligrosa ladera embarrada. Así descubrieron, con el inicio del mal tiempo, una entrada secreta al Alcázar a la que Catalina podía llegar desde fuera, escalando un temerario desnivel, y Santos desde dentro, cruzando el laberinto de pasadizos subterráneos.

Pero ocurrió que el mal tiempo iba a durar más de lo esperado, diez meses lunares, según pudo averiguar Santos en los libros de medicina que consultó obsesivamente desde que supo la noticia. El embarazo de Catalina se posó entre ellos como una nube negra.

En diciembre, con el invierno creando una capa de nieve en el tragaluz, las caras de uno y otro se percibían aún más irreales. Catalina le contó a Santos que, durante unos instantes, al despertar cada mañana, su mente olvidaba la terrible realidad, pero que enseguida sus manos, llevadas por una fuerza invisible, acariciaban su vientre, que empezaba a crecer a escondidas de todos.

Santos la abrazó con fuerza. Quería seguirla y no dejar que se fuera. Quería imponer su voluntad y hablar con el padre de ella, asumir como hombre de honor, como el oficial que sería en poco tiempo, sus obligaciones de caballero.

—Catalina, debes permitir que hable con él —suplicó—. Seguro que perdona el error que hemos cometido. Si le hablaras de la probada hidalguía de mi familia y de mis propósitos como científico, tal vez me acepte. Debo hablar con él.

Pero Catalina tenía otro plan.

La joven llevaba tiempo sin poder mirar abiertamente a su padre.

Si lo hacía, si en un descuido respondía a algún requerimiento y le sonreía, el rubor de la vergüenza no tardaba en teñirlo todo de rojo. En la casa, al principio, la creían enferma y después pensaron que se recuperaba poco a poco de algún tipo de mal no precisado, pues ella se había negado en rotundo a dejarse ver por un médico. Trataba de demostrar a todos que su indisposición era pasajera y participaba con animosidad en cuantas cosas la requerían. Así, asistía a cenas con pretendientes, oía con aparente agrado los trámites para el traslado de la familia a Francia y atendía con simulado interés las clases de francés o las sesiones de bordado y costura de Consuelo, sin que nadie, ni el preceptor, ni la ama o el padre pudieran ponerle una falta a su comportamiento. Desechaba a los aspirantes, enumerando la falta de cualidades de los muchachos que don Alfonso le presentaba y alargaba la elección de esposo, prometiéndole a su progenitor que al siguiente lo miraría con mejores ojos. Dejaba que el padre creyera que esa cuestión, la búsqueda de marido entre las mejores familias de Francia, era la espina que se había clavado entre ambos y huía de su mirada, bajando la cabeza en señal de virtud y humildad para evitar que sus ojos se cruzaran con los de él y él pudiera ver en ellos lo avergonzada e indigna que se sentía.

Apoyada en la pared amarillenta del refugio, Catalina cabeceó con fuerza, y espantó la idea de Santos, pues no imaginaba algo que pudiera herir y destrozar a su padre tanto como que su hija hubiera perdido el honor con un muchacho español, por muy loable que fuera su estirpe, muy grandes sus aspiraciones y por muy lejos que este estuviera de las rancias costumbres de sus congéneres.

Era un hecho que Catalina no cesaba de hacerle ver a Santos.

—Mi padre no te aceptaría nunca como cadete.

También colocaba en la balanza el peso de su propia vergüenza. La conducta de su padre la abochornaba. Debía suavizar las maneras afrancesadas de don Alfonso y ocultar su gusto indisimulado por las costumbres libertarias del país vecino antes de ponerlo delante de Santos.

Por eso trazó un plan y por eso el desconcierto, pues la vida se rio de sus propósitos y le hinchó la barriga como a las hijas de los molineros, cuando empezaba a preparar el camino para hacer de su padre un caballero español y poder hablarle de su elegido, el oficial de artillería y gran estudioso Santos Álvarez de Santillana.

Aquellos primeros días, mientras guardaba cama con la sensación de haber comido carne putrefacta y níscalos envenenados,

con una arcada constante enroscada en la garganta y ninguna fuerza para detener el bamboleo de la habitación, tentada estuvo de confiarse a Consuelo y pedirle aquello que tomaban las molineras para limpiarse el vientre preñado, pero entonces Santos venía a sus pensamientos y el calor recorría su cuerpo. Sentía arder esas partes de piel por las que, no hacía mucho, él deslizaba su dedos, y todo se arreglaba, pues no podía pensar en Santos sin unir sus manos en oración y llevarlas a su regazo para acunar al hijo de los dos. Cuando se sintió mejor y tuvo que levantarse para encarar los días, estaba ya preparada para acallar las náuseas y el desasosiego, bastaba con posar una mano donde ya latía el corazón de su pequeño, para hallarse ante la fuente de la que manaban todas las aguas del mundo.

—¡No puedo llevar semejante deshonor a mi casa! ¡No puedo herir a mi querido padre! ¡Huiremos! —le repitió a Santos—. ¡Huiremos, lo tengo todo pensado! Y tal vez, con el paso de los años, él sabrá perdonarme.¡Le evitaré a mi padre todo el daño que pueda!

Y Santos pensó en acceder, como hacía siempre, y regresar taciturno a las clases, con el único fin de obtener la licenciatura y un modo de vida para Catalina y el niño, lejos de allí, tal vez en la capital. ¡Ojalá en la capital para seguir investigando en cualquier organismo que se lo permitiera, como el Real Gabinete de Historia Natural, o el Laboratorio Real de Madrid, de Proust! O, ¿por qué no? Quizá ser maestro de física experimental en la cátedra de Química o en cualquiera de las universidades que, según el profesor Vallejo, estaba reordenando el ministro Caballero en su reforma universitaria.

—En todo caso hay tiempo —afirmó Catalina—. Aún queda para la primavera y ya pensaré en algo. Como hice hoy, el martes próximo en la mañana, si no hay ventisca, diré en la casa que asisto a un nuevo encuentro en el Círculo de Damas de la Caridad. Mi padre pasa el día con sus asuntos y Consuelo consiente en dejarme en la puerta de la sacristía, pero yo no entraré y tomaré el camino hacia aquí. Entonces alguna ocurrencia más certera habré tenido.

Santos la miró con los ojos verdosos muy abiertos. Se sintió invadido por una ira que no recordaba haber advertido jamás y se alejó todo lo que pudo de ella. Aunque el frío del lugar les hacía temblar, su voz sonó firme, en un tono tan alto y cortante, capaz de rasgar un colchón de lana y hacer que cientos de vellones imaginarios se esparcieran entre ellos.

—¡Pareces no darte cuenta, Catalina, de que justo lo que nos falta es tiempo! ¡Vamos a tener un hijo! ¡Despierta de una vez de ese entusiasmo en el que vives y date cuenta de que dentro de muy poco no podrás esconderle a nadie tu estado! ¡No te imaginas cuanto sueño

me quita el remordimiento! Soy el culpable de tu deshonra, el causante de tu desgracia y el criminal que ha manchado el nombre de nuestras familias. No debí verte sin haber obtenido el permiso de tu padre. ¡Merezco un castigo por haberte arrastrado a una vida desgraciada y se me parte el alma cuando te vas de aquí, bajando esa peligrosa ladera, con tanto frío! ¿Qué pasará si el martes hay ventisca? ¿Qué sucederá más adelante, cuando la nieve nos llegue a las rodillas? ¡No podrás volver aquí, subiendo por el camino de la montaña. Y habrá domingos que ni siquiera yo podré llegar a Segovia, aunque sea para verte de lejos en tu balcón, como hacemos ahora. Nuestro tiempo se acaba. ¿Te das cuenta de que cada vez hay más soldados franceses en Segovia? En el Colegio, no se habla de otra cosa que del maldito Napoleón. Dicen que viene a por nosotros, que quiere España para él —añadió fatalista y comprobó que, al igual que su propio ímpetu, los vellones de lana se deshacían antes de tocar el suelo.

Durante unos instantes, el silencio fue absoluto. A lo lejos, muy amortiguado por las gruesas paredes, se oía el movimiento de las cocinas, los platos chocando al ser preparados, algún cocinero entonando una jota alegre. Y más lejos aún, algún relincho, pisadas en la nieve de los cadetes ejercitándose y unas campanas anunciando el mediodía.

Catalina sintió una arcada, se tapó la boca con la mano abierta, y se dio la vuelta para encubrir su malestar. Sabía hacerlo desde que aprendió de niña a enmascarar las cosas malas que la sucedían. «Así me hice fuerte», pensó en silencio mientras se acercaba a él.

—Escúchame, Santos, debo marcharme ya. No te enojes conmigo. El príncipe Fernando no consentirá que España sea de los franceses —dijo con suavidad, y tomó la cara de él entre sus manos—. Te graduarás y para entonces nuestro hijo ya habrá nacido. Huiremos los tres juntos. No habrá guerra. Déjame prepararlo todo a mí. El tiempo todavía es nuestro, dispongo del plazo suficiente para urdir un plan. Buscaré un lugar donde aguardarte, hallaré una partera que me ayude, estaré bien y mientras, vendré siempre que pueda y los domingos esperaré a que aparezcas bajo el olmo porque «yo no nací sino para quereros».

Santos vio escurrirse una lágrima por la mejilla de Catalina y la siguió con el dedo, como si dibujara un nuevo surco entre las escasas pecas que el invierno dejaba en su rostro, sin saber que ella lloraba por todo lo que no le decía. A la joven, le abrasaba el alma que Santos no supiera que vivía en un hogar con muebles y enseres señalados, unos para ser llevados a la nueva residencia de París, otros para seguir en el sitio que ocupaban, pues la casa de Segovia, en principio no se

cerraría y sería usada en ocasiones por don Alfonso. Santos también desconocía que la paciencia del hombre se estaba agotando, y cuando el traslado fuera un hecho, allá por el verano, Catalina debería haber escogido marido.

La muchacha sabía que a una lágrima la seguirían muchas más e intentó secar sus ojos con el pico del pañuelo que apretaba entre las manos, pero no pudo contenerse. No se aliviaba con un suspiro el resto de su pena, y entonces lloró.

Lloró por el nombre mancillado, por la soledad apenas rota en esos pocos momentos compartidos, por el miedo a que un nuevo ser saliera de su cuerpo y le doliera, y por el temor de no saber cuidarle cuando naciera, junto al espanto de hacerle daño mientras iba creciendo en su interior bajo ajustados corpiños. Lloró apoyada en el pecho de Santos. Limpiaba su nariz a cada rato con el pañuelo humedecido y se dejó abrazar por la fuerza que emanaba de su enamorado, hasta que se sintió agotada y se durmió. Santos la sostuvo entre sus brazos como la niña que era y buscó acomodo en el suelo helado mientras le repetía suavemente: «Yo también nací solo para quererte, Catalina».

Cuando la respiración de la joven se hizo más tranquila, el muchacho cambió de postura y la contempló dormida. Sin pensarlo, le desató la trenza y dejó que una maraña de cabellos castaños desplegara la primavera allí mismo, entre aromas de manzanilla y anises. Santos acarició el pelo de la muchacha y siguió la línea que marcaba la raya en el medio. Disfrutaba de lo que veía, pues con Catalina despierta era impensable esa quietud en su rostro. Así pudo admirar la frente tensa, sin el frunce que la hacía parecer permanentemente interesada en todo. Las cejas tupidas y rectas parecían sombrear los párpados y una línea rojiza mostraba la fatiga y el llanto en los que se habían hundido sus ojos. Sin poder evitarlo, besó sus labios en los que siempre había una sonrisa engañosa, por delante de una voz aún más tramposa, pues como él bien conocía, no había mucho de cierto en la apariencia dulce y sensible de Catalina. Tenía más bien un espíritu indómito que la hacía fuerte y valiente, capaz de arrasarlo todo a su paso.

Incluso a él.

Fue ese beso dado sin pensar el que le encendió esa parte de su cuerpo que por las noches la reclamaba y sintió vergüenza de sí mismo. Le sonrojaron las ganas de echarse encima de ella, de abrir sus ropas y tocar los senos crecidos, de calmar de algún modo la dolorosa necesidad que le ardía entre las piernas.

Entonces decidió apartarse de ella y honrarla.

Acomodó a Catalina sobre su casaca de artillero, la cubrió con su propia capa y abandonó la galería tiritando de frío.

Al cruzar el patio de honor, se topó con varios compañeros de otros cursos, que transitaban como él, pero más despacio, por el surco nevado del patio y los saludó volteando la mano sin dirigirles una palabra. No quiso mirar hacia los ventanales de arriba, no fuera a ser que alguien le viera e interrumpiera la clase para delatarle, pues había justificado su ausencia declarándose enfermo. Traspasó como un espíritu en las sombras corredores y escaleras, y cuando llegó a su dormitorio parecía realmente enfermo. Estaba bañado en sudor y temblando. Intentaba contener la tiritona, al menos la de sus manos, para buscar en la cómoda la bolsa de trapo negro en donde guardaba sus más pequeñas y preciadas pertenencias.

Afuera, el día gris dejaba la habitación a oscuras.

A tientas, abrió varios cajones, descolocó las mudas, revolvió entre las camisas y calzones hasta que halló lo que buscaba. Sostuvo entre sus manos el pequeño saco dando un gruñido de alivio, pero una voz surgida de la penumbra le dejó sin aliento.

—¡Qué rara manera de guardar cama tienen algunos! —exclamó burlón Mario Olivenza.

Santos se quedó paralizado, sin volverse hacia la cama en la que estaba acostado su compañero de cuarto.

—Sé desde hace tiempo que algo te traes entre manos, cadete, y por eso soy tu vigía. Imagina que estoy en una torre y que desde allí puedo verlo todo, puedo ver hasta la rata más pequeña, puedo verte a ti y adivinar que mientes. Puedo empezar la clase y, al saber que te excusas declarándote indispuesto, puedo fingirme yo también enfermo y venir a hostigarte, resulta que vengo y no te hallo. Y entonces, mientras me ocupo aquí tumbado en razonar cuáles son tus embrollos, vienes tú y termino por saber en qué enredos andas metido. Todo el mundo sabe que bebes los vientos por Proust y yo sé que eres un adorador de todo lo francés. Besarías la suela de Napoleón y venderías tu patria para poner medallas en tu expediente. ¡Ándate con ojo, porque dentro de poco caerán las cabezas de los franchutes y la tuya rodará también!

Santos permaneció inmóvil, entre sorprendido y aliviado por lo disparatado del razonamiento de Mario.

—Mario, no oculto nada —se encaró envalentonado con el que fuera su amigo—. Vengo de la enfermería y buscaba unas monedas para agradecerle al guardia sus buenos ánimos.

—¿Más embustes, Santos? Aquí solo estamos tú y yo. ¿A quién más tratas de engañar? Fui a la enfermería y no te hallé. Si no fuera

porque te conozco sin agallas, podría creer que andabas con las cartas, pero hoy no hay partida. Lo sé porque si no, yo mismo estaría jugando —dijo riendo y se incorporó en la cama—. Y tampoco vienes de apretarte con ninguna mocetona en las cocinas…

—¡Ya está bien, Mario! —interrumpió Santos y sintió un escozor en el pecho—. No hables de esas cosas.

—¿De qué cosas, sabiondo? ¿De las que te pierdes por tener todo el día la cocorota dentro de un libro? ¿De las que no gozas por dar coba a los maestros? —De repente dio un salto, y se puso frente a Santos—. ¿Sabes cuál es el castigo por traición? —le preguntó.

La cabeza de Mario le llegaba a Santos a la altura del pecho, pero pudo sentir su aliento en la cara, pues alzó las puntas de los pies y estiró su cuello como si le hablara al cielo.

—¿Qué sé y qué no sé de tus misterios, Santos Álvarez de Santillana? Eso te estás preguntando, ¿verdad? Lo sé todo. Soy tu enemigo. Te mataré y antes te haré sufrir. Lo juré —dijo chasqueando los dedos y besándolos—. Lo juré y lo cumpliré. ¡Palabra de artillero!

Santos guardó silencio porque no se le ocurrió qué decir. No era la primera vez que Mario le amenazaba, pero no entendía cómo había crecido de semejante manera la inquina de su antiguo amigo hacia él. Desde la explosión, se mantenía lejos, lo más distante posible de su acoso, de sus burlas y miradas. «¿Qué más puedo hacer?», se preguntó Santos, y se apartó a un lado para poder salir, intentando no rozar si quiera el uniforme de paño azul de Mario.

—¡Un momento! —le paró este, clavándole un dedo entre los botones de la camisa interior—. ¿Dónde crees que vas otra vez? ¿Dónde está tu casaca?

Santos dio un paso atrás y de nuevo intentó apartarse para poder salir, pero Mario le sujetó por el brazo.

—¿Qué llevas ahí escondido? ¡Dámelo! —ordenó mientras forzaba la mano cerrada de Santos.

—¡Déjame, Mario, por favor! —rogó mientras intentaba zafarse y proteger entre sus dedos apretados la bolsita negra.

Pero el cadete no hizo caso e intentó abrirle la mano mordiéndola. Santos dio un respingo de dolor al notar los dientes clavados y se revolvió para soltarse, sin abrir la mano, pero con una furia ciega escociéndole desde muy dentro. Pensó en Catalina dormida en el sótano helado, revivió la mofa, los asedios e improperios que llevaba tiempo aguantando. Finalmente vio la marca que habían dejado los dientes de Mario en su propia piel y, con el mismo puño cerrado de su mano derecha en el que guardaba el pequeño saco, asestó a Mario un puñetazo que le tumbó y después otro más que le

volvió a tumbar cuando su enemigo intentaba levantarse, y aún pudo asestar un tercer golpe que lo dejó en el suelo, con el labio partido y sangrando.

—¡Te mataré antes de lo que esperas! —Fue lo último que gritó Mario.

Santos corrió por los corredores y escaleras. Sorteó las columnas de granito del pórtico, se deslizó por el camino abierto en la nieve que cruzaba el patio de honor, y traspasó la verja fútilmente echada de la galería. Anduvo los últimos metros entre tinieblas, con una oración en la boca, rogándole a Dios que Catalina siguiera allí, plácidamente dormida.

A esa hora del día, la nieve acumulada en el tragaluz era más fina y permitía una mayor claridad que caía de lleno en el centro del pasadizo, y dejaba en penumbra las paredes. Santos palpó la figura de Catalina acurrucada en calma contra la roca amarillenta y se arrodilló a su lado, sujetándose tras las orejas el pelo suelto, oscuro y revuelto que salpicaba sus facciones y le daba un aire salvaje a su aspecto. Sus ojos verdes amarronados aún brillaban de ira y necesitó varias bocanadas de aire para recuperar el resuello antes de sentarse al lado de su amada y velar su sueño. Supo entonces que todo lo que le importaba estaba allí. Estiró el brazo y contempló su puño amoratado. Una emoción más poderosa que el miedo tensó sus hombros. Daba igual que la mañana terminara y a su fin los descubrieran, ya no temía que alguien los delatara o que vinieran en busca de Catalina siguiendo sus pasos. Pero aun así, la despertó con suavidad pues era hora de que la joven volviera a casa.

Cuando ella abrió los ojos del todo, una pequeña medalla se balanceaba borrosa ante su mirada. Santos sonrió con timidez.

—Catalina Núñez Rubio debo hacerte mi esposa, pero es más importante aún decirte que deseo, con toda mi alma, hacerte mi esposa. Por eso me pongo de rodillas y te ruego que me aceptes —logró decir Santos tras varios intentos y esas palabras cambiaron para siempre sus vidas.

Catalina sonrió. Al principio, la sonrisa apenas pareció una mueca de obligada cortesía, de las que surgen al saludar a un conocido en la distancia, pero al momento la boca de la muchacha se abrió tanto como su ojos, húmedos y somnolientos aún, mientras un agradable temblor, un cosquilleo feliz, recorría su cuerpo.

—¡Sí! ¡Claro que sí, mi querido Santos! ¿Cómo habrías de dudar? ¡No consentiré en casarme con nadie que no seas tú! Más adelante, buscaremos quien nos bendiga y…

—¡No! —interrumpió Santos con un susurro cortante—. Ya

hemos sido bendecidos. ¡Vamos a tener un hijo! No hay mayor bendición posible.

—Pero, Santos, tenemos que buscar una iglesia, necesitaremos documentos, testigos…

—¡No! —cortó de nuevo Santos—. Lo estuve cavilando mientras dormías. Todo lo que necesitamos, todo cuanto puedo darte está aquí.

El joven hizo pendular otra vez la pequeña medalla ante la cara de Catalina.

—Vine al mundo después de mis cuatro hermanas, mis padres habían perdido la esperanza de tener un varón y mi madre, convencida de que daría a luz a una niña, intentó borrar toda posible ilusión. Asumió desde el principio que tendría una quinta hija, preparó mi ajuar lleno de lazos rosas y le encargó al orfebre una medalla. El hombre creó esta pieza con la imagen de la Virgen niña, en nada varonil, y cuando nací, lo único que pudo hacer el buen señor fue quitarle la redondez y darle un aspecto más tosco. La hizo rectangular pero como ves, el labrado interior está hecho para que lo luzca una angelita. Que yo recuerde, no la he usado ni una sola vez, aparte de cuando fui bautizado, pero es mi bien más querido y siempre la llevo conmigo, aquí guardada —dijo señalando la bolsita negra—. Ha de lucir en tu cuello, pues sin anillo ni otra cosa que darte, no puedo por menos que entregarte mi mejor posesión.

Una larga mirada se interpuso entre ambos.

—¡Ven conmigo! —ordenó él, poniéndose en pie y ayudando a Catalina a levantarse.

La joven se dejó conducir hasta el resplandor surgido entre las rocas del muro. Los perezosos rayos del sol de invierno se colaban por el hueco que la lluvia y el viento habían hecho en la piedra y formaban un haz de luz. Santos abrió la palma de su mano y atrapó en ella las mágicas partículas en suspensión del rayo de sol.

—Son trozos de Dios, que milagrosamente llegan aquí. ¡No hay mejor techo que este templo que el señor nos otorga! En su presencia, yo, Santos Álvarez de Santillana, te desposo a ti, Catalina Núñez Rubio, y te juro por mi vida quererte siempre, y velar por ti y por los frutos de nuestra unión. Amén.

La muchacha se persignó, como Santos, y buscó entre sus recuerdos, entre lo leído, escuchado o sentido en su corta vida, hasta dar con las palabras oportunas. Ladeó la cabeza y alzó la vista.

—Y yo, Catalina Núñez Rubio, te desposo a ti, mi valiente cadete, Santos Álvarez de Santillana, y juro por la sangre que no ha de correr, amarte siempre y guardar de todo mal a la sangre de nuestra sangre. Amén.

De nuevo se santiguaron y con toda la delicadeza que le permitieron sus dedos ateridos de frío, Santos puso en el cuello de Catalina la medalla que refrendaba su unión. La joven besó la imagen de la Virgen niña y la introdujo bajo las varias capas de ropa que la abrigaban hasta que pudo sentir el metal entre sus senos.

Después atusaron y recogieron sus cabellos, se unieron en un beso largo y abandonaron su refugio. En la puerta enrejada soltaron con pesar sus manos.

Tardarían tres meses en volver a verse.

# 10

## *17 de marzo de 1808*

*La familia real española y su corte se trasladaron a Aranjuez, como primer paso de una huida aconsejada por Godoy ante la ocupación del ejército francés. Un levantamiento popular, impulsado en buena parte por la nobleza afín al príncipe Fernando, dio lugar al motín de Aranjuez. El pueblo, armado con azadas, palos y antorchas, rodeó el Palacio Real y obligó al rey Carlos IV, en primer término, a destituir a Godoy, y después, con el paso de las horas, a abdicar del trono español en favor de su hijo Fernando. Godoy, a punto de ser linchado en Madrid, fue hecho prisionero en el cuartel de guardias de corps.La gente aclamó al rey Fernando VII como a un salvador.*

El escenario se levantaba toscamente sobre una tarima y bajo una carpa atada al tronco de un árbol. La muchedumbre se agolpaba en la parte de atrás y en ambos lados. Dejaron en el centro las sillas para quienes pudieran permitirse los boletos más caros y ver la función sentados. Don Alfonso seguía, con mucho interés, la representación y participaba de la algarabía general, celebrando los torpes malabares de Arlequín con sus carcajadas. Cuando Colombina, Pantaleón, Polichinela y Pierrot agacharon sus cabezas y se inclinaron ante los aplausos del público, Catalina bufó.

—¡Ha terminado! ¡Vayámonos, padre!

—Aguarda un momento —dijo él, todavía con los ojos llorosos por la risa y la boca sonriente, mientras echaba unas monedas al delantal que Colombina izaba sobre sus faldas.

Antes de retirarse a sus carretas y seguir camino hacia otro pueblo o ciudad, los cómicos se acercaron a los espectadores. Esperaban arañar alguna ganancia que añadir a la venta de billetes. A la sirvienta Colombina, que sujetaba su mandil con ambas manos, se le veían los pololos y las pantorrillas peludas. Piernas de hombre con ropas de mujer. En la cara llevaba el maquillaje blanco, una máscara que tapaba un rictus serio y una mirada triste llena de hambre, cansancio, desesperación e ira. Catalina sintió un escalofrío y apretó el brazo de su padre. El hombre se divertía contemplando las gracias de un enano y repartía dinero entre los demás actores de la compañía. Los faranduleros eran una de las pocas alegrías que se podían permitir en esos tiempos, y premiaba su arrojo, al ir de pueblo en pueblo por esos caminos llenos de soldados franceses y maleantes. Catalina se ciñó al talle la mantilla que caía desde su cabeza y, a través de los guantes, pudo notar la prominencia de su vientre. Lucía un vestido con camisa de algodón y muselina, muy del gusto de su padre y de las modas de París, unas prendas que en España comenzaban a lucir las señoras más pudientes. El vuelo salía del pecho en elegantes pliegues,

sin aristas ni varillas, como las túnicas griegas de las esculturas, y junto a la opresión de la faja ceñida, le permitía esconder su falta de cintura. La joven volvió a asir el brazo de su padre, pues deseaba marcharse y hacer sus recados.

—¡Padre, vayámonos, por favor! Consuelo me espera en casa, pues dejé los preparativos a medias y entiendo que quieres que esta noche todo salga perfecto.

Don Alfonso miró ceñudo a Catalina. Quería parecer enfadado.

—La cena de esta noche, hija mía, será de gran importancia, sobre todo para ti. Te aventuro sorpresas, querida niña.

Catalina ocultó una mueca de disgusto y miró hacia otro lado. Reparó entonces en una dama que los observaba desde uno de los pilares del acueducto. Don Alfonso también la vio e instintivamente se ajustó el corbatín.

—He recordado que tengo asuntos que atender con ciertos señores, hija. Ve a casa y encárgate de los preparativos, llegaré a tiempo de cambiarme para la velada.

Catalina asintió y salió del improvisado corral de comedias dispuesta a doblar la esquina y volver a casa. Sabía que su padre ya cruzaba hacia el otro lado del acueducto y era muy consciente de que, en realidad, ningunos señores tendrían la atención de él en las próximas horas. Esta verdad y el gusto descarado de su progenitor por la vida disipada irritaron a la joven y la hicieron corregir sus pasos, pues de pronto vio ante sí la gran oportunidad que se le presentaba.

Aunque algo faltaba.

Entró en su casa por la puerta de la cocina desde el patio y dejó a un lado el cobertizo en el que no hacía mucho se veía con Santos. Con su recuerdo haciéndole apretar los dientes, subió a la alcoba. De espaldas a Consuelo y los demás sirvientes que se afanaban en el salón, tomó una pequeña bolsa que guardaba en uno de los cajones del tocador, y regresó a la calle por el mismo sitio por el que había llegado.

Se dio toda la prisa de la que fue capaz; llegó hasta la muralla. Hundió la cara en la mantilla y se santiguó al pasar por delante del convento de San Agustín. No estaba segura de que fuera la casa que buscaba, pero se detuvo y tocó la aldaba de una puerta verde. El llamador tenía forma de manita y este detalle la distinguía de las otras viviendas que se levantaban en hilera cerca del Postigo de San Matías, con sus tejados de distintas alturas en los que sobresalían los tubos sucios de las chimeneas.

Abrió la puerta una mujer que la escrutó detenidamente y que palpó con descaro su barriga antes de dejarla entrar.

—Viene usted muy tarde señora —dijo cerrando la puerta a su espalda—. Por lo menos está usted de seis faltas y estas cosas hay que deshacerlas a tiempo.

—¡No, no! No vengo a eso —la corrigió Catalina—. Vengo a todo lo contrario. Necesito un lugar en el que estar y alguien que me ayude cuando llegue el momento. Traigo dinero.

La joven dejó la bolsa encima de la única mesa que había en el portal. Al fondo, se veía una lumbre y en las ascuas, un puchero. A un lado tenían una alacena de madera y unos chorizos secándose, y al otro lado, la pared desnuda y tres puertas. La mujer tomó la bolsa y, sin abrirla, comprobó su peso entre las manos. Asintió satisfecha.

—¿Tiene patio y un cuarto aparte? —preguntó Catalina con la voz firme que tantas veces había ensayado.

La mujer asintió de nuevo.

—Al lado del mío, está el cuarto que era de mi hijo. Tendré que airear el colchón porque hace años que no se usa. En la trasera, está el corral. Venga a verlo.

Catalina la siguió. La mujer descorrió un gran cerrojo y la luz del día les dio en la cara. Vio un pequeño espacio lleno de malas hierbas y jaulas vacías de gallinas y conejos.

—El chico los criaba, pero se los llevó a su casa al poco de la boda.

—Tendrá que limpiarlo. Necesitaré salir a ver el sol.

—Me llevará unos días. ¿Cuándo tiene pensado venirse?

—¡Pronto!

—¡Qué sea así! No podrá esconderlo por más tiempo.

Mientras caminaba de vuelta al hogar, Catalina iba mirando al suelo y se permitió llorar. Bajo la mantilla, como bajo las sábanas en las noches sin sueño, las lágrimas encontraron su camino y no lo dejaron hasta que avistó la casa amarilla con sus balcones floridos abriéndose a la primavera y dándole de alguna manera la bienvenida a su hogar.

En el recibidor, Consuelo la esperaba con los brazos en jarra.

—¡Miren que le avise a su señor padre de que no se entretuvieran! ¡Qué empeño el de don Alfonso de salir a ver a los teatreros! ¡Aunque fuera aquí al lado, no era día de ir a ninguna parte con todo lo que hay que hacer! —Consuelo estaba enfadada y no paraba de hablar—. ¡Dicen las muchachas que la función terminó hace tiempo! ¿Dónde demonios se han metido, sabiendo la que nos espera? ¿Y cómo cree su señor padre que puedo tenerlo todo listo para la cena, los invitados y el viaje si se toman el gusto de desaparecer los dos toda la tarde?

—¿Qué viaje? —consiguió preguntar Catalina en medio de la

perorata exaltada de la criada.

La mujer enmudeció de golpe.

—¿Sale padre de viaje otra vez?

Consuelo apretó los labios hasta crear una línea recta en su rostro redondo.

—¿Por qué callas? ¿Qué sucede?

La sirvienta se dio la vuelta, pero Catalina la tomó por el hombro y la hizo girarse repitiéndole la pregunta.

—Mejor cuestiónale a tu señor padre, hija.

La muchacha cabeceó.

—No ha debido llegar aún si tú no le has visto. Él tenía asuntos que tratar y me pidió que me adelantara, así que tendrás que hablarme tú de su marcha. ¿A dónde se va mi padre?

—A París —dijo Consuelo con tan poca voz que hubo de carraspear y repetir—. Se van todos a París mañana.

Catalina se quedó paralizada. Notó la boca seca. Fue como si una mano apretara su garganta para robarle el habla.

Consuelo vio los ojos, contempló las pupilas achicadas y oscuras. Intentó evitarlo, pero ya era tarde.

Un ruido en la puerta principal hizo que se giraran. Don Alfonso entró en la casa mirando al suelo y dejó que el ojo de la llave girara en su dedo antes de guardarla en el bolsillo del chaleco. La presencia de las dos mujeres tensas y mirándolo le sobresaltó y consiguió que olvidara las mieles de las que venía relamiéndose. No le dio tiempo a quitarse el sombrero ni a intentar que la conversación tuviera lugar en cualquiera de los mullidos sillones que llenaban las estancias de la casona. No pudo pedir un jerez ni encender el puro habano de los grandes momentos. Ni siquiera le llegó del todo la bocanada de aire que había empezado a tomar cuando Catalina se puso a hablar con suavidad.

—¿Puede ser posible, padre, que cómo dice Consuelo sea mañana el día elegido para nuestro traslado a París? —preguntó.

Don Alfonso miró la punta de sus botas. El polvoriento mes de marzo las había blanqueado. Si actuaban fuerzas más poderosas que uno mismo, las cosas se manchaban irremediablemente, y cuando no había remedio, con Catalina funcionaban mejor las verdades absolutas.

Hizo una señal a Consuelo para que los dejara antes de comenzar a explicarse.

—Es urgente salir cuanto antes del país. Estos necios analfabetos solo aprecian lo suyo y a lo peor se alzan contra Bonaparte. En la velada de hoy, te será presentado el joven que está destinado a ser tu

esposo. Es un caballero un poco mayor que tú, de madre francesa y padre español. Ha sido educado en las mejores escuelas de Francia. Tras el primer encuentro de ambos esta noche con las respectivas familias, viajaremos mañana todos juntos a París. Y allí celebraremos el matrimonio. Yo habré de regresar a España antes del verano, pues la situación política aquí, nada prometedora, me ha obligado a adelantar nuestros planes y no he podido resolver ciertos asuntos en la Mesta.

—Nuestros planes… —repitió Catalina, mordiéndose los labios —. ¿Y no podré despedirme de madre?

—No es seguro ir a Extremadura ahora. Esos caminos a Portugal están tomados por el ejército francés y la situación se está complicando a cada momento. Se dice que Fernando se está haciendo fuerte, y que el rey y Godoy preparan la huida, mientras en las calles esos patanes ignorantes maldicen a Napoleón. ¡Hemos de salir de esta lucha que no nos compete cuanto antes! ¿No entiendes lo que podría ocurrir si permanecemos aquí y estallan las revueltas? Por eso decidí adelantar en unos días nuestra partida a Francia y hacerla coincidir con la de tu futuro prometido. Está todo arreglado para que podamos viajar con garantías. Consuelo y algunos criados se quedarán aquí y guardarán la casa. Nosotros viajaremos escoltados, llevaremos guardias, ¡no has de temer nada!

El corazón de Catalina palpitó en su garganta. Su pecho subía y bajaba mientras un calor sofocante le llegaba desde los pies. La joven se deshizo de la mantilla y la tiró lejos. La prenda de encaje cayó sobre una escultura con demasiado estrépito para tratarse de una tela tan delicada.

También sus palabras sonaron más duras que la dulzura con las que fueron pronunciadas.

—Hace meses que, en silencio, le pido perdón, padre, cada vez que le miro, por no ser la buena hija que esperaba. No me sentía digna de usted ni de esta casa, pero… —Un sollozo entrecortó a la muchacha y la hizo subir el tono de voz—. Pero creo que la indignidad debe ser cosa de familia, pues no está actuando usted como un buen hombre. ¿Es de buen español huir y no ayudar a sus compatriotas a poner en el trono a Fernando y a echar a los franceses de aquí?

Don Alfonso puso un dedo en sus labios y respondió bajando la voz.

—Catalina, lo mejor que le podría suceder a este oscuro país es que Napoleón Bonaparte lo inundara de luz, pero no nos vamos a quedar a verlo. El pueblo se equivoca de enemigo y ahora apunta al

francés ¡Sucede igual con los corderos: siguen al rebaño, aunque el tropel se dirija al abismo! ¿Crees que los reyes, Godoy, el príncipe o Bonaparte están velando por los intereses del pueblo? A unos les pesa la Corona, Fernando codicia el poder y Napoleón ambiciona el más grande de los imperios. Cada quien busca su propia ganancia y yo hago lo mismo. Estoy señalado por la ignorancia de esos catetos y temo por nosotros si finalmente se levantan en armas. Todo lo que ocurre es muy grave y no nos concierne.

—¡Sí! —gritó Catalina—. ¡Sí que nos concierne, aquí deja usted a madre, a Consuelo, a la hermana Teresa, a…! —se giró en redondo —… A mi gente querida, y a muchas otras personas a las que se debe auxilio.

—¡No le debo nada a nadie! —vociferó don Alfonso, señalando al aire con el dedo.

—¡Claro que no! ¡Porque este es su reino, señor, y todos somos sus vasallos! —dijo entre lágrimas la joven—. ¡Me quiere condenar a una vida lejos de mi hogar y adelanta el traslado a mis espaldas para que nada pueda hacer! ¡Y me vende como a una de sus ovejas de cría! ¡Y me miente! ¡Dice que podré elegir esposo pero ya ha escogido por mí!

—¡Es un muchacho extraordinario! —exclamó él, gritando más de lo que deseaba.

—¿Por qué? ¿Por qué es este mejor que las docenas de pretendientes que pasaron por aquí? —gritó una vez más Catalina.

—¡Porque es apuesto! —chilló él.

—¡Ah! ¡Ja, ja, ja! —rio la muchacha, y se secó las lágrimas con la manga del vestido—. ¿En eso mide usted el valor de las personas? ¿En su hermosura? ¿Así calibra usted la valía de las mujeres con las que se acuesta? ¡No me extraña que a madre le diera asco compartir su almohada!

Don Alfonso echó el brazo hacia atrás, alargó su mano y golpeó la mejilla de Catalina. La joven se tambaleó, sorprendida por la primera bofetada que recibía en su vida. Inclinó la cabeza con la mejilla ardiendo y vio sobresalir de su escote la medalla rectangular de la Virgen niña. Amarró la joya con una mano y con la otra alcanzó la mantilla que colgaba de la figura de alabastro antes de empujarla con todas sus fuerzas. La opulenta escultura cayó al suelo rompiéndose en pedazos. Miles de trozos de piedra blanca y cristalina se desparramaron por el recibidor con gran escándalo mientras la joven daba una zancada hacia la puerta. Cuando el ruido cesó, Catalina tomó el pomo, se volvió y miró fijamente al hombre que dejaba atrás.

—¡Adiós, padre!

Después salió, anduvo más allá de la casas, con paso veloz hasta que se quedó sin aire, y caminó entre sollozos por las eras desiertas, sin tener en la mente un lugar al que ir. Luego, de regreso a las zonas pobladas cerca de la Catedral, se le ocurrió dirigir sus pasos a la muralla y tocar de nuevo la aldaba de la partera pero, de pronto, una algarada la hizo volverse y en un instante fue rodeada por una multitud que se aproximaba desde la Plaza Mayor. Gritaban enaltecidas soflamas que al principio no entendió. La fuerza de la turba la empujaba a moverse hacia la misma dirección del gentío en medio de palos, estacas, aullidos de perros y niños con piedras en sus manos que marchaban en pelotón hacia el Alcázar. Catalina intentó ir contra corriente y luchó hincando los codos en los cuerpos que la acorralaban, pero no consiguió escapar de la aglomeración. Ante el temor de lastimarse aún más, se dejó arrastrar por la muchedumbre, protegiendo su vientre y estirando el cuello. Quería atrapar, entre el tumulto, el suficiente aire para seguir viviendo.

Así llegó al Alcázar, por el camino abierto, entre gritos de muerte y proclamas de justicia para Godoy.

Santos no fue de los primeros en oírlos. Los alumnos cuyos pupitres estaban más cerca de las ventanas del aula de dibujo se asomaron rápidamente, a la plazuela para ver qué sucedía y enseguida se pusieron en pie, alarmados por el gentío. Poco después, toda la clase se agolpó en los ventanales para ver qué ocurría allí abajo, y recibieron la orden de no abandonar las aulas.

El ruido de cánticos y gritos llegaba desde la plazuela y se fue haciendo más poderoso y ensordecedor.

El Alcázar estaba siendo asediado.

—¡A la hoguera Godoy! ¡Qué arda el príncipe de la paz! —gritaban hombres y mujeres, mientras otros coreaban—: ¡Déjanos quemarlo! ¡Fuego a los traidores a la patria!

El clamor subió de tono cuando unos pocos consiguieron entrar en la fortaleza y alcanzaron las dependencias privadas del alcaide. Después salieron y mostraron triunfantes un marco dorado con su lienzo, que empezó a correr por la plazuela llevado en volandas por los brazos en alto de la multitud, pero entonces las voces más hostiles rugieron de nuevo.

—¡No queremos el marco! ¡Queremos la tela! —dijeron a gritos.

Los más exaltados tomaron el cuadro y, en medio de insultos al valido, rasgaron el lienzo y enseñaron el trofeo que habían ido a buscar al Alcázar, tras saberse que en sus paredes colgaba una pintura al óleo de Manuel Godoy.

El retrato de quien durante la última década fue primer ministro

y generalísimo de los ejércitos ardió en mitad de la plazuela junto a los palos, estacas y demás maderas que los congregados pudieron reunir en una gran hoguera que celebraba la caída de Carlos IV y su valido, y la aclamación de Fernando VII como nuevo rey de España.

Catalina miró fascinada el último trazo de la pintura de Godoy que se perdió entre las llamas. La mirada arrogante del político cayó convertida en cenizas tras quemarse y desaparecer en la noche. La misma suerte corrió el resto de la estampa uniformada de un hombre recostado en su sillón en el campo de batalla con el bastón de mando entre las piernas y un papel en blanco entre sus manos.

Arriba, en el aula, la columna de fuego hacía brillar los ojos de los cadetes, mientras el aire nocturno se llenaba de olor a quemado. Santos veía la gente, percibía la euforia del que nada tiene que perder y le preocupaba el riesgo que corría el Colegio. Temió que, cuando menguara el fuego, buscaran más leña que seguir echando a la pira. Se fijó en las caras iluminadas por la fogata, sucias de polvo y llanto. Sintió miedo al detenerse en las miradas fieras de hombres, mujeres y niños, a los que el viento de marzo alborotaba los cabellos. Volvió a ver en sus rostros la desesperanza y buscó entre ellos a quien mandaba, por si las voces más bravas se sofocaban, pero solo encontró violencia y lágrimas.

Lágrimas que había visto antes.

Lágrimas de ella.

¿Cómo era posible?

Santos dejó la clase sin que ninguno de los cadetes que pegaban la cabeza a los cristales se diera cuenta. Salió empuñando el machete, anduvo a prisa por los corredores desiertos apenas iluminados. Blandió el arma a un lado y otro de las puertas abiertas. Dobló esquinas y salvó escalones con las piernas arqueadas en posición de combate. Dejó a la vista la hoja afilada y apretó con fuerza el escudete de la empuñadura, cuyo relieve, formado por seis proyectiles de artillería, manoseó nerviosamente hasta llegar a la plazuela.

Antes de salir, se despojó de su gorro de cuartel y de la casaca de cadete, y los escondió bajo el recodo de la escalera. Después sacó las faldas de su camisa por fuera de los calzones y se despeinó la coleta, adentrándose en el tumulto.

Encontró a una mujer, cuyo pelo trenzado le caía por la espalda, pero no era Catalina, tampoco una muchacha que se tocaba con una cofia y redecilla, ni otra más que lo confundió al llevar un chal bordado con finos hilos de plata. Al fin, tras hacer que se volvieran varias mujeres, alcanzó los contornos chamuscados de la hoguera y allí encontró a Catalina, mirando las llamas y las brasas ardientes que

salían despedidas chisporroteando antes de perderse en la nada.

Santos tiró de ella y, sin palabras, la sacó de allí. El chico tomó su mano con tanta fuerza que le causó dolor a ambos. La joven se dejó llevar con el brazo dolorido hacia la fortaleza pero, al llegar a la entrada, uno de los agitadores, un mozo de mirada ennegrecida por la rabia, confundió a Santos con uno de ellos y les cortó el paso.

—¡Dijeron que no entráramos a ningún parte! ¡Solo ellos a por el cuadro! ¿No lo entiendes, idiota? ¡Los soldaditos tienen armas y cañones y nos pueden freír!

Santos se aseguró entre los dedos el machete que escondía y lo alzó, interponiéndolo con fiereza entre el muchacho y él. Este quedó paralizado, se echó a un lado y les dejó adentrarse en el Alcázar. Sin soltar a Catalina, con el machete pegado a su muslo y apuntando al suelo, Santos consiguió llegar al patio de honor con la intención de dirigirse a los sótanos pero, al acercarse al pórtico, alguien le atrapó desde atrás y le hizo caer.

El mismo mozo de ojos pendencieros les había seguido y peleaba con Santos, creyéndolo uno de los suyos. El alborotador se revolcaba en el suelo mientras le recordaba, entre maldiciones, la condición de no profanar el Alcázar y arriesgarse a vérselas con los cañones de los artilleros. Se defendía con puñetazos y patadas que lanzaba al aire e intentaba zafarse de Santos, hasta que el cadete mostró de nuevo el filo del machete y el atacante se aterrorizó. Catalina gritó y Santos, agarrando al muchacho por las solapas, lo puso de pie y lo alejó a empujones y golpes. Huyeron después a toda prisa hacia el único camino despejado. Se olvidaron de los sótanos y fueron escaleras arriba, de modo que su perseguidor no supiera dónde buscar en el laberinto de pasillos y puertas de grandes cerrojos que se avistaban en esa parte del Alcázar.

Imitando a un danzarín, Santos pidió a Catalina que pisara de puntillas los suelos de madera y la guió hasta un portón al pie de otra escalera que cedió con facilidad cuando lo empujó. El cadete aseguró con una pesada bobina la puerta de la buhardilla y durante unos minutos no fue capaz de otra cosa que no fuera abrazar a Catalina, hasta que la joven dejó de llorar y su propio corazón dejó de golpearle en las sienes y de amenazar con hacerle estallar la cabeza.

Un rato más tarde, solo se oían algunas voces lejanas en la plazuela y Santos respiró con alivio, pues una vez apagada la lumbre, parecía que el gentío había despejado las inmediaciones de la fortaleza con sus niños y sus perros ya muy cansados. Poco a poco habían ido abriéndose huecos entre la multitud, hasta que quedaron ya muy pocas personas y finalmente nadie, en ese escenario que siglos

de historia habían levantado allí.

Esa misma noche, en el cuarto de cadetes que Santos compartía con Octavio y Mario, este último pasó mucho tiempo preguntándose qué asunto de alta importancia mantenía fuera a su enemigo. ¿Dónde estaba Santos y por qué se saltaba la norma horaria, cuyo incumplimiento lo llevaría al calabozo?

# 11

## *Agosto de 1822*

*Tras el fracaso del golpe de Estado alentado por el rey, crece la presión hacia el gobierno liberal y la agitación absolutista se intensifica. En algunas ciudades y provincias se levantan partidas encargadas de amenazar a los liberales convencidos y de alterar la marcha de los ayuntamientos y demás organismos controlados por ellos. Parte del clero y todos los reyes absolutistas europeos alientan al monarca español, así como algunos ministros que, con otros fines, también buscan debilitar la revolución liberal. Siguen vigentes el régimen monárquico parlamentario y la Constitución de 1812 que la Corona se vio obligada a acatar. El 5 de agosto se forma un nuevo gobierno por el que llegan al poder los exaltados, la facción más radical de los liberales, y el país pierde aún más estabilidad sometido a las hostiles tiranteces de las Cortes, la prensa, las sociedades secretas, la administración del Estado y el propio Fernando VII.*

—Cuanto ven me pertenece.

Don Alfonso convierte su mano abierta en una visera y se protege del sol. Hace un recorrido completo por los cuatro puntos cardinales y obliga a Marita y a Pedro a seguir el mismo trazado en redondo. Hacia el norte, grandes contornos de pinares recortan el horizonte azulado, y soportan sobre sus copas espumosas nubes blancas que los coronan. Al pie y cayendo suavemente a un lado, la sierra disemina sus pastos y campos labrados hasta dejarlos reposar en las llanuras del sur, hacia donde también se dirigen, no muy caudalosos, los manantiales y el río que cruza desde el este.

—Allí junto al Eresma, discurre la Cañada Real. Nos convertimos en señores desde antes de existir la Mesta, cuando las tierras se dividían en sexmos —se lamenta—. No hubo jamás un año malo. Con la invasión todo cambió, nos robaron el ganado, perdimos el monopolio en el extranjero y el populacho acabó con algunos señoríos. Yo pude salvar el mío y el de algunos otros, y me agrada pensar que tal vez superaremos también este año falto de lluvias y con olor a guerra. En los agostaderos, que pueden ver allá arriba, no se percibe de momento ninguna intranquilidad. Eso vine a comprobar hace unas semanas —explica satisfecho.

—¿Cuántas ovejas tiene usted? —pregunta Pedro.

Marita y don Alfonso se miran extrañados, son las primeras palabras que el chico pronuncia desde que hace días diera por muerto a su padre.

—Aquellas que ves, y aquellas otras, suman cientos de miles, pero no son todas mías. En su mayoría pertenecen a los rebaños de trashumancia de la Mesta. Una de las fortunas de mi familia radicaba en el esquileo, que en estos límites se practica solo en mis tierras, en aquella construcción de piedra rodeada de encinas, ¿la ven? —Hace

una pausa y señala un pequeño poblado—. Otra de las suertes que nos dio fortuna son los lavaderos, aquellos arcos pegados a las casas de esquileo. Lavamos la lana para reducir su peso. Si no, la parte más elemental del negocio, la exportación, perdería ganancias. También tengo intereses puestos en cultivos y labranzas, en tierras muy lejanas, imposibles de ver desde aquí.

Pedro sigue con interés las explicaciones y don Alfonso sonríe satisfecho. Marita se cuestiona si asiste a la conversación entre un potentado y su heredero, o si en verdad el hombre es un gallo viejo mostrando su poder en el corral.

—Antes era dueño de la mejor lana merina del mundo y ahora las mejores bodegas se nutren de los caldos que producen mis vides —dice terminando su explicación con una gran sonrisa. Prefiere no aburrirles hablándoles de las empresas de hilos, las de fabricación de material agrícola o los otros negocios de menor envergadura que llenan sus horas.

Marita le devuelve el gesto, sonriendo también, y se aparta un mechón canoso de la cara.

Pedro se mantiene serio, observa los campos, los caminos que rasgan el paisaje entre ellos, el verde que amarillea, las chimeneas humeantes de las aldeas, una ermita en cada una, un cementerio para todas. Toma una buena bocanada de aire y aleja sus negros pensamientos, sigue a los adultos que se han acercado a la carreta y comienzan a bajar varios bultos a la hierba.

—Ayúdanos a desempacar, hijo —le pide Marita.

—Debimos traer algún criado y mi propio coche —apunta severo don Alfonso.

—Entonces no habría sido mi propia excursión, señor, yo tuve la ocurrencia. Bastante fue que le dejé a usted elegir este paraje y, además, la mula necesitaba pasear —contesta la mujer.

Don Alfonso vuelve al carro y toma una gran vasija de barro entre los brazos mientras les habla del lugar.

—Aquí solía venir de chico, me gustaba corretear por estos montes y tumbarme después a ver pasar las nubes. Solíamos comer o merendar bajo este sauce. Es una pena que no haya accedido a mis ruegos y no haya cocinado una sopa como aquella.

—¡Abra la tapa! —ordena Marita.

—¡Oh! —exclama Pedro, y llega de una zancada hasta don Alfonso.

El muchacho destapa la olla y respira ruidosamente, después sonríe, y Marita siente sonar en ella el tañer de todos los campanarios de los reinos de Castilla.

—¡Pedrito, me alegra el alma ver tus dientes asomar por fin!

El muchacho baja la cabeza con timidez y se ocupa en encender un pequeño fuego antes de almorzar. No quiere que le hablen. Tampoco desea que hablen de él. No ha elegido estar allí, ni siquiera eligió venir al mundo, pero tiene hambre, y el queso, la longaniza, los panes, el dulce de membrillo, las frutas y los vapores que aún salen del puchero lo atrapan y lo sientan, con las piernas flexionadas, en la manta que Marita ha extendido sobre la hierba y los guijarros.

Tras comer, un ligero vientecillo mueve las ramas del sauce y refresca la tarde. La mujer recoge sus piernas bajo las faldas de la basquiña y de rodillas, apila en una esquina los restos de comida y los platos sucios.

—¿Te sientes más animado ahora que has llenado la panza, hijo?

Pedrito chasquea la lengua y mira a Marita con fastidio.

—¿Saben que tenemos nuevo gobierno? —interviene don Alfonso para evitar que de la boca del joven salga cualquier improperio hacia la mujer.

—¿Otro más? ¿Se han ido los liberales? —pregunta Pedro, mientras sujeta su cabeza con un brazo flexionado y se tumba de lado en la manta.

—No, muchacho. ¡Siguen al frente! Después del golpe fallido de los absolutistas, han formado un nuevo gabinete, más duro y radical. Se avecinan tiempos malos, con cada quien tirando de un extremo de la cuerda. ¡Lástima que no dejaran hacer a Napoleón!

—¿Al Bonaparte? ¡Bendito día el de su muerte! —exclama Marita.

Don Alfonso se acomoda con arrogancia en el tronco del sauce, juguetea con su trenza y cruza sus piernas. Después se entretiene un rato en prender un cigarro puro y habla, mientras devuelve el ascua ardiente a la pequeña hoguera.

—Catalina pensaba como usted y detestaba a los franceses. No puedo negar mi admiración por la Ilustración y la Revolución francesa, ni por cierto tipo de liberalismo, y aunque reconozco a Napoleón sus errores de codicia, sigo pensando que hubiera sido provechoso para España formar parte de la expansión imperial napoleónica. Expulsar a Napoleón nos dejó en el mismo sitio. Un país en decadencia con el verdadero adversario dentro, puesto que son nuestras maneras, este carácter sombrío y quejumbroso de los españoles, el auténtico enemigo de la patria.

—¡Yo soy español ¡No diga de mí que soy enemigo de mi patria! —contesta Pedro indignado.

—Y dime, muchacho, ¿cuál es tu patria? —pregunta él.

—Mi patria es España, señor, y la defenderé de cualquiera que se acerque a ella con malas intenciones —declara Pedro solemnemente.

—Pero ¿cuánta tierra y a qué gente defenderás? ¿Todo el que habita en ella merece tu favor? ¿Hasta dónde llega tu patria?

—Hasta sus confines. Defenderé mi patria y a todo español de bien que viva en ella, incluso más allá de los mares, incluso en América.

—¿América? ¡Al imperio español apenas le quedan un puñado de territorios americanos! Mientras perdíamos el tiempo con los franceses y con los órdagos liberales de nuestros gobiernos, las colonias se independizaban del reino. La patria se achica.

—¡Lo reconquistaremos todo! —asegura Pedro—. ¡Serviré a España en cualquiera de sus ejércitos cuando tenga la edad! —añade con amargura, recordando la frustrada ilusión de ingresar en el Colegio de Artillería. Después, se vuelve con fiereza al hombre—. ¡Volveremos a ser el imperio que fuimos!

Don Alfonso reprime una mueca burlona. Marita alarga el brazo, pero no llega a tocar al muchacho que se ha puesto en pie.

—Eres muy joven aún, Pedrito, tal vez estés llamado a otros menesteres.

—¡No, Marita! ¡Ya sabe usted que cuando algo se me mete aquí dentro, es difícil sacarlo! —vocifera él con un dedo entre los ojos antes de darse la vuelta furioso.

La figura del chico, recortada contra el sol de agosto, crea a su espalda una sombra que parece estirarse más allá del promontorio.

Marita observa el rictus serio de su anfitrión, la desilusión que empuja sus labios hacia delante.

El hombre hinca las manos en la hierba que bordea la manta. Don Alfonso quisiera levantarse y zarandear al chico, tomar una vara y azotarlo, abrir la mano y abofetear su cara redonda hasta ponerle rojas las mejillas y doblegar su espíritu. Desea cogerle por los hombros y volver a mostrarle las tierras, los lavaderos, las casas de esquilo, el ganado, las barricas de vino, las viñas, los telares, los cofres de hierro ocultos en el *sobrao* de la casa, los fajos de billetes en el incipiente Banco de San Fernando que le congracian con los liberales, los montones de billetes que sofocan, en parte, la deuda de la Corona en el Banco de San Carlos, los cuadros, las joyas, la plata que sale poco a poco para Cuba, los reales que lleva en el bolsillo… Con gusto le mostraría todo cuanto tiene a este muchacho, que en ocasiones le mira bajando la cabeza, con los ojos hacia arriba, igual que hacía Catalina. Le entregaría hasta su alma a ese joven que puede ser hijo de su hija y, por tanto, su nieto, si este se mostrara apenas digno.

Cuando se levanta, hay tierra bajo las uñas de don Alfonso y pequeños trozos de corteza de sauce adheridos a su casaca.

Marita, aún sentada, no puede ver qué mira tan fijamente Pedro. El chico se ha alejado de ellos y ha descendido un par de pasos por la colina. El hombre tiende su mano para ayudarla a ponerse en pie y ella la toma gustosa. Los dedos polvorientos se aferran los unos a los otros y se quedan unidos más de lo debido. Cuando el muchacho se gira de repente, Marita y don Alfonso sueltan sus manos, la de ella queda en el aire, como si una lazada imaginaria la atara a las ramas del sauce.

Pedro se ha vuelto para contarles que no cejará en su búsqueda, que si es cierto que su padre yace enterrado en alguna zanja de algún camino, lo encontrará.

—Y también a ella. ¡Lo juré! No importa que me abandonaran, no importa que les faltara el honor; a él, desertando; y a ella, no siendo buena mujer. Los encontraré y, a lo peor, tendré una tumba ante la que arrodillarme, un camposanto como ese de ahí abajo, al que mirar de lejos mientras rezo por sus almas. ¡Los encontraré! —jura besando sus nudillos.

Don Alfonso asiente, tal vez la búsqueda apacigüe el ansia guerrera del muchacho, y quizás así la sangre, al tratarse de su misma sangre, haga brotar el afecto que se espera entre nietos y abuelos.

Al amanecer del día siguiente, Marita y don Alfonso oyen tocar con suavidad las puertas de sus respectivos dormitorios. Pedro ha enviado a los sirvientes a despertarlos. Hay mucho que hacer. El muchacho quiere ir al Alcázar y necesita que los adultos lo acompañen. Los apremia a desayunar y los empuja a la carroza con la pericia de un perro pastor.

Marita apenas puede dar la carantoña que le dispensa cada mañana a su mula y se despide de ella, envidiando el tranquilo bocado de heno con el que el animal alimenta su vejez.

Cada vez piensa más en su casa de San Ildefonso. Desea volver allí y a la vez algo tira de ella en esta casona de fachada amarilla: le dejan hacer en las cocinas, le consultan cómo proceder con los enseres, con qué fin ordenar las alacenas, a dónde llevar la ropa de invierno para airearla antes de que lleguen los fríos. Le preguntan cuántas velas, cuánto carbón, cuánta harina, dónde colgar cortinas nuevas o dónde servir la cena: «¿Al fresco, *señoa* Marita, o dentro, que enseguida refresca?». ¡Alaban sus bordados! Las labores de Marita pasan de mano en mano y las muchachas del servicio aprenden a hilar. Los criados se adelantan a su paso y le abren las puertas, como hacían cuando se recibía a ilustres en la casa. Le sirven limonada y

dulces antes de que lo pida o antes de que siquiera sepa qué le apetece.

Y luego llega él. La mira. Y la completa. Y los pensamientos de Marita se distancian de su casa en San Ildefonso. Hasta que cae la noche y no puede ver los encinares recortándose en el cielo estrellado, y se habla a sí misma, como siempre hace cuando está sola, echando en falta la calma de antes, la misma soledad de antes, que antes dolía menos.

Salen con la fresca, como es deseo del muchacho, y llegan al Alcázar antes de que el sol de agosto abrase el toldillo de la carroza.

Algunos alumnos han adelantado su incorporación, pero el grueso de estudiantes irá llegando en las próximas semanas. Los profesores, presentes todos, tanto militares como civiles, preparan el nuevo curso en sus gabinetes, según les informa el oficial de guardia, que los reconoce de la visita anterior y les permite la entrada, indicándoles que pueden encontrar al profesor Vallejo en la biblioteca.

Las instrucciones del oficial guían lo pasos de Marita, don Alfonso y Pedro por la ruta menos intrincada. Dejan a su diestra el zaguanete y atraviesan el patio de honor hasta el final de la galería para volver a tomar la entrada de su derecha antes de toparse con el patio del reloj, y llegan así a la Sala de Reyes.

Desde la puerta, en la que se han quedado decorosamente parados, Marita admira los techos. El artesonado lo forman rombos y figuras hexagonales de las que parecen surgir girasoles con sus centros amarillentos y sus pétalos blancos. Las formas geométricas, profundas y recargadas, fascinan a la mujer, y la visión de su cuello, terso al elevarse, atrapa a don Alfonso. Él observa cómo los ojos claros de Marita se vuelven azul oscuro mientras bajan por las molduras doradas y recorren los frisos de las estatuas regias hasta llegar a las estanterías cubiertas de libros. Entonces, la mirada de ella se posa en los ojos de él y don Alfonso pestañea, disimulando su turbación.

La única pared que no exhibe ejemplares ricamente encuadernados se abre a las vistas del Eresma en varios balcones. Por ellos entra una luz intensa y blanca que les ayuda a divisar al profesor, sentado ante una de las mesas de consulta, con su cabeza de cabellos blancos inclinada sobre un gran libro abierto. El hombre no los ha sentido llegar y se pone en pie sorprendido. El trío de visitantes pide disculpas, pero el maestro, con amabilidad, resta importancia a la interrupción.

—Después de tantos años, estos días de preparación me permiten disfrutar a mis anchas de este templo. ¿Saben ustedes que nos rodea uno de los mayores tesoros de nuestra civilización? ¿Ven ahí arriba

esa hilera de efigies? Son nuestros reyes, todos los que portaron en su cabeza la Corona de España y algún que otro héroe, como el Cid. Y más abajo y a nuestro alcance, la verdadera joya de cualquier reino, su legado: el fondo de esta biblioteca, que se provee de las desaparecidas escuelas de artillería de Barcelona y Cádiz, y de algunas compras y donaciones. Supera las diez mil publicaciones, entre libros, tratados, mapas, planos, atlas y demás. Pero no es su elevado número su mayor valía, sino la extraordinaria riqueza de los manuscritos, versados en su mayor parte en temas científicos afines al arma de artillería, con gran antigüedad en ciertas obras, algunas datadas en el siglo XVI, y otras aún más antiguas. ¡Pero discúlpenme y hagan el favor de pasar, se lo ruego!

Los visitantes titubean y él hace un gesto más firme invitándoles a entrar y acercarse.

—¿Qué se les ofrece? —pregunta.

Don Alfonso es el primero en llegar hasta él.

—Es usted el profesor Vallejo, ¿no es cierto?

El profesor asiente.

—Venimos preguntando por un caballero, desgraciadamente ya fallecido, que según hemos comprobado, fue cadete en este Colegio hace algunos años. Días atrás el propio brigadier jefe nos recomendó hablar con usted.

—Espero poder ayudarles —dice el hombre y les pide, con un gesto suave, que tomen asiento.

Obedecen y ocupan las tres sillas vacías alrededor de la mesa.

—Se trata de Santos Álvarez de Santillana —pronuncia Pedro con impaciencia.

El profesor Vallejo es casi un anciano y clava la vista en él. Sus ojos negros, grandes y redondos quedan aferrados a la cara del muchacho.

—Le recuerdo muy bien. ¡Guarda usted un gran parecido! ¿Son parientes?

—Creo que sí, señor —dice Pedro con una voz extraña que sale con dificultad de su garganta—. Es muy posible que el cadete Santos Álvarez de Santillana y yo seamos familia. Por eso preguntamos por él. Necesito hablar con todo aquel que le pudo conocer.

El profesor carraspea y baja la barbilla con tristeza hasta casi rozar su pecho.

—Sentí mucho su muerte. ¡Un sublime estudiante! Un joven aplicado y de gran inteligencia. Se le preveía un futuro extraordinario en la investigación o en la docencia. Tuvimos muchas conversaciones al respecto de su porvenir. Tenía carácter, aunque su temple se podía

confundir con debilidad. Pero ya ven, resistió con gran fortaleza a la enfermedad y ni siquiera pudieron torcerlo las diversiones o las malas compañías.

—¿Era díscolo? —pregunta Marita sorprendida.

—¡No, no, señora! —aclara el maestro—. Su conducta era por norma impecable. Compartía cuarto con dos estudiantes, digamos que alborotadores, y andaba mucho con ellos, con Olivenza, el extremeño, y con uno de los hermanos Marín, no recuerdo su nombre, uno que era considerablemente alto. Estuvieron a un tris de ser expulsados del Colegio los tres, cuando la explosión, pero por fortuna salvaron la vida y el curso. Aunque si hubiéramos sabido las calamidades que se avecinaban con la invasión, tal vez hubiera sido más venturosa su expulsión. Los cadetes, oficiales y demás docentes que no perecimos, fuimos condenados a un peregrinaje miserable y cruel hasta poder regresar al Alcázar, como ya sabrán.

Don Alfonso asiente. Pedro desea saber más, quiere ir al asunto sin los preámbulos que tanto le impacientan.

—Y siendo de tal honorabilidad, ¿cómo pudo desertar? ¡Le quedaba poco para terminar sus estudios! Después de tantos años vistiendo el uniforme, ¿cómo pudo rebajarse al deshonor?

El profesor Vallejo mira boquiabierto al muchacho. Su cara pasa en un instante de la media sonrisa a la indignación.

—¿Qué mide el honor de un hombre? ¿Su fuerza empuñando la espada o la firmeza de su voluntad? El cadete Santos Álvarez de Santillana tuvo suerte al recalar en este centro de enseñanza, aquí los artilleros se forman como hombres de ciencia, como ingenieros, como tratadistas, y solo a los elegidos se les abre la puerta a Estudios Sublimes. Aquí se instruye a los mejores para evitar la contienda, para que su victoria sea la paz. En otro ejército, en otro cuerpo, nuestro recordado joven hubiera sido sumamente desdichado. ¡Si lo hubieran visto razonar! ¡Si hubieran podido verlo memorizar! ¡Qué excelente oratoria la suya! ¡Recuerdo cuando venía a mí con los ojos brillantes y me mostraba sus progresos! ¡He conocido en toda mi vida como maestro a muy pocos como él! Pero por desgracia la guerra acabaría escribiendo su destino. ¡Muy injustamente! Todavía me indigno cuando escucho esa palabra. Desertar. Él partió en la comitiva del mariscal de campo Cevallos. ¿Cómo iba a desertar tan proverbial grupo de hombres? Si ustedes dos —dice señalando a Marita y a don Alfonso—, si ambos estaban por estos lares cuando estalló la locura, sabrán que no hay arma más virulenta que la ignorancia del pueblo. ¡Suelten una mentira que escueza en la llaga y el populacho enardecido vendrá a por ti!

El profesor Vallejo calla de repente y ladea la cabeza dando muestras de que acaba de recordar algo.

—¡Síganme, por favor! —exclama.

Sus piernas son cortas. Por cada paso que el hombre da, Pedro podría avanzar cinco o diez veces más. Con gran ceremonia, el profesor les conduce en esta ocasión por diversos salones majestuosos cuyos techos no dejan de deslumbrar a Marita.

—Aquí está la Sala de las Piñas, mandada hacer por Enrique IV, cuando todavía era príncipe. Obviamente su nombre se debe a las trescientas noventa y dos piñas doradas que se ven ahí arriba. Esta otra es la de la galera, aquí esperaban aquellos que iban a ser recibidos por el monarca—. El hombre hace un viraje y duda por dónde avanzar—. Si su visita fuera de otra índole, con mucho gusto les mostraría la gran sala que nos aguarda enfrente, es la del palacio viejo, tal vez la más antigua de la fortaleza. Les podría contar las leyendas de los prometidos que se sentaban ante los ventanales y los usos que ahora le damos a tan legendarios espacios, y también les podría mostrar la sala adyacente, la de la chimenea y de allí iríamos a la del trono… ¡Pero noto su impaciencia joven! —dice señalando a Pedro que aprieta los labios como si fuera a silbar—. ¡Salgamos al patio de honor! Y después bajen conmigo, por favor.

Los cuatro salen de las galerías siguiendo al profesor. Pedro hace un gran esfuerzo para caminar por las losetas del patio tan lentamente como él. Decide darle ventaja y se queda unos metros atrás.

No hace mucho que hubiera dado un brazo por estar ahí mismo, en el centro del patio de honor, preparado para formar como un alumno de tantos en el Colegio. Se concede un momento para entornar los párpados y gira en redondo imaginando que su camisa es la casaca de paño azul con ribetes carmesí y que el gorro de cuartel lo salva de los rayos inclementes del sol agosteño.

Don Alfonso mira hacia atrás y le ve.

Ve a su hija, se ve a sí mismo, ve los sueños de todos, los que se pueden y los que no se pueden cumplir. Después posa una mano sobre el hombro del chico, ladea la cabeza y le insta a seguir a Marita y al profesor, que ya descienden por unas escaleras de peligroso desnivel.

En lo profundo de su alma sabe que, de algún modo, cada paso que da le asoma al abismo.

El laboratorio de química no tiene ventanas, la estancia es fría y oscura. El profesor Vallejo enciende con parsimonia algunas lamparillas que van descubriendo frascos y otros recipientes de cristal de distintos tamaños y formas, dispuestos sobre una mesa central alargada. Una gran estructura, también de cristal con bordes de hierro

negro, pende del techo y de ella surgen tuberías, ahora secas y con restos que aún desprenden cierta fetidez.

Marita arruga la nariz.

El hombre se detiene ante una mesa en cuya parte baja se aprecian docenas de pequeños cajones con pomos dorados y los va abriendo uno tras otro con delicadeza. Al cabo de unos minutos, llega a la última fila de cajoncitos y halla, por fin, el fajo de papeles que busca. Con una gran sonrisa que redondea y abre aún más sus grandes ojos, los pone encima y revuelve entre ellos durante un rato con una pulcritud que a Pedro se le hace dolorosa.

—¡Miren, aquí está! —exclama tendiéndoles un papel—. Es la nota que me dejó antes de partir.

Pedro se la arrebata y lee en voz alta.

*En Segovia, a 5 de junio de 1808*

*Estimado profesor Vallejo, a la presente me despido de usted con la promesa de encontrarle de nuevo en mejor ventura. Tenga a bien perdonarme este desplante. Son otros deberes los que me llaman, pues soy hombre de honor y debo cumplir. Se despide de usted su humilde y agradecido alumno. Con afecto.*

*Santos Álvarez de Santillana*

*Subteniente del Real Cuerpo de Artillería*

Marita acerca la mano del muchacho a sus ojos. Los dedos del chico aprietan firmemente el papel que empieza a amarillear por los costados. Ella observa la nota, la relee, escudriña la caligrafía.

—¡Pongo la mano en el fuego, parecen las mismas letras alargadas! ¡Esta escritura nerviosa salió de la misma mano que escribió los poemas!

—No es, desde luego, la carta de un soldado que piensa desertar —añade el profesor con emoción—. Más bien, todo lo contrario: es la carta de un hombre que decide hacerse soldado, dejar los libros y su porvenir a un lado para unirse a la lucha por defender su patria. ¡Miren la firma, lo debieron ascender a subteniente esa misma noche, igual que a todos lo que partieron en la comitiva!

El profesor hace una pausa para recuperar el aliento y apoya ambas manos sobre la mesa, pero Pedro apenas deja que el pequeño hombre trague saliva.

—¿Así que mi padre no desertó?

—¡No desertaban! Creí que esa ignominia sobre Cevallos se había borrado para siempre. —El profesor Vallejo se detiene y deja una mano en alto—. ¡Un momento, joven! ¿Has dicho tu padre?

—Sí —afirma Pedro con timidez—. Es muy probable que él fuera mi padre.

—¡Pero eso no es factible! Parecido no te falta, pero él era casi de tu edad cuando murió.

—Diecisiete años, iba para los dieciocho. Yo voy camino de los quince —indica Pedro.

—Entonces, naciste cuando la invasión. —El maestro cabecea suavemente—. No está permitido que los cadetes tengan esposa e hijos, yo… Con todo respeto para tu madre, joven, dudo mucho que alguien tan intachable como Santos Álvarez de Santillana pudiera dejar un hijo con las circunstancias de aquel entonces.

—¡De la madre respondo yo! —declara don Alfonso con tono solemne—. Está probado que el joven es hijo del cadete —añade poniendo una mano sobre el hombro de Pedro para afianzar su mentira.

El profesor Vallejo los mira durante unos segundos con la boca muy abierta.

—Pero ¿cómo pudo hacer? Estaba en su último año y teníamos hablado que seguiría en el Colegio para licenciarse con los máximos honores. No lo vi nunca con la cabeza fuera de un libro, a no ser que estuviera, las menos de las veces, con Olivenza y Marín. Pasaba los días estudiando. Era disciplinado, leía, trabajaba, salía los domingos a su casa y nunca faltó a un toque de fajina o de silencio. No le recuerdo en el calabozo y nunca hubo una queja de su brigadier, cosa por la que sí fueron amonestados sus dos compañeros. Sinceramente, de todos los cadetes que he conocido en mis muchos años de enseñanza, Santos Álvarez de Santillana es el de más respetable memoria y honorabilidad. ¡Me cuesta creer lo que dicen!

—¡Y sin embargo, es cierto! —interviene Marita—. Como don Alfonso ha dicho, está probado que este muchacho es hijo de él. —Marita se muerde el labio, pero entiende que a veces mentir, exagerar, dar por probado un hecho es el único camino para conseguir lo que se desea—. Buscamos la verdad, por eso le pedimos que, por favor, usted que tan bien lo conoció, busque entre sus recuerdos para ayudarnos a encontrar cualquier certeza.

La mujer recibe de don Alfonso una mirada cálida, antes de que este se acerque al profesor y hable con voz grave y baja.

—Parece que mi hija Catalina es la madre del muchacho, pero desapareció cuando él nació y en todos estos años no he podido encontrar un rastro de ella. Este joven, tengo la fe, me llevará hasta dónde ella esté. ¡Ayúdenos!

Marita piensa que en ese ruego, el maestro, Pedrito, ella misma y la humanidad entera pueden sentir como propio el dolor del hombre.

Pero el profesor Vallejo vuelve a cabecear.

—No sé en qué más puedo ayudarles yo. Como ven, apenas tuve

con él más trato que el que se da entre un discípulo y su mentor —añade decepcionado—. Nada importante les puedo desvelar. Si es cierto que se vio en un tropiezo como el que cuentan, no tuvo a bien hacerme partícipe.

Marita se adelanta. Él no lo sabe, pero en su humildad conoce más de Santos que cualquiera de los presentes. La mujer tiene muchas preguntas que hacerle.

—¿Cómo llegó aquí la noticia de su muerte? ¿Lo sabe usted? —cuestiona con amabilidad.

—La tragedia fue conocida enseguida, en cuanto volvieron los que consiguieron escapar de Valladolid. Todavía no me explico cómo se pudo cometer tal atrocidad.

—¿Murieron más personas junto al cadete Santos?

—Casi toda la partida, solo unos pocos salieron con vida de allí, pero desconozco dónde andarán ahora. Lo siento.

—¿Se sabe el lugar?

El hombre la mira extrañado.

—Creía que el trágico final de Cevallos era célebre hasta los confines. Es conocido que todo se dio antes de salir de tierras de Segovia. Los detuvieron en Carbonero el Mayor, pero la tragedia se consumó a poco de atravesar el Portillo de la Merced, llegando al Campo Grande de Valladolid.

—¿Valladolid? —irrumpe Marita—. Eso ponía en el libro de la iglesia, que fue caído en Valladolid, pero según se le notificó a su familia, el cadete Santos Álvarez de Santillana fue ajusticiado a las afueras de Segovia.

—¡No! —insiste el profesor—. Llegaron a Valladolid la tarde del día 10 de junio y allí perecieron a manos de la muchedumbre. Al pobre mariscal lo despedazaron, pero se le pudo dar cristiana sepultura, gracias a la mediación de un clérigo. No se supo de los otros cuerpos que pudieron recuperarse.

—¿Pero no es posible que su muerte sucediera aquí y que se registrara en Valladolid? —interviene don Alfonso—. Hemos visto con nuestros propios ojos dos documentos que declaran ambos hechos. Y solo uno ha de ser verdad.

—No sabría decirles. La comitiva debía unirse al ejército del norte, pero cayó en manos de los rebeldes y, tras varios días que debieron ser de espanto, fue arrastrada a Valladolid. Y sus hombres fueron vilmente asesinados por el pueblo al que servían.

—Pero ¿y si el cadete Santos no iba en la partida? —insiste Marita.

—¡Claro que iba! Yo mismo lo vi partir. Era noche cerrada.

Después, hubo gran confusión, llegaban los franceses, la ciudad se levantaba en armas y había que defender el país. Pero también era necesario proteger el Colegio y a los más jóvenes se les envió a casa. Él debió pedir el pase al ejército de operaciones y se fue con Cevallos. Por eso me dejó esta nota de despedida: «Tenga a bien perdonarme este desplante. Son otros deberes los que me llaman, pues soy hombre de honor y debo cumplir». Por lo que a mí respecta, el cadete Álvarez de Santillana murió con el mayor de los honores ungido en la frente. ¡No fue un desertor!

Pedro nota una corriente bajándole al pecho y un conocido escozor arañando sus ojos, pero se traga las lágrimas para preguntar.

—¿Y por qué no se le rindieron honores que llegaran a su familia? —pregunta el muchacho.

El profesor Vallejo encoge sus hombros.

—El Colegio tardó en regresar a Segovia. El pueblo necesitaba olvidar y comer. A decir verdad, su nombre forma parte de esa montaña de caídos sobre la que camina el mundo de hoy. A los valerosos hombres y mujeres a los que la guerra se llevó por delante se les recuerda por un solo nombre: ¡héroes! Y si como dices Santos Álvarez de Santillana es tu padre, lo debes recordar así, como un héroe.

—¡No es bastante! —exclama entre dientes Pedrito—. ¡Dio su vida y es muy injusto que además hubiera de perder el honor! ¡Le daré una tumba digna y limpiaré su nombre! —jura besando sus nudillos.

El ambiente del laboratorio se vuelve irrespirable para él. Se aleja para que no lo vean llorar y las lamparillas de la estancia lo van sumiendo primero en las sombras y más allá, en la completa oscuridad.

—¡No sigas por ahí, joven! —grita a su espalda el profesor—. Corres el riesgo de adentrarte en los sótanos del Alcázar y perderte en sus vericuetos.

Pedro se detiene y tiembla de frío porque sus ropas veraniegas apenas le resguardan de las corrientes de la galería. Tras él, ve las figuras borrosas de Marita, el maestro y don Alfonso. Por alguna extraña razón, sentirles cerca le procura una cálida sensación, da la vuelta y regresa a su encuentro a tiempo para escuchar al profesor Vallejo.

—Ahora que recuerdo, oí contar que al cadete Álvarez de Santillana le gustaba perderse en esos corredores. ¡Otra muestra de su valor! A la mayor parte de nuestros estudiantes, esos pasadizos que recorren el subsuelo de la fortaleza les asustan, pues corren muchas leyendas de espíritus y fantasmas que habitan esos pasajes tenebrosos.

—¿Qué podría hacer por aquí si apenas se ve más allá de las narices de uno?

—Hay tramos a los que llega la luz natural —interrumpe el profesor a Marita—. Muchos de ellos se usan como bodegas y almacén para alimentos, otros para enseres y demás bienes que precisan frío. Hay historias que aseguran que existe un camino bajo tierra que llega a Segovia. No sé lo que el joven Santos hacía aquí abajo, tal vez buscaba silencio y recogimiento.

—¿Puede ser que estudiara en los sótanos? —pregunta don Alfonso.

—No lo creo, para eso tenía su guarida o su nido o madriguera. No me acuerdo exactamente de cómo lo llamó aquel día.

Pedro se inclina hacia el profesor, con una mirada severa, pero Marita evita que le interrumpa.

—En un sitio como este, con jóvenes crecederos en estado de excitación, abundan las peleas. Desconozco los detalles, pero después de la explosión se quebró la amistad entre Mario Olivenza y Santos. Este cadete era extremeño y de muy mal carácter. Un día me topé con el joven Santos cuando bajaba de las buhardillas y fue así cómo me enteré de que tenía una guarida o algo parecido, un lugar secreto que utilizaba para esconderse y alejarse del hostigamiento del cadete Olivenza y poder estudiar en paz.

—Señor, ¿cree que tal vez podríamos visitar ese lugar? —ruega Marita.

El maestro parece sorprendido. Está feliz de haber recordado ese detalle, pero no comprende su utilidad después de tanto tiempo.

—¿Las buhardillas? Son un nido de ratas, señora, y nada está como en esos tiempos. Los franceses pasaron largos meses aquí y dejaron constancia de su visita —dice con amargura.

—¡Se lo ruego, por favor! ¡Permítanos ver las buhardillas!

El hombre vuelve a encogerse de hombros en un gesto que empieza a ser tan característico de él como su gusto por las largas explicaciones, y les hace una seña para que le sigan dejando atrás los túneles.

—El Colegio tuvo que rendirse el día en que las tropas napoleónicas entraron en Segovia. No quedábamos aquí más de medio centenar de individuos, entre cadetes, profesores y personal, bajo el mando del capitán Velarde. Los estudiantes que pudieron regresaron a sus hogares; y otros, como les conté antes, viajaron a Valladolid para incorporarse con los oficiales al ejército del norte.

El profesor Vallejo hace una pausa y se dirige al zaguanete. De una de sus paredes, llena de ganchos, cuelgan docenas de llaves. Elige

varias y las hace tintinear mientras continúa hablando.

—El propio capitán Velarde, hermano del valiente héroe que cayó en Madrid, tuvo que asomar bandera blanca y hacer efectiva la rendición del Alcázar.

—Pero ¿cómo no pudieron defenderlo? Tenían a su alcance cañones y munición —reflexiona Pedro.

—¡Cañones sí, pero no infantería! ¡Llegó a haber un millar de soldados franceses ahí fuera!

—¡Pero el Alcázar es una fortaleza y ya conoció otros asedios! —insiste el chico.

—¡Ay, juventud! ¡Cabezas llenas de quimeras! En aquellos primeros días, cualquier animalillo agazapado en el Eresma, nos parecía un francés con bayoneta. Cualquier remolino polvoriento, una táctica del ataque enemigo. Los cadetes parecían estar dominados por una extraña fiebre contagiosa que puso a hervir la sangre de los de más pundonor y menos seso. —El hombre rememora y achica sus ojos, que parecen ajustarse al fin a su pequeña envergadura—. Vinieron hasta la plazuela hombres y muchachos de Segovia, gentes muy poco capaces para la guerra, con el fin de que se les instruyera en el manejo de armas durante los días que tardaran en asomar las tropas francesas ¡El pueblo exigía que el Colegio se convirtiera en un punto de defensa y los estudiantes en milicianos combatientes! Colocamos un cañón en el camino de Madrid y uno de nuestros cadetes lo prendió. Dejó algunos muertos y heridos en esa columna de mil hombres que venía hacia aquí. Eso encendió la furia del atacante y dejó a los segovianos a merced del invasor.

El profesor Vallejo calla de repente con los ojos otra vez enormes y cegados por los recuerdos. Solo le silencia la falta de aire que le provoca su propia emoción, pues sube las escaleras con sorprendente agilidad para sus pequeñas piernas. Le siguen Pedro, don Alfonso y Marita. Después se queda quieto, de pie frente a una robusta puerta baja y ancha, duda y prueba varias llaves de excepcional largura. Al fin, el portón cede y se abre a un espacio oscuro.

—¡Apartemos esas maderas de la ventana! —sugiere el maestro.

Pedro y don Alfonso le ayudan y quitan los tablones. La luz del día no resta quietud ni silencio al altillo. Pedro roza el techo con su cabeza y bajo la gruesa capa de polvo siente los suelos de madera un tanto arqueados. Cerca se divisan varios bultos y Marita les pide que abran las otras ventanas.

—Pasamos varios meses conviviendo con el enemigo. El colegio se replegó a unas cuantas salas para evitarlos. Ellos vagaron a su antojo por el Alcázar, saqueando como hicieron con iglesias y

conventos, robando patrimonio y destrozando cuanto veían. Hasta que, tras la batalla de Bailén, se fueron en su gran mayoría. En octubre, regresaron al Alcázar el resto de los mandos, profesores y alumnos que se habían unido a los combatientes, y aquí permanecimos hasta el 1 de diciembre de 1808, día en que iniciamos el triste periplo que ya conocen debido a la aproximación de las tropas francesas.

Don Alfonso se mira las manos ennegrecidas. Con gusto las limpiaría en sus calzones, pero Marita desea que despejen todas las posibles entradas de luz y aún quedan trastos que mover. Las buhardillas bordean y comunican buena parte del Alcázar, aunque el profesor Vallejo insiste en que no es necesario ir abriendo claros más allá, pues está seguro de que vio salir a Santos de esa puerta y que era en esa zona arrinconada, menos desangelada que el resto, donde el cadete pasaba sus ratos de soledad.

Aun liberando las ventanas más próximas, quedaban partes oscuras. Pedro se escupe en las manos y las limpia en los faldones de su camisa. Don Alfonso se acerca a una de las paredes, se encorva y hace lo mismo. Se agacha para terminar de limpiarse con su propia saliva y entonces ve el dibujo.

—¡Miren esto!

Marita corre desde la otra esquina, en la que intentaba imaginar a Santos sentado ante un pupitre. Pedro y el profesor, que merodeaban entre bobinas gastadas y listones, también se acercan.

—¿Ven esos dibujos? —dice don Alfonso y señala la pared.

Marita clava sus ojos azules en la parte baja del tabique.

—Eh… Perdone que le pregunte, señor profesor, ¿era afeminado Santos?

—¡No! —contesta el maestro con el ceño, completamente arrugado—. ¿Cómo se le ocurre?

—Discúlpeme, es que me extraña que un joven dibuje flores en las paredes —indica ella, señalando unos delicados trazos de pétalos rosas y tallos verdes.

—Pudieron dibujarlo los franceses —responde el profesor Vallejo.

—No lo creo —dice con sorna Marita y hace una mueca que le junta las cejas.

—¡Dios mío! —musita al poco don Alfonso y se arrodilla.

Siguiendo el muro aparecen más formas dibujadas, pero la que ha captado la atención del hombre deja boquiabiertos a Pedro y Marita. Todos se acuclillan ante el dibujo de una casa amarilla de dos plantas con geranios rojos en los balcones. Son pinceladas infantiles,

líneas simples llenas de color.

—¡Santos dibujó la casa en la que vivían ustedes! —exclama Marita.

Don Alfonso sigue con un dedo los contornos perfilados. La representación de un monte, el muro de lo que parece un convento, una mancha azulada y tejados de colores en fila… Su corazón da un vuelco en la siguiente ristra de imágenes. La mujer mira lo que señalan las manos del hombre.

—¿Qué son esas figuras? —pregunta ella.

—Polichinela, Pierrot y Arlequín —explica don Alfonso sin dejar de mirar fijamente la pared—. Y esto de aquí es la máscara de larga nariz del hombre rico al que todos quieren engañar y… —Se calla y suelta una carcajada—. Esta señora con delantal es la criada. ¡Son personajes de la comedia del arte!

Un leve temblor sacude su dedo estirado.

El daño parte de ahí, de la pared, y entra en su cuerpo. De pronto, le resulta insoportable seguir arrodillado y ha de sentarse. En realidad quisiera tumbarse y tiznar sus ropas con la mugre que lo rodea. Le cuesta respirar y se lleva las manos al pecho. Marita se acerca a él aún más. Ve las lágrimas que el hombre no puede reprimir.

—¿Está usted bien? —pregunta.

El hombre no la mira, no la habla, parece no haberla oído.

—¡Por favor, don Alfonso, diga usted algo!

Él sigue absorto y Marita a punto está de sacudirlo, pero entonces el hombre acerca de nuevo una mano a los dibujos y acaricia las siluetas. Después se expresa con voz triste.

—Siglos atrás, malabaristas, saltimbanquis y otras personas de corazón alegre inventaron historias, algunas tomadas de leyendas griegas, y las fueron contado por ahí, divirtiendo a las gentes para ganarse la vida con ropas grotescas y burlas. —Se inclina, vuelve a ponerse de rodillas y señala una de las figurillas representadas en vivos colores—. Es Arlequín, con su traje de rombos de color. El día en que Catalina desapareció, unos cómicos actuaron en Segovia. Ella no quería, pero yo insistí y me acompañó a la representación al pie del acueducto, al lado de nuestra casa. Era una cosa inoportuna, lo supe desde el principio, pues teníamos invitados a la cena y acontecimientos previstos para el día siguiente. Desde el inicio de la tarde, ella estuvo enfadada. No se rio tanto como yo, pero sé que alguna sonrisa no pudo esconder cuando Arlequín cayó de espaldas…

La frase queda a medias y don Alfonso tuerce la cabeza para esconder una lágrima.

—Estos dibujos no los hizo el muchacho. Son de Catalina. ¡Mi

hija estuvo aquí! —exclama aguantándose un sollozo.

Marita se pone en pie.

—Profesor Vallejo, ¿podría… podría, por favor, conseguir un poco de agua para el señor? ¡Pedrito, acompáñale! Yo me quedo con él.

Los suelos de madera crujen hasta que se alejan del todo los pasos de Pedro y el maestro. Marita se arrodilla al lado de don Alfonso e intenta abrazarlo con timidez, pero él se aparta. La mujer se siente herida por el rechazo y el hombre, arrepentido, extiende sus brazos hacia ella y se deja envolver, rindiéndose al llanto. Que ella recuerde, jamás había visto llorar así a un hombre. Sí conoció gritos de dolor, como cuando a Páramo se le terminaron de arrancar los últimos trozos de pie que colgaban de su pierna, mientras lo arrastraba por los campos en llamas. O los alaridos de los caídos en las batallas que a la mañana siguiente saludaban al sol con los ojos abiertos de par en par y la bayoneta clavada en el costado. También había limpiado las lágrimas del muchacho, pero aún era un mocoso. Ahora abraza a un caballero roto y ella, que tiene a ser una mujer de pocos lloros, siente los ojos anegados y el peso de una honda pena aplastándole el alma.

—Cuando aquella noche Catalina no regresó, mandé a buscarla por todas partes —aclara él después de calmarse—. Envié a emisarios al convento de la madre, a otros les pedí que alcanzaran a los cómicos y yo mismo salí a los caminos, pues se había iniciado una revuelta y temí por ella, ¡Estuve aquí! Llegué al Alcázar cuando el gentío se retiraba y ¡no la vi! Durante este tiempo me han pasado por la cabeza muchas suposiciones, pero ninguna estaba cerca de la verdad que ahora conozco. Ella no huyó lejos, ni se unió a los rebeldes. Mi pobre muchacha estaba en estado y se escondió aquí mismo, junto a él. ¡Ese cadete la separó de mí! —grita don Alfonso.

Marita le chista con suavidad y pone un dedo en sus labios.

—¡No diga eso! Por lo que cuentan la hermana de él y el señor Vallejo, el joven, que en paz descanse, parecía un muchacho juicioso.

—¡Catalina también! ¡Sé que mi hija resultaba temible cuando la cólera la dominaba, pero era una muchacha cabal! ¿Por qué huyó de esa manera de mí?

—¿Podía su hija decirle a usted que se encontraba en estado?

Don Alfonso piensa, recuerda, se tortura. Marita lo compadece.

—No —contesta al fin—. No podía. Yo tenía unos propósitos para con ella y me engañó comportándose con docilidad, haciéndome creer que los cumpliría, hasta que aquella noche…

—¿Qué ocurrió? —pregunta Marita ante el silencio repentino del hombre.

—¡La abofeteé! —reconoce él con una dureza que Marita nunca había notado en su voz—. Esa noche recibíamos al que sería su prometido y a la mañana siguiente partiríamos ambas familias hacia París, donde celebraríamos el matrimonio e iniciaríamos una nueva vida ¡libre!, lejos de este país cansado en el que siempre huele a guerra y a miedo.

Marita se aparta.

—La iba usted a casar y la pegó.

Desde abajo resuenan pisadas que se acercan.

Marita se aparta del todo de don Alfonso. Este se pone en pie, se arregla la trenza y parece estar recuperado ante el profesor, que a su regreso porta una jarra de barro y algunos vasos.

—He pensado que además de agua, le podría venir bien algo de vino, lo trae el chico.

Don Alfonso toma la jarra de Pedro y llena su vaso. El vino escuece en su garganta, pero le ayuda a secar los ojos, y le devuelve del todo la compostura. Llena otra vez su vaso y continúa estudiando los dibujos. Son muchos. Toda la pared que más luz recibe, en su parte baja, aparece estampada por garabatos y representaciones.

Marita mira las pinturas que recorren las paredes. La muchacha debía de estar sentada cuando las dibujaba.

—Esto no se pintó en un día, ni en dos —reflexiona en voz alta y pregunta—: ¿Podía una joven alojarse en el Alcázar? ¿Pudo pasar desapercibida entre los sirvientes, por ejemplo?

—No hay casi mujeres entre el personal de servicio, ni ahora ni antes —niega el profesor Vallejo—. Alguna muchacha en las cocinas tal vez, pero créanme que estoy muy sorprendido. ¡Si ella estuvo aquí, lo hizo a escondidas, desde luego!

Don Alfonso toma un vaso más y lo apura. El hombre ve su vida en las sencillas pinturas: paisajes de sus queridos campos, la silueta de un caballero con una dama desdibujándose en la lejanía, la plaza del Azoguejo con el acueducto en rara perspectiva, la cocina y los inconfundibles suelos de damero, la estatua griega que destrozó, la reconocible tapia del convento de San Agustín y el campanario, y las figuras toscas y desproporcionadas de un joven con casaca azul y ribetes carmesí junto a una joven con mantilla y traje blanco. Ambos sostienen en sus brazos a un bebé rollizo y sin apenas rasgos.

Pedro se queda un buen rato arrodillado frente a la estampa y esquiva la mirada ebria y febril de su abuelo.

Ambos contemplan lo mismo. No es el arte que exhiben salones e iglesias, no hay riqueza artística.

No hay trazos preciosos.

Lo que Catalina dejó pintado en esas paredes era su legado. Su manera de atrapar recuerdos para después poder mostrarlos.

—¿Qué ocurrió, hija? —pregunta don Alfonso a las paredes—. ¿Dónde estás? ¿Cuándo te podré encontrar?

# 12

## *4 de mayo de 1808*

*Godoy fue liberado de la cárcel y llevado a Bayona, donde ya estaban citados, por separado, el rey destronado Carlos IV y el vigente rey, su hijo Fernando VII. Napoleón necesitaba la renuncia de los derechos de todos los posibles sucesores para el cambio dinástico que deseaba en España. La mañana del 2 de mayo el pueblo de Madrid conoció la noticia de que el infante Francisco de Paula, de trece años, sería llevado también a Bayona y la gente acudió en tropel al Palacio Real para evitar que se llevaran al niño. La ira contenida de los vecinos de la capital se desató y el pueblo cargó contra los soldados franceses. El comandante del ejército invasor y gobernador de Madrid, Joaquín Murat —gran duque de Berg y cuñado de Bonaparte— llamó a las tropas francesas que se encontraban fuera de la ciudad y ordenó sofocar el levantamiento. Madrid fue asaltada y el pueblo se rebeló, dando un simbólico inicio a la guerra contra el francés.*

Catalina se negaba a despegar los párpados. Le resultaba delicioso ese momento del amanecer, en el que sentía el calor del cuerpo de Santos, acolchando el suyo. Podía sentir también cómo su respiración le hacía cosquillas en la nuca y su brazo abarcaba el vientre curvado y lleno. Otro relincho le hizo chasquear la lengua con fastidio y desperezarse para dar a Santos un suave codazo y despertarlo.

—Es el segundo… Has de irte —dijo.

Santos gimió y hundió la cabeza en el sedoso lienzo que cubría el heno.

Las primeras mañanas de los otros días, los despertares habían estado llenos de caricias, besos, abrazos y del descubrimiento de otras formas de amarse. El recuerdo de sus bocas, buscando, besando o lamiendo sus sitios más recónditos, lo perseguía luego, cuando él bajaba al comedor y a las aulas con el calzón hinchado y la mirada soñadora, que le hacía muy costosa la tarea de actuar como si nada sucediera, como si no tuviera a una muchacha escondida en las buhardillas del Alcázar.

En ese amanecer ya no había tiempo.

El segundo relincho señalaba que debería correr como un demonio hasta su cuarto, sacarse las botas y simular que se las ponía ante los somnolientos Octavio y Mario. Cuando se oyera surgir desde las cuadras el octavo relincho, sabría que el mozo estaba terminando la primera labor del día, y ya casi habría atendido a los caballos de los oficiales. Y al toque de diana, que vendría de inmediato, ¡pobre del cadete que tuviera un botón fuera del ojal mientras su brigadier pasaba revista con el alba apenas asomando!

Catalina se acurrucó un rato más. El jergón de heno y paja ya no era tan cálido sin Santos a su lado, pero se durmió hasta que la luz del día iluminó débilmente los contornos de su nuevo hogar, hasta donde

llegaba en finas líneas desde los cuarterones del techo y las ventanas.

Sintió frío y aún permaneció unos instantes bajo la manta rayada. El aire fresco de la mañana se colaba a soplidos por esas mismas rendijas que dejaron pasar gotas de lluvia y nieve, cuando la primavera se confundió y soltó sobre las buhardillas su lastre tormentoso.

Recoger la lluvia, deshacer la nieve y buscar recipientes para tener agua de aseo fueron sus iniciales ocupaciones desde la noche de su llegada.

Después se fueron revelando los siguientes contratiempos.

Era imposible dejar el Alcázar sin ser vista.

Lo intentaron hasta en dos ocasiones con el fin de que Catalina pudiera buscar refugio en casa de la partera pero estuvieron a punto de ser descubiertos por los centinelas y optaron por aguardar alguna ocasión más propicia. Se dedicaron a hacer habitable el rincón más acogedor de aquel altillo que parecía alargarse sin tener fin, lo despejaron de roedores y de la mugrienta capa con la que lo cubrían años de abandono.

El primer pensamiento del día fue para su padre. Ya no le ardían los ojos de rabia. La muchacha rezó para que don Alfonso pudiera perdonarla, cuando se diluyera, con el paso de las semanas, la fuerza de su enojo.

Al principio, el más leve recuerdo la hacía desear romper unos cuantos tablones y patear sin piedad lo que tuviera delante. Se sentía incapaz de expresar su sufrimiento en voz alta sin salir herida y decidió ocultar a Santos la verdadera causa de la pelea. Tapó su pena con los detalles de su huida al Alcázar, y reconoció entre bromas que se dejó arrastrar hasta allí pensando que, en verdad, una fuerza, tal vez divina entre los humanos, la llevaba junto al cadete.

—¿Y quién soy yo para contradecir a la voluntad de Dios? —se excusó y le mostró con inocente coquetería sus dientes blancos.

Y Santos no encontraba qué decir o hacer, salvo mirar y después tocar con sus labios y su lengua esa dentadura perlada aunque luego, en clase, le dedicaba más de un pensamiento preocupado y fúnebre a la ligereza y diversión con la que Catalina afrontaba el difícil trance que vivían.

Le desconcertó verla comer con desmesurada alegría las cebollas dulces y las zanahorias que pudo encontrar en sus primeras visitas a las despensas de los sótanos. Hasta que un golpe de suerte le llevó ante la fresquera de provisiones del día, de la que algunas noches le era posible tomar un discreto suministro de panes, tortas de chicharrón o tocino seco que la muchacha comía con auténtico gozo.

Con un mohín de pereza, Catalina dejó el jergón, para levantarse, se agarró a un madero que hacía las veces de cabecero contra la pared.

Libre de fajas, el vientre de la joven crecía redondo y arropado con holgura por las enaguas y el vestido que se iba turnando como atavío.

Ese día, por ejemplo, tocaba lavar el vestido y lucir la enagua. Cuando a la noche volviera Santos, usaría la mantilla sobrepuesta como chal para esconder las formas que la delicada tela apenas cubría.

Se acercó a la ventana. Una abertura de apenas un palmo le permitió asomarse a la maravillosa vista que antaño debió cortarles la respiración a los moradores de la fortaleza. Desde allí arriba, sus ojos se llenaron de cielo azul, y del horizonte blanco que separa y parte en dos cielo y tierra. Vio monte de encinas y pinos, el río de agua transparente, las truchas que lo vuelven plateado en la distancia, y el campo abierto sin fin. Cerró los ojos e inspiró, dejó que el aire limpio entrara en ella, saboreando las fragancias de flores y frutales, y del aroma a estiércol endulzado con hierba mojada. Oyó trinar, agudizó el oído y captó los sonidos del Colegio apagados, como sucedidos en otro mundo. Pasó los dedos por el cuarterón de madera verde que no debía abrir y se envolvió con los ruidos de vida que subían desde las cuadras cercanas.

Como desayuno, mordisqueó una zanahoria y se deleitó con media hogaza de pan.

Después leyó un rato. Varios libros se apilaban en el suelo y aunque lo tenía memorizado, pasó sus ojos por el «Soneto V» de Garcilaso: «Yo no nací sino para quereros».

Había decidido imponerse unas costumbres para no enloquecer.

Lavó su cuerpo y su ropa, y la tendió sobre una cuerda que corría entre las vigas del techo. Luego se arrodilló y estiró la fina tela sobre la que dormían. Santos la consiguió en uno de sus almuerzos de domingo y a ella le maravillaba la facilidad que él demostraba para conseguir cosas.

Terminó de hacer la cama y se levantó lentamente porque hacía días que sentía punzadas en la parte baja de la columna y cualquier movimiento brusco o cualquier postura prolongada agudizaba el dolor. Le resultaba más liviano estar sentada o de rodillas. Colocada así en el muro al que más luz llegaba, tomó el pincel y se entretuvo echando unas gotas de aceite a los cuencos de pintura que Santos sustrajo del laboratorio de química para proporcionarle otro quehacer. Mientras refrescaba los óleos y le daba nuevos tonos azulados al dibujo de un mar embravecido que bañaba unas casas de colores,

recordó aquellas sesiones tediosas de su retrato, que quedó inacabado, y evocó a su padre cuando adulaba la pasión y grandeza de los artistas españoles y resaltaba esa única cualidad como identidad del país. «¡Los mejores artistas son españoles!», decía y provocaba con su exagerada afectación un tic de risas y constantes regañinas por parte del pintor.

Al contrario que aquel último día ante los cómicos, la risa de su padre, al recordarla ahora, retumbó en sus oídos como una agradable caricia.

Almorzó un cuarto de torta de avena y una loncha de jamón dulce, y se resignó a guardar para la cena el resto del pan y los melocotones. Se tumbó un rato y se adormiló. Despertó de la siesta sin ninguna gana de hacer nada más y así hubiera seguido, echada, si no hubiera escuchado piar a un pajarillo en la ventana.

Tardó en poder levantarse y temió que, cuando alcanzara el vano, la avecilla ya se hubiera ido. Pero al llegar, aún la sintió en el alféizar, aunque no la podía ver. Intentó desde varias posturas obtener mayor campo de visión y finalmente, frustrada, abrió el postigo con más fuerza de la que deseaba, e hizo que la puerta verdosa se abriera también por completo y golpeara contra la pared, lo que provocó que una cascada de polvo de gravilla cayera al suelo en el exterior. El pájaro voló asustado y ella se echó hacia atrás con el corazón palpitando como si se lo hubieran arrancado. Esperó que alguien gritara desde abajo: «¡Eh, hay alguien ahí arriba! ¡Hay una muchacha en el Alcázar!».

Pero no se oyó nada.

Cuando sus latidos dejaron de tronar por toda la buhardilla y su respiración dejó de parecer la de un toro bravo, se atrevió a asomarse con cautela. Mostró apenas un ojo por la esquina de la ventana abierta. Poniéndose de puntillas, alcanzaba a ver las almenas. Las cañoneras y todo lo que había más abajo, quedaban fuera de su alcance, pero de frente la vistas le permitían contemplar en toda su plenitud los montes y más arriba, el cielo. Consideró prudente no volver a tocarla, dejó la ventana así, abierta de par en par, y disfrutó de la nueva luz.

Sonrió y buscó el tintero, que de pronto parecía llamarla. El frasco azulado y la pluma eran lo único que Catalina había pedido a Santos de cuantas cosas él había ido llevando a la buhardilla.

Quería escribir a su padre, decirle que estaba bien, pedirle que la dejara volar y le prometería también volver. Y sin embargo, no consiguió escribir ninguna palabra que dijera tal cosa.

*Habría que ser un ave para estar aquí arriba,*
*y, sin embargo, solo soy un ser sin alas*

*que se asoma a los ríos y a los campos*
*desde estas torres afiladas de pizarra*
*y es nada más que mi alma*
*la que se convierte y vuela*
*desde las buhardillas del Alcázar.*

—Padre, te quiero contar todo y sin embargo, nada te digo. Sin embargo. Y sin embargo…

No se dio cuenta de que hablaba en voz alta.

Dio la espalda a los versos mientras se secaban y aguantándose las ganas de llorar, los guardó dentro del libro de Garcilaso.

—¡No hay dolor si no se ve la herida! Eso decía madre cuando buscaba su consuelo tras alguna caída. Tapaba las raspaduras con sus propias manos y me mandada fuera. Así, al menos, ella no las veía.

Se escuchó. Se rio de sí misma al oír su voz en esa charla de locos y entonces le habló a su barriga. Paseó con ligereza, masajeándose los costados y evitando que crujieran los suelos de madera, hasta que la postura recta la agotó y volvió a sentarse lentamente.

Prefería el silencio.

Se dedicó a la costura con los útiles que Santos había logrado del mismo modo que la sábana y la manta, husmeando en el costurero y los armarios de la casa de su madre. Por un rato, la muchacha bordó el faldón de cristianar que había confeccionado para el bebé, pero hubo de dejarlo a un lado con la vista cegada por las lágrimas y los recuerdos. Añoraba a Consuelo y a sor Teresa, quien sin duda la regañaría con dulzura por esas puntadas carentes de delicadeza.

Y cuando se iba a dejar llevar por el llanto, traicionada por sus propias figuraciones con la imagen de su madre rezando por ella en el convento o la de su padre loco de angustia buscándola, sintió un ruido afuera, en la escalera.

Con la prontitud de un sol de verano que seca los campos de rocío, su cara quedó libre de todo llanto mientras se escondía

Entre los trastos y muebles viejos que se amontonaban en la buhardilla, se encontraban varias bobinas vacías del tamaño de ruedas de carretas, que una vez apiladas podían servir de escondite y que por su colocación dejaban libre un posible camino de huida hacia las otras buhardillas en caso de que alguien subiera hasta allí y profanara su refugio.

La buhardilla era un lugar sagrado.

Santos lo había convertido en un santuario.

Su guarida. Dentro estaba Catalina.

Los pasos se acercaron y Santos irrumpió en su guarida a una hora desacostumbrada.

¡Era él! Catalina, aliviada, apareció detrás de las bobinas con una mano calentando su dolorida espalda.

Santos parecía fuera de sí.

—¡Han matado al capitán Velarde! ¡Y a Daoiz, otro capitán más antiguo que también fue cadete aquí! ¡Todo el mundo está alborotado! Velarde era un valiente artillero, fue estudiante y profesor en este Colegio. Era un militar de honor y estaba destinado en Madrid, como Daoiz, un hombre erudito y extraordinario, y con grandes hazañas militares en su haber. Según cuentan, ha habido una lucha cruenta durante los dos últimos días en la capital.

—¿Contra los franceses? —preguntó Catalina, aunque sabía la respuesta.

—¡Sí! ¡Contra esas malditas tropas mandadas por un general de nombre Murat! Dicen que los soldados de Napoleón hace días que se dejan ver por las calles de Madrid. Molestan con su mera presencia y sus maneras soberbias a los vecinos, mientras desde los cuarteles se les ha de tratar como aliados en nuestra guerra contra los portugueses. Lo que llega desde la capital es que los franceses han sido despiadados y que está habiendo fusilamientos.

—Entonces, ¿los capitanes han sido ejecutados? —inquirió ella, tratando de comprender.

—¡No, no! —exclamó Santos, mesándose los cabellos y tomando asiento en el suelo—. ¡Han muerto en combate, casi al final, junto a otros muchos! ¡Militares y gente del pueblo! Se habla de una mujer de apenas quince años, que ha muerto no se sabe si ajusticiada, y también de una madre y sus hijos, y de cientos, tal vez miles de individuos que salieron a defenderse de los franceses sin más armas que sus propias manos y que cayeron cruelmente fusilados. Lo que cuentan es terrible.

Santos enmudeció. Dudaba si debía seguir y contarle a Catalina los detalles. La muchacha lo miraba expectante, con el cuerpo inclinado hacia atrás y ambas manos puestas en la espalda. El suave balanceo de sus caderas aliviaba un tanto la presión en su columna y la joven le instó a seguir. Con cierta indecisión, el muchacho se dispuso a relatarle los hechos, tal cual pasaban de boca en boca por todo el Colegio.

—Hace dos días, las tropas francesas entraron en palacio para llevarse a los hijos pequeños del antiguo rey Carlos, reunirlos con el resto de la familia real y el nuevo rey Fernando en Bayona, y expulsarlos a todos de España. Pero la multitud se congregó para evitar que se los llevaran y Murat ordenó a su tropa cargar contra el pueblo. Los franceses abrieron fuego sobre la muchedumbre y dejaron

a las puertas del Palacio Real una escena sangrienta. Entonces, el pueblo de Madrid se echó a las calles y cargaron contra todo francés que pudiesen encontrar, pero los soldados de Napoleón se defendieron sin piedad. Se dirigieron a la Puerta del Sol y hacia otras zonas de Madrid, y atacaron a quienes intentaban impedir su avance. —Santos se quedó sin aire e hizo una breve pausa, pero enseguida retomó el relato, más despacio para que no le fallara la voz—. Muchos madrileños acudieron al Palacio de Monteleón, donde está establecido el parque de artillería. Buscaban armas y municiones. A la lucha se incorporó el capitán Daoiz, seguido poco después por el capitán Pedro Velarde y una compañía de Voluntarios del Estado. No sumaban más allá de setenta y un militares, pero aún sabiendo que la vida les iría en ello y que eran muchos menos, los nuestros lucharon unidos. Entre los mandos estuvo también el teniente de infantería Jacinto Ruiz Mendoza y otros muchos, cuyos nombres todavía no se conocen. Cuentan que Daoiz tuvo alguna duda, puesto que nuestro ejército tenía orden de no intervenir, pero finalmente su patriotismo le llevó a dotar de armas al pueblo para que pudieran combatir. El capitán Velarde le convenció y Daoiz ordenó que dieran las armas al pueblo. Así llegaron a manos de la población indefensa sables, fusiles, piedras de chispa y cartuchos. Ya armados, los madrileños volvieron a las calles y se enfrentaron valientemente contra los franceses, mientras Daoiz y Velarde se encerraban en el parque de artillería con un pequeño grupo de hombres para defenderlo.

Catalina le escuchaba con la boca seca y se dirigió a la bota de vino que Santos había tomado a hurtadillas de una cantina, para llenarla más tarde de agua fresca. Apenas quedaba líquido dentro, pero bebió y dejó que el cadete lo apurara antes de limpiarse los labios con la mano y continuar

—Mientras en el parque se organizaba la defensa, con Velarde en la retaguardia, llegaron a sus inmediaciones las tropas enemigas —siguió Santos con su relato—. Otras divisiones del ejército francés habían entrado en la villa y se aprestaron a unirse a los soldados que ocupaban la Puerta del Sol y los alrededores del Palacio Real, pero antes debían tomar el cuartel. El enemigo se dispuso a forzar la puerta del parque de artillería, cuando Daoiz ordenó fuego. Al verse atacados, los invasores huyeron. Con gran rapidez y pericia, el capitán Daoiz mandó abrir el roto portón y situó allí tres cañones que siguieron cargando contra el enemigo. Los franceses se recompusieron y no cejaron en su ofensiva. A la tercera, se arrojaron en masa contra nuestros compatriotas. Ellos formaban dos batallones, mientras los nuestros eran menos de un centenar, apenas sumaban ochenta

hombres en ese momento defendiendo el cuartel casi sin munición. ¡Aunque fueron vencidos, murieron con honor tras caer en un combate desesperado y desigual, que a buen seguro, pasará a la historia!

Catalina lloró. Sintió frío y tembló. Se apretó la mantilla sobre los brazos, protegiendo su alma del mal que percibía, queriendo alejarse de ese escenario horrible con olor a sangre, pero la pena entró en ella.

—¿Cuántos de los nuestros murieron?

—¡Dicen que todos! —A Santos le costó seguir—. Los que no cayeron en la batalla, fueron ajusticiados al día siguiente y todavía hoy está haciendo fusilamientos el sanguinario ejército napoleónico de granaderos, mamelucos y lanceros polacos. El capitán Pedro Velarde cayó asesinado por un balazo y el capitán Daoiz fue abatido a bayonetazos. Esa misma noche, tras morir como héroes, recibieron sepultura en la iglesia de San Martín.

Con dificultad, Catalina se sentó junto a Santos. Se abrazó la abultada tripa, parecía terriblemente asustada y el muchacho decidió no contarle más. Prefirió que no supiera de las mujeres violadas, de los saqueos y de la sangre de los madrileños regando las calles de la capital. Respiró profundamente unas cuantas veces y cuando se sintió más recuperado, intentó tranquilizarla.

—Es seguro que el enfrentamiento no saldrá de Madrid. Los soldados franceses ocupan ya los puestos más importantes de la ciudad, como palacios, cuarteles y edificios del gobierno. ¡Ese era su propósito y lo han conseguido! —añadió amargamente—. Quizás se contenten con la capital sitiada y tal vez el rey Fernando logre la paz y haga que los franceses se marchen.

—¡No lo harán! ¡No se irán así por las buenas! —adujo muy seria Catalina—. Mi padre quería marcharse de España porque intuía una guerra, ¡y ya han sonado los cañones! —dijo entre lágrimas—. Su ejército está mejor preparado y sus artes bélicas son infinitamente más avanzadas. Mi padre no paraba de repetirlo. ¡Pobre pueblo nuestro! ¡Hemos de unirnos a la lucha!

—¿Qué tiene que ver esta guerra con nosotros? —dijo Santos horrorizado.

Catalina le miró perpleja.

—¡Has hablado como mi padre! —exclamó—. ¡Esa gente que está muriendo en Madrid es mi gente! ¡Nuestro pueblo está siendo atacado! ¡Debemos defenderlo!

—¡Has perdido la cordura Catalina! ¡El mes que viene darás a luz! ¿Cómo puedes pensar eso?

La joven posó las manos sobre su vientre. Las enaguas dejaban entrever sus pechos colmados y la barriga oronda. La trenza castaña le caía a un lado de los hombros. Los ojos le chispeaban encendidos por la pena, feroces.

—¡Pues entonces ve tú! ¡Debes ir! ¡Eres soldado!

—¡No, Catalina! ¡Te está cegando la furia! ¡Soy un estudioso de las artes de guerra, nada más!

La muchacha le miró como a veces hacía, inclinando la cabeza y elevando la mirada, y Santos supo que estaba ante la compuerta de un dique a punto de romperse. Antes de que Catalina gritara, antes de que toda su fuerza cayera sobra las cosas que los rodeaban y el torrente de ira los arrasara, le tomó con fuerza las manos y las puso en su cabeza, mientras habló como si rezara.

—¡Catalina, escúchame, te lo ruego! Como alumno del capitán Velarde, que en gloria esté, no le encuentro más honra a su memoria que cuidar de ti y de mi hijo, y procuraros una vida digna. Hemos de trazar un nuevo plan. Tal vez Madrid no sea ya nuestro destino pero, al contrario que todos ahí abajo en el Colegio, no me inflama el pecho ninguna sed de venganza. ¡Me asquean los gabachos de Napoleón, como a todos! ¡Y los odio por su crueldad! No he conocido a nadie como Velarde, tan eminente calculando las mediciones de celeridad en los proyectiles. ¡Y sé que, pese al maldito Napoleón, su trabajo e ingenio harán perdurar su memoria! Todos hablan de él y de Daoiz como los mayores héroes que ha dado el Colegio. ¿Ves la diferencia? Dudo mucho que alguien como yo fuera a serle útil a mi país en el frente. ¡Pero formo parte de su ejército! ¡Claro que sí! ¡Y lucharemos los dos, tú y yo! ¡A la manera del enemigo, con inteligencia y mejoras en el armamento! ¡Lucharemos por nosotros, por nuestro hijo y por los patriotas caídos! ¡Pero todavía no ha empezado nuestra batalla!

Catalina le creyó. Sus manos ardían sobre la cabeza de Santos y sintió cómo su enfado se desvanecía. Notó una patada y llevó las manos de él hasta su tripa. Algo se movía ahí dentro, bajo el tacto de Santos.

Por la ventana abierta se veía la noche.

A lo lejos, la luna. Y en medio, las estrellas.

Catalina entrecerró los ojos, estiró su brazo y no tuvo duda: mirando así, todo lo que brillaba en el cielo parecía estar a su alcance.

Casi podía tocar el firmamento.

# 13

## *5 de junio de 1808*

*Los sucesos de Madrid provocaron el levantamiento de algunos pueblos de la zona, como Móstoles y Talavera de la Reina, y de las tropas españolas acantonadas en Extremadura y Andalucía, pero el resto del país se quedó a la expectativa. En los inicios, la sublevación popular no contó con el respaldo de la nobleza, ni de la burguesía, ni del clero, que no apoyaron al pueblo por temor a una réplica de la revolución. En Bayona, el emperador francés se reunió por separado con el destronado Carlos IV, que pretendía obtener el apoyo de Francia para recuperar la Corona, y con Fernando VII, que esperaba con ese encuentro que Napoleón legitimara su reinado. Napoleón les engañó a todos. Las abdicaciones de Bayona se produjeron tras sucesivas cesiones: Fernando VII, presionado por el emperador y sus padres, devolvió la Corona a Carlos IV, sin conocer que el día de antes su padre había pactado la cesión del trono en favor de Napoleón, quien finalmente acabó designando como nuevo rey de España a su hermano José.*

—Señores, los franceses van a entrar en la ciudad —dijo el capitán ayudante Joaquín Velarde y Santillán. Sus palabras resonaron como un latigazo en el comedor y esparcieron su eco por encima del centenar de alumnos y la veintena de profesores y oficiales que ocupaban el gran salón.

El pan se les quedó atragantado y se escuchó un inmediato choque de las jarras de barro contra las mesas. El vino aguado ayudó a pasar el trago y a encender los ánimos.

—¡Señores, silencio! —El capitán Velarde tuvo que esforzarse para hacerse oír ante la algarabía desatada—. El reglamento del Colegio prescribe que, en caso de ocurrir alguna campaña, podrán ser destinados a ella los oficiales de la compañía y los profesores del colegio a los que bien parezca. —Los murmullos obligaron a Velarde a elevar su tono, como si le hablara a una multitud en la plaza de un pueblo—. La víspera se acabó de constituir la Junta de Armamento y Defensa de la Ciudad de Segovia, que centralizará las medidas contra el invasor francés. El Colegio ha dispuesto que también puedan ser nombrados y pasen a operaciones ciertos cadetes, los de más edad y robustez, mayor inteligencia y adelantamiento, o aquellos a los que sus profesores juzguen realmente útiles para el servicio.

Se produjo de nuevo un gran revuelo. Algunos de los cadetes se pusieron en pie y blandieron su tenedor como arma, dispuestos a partir de inmediato al frente.

El capitán se rascó con desesperación sus largas patillas. Era el oficial de guardia esa jornada, hacía días que no dormía y una sombra violácea rodeaba sus ojos. La pérdida del hermano muerto, la necesidad de sofocar la inflamada gallardía de los estudiantes y la defensa imposible del Alcázar pesaban sobre sus hombros.

—¡Silencio, caballeros! —Alzó los brazos. Y la voz—: ¡Siéntense! Como miembros de una institución docente modélica y excepcional del Real Cuerpo de Artillería, no podemos dar la espalda al sostenimiento de nuestro Colegio. Y es precepto que los cadetes que pasen al ejército de operaciones lo hagan bajo la garantía de que ni se interrumpa ni decaiga la enseñanza, objeto de gran importancia y de gran estima real, tanto en la paz o como en la guerra.

—¡Pero cómo van a continuar las clases si el Alcázar puede ser atacado! —exclamó un estudiante.

—Si los oficiales y algunos cadetes se van, ¿quién defenderá el Colegio? —preguntó otro.

—¡Tenemos cañones y munición! —clamaron varios.

—¡Pero no hay hombres! ¡Sin infantería estamos perdidos! —se oyó responder.

Algunos estudiantes se levantaron con impaciencia y salieron declarando su intención de unirse a las milicias por su cuenta y riesgo, antes de que el capitán pronunciara sus últimas frases llamando a la formalidad.

—Cadetes, ¿he de recordándoles sus deberes de artilleros? ¡De militares y científicos de primer orden! ¡Compórtense como se espera de ustedes!

El comedor quedó en un silencio, cortado tan visiblemente por la tensión, que se podían distinguir como si tuvieran densidad y peso los pensamientos de cada alumno.

En su mesa, con la mirada clavada en el plato vacío, Santos pensaba cómo podría hacer para salir del comedor de forma inmediata y correr hasta la buhardilla, donde socorrería a Catalina y la sacaría de allí cuanto antes. Se aproximaba la fecha del parto y ni en sus hipótesis más descabelladas se le hubiera ocurrido que el Alcázar pudiera ser objeto de asedio. Estaba empapado en sudor y su mente trazaba caminos, abría sendas, ideaba rutas. ¡Tal vez por las caballerizas, sí! ¡O tal vez el alboroto le permitiría hacerse con una carreta! O a la desesperada: a lo mejor podrían usar el camino que utilizaba Catalina cuando lo visitaba, por la montaña rocosa hasta el Eresma. ¡Por ahí podría ser! Quizá la situación presente, jamás vivida entre los cadetes, les brindara la oportunidad que estaban esperando. Durante el breve paréntesis de silencio, dedicó cada gota de su sangre, cada célula de su cerebro y todo su aliento, a buscar una manera de llevarse de allí a Catalina.

Octavio, el estudiante argentino, fue el primero en hablar y romper ese silencio lleno de significados.

—¡Me pongo a las órdenes del Colegio, mi capitán! —dijo y se

elevaron a la vez su enorme corpachón y su acento rotundo—. Vine a España para formarme en la mejor institución militar del mundo y si este país necesita de mis manos para luchar, aquí las tiene. ¡Pero aceptaré como un honor cualquier otro mandato que se me requiera! ¡A sus órdenes, capitán!

—¡A sus órdenes! —dijo un cadete levantándose en otra mesa.

—¡A sus órdenes, capitán! —se oyó de otro que también se puso en pie.

Y al final no quedo nadie sentado que no hubiera jurado en voz alta su lealtad hacia los mandos del Colegio, al margen de cuales fueran sus disposiciones.

En los siguientes minutos, la junta de guerra convocada decidió que una columna de oficiales saliera de madrugada hacia Valladolid, siguiendo las órdenes de la Junta de Defensa de Segovia para incorporarse al ejército del norte. Podrían marcharse los alumnos más jóvenes que tuvieran posibilidad de ponerse a salvo en sus casas y quedarían en el Alcázar unos cuarenta cadetes, Santos entre ellos, a las órdenes del capitán Velarde, con la intención de no interrumpir el curso académico y defender la fortaleza si fuera preciso, junto a los grupos de guerrilleros que ya se formaban en los pueblos de alrededor.

En cuanto tuvo ocasión, Santos pidió a su brigadier permiso especial para acudir por un rato escaso al domicilio familiar y atender, como cabeza de familia, asuntos urgentes. Dada la cercanía y sabedores de la condición de su madre de noble viuda de militar, el brigadier no tuvo objeción.

En la buhardilla, Catalina le dio la bienvenida sobresaltada. Santos solo acudía allí fuera de las horas convenidas si algo sucedía.

Y algo estaba sucediendo.

Catalina recogió como pudo sus cosas e hizo un hatillo. Entre escalofríos y temblores en las manos, acertó a guardar las delicadas ropitas de bebe que había ido cosiendo y se puso encima de las enaguas el vestido que apenas le cabía, y la capa oscura, agobiante a inicios de junio, pero válida para ocultar su condición de mujer en estado. Salieron deprisa, tanto que sobre el jergón quedaron algunas frutas junto a la casaca que Santos se había quitado, sofocado por el calor.

Y bajo la chaqueta, el libro.

Santos la precedió en cada esquina que debían doblar y cuidó asimismo de sus espaldas, por lo que avanzar por los pasillos del Alcázar se convirtió en un ejercicio que solo se podía realizar palmo a palmo. Cuando alcanzaron el patio, ya iluminaban el cielo las primeras estrellas.

Andar despacio, permanecer quieta y agazapada entre las sombras se le empezó a hacer muy difícil a Catalina. Santos vio cómo la muchacha apretaba sus labios hasta dejarlos blancos y cómo sus manos se aferraban a los costados, presa del dolor de siempre que atenazaba sus vértebras lumbares. Necesitó sentarse un rato antes de adentrarse en los pórticos porque temía que los pinchazos le llegaran a las piernas y la inutilizaran. Pero enseguida pareció sobreponerse y continuaron la marcha hacia la puerta secreta del sótano, en un penoso y lento caminar, mirando en derredor y atrás, con la sensación de que todas las fuerzas del cosmos tenían los ojos puestos en ellos.

Desde la galería, se abrían las opciones de escapatoria.

Santos sopesó en solitario dos posibilidades, porque Catalina, pálida y cada vez más encorvada, no se mostraba capaz de discurrir. Podían salir en una carreta desde las cuadras. Ella se escondería dentro y él probaría a decirle al centinela que le mandaban a Segovia para poner a salvo algunos objetos valiosos. La otra alternativa la descartó finalmente, pues el camino que usaban los cadetes cuando salían a hurtadillas del Colegio, a través de los túneles, era demasiado peligroso. Para salir del Alcázar y bajar al Eresma había que salvar una escarpada pendiente. Catalina, en tan avanzado estado de gestación, no podría.

La muchacha necesitaba un descanso pero, en cuanto mejorara, irían hacia las cuadradas.

Se internaron en el sótano hasta que estuvieron lo suficientemente dentro y a resguardo. No se veía nada, pero conocían bien esa zona del subterráneo. Catalina se arrodillo y se dejó caer boca arriba en el suelo, aliviando su espalda. Tras tanto rato de dolor, una placentera sensación de bienestar se apoderó de ella.

Entonces pudo descansar y pensar.

Santos se quedó de pie, vigilando con los puños apretados el lugar por el que habían venido. La muchacha sitió miedo por ambos al darse cuenta de su propia vulnerabilidad. Nadie estaba a salvo si resultaba que el Alcázar, tan fuerte y formidable, podía ser asediado. Deseó como nunca estar junto a su padre, llorar en sus brazos y dejar que él lo arreglara todo. Recordó la carta y buscó a tientas entre sus cosas el libro de versos, pero con un vuelco del corazón comprobó que no estaba.

—¡Lo he dejado en la buhardilla! —dijo incorporándose entre sollozos.

Catalina lloró mientras revolvía en la oscuridad sus pocas pertenencias, entre las que no se encontraba su querido libro, y el cadete se conmovió diciéndole las cosas más hermosas que se le

ocurrieron, pero nada parecía darle consuelo.

—¡Te conseguiré otro, Garcilaso es un poeta universal! En cuanto des a luz y estés en condiciones de viajar, partiremos los tres hacia el sur y, en cualquier parada de cualquier fonda, te buscaré un libro igual. Llevo con nosotros joyas y dinero suficiente para los billetes del barco. ¡No llores así! ¿Recuerdas lo que te conté? Dicen que en Cuba hay una ciudad con casas de colores que se llama La Habana, donde nunca hace frío. Allí son muy valorados los hombres de ciencia. El mar es muy azul y la gente tiene la tez tostada, casi negra. Pregunté disimuladamente al profesor Vallejo y me dijo conocer a un maestro de Cádiz que estuvo a punto de levantar allí, en esa isla española, un gran laboratorio de química. ¡Y otros acólitos de Proust han hecho el viaje! No llores, Catalina. ¡Pronto estaremos en el mar! ¡Pero primero tenemos que salir de aquí! ¡No llores, mi amor, no llores!

Abrazada a él, la joven empapaba su camisa, y Santos sentía resbalar sus lágrimas.

—Dentro estaba la carta que escribí a mi padre —explicó entre hipidos.

Santos apretó la mandíbula y comprendió.

—¡Iré a por el libro! —exclamó no muy seguro.

Catalina se soltó del abrazo.

—¿Harías eso, Santos?

—Cuando nos desposamos aquí mismo, juré por mi vida quererte siempre y velar por ti. Se me rompe el alma al verte llorar, Catalina. ¡Aguárdame aquí con nuestras cosas sin moverte! ¡Cerraré la verja al salir y nadie entrará!

En el patio de honor del Colegio, la noche no terminaba de posarse, solo por su oscuridad se hacía presente. Ninguna quietud, apenas un rayo de luna y ningún sueño que velar.

Nadie dormía.

Los cadetes, inquietos, se movían en grupo. Compartían indistintamente cigarros, tácticas para degollar al francés, chocolates, consejos para la práctica del estrangulamiento y algunos sorbos de aguardiente, que les dejaba en la boca un regusto amargo mientras apretaban el puñal y ensalzaban el recuerdo de las muchachas que tendrían que esperarlos hasta el próximo baile.

Santos oyó sus cuchicheos mientras rodeaba los soportales y evitó cruzar el patio. Pasó delante de algunas cuadrillas como un alma más que quisiera soportar a la intemperie nocturna el miedo de la espera.

Evitaba a Mario.

De cualquier calamidad que le pudiera acontecer esa noche, enfrentarse a él sería la peor. Pero Mario era uno de los elegidos que saldría con la comitiva de oficiales y debía estar con los cadetes de más edad, planeando estrategias.

Sin embargo, se lo encontró de frente.

Santos se topó con él antes de poner un pie en la escalera que subía a la buhardilla. El cadete extremeño venía de firmar su nombramiento de urgencia como subteniente, ascenso otorgado a los cadetes que, junto a los oficiales, se unirían al ejército nacional.

—¿De dónde sales tú a estas horas? —preguntó Mario.

—Déjame, que no es noche para tus fanfarronerías.

Mario estrelló el papel en la cara de Santos.

—Ahora soy uno de tus superiores. ¡Trátame con el debido respeto, cadete!

Santos le apartó el brazo cansado.

—¡Yo lo seré a finales de este mes! Me licenciaré con honores, mal que te pese, Mario. —Santos miró alrededor y comprobó que no había nadie—. Pero se me ocurre que podríamos celebrar este encuentro para poner fin a tu disputa conmigo. Puede que no volvamos a vernos.

La risa de Mario sonó con eco en el pequeño pasillo.

—Es cierto que puede que sea esta la última vez que nos veamos y estoy corto de perras —extendió la mano para hacer más clara su petición—. Me vendría bien un último pago por no contarle a todos que eres un traidor. ¡Pero esta vez nada de comida ni cacharros! Quiero dinero. ¡Vamos! —dijo al oído de Santos—. ¡Ráscate los bolsillos y dame lo que tengas, joyas o abalorios también me serán de provecho, en la guerra vale todo!

Santos se miró las ropas, la camisa le caía suelta por fuera del calzón. Esa vez no llevaba nada de valor encima. Las otras veces estuvo obligado a darle cuanto tenía y así había ido afinando su ingenio para el hurto. Una parte de las cosas que tomaba para Catalina estaban destinadas a pagar el silencio de su enemigo. Mario lo acusaba de ser un traidor afrancesado y de estar favoreciendo a los franceses con sus raros comportamientos, y Santos prefería dejar que Mario estuviera tan desencaminado para alejarle en lo posible de la realidad, aunque ambos sabían que no había nada de cierto en la acusación y que estaba por venir el que Mario descubriera más tarde o más temprano la verdad.

Y mientras, en esa noche y en ese momento, Santos vio la mano tendida de Mario a la espera de un nuevo botín y bendijo haber dejado con Catalina, en el escondite inexpugnable del sótano del

Alcázar, todas las riquezas que había ido atesorando para hacer posible su huida.

Aún llevaba el puñal. Se preparó para pelear.

—¡Como ves nada tengo, Mario! ¡Solo este puñal! Pero en vez de dártelo, como las otras cosas, me inclino por usarlo.

—¡Fanfarroneas, cadete! —contestó Mario—. A buen seguro que guardas muchos bienes de esos que afanas. ¡Vamos al cuarto o sube a tu guarida! ¿Ibas a las buhardillas tal vez y te he interrumpido el paso? ¡Sé que te escondes allí! Te oí hablar con el profesor Vallejo y he subido en más de una ocasión. Pero mantienes la llave echada noche y día. ¡Vamos ahora y dame lo que tengas!

—¡No! —dijo entre dientes Santos, no quería gritar y apretó los labios.

«¡A la buhardilla no!», pensó. «Ni por un segundo permitiré que su sucia mirada vea lo que ella vio o huela el aroma de su pelo que aún quedará en el aire. A la buhardilla, a mi guarida, ¡no!»

Santos levantó el puñal dispuesto a atacar. Mario abrió la boca sorprendido y mostró los dientes afilados que le daban el aspecto canino. Sopesó sus fuerzas, estaba desarmado y era menos corpulento. Santos le ganaría.

Pero no podía dejarle ir.

Se tomó unos segundos. Iba a atacarle, aunque en el último momento dio un paso atrás y estiró los brazos, con las manos abiertas en gesto conciliador.

—Cadete Álvarez de Santillana, ¡he tenido una ocurrencia! ¡El ejército te ha ganado para su causa de forma voluntaria! Si no me llenas el saco ahora mismo, haré saber a los oficiales que Santos Álvarez de Santillana desea unirse al ejército de operaciones.

Al ver la cara de terror de Santos, Mario no pudo evitar sonreír. Sus palabras sonaron como un fiero ladrido en el corredor desierto.

—¡Esto te trastorna! Trastoca tus planes cuales fueran. ¡Pues dales valor y paga como un hombre o, por la gracia de Dios, esta noche te harás soldado!

Una gota de sudor cayó desde la frente de Santos, pero no le prestó atención. Su mente oscilaba entre la bolsa que guardaba su huida y su propio porvenir truncado.

—Si me atacas y me hieres, tendrás que dar muchas explicaciones. —Mario siguió ladrando—: Le contaré a todos que algo guardas en la buhardilla, que escondes secretos, por ejemplo, relacionados con los franceses. ¡Te juzgarán por traición! ¡Y si me matas, jamás te licenciarás!

Santos acercó a Mario el filo del puñal. Lo dejó muy cerca de su

cara. Sabía dónde clavarlo, un poco más abajo, en el cuello. Con una vez bastaría.

Pero no lo hizo.

Bajó el brazo y comprendió que había perdido.

—¡Eres malvado, Mario! Soy más listo y fuerte que tú, pero no puedo luchar contra tanta maldad. ¡No pienso darte nada más! Llévame a la guerra, no me importa. ¿Quién sabe si no me salvas de una muerte segura? Tal vez mañana no se pueda defender el Alcázar. ¡Vamos al frente! Y si muero, ¿sabes qué honor me espera? ¡Habré saboreado más mieles que tú y tendré quien llore mi recuerdo, pues a diferencia de ti, he dejado huella en este mundo!

A continuación, ciego de orgullo, le dio la espalda a la buhardilla, volvió a su cuarto y se cambió de uniforme para presentarse al mariscal de campo, don Miguel de Cevallos.

A poca distancia, sentía el hocico de Mario, husmeando victorioso el aire de la noche. Se arrepintió de no haberlo matado.

—¡Solo te falta mear en una esquina, perro asqueroso! ¡Aléjate de mí hasta el amanecer, ya has visto que he cumplido!

Cuando se vio libre de la vigilancia de Mario, se deshizo de las obligaciones que le acababan de imponer en los preparativos de la partida. Pensó en su mentor, pero no tuvo fuerzas para esa despedida y garabateó unas palabras que dejó sobre su mesa antes de volver a los sótanos.

Se acompañó de un cabo de vela que prendió mientras se adentraba en la galería en la que esperaba Catalina. Pero de repente, alguien se le abalanzó desde detrás, le empujó e hizo rodar la vela por el suelo. La llama iluminó por un momento su rostro de ojos verdosos.

—¡Dios mío, Santos, eres tú! No sabía cómo defenderme. ¡Qué susto me has dado! ¿Por qué has tardado tanto? ¿Nos están atacando? ¡Se oyen unos ruidos espantosos!

El muchacho recuperó la vela aún prendida y abrazó a Catalina hasta que ambos se calmaron.

—Están moviendo los cañones y la munición, afuera hay mucho jaleo, pero aún no llegan los franceses. Tengo algo que mostrarte…

—¡Conseguiste el libro! —exclama Catalina con una sonrisa blanca y esperanzadora que se abre paso en su cara cubierta de polvo y lágrimas.

—¡No, lo siento muchísimo, no pude llegar a la buhardilla! Pero mira esto, con este papel empieza nuestro futuro.

Catalina lo leyó entre sollozos.

—Pero el libro…

—¡Esto es mejor, mi amor! Aquí dice que soy subteniente del

Real Cuerpo de Artillería, puede equivaler a la licenciatura que debía obtener a fin de este mes, pero trae consigo un cambio de planes.

Catalina se sentó de nuevo en el suelo. Hacía rato que el dolor no se aliviaba, aunque cambiara de postura. El pinchazo venía en volandas, la atravesaba y se iba, para luego volver. No pudo hablar hasta que el latigazo perdió intensidad. Santos creyó que la muchacha simplemente callaba esperando la mala noticia. El cadete tomó aire y se puso en cuclillas cerca de la joven, con las manos formando un triángulo y la cabeza gacha.

Cada palabra que iba a decir le arrancaría trozos del alma.

—El cambio de plan dispone que debo formar parte de la comitiva de oficiales que saldrá en cuanto claree hacia Valladolid para unirse al ejército del norte.

—Entonces, ¿no podrás venir conmigo? —Catalina intentó levantarse, pero apenas pudo hablar antes de que volviera el dolor.

—Lo tenía arreglado para acompañarte y volver, pero no puedo dejar el Alcázar en este momento. Partimos enseguida y me han asignado tareas. No podré ir contigo ahora. Nos reuniremos más adelante, soy hijo de viuda y eso me da preferencias. En cuanto pueda, solicitaré volver al Colegio. ¡Debes esperarme en casa de la partera, yo vendré a por vosotros!

A Catalina le pareció que Santos hablaba demasiado deprisa, le costaba seguirle.

—¿Y cómo saldremos de…? —Catalina se calló de repente porque un retortijón más fuerte que los anteriores la dejó sin habla.

Santos supuso que el silencio de ella se debía a la indignación, pero la muchacha le agarró las manos.

—¡Santos, me duele muchísimo aquí!

El chico se sentó y masajeó el punto de la espalda que Catalina señalaba. Mientras lo hacía, puso en práctica su don de contador de historias y le dio instrucciones que parecían ruegos.

—¡Tienes que irte enseguida! Necesito que, ahora más que nunca, seas la muchacha fuerte que atrapó mi corazón. El día que nos conocimos, cuando sonreíste, me pareció que te habías comido una caja de perlas y que cuando hablaras, de ti saldrían solo palabras preciosas y brillantes. ¡Necesito que me digas que lo harás, que podrás salir de aquí tú sola! Debes huir por los sótanos, es el único camino que no estará vigilado. Necesito que me digas que bajarás despacio y con mucho cuidado para no lastimarte en tu estado. Aún es pronto para que nazca el niño, pero dentro de unos días el parto se podrá iniciar en cualquier momento. Este dolor de ahora desaparecerá en cuanto llegues a casa de la partera y descanses acostada. Puede

deberse a un pinzamiento vertebral. Según leí, son muy comunes en los embarazos avanzados. Necesito que me digas que lograrás llegar a pie hasta allí. Debes irte ahora. No se espera a los franceses hasta más allá del alba y, de haber alguien en los caminos, serán de los nuestros. Nadie le hará mal a una mujer embarazada.

—Pero entonces, ¿tú no vienes conmigo? —preguntó revolviéndose. Las manos de Santos no le procuraban ningún alivio y sintió nacer en ella una vieja sensación. Tensó los brazos, irritada, y clavó sus palmas sobre el suelo terroso.

El cadete resopló con impaciencia.

—¡Te lo acabo de explicar, mujer! Se me ha ordenado salir casi de inmediato en la columna de oficiales. Quizá me estén buscando, debo irme ya.

—¡No vayas! ¡No me puedes dejar sola ahora!

—¡No puedo negarme! No tengo elección, debo cumplir órdenes y salir con Cevallos.

—¡Pues entonces deserta!

—¡No! —Santos deseó taparle la boca a la muchacha—. ¿Cómo lo dices siquiera? Hace unos días querías ir tú misma a la guerra.

Catalina suspiró. La punzada que la mantenía envarada cesó y algunas lágrimas balsámicas cayeron por sus mejillas. Se sentía furiosa, deseaba maldecir a Santos, herirle, mostrarle las cosas horrorosas que podían salir de su boca, pero la vela iluminaba su rostro preocupado: la hermosa nariz, los ojos de un verde amarronado y los labios que tanto deseaba volver a besar.

Y el amor pudo más.

En realidad, no quería dañarle, pero algo debía hacer con su rabia así que apenas le habló mientras descendían por la angosta escalera y traspasaban los sótanos hasta llegar a la verja, que parecía incrustada en la pared y resultaba imperceptible desde fuera.

Salió del Alcázar y estuvo tentada a emprender la difícil bajada sin darse la vuelta, pero de nuevo venció el amor y se fundió con Santos en un violento abrazo. Aspiraba entre su pelo suelto, metía la nariz entre su oreja y la garganta, quería saborearlo entero y llenarse de él hasta que volvieran a verse. Se separaron y le habló como solía, con la cabeza inclinada y los ojos hacia arriba.

—¡Vamos, cadete, vuelve con ellos, sálvanos de los franceses! ¡Lucha por nuestro niño y regresa pronto a por nosotros! —exclamó con orgullo.

Santos la abrazó tan fuerte que temió hacerla daño. Deseó su valentía y volvió a apretarla contra él para empaparse de su arrojo.

—Catalina, te lo suplico, sé prudente y cuida de los dos hasta

que pueda venir a buscaros. Y esconde esto entre tus cosas, llévalo siempre contigo pase lo que pase —le dijo sacando un pequeño saco de su morral—. Es nuestro patrimonio, lo he reunido durante estos meses ¡Custódialo noche y día! Con las joyas y el dinero que hallarás dentro, nos aseguraremos el porvenir más inmediato hasta llegar a Cuba ¡Luego Dios dirá!

La muchacha tomó la bolsa, la introdujo en su hatillo y se volvió, dispuesta a marcharse, pero él agarró por detrás su larga trenza, suavemente, y volvieron a unirse en un beso interminable.

—Querido mío, ¡te quiero tanto! Ten cuidado y regresa pronto, tu vida no es solo tuya.

—No, claro que no, mi vida es vuestra. Sangre en las venas que no ha de correr.

# 14

## *Agosto de 1822*

*Los absolutistas españoles exiliados en el sur de Francia tomaron fuerza con el apoyo del rey francés Luis XVIII y a mediados de agosto, en Urgel, cerca de la frontera proclaman la Regencia Suprema de España, una forma de gobierno absolutista y alternativa al gobierno legítimo liberal. La Regencia de Urgel, liderada por el marqués de Mataflorida y ocultamente autorizada por Fernando VII, no logra, sin embargo, el apoyo de todas las facciones realistas, ni de las casas reinantes absolutistas, y fracasa, haciendo más notables las diferencias en el movimiento contrarrevolucionario, pues entre quienes desean derribar al régimen liberal hay incondicionales del sistema absolutista total y partidarios de un absolutismo más abierto, como el que se había aceptado en Francia.*

Cualquier brizna de aire que consiga mover el pelo de Marita dentro de la redecilla es recibida por la mujer como una bendición. Don Alfonso ha decidido partir de inmediato, antes de que amanezca, y hacer el viaje hacia el norte en carroza cubierta y con escolta, pues teme tanto las espadas en alto de los partidarios de ambos bandos, gobierno y rey; como a los bandoleros y salteadores que el hambre y el caos político han echado a los caminos.

Viajan los tres sudorosos y apesadumbrados hacia Valladolid, con la esperanza de encontrar allí el lugar en el que reposan los restos de Santos.

Catorce años después, siguen los pasos del escuadrón de oficiales y cadetes que, comandado por el mariscal de campo don Miguel de Cevallos, partió del Alcázar con la intención de poner al servicio del ejército del norte el valor de unos pocos soldados y cuatro valiosas piezas de campaña.

Don Alfonso lleva en el bolsillo interior de su casaca un sobre con el membrete del Colegio de Artillería. El profesor Vallejo les facilitó las señas de un conocido suyo.

—No es seguro que les reciba, pues vivimos época de desconfianza y miedo, pero entréguenle esta carta y confiemos en que le guarde estima a nuestros años de infancia. Hemos mantenido la amistad gracias al intercambio epistolar y por eso conozco que mi admirado Natalio González se ha convertido en un estudioso de la invasión y del alzamiento en Valladolid. Si hay alguien que les puede ayudar con detalles de aquellos horribles días, es él.

Él, Natalio González, es un hombre corpulento, poco hablador al principio, que lee sin ninguna emoción las líneas que le dedica el profesor Vallejo para que tenga a bien ayudar a sus recomendados. Conoce el calabozo de la chancillería, sabe dónde están sus enemigos y después de unos momentos de duda, no le parece que las tres

personas que acaban de llamar a su puerta sean una amenaza. Con un gesto que parece ensayado, manda a la mujer y a las hijas a la trasera de la casa y recibe a Marita, a don Alfonso y a Pedro en una sala forrada del techo al suelo por estanterías en las que asoman libros y papeles. No hay dónde sentarse y reclama a la esposa que vuelva y traiga sillas que coloca alrededor de la escribanía, colmada también de papeles y legajos. Después, en un susurro que oyen todos, le indica a su mujer que pueden estar tranquilas y que deben seguir con sus quehaceres.

Marita saca su abanico y lo mueve, y entonces el hombre repara en ella.

—Si su señora desea ir al fresco de la sala de costura con mi mujer y mis hijas, puede hacerlo —le sugiere a don Alfonso.

—Marita no es mi esposa —le informa el aludido.

—¡Ah! —interrumpe el anfitrión—. Entonces es su sirvienta o el ama del muchacho, puede irse igualmente —ofrece.

—¡No, señor! —dice Marita confundida—. Soy amiga de la familia y si no es molestia, me gustaría quedarme.

—Su majestad el rey Fernando quiso con buen criterio que se dejara constancia escrita de nuestra revolución, de la lucha del pueblo español y su monarca contra Napoleón Bonaparte —toma la palabra Natalio González después de encogerse de hombros—. Cuando se pudo dar por finalizada la contienda, la Corona ordenó a los ayuntamientos que reunieran documentación para proveer de datos oficiales a quienes debieran dejar escrito el heroico comportamiento de los súbditos españoles. A mí se me honró con la tarea y sin embargo nadie quiso todo esto después —dice señalando alrededor—. Al principio me enervó la falta de interés de las autoridades por nuestro heroica memoria, luego leí algunos libros publicados al respecto, escritos desde el ardor y sin magnificar la dirigencia de Fernando VII, y me felicito al fin, pues tal vez sea venturoso que tan valiosos documentos reposen aquí. Soy un hombre de gran curiosidad, siento devoción por la historia, por mi ciudad y por mi rey, pero opino que el pasado, para contarse bien, ha de escribirse desde la memoria y no desde el recuerdo caliente. Menos aún con este gobierno de exaltados que usurpa los poderes de su majestad, así que a título particular sigo investigando y dejo que el tiempo pose solo lo esencial y verdadero. Mientras, dedico mis días a analizar archivos y voy clasificando todos los documentos que encuentro, muchos escritos de entonces se perdieron de forma accidental o provocada. Y tengo la fe de que esta colección personal tendrá relevancia en la posteridad, cuando Fernando recupere el trono absoluto, porque en verdad, mi

dedicación a la búsqueda de legajos, nombramientos, recibos, actas o disposiciones no es infructuosa como pueden ver.

Marita observa las estanterías, mucho más pulcras y ordenadas, que las del archivo del Alcázar.

—Es un trabajo muy loable, señor —añade la mujer con cortesía.

—Parece que buscan ustedes la tumba de uno de los caídos en los primeros días —inquiere Natalio dirigiéndose a don Alfonso tras ignorar el comentario de Marita.

Don Alfonso carraspea.

—Sí, era uno de los artilleros que entró en Valladolid con Cevallos.

—¡Pobres víctimas de las peores circunstancias! Verán, antes de que el pueblo se alzase, los franceses se paseaban por Valladolid con gran soltura. A la columna incontable de soldados, se le añadía un tropel de barberos, sirvientes, figoneros, mujerzuelas y hasta esposas e hijos de los oficiales gabachos. Resultaba inaudito ver cómo estos desalmados ocupaban la ciudad. Cualquier sitio que tuviera techo quedó a su antojo: las casas y palacios de los nobles, los cuarteles y hospitales, también los conventos y monasterios, y después, ¡hasta fue posible ver a los soldados imperiales morar bajo los puentes! Muy pocos nos libramos de tener a esos incómodos invitados alojados en nuestras casas. El ejército francés pasó muchos meses aquí acantonado, bajo el odio de los vallisoletanos, aunque… —chasqueó la lengua con desagrado—, se sabe de algunos casos de amistad entre los soldados y ciertas personas poco leales a la patria. ¡Menos mal que el tiempo puso en su sitio a esos traidores afrancesados!

Marita se estremece al recordar su propia huida y señalamiento. Está cansada, el viaje ha sido largo y sin apenas descansos. Una parte de ella quiere salir de la habitación y dejar de escuchar. Olvidar. Pero se queda.

—Los soldados a menudo se emborrachaban, y ebrios o sobrios, actuaban como dueños de lo que sus ojos veían, fueran bienes o personas —continúa hablando el estudioso con la mirada fija en don Alfonso, a quien ha elegido como interlocutor—. Hubo muchas peleas, con muertos incluso, entre la gente de bien y los franceses. Entonces sucedió lo de la Plaza Mayor, se nos prohibió a toda la población frecuentarla en grupo y dígame, ¿qué otro lugar, si no una plaza mayor, para saber del vecino, para encontrarse y charlar? Las tropas aliadas nos empeoraban la vida y el pueblo estaba harto de ellos, de esos franceses sucios y borrachos, que con la indiferencia de las autoridades hacían suya la ciudad, mientras que a los moradores por derecho de Valladolid se nos sancionaba con penas de cárcel o multa

pecuniaria si se propiciaba alguna trifulca.

Don Alfonso empieza a estar incómodo por la excesiva atención que le dispensa Natalio, pero a su vez no desea que el hombre cese su magnético relato, así que se acomoda en la silla y le devuelve al estudioso la misma mirada fija.

—El único que podía salvar al pueblo del enemigo francés que se había colado en nuestras casas era el entonces príncipe Fernando —explica Natalio—. Pero poco nos duró la alegría de que nuestro valeroso heredero se convirtiera por fin en rey tras abdicar Carlos IV en Aranjuez, pues después, a mediados de mayo, las gacetas llevaban a sus páginas la noticia de que en Bayona los Borbones habían abdicado en favor de Bonaparte. —Por un momento aparta la mirada de don Alfonso y parece quedarse en blanco—. ¡Con nuestros propios ojos pudimos leer cómo ocurrieron los hechos, cómo el desalmado Napoleón engañó a toda la familia real, sacándolos de España, engatusando con mentiras al hijo para que devolviera la corona al padre, y que del padre, Carlos IV, pasara a sus sucias manos gabachas, para hacer rey de todos los españoles a José Bonaparte! ¿Iba a consentir el pueblo semejante tropelía?

Pedrito le escucha con los puños apretados. ¡Él también haría la guerra si algo así volviera a suceder! Pero las explicaciones de Natalio no dan tregua a su imaginación.

—No había mañana en que no aparecieran en todas partes pasquines llamando a la revuelta, hasta que el ánimo de desagravio caló en los ciudadanos de todas las clases, y las cosas sencillamente se dividieron entre quienes estaban con España y llevaban en la boca el juramento de muerte al francés; y quienes callaban, daba igual su razón, ya fuera por miedo a los soldados franceses o por temor a la anarquía. Quienes no actuaban eran tenidos por traicioneros de la patria. ¡Así corrían los libelos, los anónimos y así empezaron a bailar las sogas delante de las casas de los que mandaban! —Natalio toma aire y sigue—: No se sabía quién tenía el gobierno y tampoco de qué parte se pondría el ejército, pero cuando una muchedumbre llama a tu puerta con una cuerda de la que te quieren colgar si no haces lo que te dicen, ya se sabe quién tiene el mando. Y es lo que le sucedió al capitán general Cuesta. En un primer momento todos los de su rango fueron contrarios al levantamiento, pero luego se vieron obligado a ceder, y él se puso al frente como un patriota más.

—Y entonces sucedió lo de Cevallos —apunta Marita.

—Ese era el ánimo del pueblo cuando sucedió lo de Cevallos. —Natalio la ha escuchado pero sigue con los ojos clavados en don Alfonso, mientras Pedro y Marita se miran de reojo—. La columna del

mariscal fue interceptada por un grupo de guerrilleros al paso por Carbonero el Mayor, y se convirtieron en el blanco de la ira del pueblo. El populacho se creía solo, abandonado por todos sus poderes, y marchaba contra el enemigo sin guía, sin rey, sin gobierno, sin ejército, sin eclesiásticos, sin nobles ni hacendados. En los cuarteles, las órdenes se diluían. Las tropas españolas se movían con lentitud y torpeza para unirse en ciertos puntos estratégicos del país, y se sucedían las deserciones y el pillaje. Los hombres de Cevallos fueron detenidos y acusados de traición por haber dejado Segovia en manos del invasor y huir. En los días que siguieron, la violencia contenida se encrespó en las calles y, cuando la comitiva fue llevada ante Cuesta, capitán general de Castilla la Vieja, la violenta espiral se había convertido en un remolino de sangre que giraba mortalmente sobre los detenidos. Casi todos los que formaban parte de la comitiva murieron y los que no, quedaron maltrechos.

—¿Qué sucedió después con los que resultaron heridos o muertos? ¿Qué se hizo con los cuerpos? —pregunta don Alfonso.

—Algunos de ellos, vivos o muertos, acabaron en el Pisuerga —explica Natalio—. Los que se pudieron rescatar con vida fueron llevados al cercano convento de la Merced Descalza, que tras quedar en ruinas fue demolido, y tengo entendido que a Cevallos, o a lo que de él quedaba, se le dio sepultura en la parroquia de Santiago Apóstol. Al resto de finados, puedo asegurar que se les enterraría también, pues la ley obligaba a inhumar los cadáveres para evitar infecciones, pero no tengo certeza del lugar.

—Si en esa iglesia enterraron a Cevallos, ¿no sería lógico que descansaran allí también los caídos con él? —pregunta Marita.

—No hay lógica en las acciones de guerra, señora, y en aquellos días, ya estábamos en guerra, aunque no lo supiéramos —contesta Natalio sin mirarla—. Es extraño que a Cevallos se le diera sepultura en una iglesia porque ya no se enterraba en los templos, pero por desgracia los muertos se acumulaban y poco después debieron abrirse fosas comunes en campo abierto, pues el suelo santo de los cementerios pronto se vio ocupado por los restos de oficiales de rango, nobles y potentados.

—Mi padre era subteniente del Real Cuerpo de Artillería —exclama Pedro—. No pudo terminar en una fosa común. ¡Vayamos a Santiago Apóstol de inmediato!

—Sí —le apoya Marita—. Debemos ir y buscar entre las sepulturas de esa iglesia y en su libro parroquial. En Segovia existen y ahí pudimos constatar la defunción del finado cuya tumba buscamos.

—Aquí también existen, señora —indica el estudioso que se

levanta y comienza a buscar en las estanterías, rozando algunos libros con uno de sus gruesos dedos—. Pero no le envidio la tarea si desean buscar por ahí. Entre los desvalijos de la guerra y las sucesivas desamortizaciones, los documentos de las iglesias, conventos y hospitales religiosos se encuentran en su mayoría extraviados. He tenido la fortuna de recuperar algunos. Miren —dice mientras entrega a Pedro y don Alfonso un par de libros que ha cogido del altillo—. Desde hace unos años, cada tres meses los ayuntamientos envían al jefe político de cada provincia una nota extendida por el cura párroco con los nacidos, casados o muertos, pero al iniciarse la guerra este tipo de registro aún no se hacía. Estos son algunos libros de difuntos que he podido ir encontrando fuera de su sitio. ¡Los custodio con veneración! El que usted tiene en sus manos es el libro de difuntos de San Salvador y el que lee el joven es el de San Martín.

Pedrito se marea al ver los cientos de nombres que contienen sus páginas y Marita se muerde los labios para no arrebatarle el libro y acariciar ella misma las lustrosas hojas.

—Estos libros pueden dar lugar a confusión por las ocultaciones, inexactitudes y repeticiones que contienen —indica Natalio—. Por lo que tengo oído, un cura ayudó a esos pobres desgraciados e incluso estuvo a punto de salvarle la vida a Cevallos. Tal vez era el párroco de la iglesia de Santiago y tal vez por eso Cevallos fue enterrado allí. ¡Yo no puedo ayudarles más con este asunto, pero en los libros está todo, si es que se conservan! Harán bien en ir allí aunque ya les prevengo del desastre que los saqueos de los malditos franceses dejaron a su paso.

—Bueno, al menos sabemos por dónde debemos seguir buscando —dice Marita y se levanta con muchas ganas de salir de allí—. Solo una cosa más, señor, usted que estudia lo que ocurrió, ¿cómo fue posible esta barbarie? Eran unos pocos hombres inocentes…

—Señora —dice mirándola por primera vez a la cara—. Tenga a buen seguro que esos sucesos tan sanguinarios no se le pueden adjudicar a los cultos hijos de Valladolid. Esos viles asesinatos fueron cosa de mendigos venidos de otras tierras y de mujeres de mal vivir, fueron sobre todo mujeres, mujeres malévolas e ignorantes las que perpetraron los horrendos crímenes. ¡Las mujeres son criaturas pérfidas!

La cara de Marita se vuelve roja, se le agolpan las palabras. Algunos insultos y dichos cortantes pelean con torpeza en su garganta para ninguno vencer. Tampoco don Alfonso y Pedrito dicen nada. Se hace en la salita un silencio insoportable para ella, de modo que se gira bruscamente y se marcha. Sale a la calle cuando un carro

atraviesa a gran velocidad la calzada, y le pasa a pocos centímetros.

—¡Pedazo de animal con fusta! —increpa al cochero—. ¡Qué prisa tendrás, que casi me llevas por delante, maldita sea tu estampa! —El carro se aleja y Marita grita a la calle vacía—. ¡Ojalá un dolor de tripa te revuelque por el suelo todo el día, mala bestia!

—¡Marita, tranquilícese! —le pide Pedrito.

Ella se da la vuelta y se encara con don Alfonso y el chico, que acaban de abandonar la casa. Don Alfonso aún no se ha puesto el sombrero.

—Por seguirla, casi no nos hemos podido despedir del señor Natalio, pero nos hemos disculpado en su nombre. ¿Qué demonios le ocurre? —pregunta don Alfonso disgustado.

Un torrente de maldiciones lucha de nuevo en la boca de Marita. Ahora entiende a Pedrito cuando no es capaz de contener su deseo de romper cosas. Les da la espalda, mira al suelo y echa a andar pisando con fuerza.

Pedro y don Alfonso la alcanzan de nuevo. Ella los siente cerca, se detiene con los brazos en jarra y se da la vuelta.

—¿Cómo es posible que ninguno de ustedes me defendiera? ¿A qué ha venido ese silencio de complicidad entre hombres?

—¿Defenderla? —pregunta don Alfonso atónito—. ¿De qué? ¿Cuál ha sido la ofensa?

—¿Las mujeres son criaturas pérfidas? —interpela con sorna Marita.

—Dijo las mujeres, no se refería a usted, Marita —responde don Alfonso conciliador.

—¡Yo soy las mujeres! —chilla ella.

—¡No! Usted es distinta, él hablaba de las malas mujeres, no de usted —insiste Pedro.

En la calle, que es estrecha y muy larga, se empiezan a abrir algunos postigos. Marita contesta casi en susurros.

—Hay más malos hombres que malas mujeres. Y si hay malas mujeres, es porque los hombres las hacen malas. Todas estamos sometidas al padre o al marido, yo no tengo ni una cosa ni la otra, por eso me ven distinta, pero soy igual. Esas malas mujeres que ahora cargan con la culpa de las atrocidades de la guerra eran muchachas de servir venidas de los pueblos por las hambrunas. También hubo muchos pordioseros que se hicieron milicianos y nunca escuché que se les llamara malos hombres. La gente pobre fue la primera en alzarse y el señor Natalio, que investiga a su manera, solo busca engrandecer la figura del rey, cuando todos sabemos que fue muy dudosa su actuación y, desde luego, bochornoso lo que hizo después.

—¡Cállese, Marita, la gente empieza a mirarnos! —le ruega don Alfonso.

—¡Pues no me callo! —Marita vuelve a chillar—. ¡Porque estoy enojada y deseo chillar como el puerco que llevan al matadero! Me enfada hasta dónde no sabría decir el trato que me ha dado ese hombre y el silencio de ustedes. Me trastocan las injusticias que se vienen cometiendo y el que los hombres, que solo nos aventajan en cuestión de fuerza y no de mollera, nos lleven a una nueva guerra. Y encima se creen más capaces… ¡Y superiores!

—Yo no me creo ni más capaz ni superior a usted, Marita —dice don Alfonso en voz muy baja.

Marita se acerca a él. Nota que desde algunas ventanas los miran, pero no puede contenerse.

—Usted se cree más astuto que nadie —le dice la mujer en susurros con los dientes apretados—. Usted se presenta ante los liberales como un agricultor abierto de miras y se hace ver entre las filas del rey como un ganadero conservador del orden tradicional. ¡Nunca toma partido por nada!

—¡Salvo mi pellejo, como diría usted! —responde el aludido.

—¡Y se enriquece! —exclama ella.

—¿Y qué hay de malo? —pregunta él.

—En la vida, en algún momento las personas tienen que elegir un lado en el que ponerse —contesta Marita—. Usted le enciende una vela a Dios y otra al diablo, y así ha podido estar en todas partes y librarse de las persecuciones de los absolutistas y de los ajustes de cuentas de los liberales, pero…

—¡Conténgase, mujer! —interrumpe don Alfonso pensando en las caudalosas arcas que salen hacia palacio y en la sacas de dinero que hace llegar a las Cortes—. Cuando Catalina desapareció, me dediqué a su búsqueda. Me daba igual el bando en el que tuviera que hacerlo y, cuando pasado el tiempo no la hallaba, encontré en los negocios del campo una ocupación que me ayudaba a no volverme loco. Mis actividades requieren ciertas concesiones, no lo oculto. No todo es tan sencillo como usted lo pinta, con gusto se lo explicaré, pero no aquí. ¡Pedrito, busca al cochero y los guardas en la cuadra de enfrente y hazlos venir, por favor!

El muchacho obedece y Marita se limpia una lágrima que la indignación hace correr por su mejilla.

—El señor Natalio ha estado varias veces preso por su manifiesta lealtad al rey —le confía don Alfonso—. ¿Desea usted eso para mí y para el chico? ¿Qué beneficios obtendremos tomando partido? ¡Represalias, torturas, condena y muerte!

—Piense en los que tienen todo que perder. A veces no hacer nada nos convierte en cómplices y culpables. Es una cuestión de principios —responde Marita—. Se tienen o no se tienen. Yo los tengo.

—Y sufre por ello —asegura él—. Siente rabia porque deja que le escuezan las ofensas. El señor Natalio no ha sido considerado con usted, cierto, tampoco parece ser amable con su esposa e hijas, pero a buen seguro les da un techo y comida caliente, y a nosotros nos ha ayudado. Y no tenía por qué hacerlo. A veces, no tomar partido es lo mejor para uno mismo y aun así, créame, nadie está a salvo.

Don Alfonso estira el brazo y cuando su mano roza una lágrima caliente de Marita, cuando sus caras están muy juntas y uno puede verse en los ojos del otro, aparece la carroza y se rompe el hechizo. En la calle estrecha y larga se vuelven a cerrar las ventanas y se echan los postigos para evitar que el sol de la tarde, más ardiente que nunca, caliente las casas.

De camino a la parroquia de Santiago, encuentran una posada. Don Alfonso decide hacer un descanso y tomar un refrigerio, pero el sopor les envuelve. Se les ha hecho tarde y optan por quedarse a pasar la noche. El posadero está contento, la gente tiene miedo de las revueltas y esos días no abundan los huéspedes. Les ofrece varias habitaciones de correcta disposición y limpieza, y les desea un sueño tranquilo bajo su techo.

Se despiden entre sombras.

Marita toma un baño tibio y después sale al balcón desnuda, con una manta áspera por encima. No hay nadie entre las estrellas y ella, y se apoya en la pared hasta que poco a poco se deja caer y se sienta en el suelo frío.

Pasa mucho rato así, quizá toda la noche.

La mañana les sorprende con Marita de mejor ánimo. Pedro se santigua entre aliviado y divertido, y don Alfonso también se muestra animoso dado el talante contagioso de la mujer, pero al avistar la torre de la iglesia de Santiago la seriedad vuelve a sus rostros.

—¿Estás preparado, Pedrito, para lo que podamos encontrar ahí dentro?

El muchacho se santigua otra vez y accede al templo apretando la mandíbula.

En contraste con el sol de agosto que dejan atrás, la parroquia de Santiago les recibe con oscuridad y silencio. Marita se cubre con la mantilla, camina despacio levantando la basquiña para evitar que los bajos rocen el empedrado y rompan la quietud. Algunas mujeres rezan en las capillas laterales y ellos comienzan su búsqueda por la nave central. Completan dos recorridos por el templo y observan con

detenimiento suelos y paredes. Todas las grandes losas parecen lápidas, pero el único signo de enterramiento que encuentran son inscripciones de carácter romano en lo que parece una cripta. Una luz tras una puerta entreabierta les conduce a la sacristía y allí sorprenden a un anciano que se arrebuja en su sotana asustado por la interrupción.

—¡No tema, padre! —dice amistoso don Alfonso—. ¿Da usted su permiso para que pasemos un momento?

El cura tiembla, pero Marita deduce que no es por miedo, es un hombre de mucha edad. Tartamudea al hablar y no sabe decirles en cuál de los altares o capillas pudo ser enterrado el mariscal Cevallos, tampoco si fue en el presbiterio, en el pequeño atrio o en el solar cercano, pero consiente, con lo que parece un gesto de asentimiento, que echen un vistazo al libro de difuntos de 1808. Los observa entre grandes temblores cuando los tres se abalanzan sobre el libro y juntan sus cabezas sobre la página correspondiente al 10 de junio. La declaración la firma un doctor que indica que don Miguel de Cevallos fue sepultado allí, siendo caballero del hábito de Santiago, sin recibir sacramento alguno. Pero aunque repasan el libro varias veces, el nombre de Santos no figura.

—¡Claro está! ¡Por eso Cevallos fue enterrado aquí! ¿No lo ven? Era caballero de la Orden de Santiago —aclara don Alfonso asintiendo con la cabeza mientras lee.

—Perdone, padre —se dirige Marita al anciano—. ¿Y puede que se diera sepultura también aquí a los que perecieron con él y que no se inscribieran sus nombres en el libro, al igual que sucede con las lápidas, que no están nombradas?

El sacerdote se encoge de hombros. No lo recuerda, toma con las dos manos el pesado libro que le devuelven y lo pone en su sitio con dificultad. Después los mira como si acabara de descubrirles.

—Padre, es muy importante para nosotros saber dónde pudieron ser enterrados los que murieron con Cevallos —insiste Marita—. ¿Dónde están sus tumbas?

—No murieron —dice el anciano con un hilo de voz temblorosa y ronca—. Los llevé al hospital.

—¿Cómo? ¿A qué hospital? —preguntan los tres a la vez.

Pero el cura los vuelve a mirar como si acabaran de entrar y se percatara ahora de su presencia. Las siguientes preguntas que una y otra vez le formulan Pedro, Marita y don Alfonso obtienen por única respuesta una sonrisa beatifica de alguien que respira, ve y oye, sin estar del todo en este mundo.

—Quizá sea buena idea buscar en los hospitales. ¡No

contábamos con eso! —reflexiona Marita esperanzada.

Los hombres la miran con los ojos brillantes, incluido el sacerdote, que sigue sumido en febriles sacudidas cuando les dice adiós con una mano larga y huesuda, mientras susurra: «Au revoir, avec Dieu».

El resto de la mañana la dedican a recorrer los hospitales más notables de Valladolid. Su primera visita, al hospital Santa María de Esgueva, les desalienta. Una monja de edad indefinida les atiende en el mostrador de entrada y con amabilidad les indica que el sanatorio no dispone de un registro de los pacientes de aquel tiempo, porque según pudo saber no había quien escribiera en los libros, ya que todo el personal estaba al servicio de los cientos de heridos que trataban. Marita apunta que su búsqueda es relativa a un militar muerto o herido en los días anteriores al inicio de la contienda y entonces la monja manda a buscar a otra hermana que sirve en el hospital como enfermera desde mucho antes de iniciarse la guerra.

Sor Ángela está muy ocupada pero les concede unos minutos.

—La situación de gran caos comenzó antes del alzamiento —les explica mientras acaricia nerviosamente el crucifijo que cuelga de su cuello—. El ejército francés, que campaba a sus anchas por la ciudad con el diablo sobre sus hombros, se hizo con muchas camas del hospital. Tengan en cuenta que para los franceses Valladolid era un cruce de caminos fundamental y nuestra bendita ciudad se convirtió en un gran hospital militar para sus tropas. —Suelta el crucifijo y une la manos como si rezara—. ¡Dios nos mandó esta prueba! Y no fueron pocos los requerimientos que su comandante le pidió al alcalde, exigiendo, por ejemplo, una enfermera por cada docena de enfermos. Desde aquel entonces, con los soldados de Napoleón husmeando por todas partes, los libros de registro empezaron a dejar de usarse. —Vuelve a tomar entre sus manos el crucifijo antes de continuar—. Tengan en cuenta que durante la invasión en cada hospital morían, o eran ayudados a morir, cada día una veintena de hombres de los millares de heridos que ingresaban, así que las semanas se contaban por cientos de pobres almas que el Señor acogía en su gloria; los meses, por miles; y los años de guerra, por cientos de miles. No les será fácil saber de un herido o un muerto de aquel entonces.

Es tal el desconsuelo que la sor percibe en la mujer y los dos hombres, que se apresura a buscar palabras que les puedan reconfortar.

—Ya que vienen desde lejos, con un propósito tan difícil y penoso, me gustaría ayudarles en lo posible. En este hospital les puedo asegurar que no ingresó, ni vivo ni muerto, nadie como el que buscan,

porque a buen seguro lo recordaría. Lo del difunto mariscal Cevallos, que en gloria esté, fue muy nombrado ¡Pero quiera nuestro Señor iluminarles! ¡Rogaré por ello! ¡Y tal vez su viaje no sea en balde! Aún hoy, nuestro hospital está lleno de seres que convalecen y quizá Dios los envía para que nos ayuden. —Hace una pausa y mira con detenimiento a don Alfonso—. Vivimos tiempos de gran escasez, a buen seguro que el caballero podría dejar una limosna aquí y también en las casas de sanación que se me ocurre que pudieron atender al caído que desean encontrar.

Marita alinea las cejas, pero don Alfonso asiente. Se lleva una mano al bolsillo de su chaqueta y detiene cualquier comentario de la mujer.

—Por supuesto, hermana, estoy en disposición de ayudar.

La monja inclina la cabeza satisfecha.

—Desde luego, deben acudir en primer orden al hospital militar, pues si el muchacho tenía rango castrense quizá fuera llevado allí. Que yo tenga conocimiento, los primeros hospitales que atendieron a los nuestros fueron el hospital San Juan de Letrán; el de los Orates, que era de locos pero se tomó en parte; y el hospital de San Juan de Dios. Pero tengan en cuenta que muchos de estos hospitales y casas de sanación fueron adscritos después de la guerra al gran hospital de la Resurrección.

—Lo tendremos en cuenta y también miraremos —apostilla Marita con algo de sorna.

—No, no pierdan el tiempo allí. El hospital de la Resurrección fue tomado antes de la guerra por los franceses y no era sitio para un combatiente español ni vivo, ni agonizante, ni muerto.

Horas después, Pedrito mira fijamente el humeante plato de alubias que el posadero le acaba de servir. Se encuentra tan agotado y triste como Marita y su abuelo, e hinca los codos en la mesa buscando consuelo entre los judiones estofados. Han recorrido la ciudad sin suerte, han visitando los lugares señalados y todos los dispensarios y sanatorios que encontraban a su paso, así como algunos cementerios cercanos a los hospitales y el ánimo les empieza a faltar.

De pronto, la puerta de la posada se abre con cierto estruendo y una voz conocida les saluda con alborozo desde el umbral del comedor.

—¡Por ventura que les encuentro, pues voy preguntando por ustedes desde ayer! —exclama Natalio González.

La cuchara de Pedro cae al plato y los tres se levantan haciendo ruido al arrastrar sus sillas. El hombre suda y por debajo del chaleco le asoma la camisa húmeda pegada al cuerpo voluminoso. Lleva la

casaca en el brazo y antes de hablar la deja, junto con el sombrero, en una silla.

—Marcharon de mi casa de forma muy repentina y no me dio tiempo a pensar en los diarios que guardo con algunas anotaciones de los sucesos de entonces. Al quedarme solo, pude releerlos y dar con el nombre del sacerdote que llevó hasta la parroquia de Santiago Apóstol el cuerpo del mariscal, así que seguí sus pasos y fui a la iglesia, pero ustedes ya se habían ido. ¡Lo que les vengo a decir es que ese cura aún vive, y se encontraba allí mismo, aunque es muy anciano!

Marita da un paso atrás y deja que sea don Alfonso el que conteste a Natalio.

—¡Sí, lo vimos! No sabíamos que se trataba de la misma persona, pero en realidad no tiene importancia, pues como habrá comprobado, no es posible una conversación con él.

—Tal vez sí sea de suma importancia, pues les abre un nuevo punto de búsqueda en el bando enemigo —asegura Natalio y se sirve el agua que el posadero ha traído antes de marcharse discretamente y dejarles solos—. Este cura, que tal y como empezó terminará sus días en la parroquia de Santiago, estuvo perseguido por afrancesado. Lo salvó de la horca su condición de religioso, pues durante la ocupación sirvió a los franceses.

—¡Por eso se despidió en francés! —recuerda Marita tocándose la frente.

Natalio bebe y al posar la jarra en la mesa, su brazo tira al suelo accidentalmente la casaca que reposa en la silla. Unos papeles que asoman del bolsillo caen también. Pedro le ayuda a recogerlos mientras el hombre se disculpa por su torpeza. Cuando el muchacho le entrega los documentos, se fija en el membrete de las cuartillas.

—Hospital de la Resurrección —lee en voz alta Pedro—. ¿No es el que nos dijeron que era un hospital de franceses?

Natalio les mira avergonzado.

—Son solo unas cartas que he tomado prestadas de la sacristía. Las leí por encima, bajo la mirada vidriosa del anciano cura, pues parecían ser valiosas para él. Las escribió en sus días de lucidez a los gobiernos de ambos bandos pidiendo la paz. ¡Las devolveré en cuanto las estudie a fondo, pues encierran un gran valor histórico! ¡No piensen que se las robé al pobre sacerdote! —se defiende abochornado.

Don Alfonso le tranquiliza.

—¡No pensamos nada semejante, don Natalio! Pero permítanos un momento las cartas. Marita, tómelas.

La mujer sonríe agradecida y comprueba que todos los

membretes llevan el mismo sello.

—Estos papeles salieron del hospital de la Resurrección. El cura debió asistir allí a los franceses cuando lo ocuparon —declara Marita —. Tiene sentido que si este hombre ayudó a Cevallos y a su gente, llevara a los heridos al hospital en el que servía.

—¡Buscaremos allí de inmediato! —dice don Alfonso y añade—: Le estamos muy agradecidos a su curiosidad de estudioso, don Natalio ¿Quiere usted acompañarnos en el almuerzo?

El hombre mueve la cabeza varias veces y toma de manos de Marita los documentos.

—No es este un lugar seguro para mí. —Mira a un lado y al otro, se cala el sombrero, ajusta la casaca y guarda los papeles. Cuando se asegura de que solo tiene a Marita, a Pedro y a don Alfonso de testigos aclara—: Lo de Mataflorida en Urgel parece que no ha salido bien y están de enhorabuena los que apoyan a Fernando, pero no lo ven como el monarca absoluto que yo sí veo.¡Créanme, de esta anarquía disoluta e impía solo nos sacará Fernando VII con todos los poderes en la mano! —Y tras otra mirada rápida alrededor, exclama—: ¡Patria, religión y rey!

—¡Patria, religión y rey! —responde don Alfonso.

Marita calla a sabiendas. Pedro tiene un nudo en la garganta y muy poco que decir aparte de darle instrucciones al cochero para que les lleve sin demora al hospital de la Resurrección.

El posadero vuelve, recoge los platos sin tocar y vuelca las alubias en el puchero de barro. En algún momento se habrán de comer. Son tiempos de paciencia y de hambre.

Un sol caliente y denso domina el ambiente cuando se arrodillan ante una tumba sobre la que se levanta una cruz de hierro. Los extremos están oxidados, pero en el centro, en una placa blanca y redonda bien cuidada, se señala el nombre de Santos Álvarez de Santillana y la fecha del 10 de junio de 1808.

Hacía mucho tiempo que don Alfonso no hablaba con Dios, pero en el cementerio del hospital de la Resurrección, al fresco de la tapia que linda con la calle y de rodillas, llora como un niño y conversa con el todopoderoso, intenta llegar a un acuerdo de padre a padre. Le ruega en silencio: «El muchacho que amó a mi hija yace aquí muerto y enterrado. Te cobraste una vida joven, ¿no te parece bastante? Yo ya he vivido, pero el muchacho que tengo al lado y cuyos hombros se convulsionan por la pena necesita tutela. ¡Me ofrezco a cambio! ¡Devuélvele la madre a este joven! ¡Devuélveme a mi hija! Déjame que la vea una sola vez más y luego llévame. No tengo nada más que darte, solo mi propia vida. ¡Tómala, señor! Una palabra tuya bastará

para…».

Una mano toca su hombro y don Alfonso se vuelve asustado.

El padre Dimas los ha visto llegar desde la ventana del primer piso donde daba la extremaunción a un enfermo moribundo y, extrañado, ha bajado a charlar con los visitantes. Se dirige a quien parecía más entero, pues la mujer y el joven están desechos en lágrimas. Don Alfonso se pone en pie para saludar al cura y limpia sus ojos. Marita lo secunda. Ambos se distancian de la tumba para que la inoportuna aparición del religioso no perturbe el duelo del muchacho.

—Perdonen mi estupor —aclara forzando una sonrisa de colmillos puntiagudos—. Los vi rezar ante esta tumba y… ¿Quiénes son ustedes? —pregunta al fin el sacerdote, pero no les deja responder y añade—: Oh, disculpen mi falta de modales, yo soy el padre Dimas, capellán del hospital ¿A quién tengo el gusto de saludar?

—Le presento a la señora Marita, el joven muchacho de ahí atrás es Pedro y yo soy Alfonso Núñez, venimos de Segovia.

—¡Segovia! —repite el cura muy despacio, como si viajara a otra vida.

—Somos familia del aquí yacente, Santos Álvarez de Santillana, y venimos a arrodillarnos ante su tumba, ahora que por fin la hemos encontrado —indica don Alfonso.

El gesto amable y curioso con el que el padre Dimas acudía a recibirlos se torna en un rictus de incredulidad que lo enmudece, hasta que acierta a balbucear unas cuantas frases que no van más allá de las dos o tres palabras, antes de despedirse cortés y marcharse a toda prisa. Marita lo ve alejarse, aliviada, pues temía que se desplomara ante ellos de lo turbado que parecía y echa un vistazo en redondo por si, tal vez, el hospital fuera un sanatorio de dementes, aunque no observa nada raro ni en la gente ni en los patios y salas con olor a desinfectante que cruzaron hasta llegar al cementerio.

El camposanto es pequeño, solo hay algunas lápidas y varias docenas de sepulturas bajo túmulos de hierba y cruces, como la de Santos. Por eso la hallaron enseguida. Abundan los cipreses y las enredaderas de madreselva cubren la tapia que da a la calle. Las sombras de la tarde alargan sus figuras en la tierra y un cálido viento comienza a soplar en medio de un calmado silencio. Atrás, en lo que antaño debió ser un pozo, crecen rosales de flores amarillas y rojas, y al lado, dos bancos de piedra. La mujer le sugiere a don Alfonso que tomen asiento. A ambos les parte el alma ver a Pedro a unos pasos, postrado ante la tumba de su padre, pero en realidad buscaban eso, ¿no? Con las palmas sobre el granito ardiente, Marita se pregunta por qué entonces duele tanto.

Don Alfonso le da un suave codazo.

—¡Mire allí!

El padre Dimas vuelve a su encuentro. De lejos se aprecia que es un hombre joven. Su pelo negro está empapado y, al acercarse, pueden ver algunas gotas de agua resbalando aún por su frente arrugada. Parece alguien que ha sufrido y Marita no tiene dudas de que algún tipo de desequilibrio le afecta.

—Discúlpenme, tuve la necesidad de ir a refrescarme. En días de tanto calor, la sotana puede calcinar a quien con honra la viste.

Un escalofrío recorre la espalda de Marita.

—¿Decían ustedes que son familia de Santos Álvarez de Santillana? —pregunta el cura.

—El joven es hijo del difunto —aclara Marita señalando la tumba de Santos.

Pedro oye sus voces y vuelve a la vida. Siente las piernas entumecidas y separa las manos que, entrelazadas por los dedos, le han sujetado la barbilla mientras oraba por su padre. Se pone en pie y se da la vuelta.

El padre Dimas palidece.

Pedro da un par de zancadas y se acerca a ellos.

El padre Dimas lo mira con una fijeza enfermiza y traga saliva.

—¡Bendito sea el señor! ¡Es su hijo! ¡Era cierto! ¡Dejaba un hijo! —clama el sacerdote, que se santigua y junta las manos mirando al cielo con los ojos entornados.

Marita se mueve para proteger al muchacho de ese hombre trastornado, pero don Alfonso la detiene.

—Muchacho, eres el vivo retrato de él… ¡Casi me confundes al verte porque me pareció estar viviendo el milagro de la resurrección!

El sacerdote se abalanza a los pies de Pedro, postrándose ante él.

—¡Te pido perdón, muchacho! Cada minuto de mi existencia está dedicado a la búsqueda de clemencia y ahora el señor te pone delante. ¡Hijo, me arrodillo ante ti y te pido perdón! —El chico forcejea con el capellán para obligarle a levantarse y liberar sus piernas del abrazo—. ¡Soy culpable! ¡Fue culpa mía que muriera y desde entonces vaga mi espíritu buscando el castigo que merece!

Marita se separa de don Alfonso y auxilia a Pedrito, que al fin logra soltarse del desquiciado cura. Su abuelo toma por los hombros al sacerdote y con suave firmeza lo aleja del chico.

—Dígame, padre, dónde lo puedo llevar para que le atiendan, parece que sus nervios no están bien.

El capellán señala una casa baja, entre la ermita y el hospital, y los dos hombres se marchan, uno tirando del otro.

Pedro y Marita recuperan la calma sobre los bancos de piedra y la mujer se sorprende por el calor que guarda el granito tras el día de sol. Poco después don Alfonso asoma por la pequeña puerta de dos cuerpos y les hace un gesto con la mano para que se acerquen a la casa baja.

Marita se niega y le pide a Pedrito que no mueva ni un dedo. Don Alfonso se asoma de nuevo, exasperado por su tardanza, y se acerca a ellos a grandes pasos cuando los ve quietos como estatuas sobre el banco.

—Marita, no quiero porfiar con usted, vengan conmigo ahí dentro. Tienen que oír lo que ese hombre me está contando.

—¡Es un cura loco, me da miedo su rostro perruno! —responde ella.

Don Alfonso respira con fuerza y toma la mano de la mujer. Marita se levanta con fastidio y el muchacho los sigue sin importarle dónde van.

El padre Dimas reposa en una silla de nogal, lleva un trapo blanco y húmedo en la frente y bebe un agua que no mitiga la sequedad de su boca. Don Alfonso se lamenta de que no haya en la vivienda clerical ningún vino o aguardiente que les ayude a pasar el trago.

—Padre, quizá debamos volver en otro momento, no parece que esté usted mejor. Entendemos que la situación lo haya enloquecido un poco.

El cura cabecea y aparta el trapo de su frente, unos círculos rojizos rodean sus ojos. Se los vuelve a restregar antes de empezar a explicarles.

—Tomé el nombre de San Dimas cuando me ordené después de la guerra —cuenta con voz angustiada—. Dimas, como el buen ladrón, el primer santo de la historia de la Iglesia, que fue crucificado por criminal, a la derecha de Jesucristo. —El cura deja el trapo en la mesa y pone las manos sobre sus piernas tapadas por la sotana, pero enseguida las levanta, abriendo los dedos. No puede dejar de mover sus manos mientras habla—. En mi vida anterior llevé el nombre de Mario Olivenza y fui cadete del Real Colegio de Artillería, pero nunca estuve lo bastante agradecido con mi suerte y me gobernó la codicia. Durante muchos años disfruté de la amistad sincera del bueno de Octavio, que Dios quiera que disfrute de una vida feliz en Argentina y de… —se le quiebra la voz, pero se repone y continua—, de Santos, el más inteligente, audaz y valiente de los hombres que murió por mi culpa, pues fui yo quien le obligó a estar donde no debía. Él tendría que haberse quedado de retén en el Colegio, pero yo le hostigué, obligándole a venir aquí solo por el placer de ver truncadas sus

intenciones.

»Yo no sabía lo que realmente escondía Santos. ¡Tal vez, de haberlo sabido…! Él me lo confesó en aquellos días horribles en los que estuvimos presos de los guerrilleros, pensábamos que podríamos morir en cualquier momento y me dijo: "Mario, sé que me odias, pero aquí solo te tengo a ti. Si esta gente enfurecida hace rodar mi cabeza y tú sobrevives, te ruego que vayas a Segovia y los busques, tengo un hijo a punto de nacer y una esposa que he tenido que dejar para venir a la lucha". Yo no podía creer que tal cosa fuera verdad y desdeñé con crueldad sus confidencias, pues no imaginaba a Santos fuera de la disciplina y el estudio. Lo más que alcancé a suponer fue que estuviera creando en secreto planos, piezas u otros útiles de guerra. ¡Por eso lo importunaba! ¡Yo creía que él cedía a mis exigencias para proteger sus inventos y su gloria como investigador, y mi inquina hacia él crecía! ¡El diablo campaba a sus anchas por mi alma, hasta que ocurrió lo de Cevallos!

Durante un momento el capellán cierra los párpados con fuerza y después pasa por ellos las manos. Busca hacerse daño. De su pecho pende una cruz de madera que besa con fervor antes de ponerse en pie y acercarse a Pedro.

—Viéndote aquí delante, muchacho, parece que le estoy viendo a él, quizá seas un poco más joven… ¡Pero has de saber que te busqué! Cuando llegamos al Espolón y comprendimos que Cuesta no nos defendería, supimos que estábamos perdidos. Santos, tu padre, me halló en medio del infierno que se alzaba ante nosotros y me rogó una vez más que cuidara de ti y de tu madre si lograba sobrevivir y él no. Entonces entendí que no mentía, aunque hasta hoy se me ha negado la evidencia.

—Pero ¿qué ocurrió? ¿Por qué no actuó la guardia para proteger a su ejército? —pregunta Pedro con indignación—. Y después, ¿porque no buscó en casa de él o en la de mi abuelo, aquí presente, si es conocido en todo Segovia?

El capellán clava su mirada roja en don Alfonso. Marita ya no teme al sacerdote y se presta a confiarle el relato de lo sucedido hasta ese día. El padre Dimas escucha atentamente y cuando la mujer termina, asiente, persignándose en señal de duelo también por la joven llamada Catalina a la que no pudo ayudar.

—Ni siquiera supe su nombre, cada vez que Santos quería hablarme de ella, yo me reía, y cuando al fin le creí, hablábamos bajo el atroz ruido de los insultos, los juramentos y los aullidos de dolor de la matanza. —El cura se lleva las manos a los oídos, como si le atronaran—. De los que nos esperaban para lincharnos, el que menos

hizo, no hizo nada, ¡solo dejar hacer! Hubo quien asistió a la carnicería sin atreverse a pararla. ¡Ruego a Dios que los perdone a todos! Cuesta acababa de ser nombrado capitán general del ejército y provincia de Castilla la Vieja por Fernando VII y estaba llamado a destinos muy grandes cuando estalló la insurrección del pueblo. La turba lo acosó igual que a los jueces de la Real Chancillería, hasta tal punto que hicieron ondear una soga ante la puerta de su casa si no se ponía al frente de esos hombres del pueblo que se levantaban contra los franceses. Cuando supo que veníamos, empujados por los insurrectos, acusados de huir y abandonar al pueblo, poco pudo hacer.

»Cevallos iba en cabeza, lo pararon y no nos dejaron continuar. En un santiamén, las puertas de la carroza en la que viajaba la familia del mariscal, su esposa y sus tres hijos pequeños, colgaban rotas. A él lo molieron a golpes hasta que un bendito cura lo sacó a rastras y lo metió en un portal, pero un soldado portugués los siguió y lo remató con su bayoneta. A los demás, por todos lados nos cayeron piedras y salivazos. Había hombres enseñando sus hachas y sus dientes, y mujeres, ¡muchas mujeres!, armadas con cuchillos, navajas o alfileres. ¡Era un pueblo furioso! Daba igual lo que llevaran en las manos, porque todo lo que nos caía, cortaba la piel.

»En mitad del ataque, algo me hirió en la cabeza y la sangre empezó a quitarme la vista, pero pude ver cómo un brazo era desprendido del cadáver de Cevallos mientras Santos se interponía con la casaca encharcada en sangre. Conseguí arrastrarme y tiré de él hasta que logramos meternos bajo la carroza. A nuestros pies cayo otro brazo del Mariscal, y la gente lo cogió para enarbolarlo como un trofeo que pasaba de mano en mano. Más tarde, fue su cabeza la que rodó por el suelo con los ojos abiertos mientras le daban patadas y… —El padre Dimas hace una pausa dubitativa y se vuelve a restregar los ojos con fuerza dañina—. Por evitarle a la señora más escenas cruentas, solo les diré que salimos de allí con vida e integridad de nuestros cuerpos porque pudimos arrancarnos las casacas, y dejar que las hicieran pedazos después, cuando ya huíamos socorridos por aquel cura que habría de ser nuestro salvador, pues nos escondió en este hospital de franceses.

Marita recuerda al anciano de mirada perdida y cómo se despidió de ellos en la sacristía: «Au revoir, avec Dieu».

El capellán se calla y rememora algo. Ahora son sus manos las que estruja con dolor.

—Santos expiró antes de que acabara el día. La sangre se le escapaba por varios sitios y empapaba las vendas que el cura se empeñaba en sujetar mientras rezaba por su alma. Tomé sus manos y

le pedí cientos de veces perdón, pero el padre me hizo ver que mi amigo ya no me escuchaba. Tuve fiebres y muchas heridas que aún puedo mostrar con cicatrices. ¡Disculpen si antes quizás les he parecido un demente, cuando me arrojé a los pies del joven! Pero les ruego que entiendan mi confusión. ¡Creí ver a Santos! Todavía me pregunto por qué Dios se lo llevó a él, dejándome a mí aquí, y la única respuesta que me han dado los años es que este es mi castigo. ¡Vivir con la culpa!

El religioso hace un paréntesis y mira hacia la lejanía, como si la pared de adobe fuera un espejo y se viera a sí mismo años atrás.

—Volví al frente y luché, buscaba la muerte en cada bayonetazo, pero esa dicha se me seguía negando. Al terminar la guerra, regresé a Segovia y busqué al hijo y la esposa de Santos, pero en la casa de él, por muchas veces, no fui recibido. Supe que la familia lloraba su muerte, pero nadie sabía de la muchacha ni de su vástago, así que no pude hallar ninguna certeza. Anduve sin rumbo durante meses, sin encontrar paz para mi alma o la bendición de la muerte, hasta que retorné aquí y entonces, ante su sepultura, hallé al fin a Dios. El todopoderoso me llamó y me ordené, sin tener el consuelo de redimir mis pecados, pero pudiendo venerar la memoria de Santos Álvarez de Santillana.

Ya oscurece cuando Marita, Pedro y don Alfonso dejan la tumba de Santos cubierta de rosas y abandonan el hospital de la Resurrección.

Salen a la calle y oyen resonar sus pasos sobre el empedrado. Regresan a la posada, no hay nadie más en el comedor. El cochero y los guardias cenan aparte. Las alubias que se volvieron a poner al fuego desprenden aromas tan apetitosos que aun con el estómago cerrado y una tristeza que le hunde los ojos, Pedro es capaz de comer.

El muchacho siente vergüenza de su voracidad y de sus propios sentimientos, y se pregunta a sí mismo si su mente sufrirá algún tipo de deformidad, como la que ronda al padre Dimas, pues cuando se arrodilló ante la tumba de su padre lo hizo con mucho más alivio que pena, al ver al fin probado el hecho de su muerte tras meses de dudas y esperanzas vanas. También le avergüenza reconocer que haber encontrado la tumba le descubre una peligrosa esperanza. La vida le ha arrebatado al padre, ¿quiere eso decir que tal vez su madre esté viva en alguna parte?

Don Alfonso le observa intuyendo que hay algo que ensombrece, aún más, el duelo del chico y tras varios intentos de iniciar alguna conversación, decide confiarles sus malos presagios y abrirle su alma a Pedro y a Marita. Pero antes llena sus copas con el robusto tinto que

colma la jarra de barro. Le alienta la soledad del salón, la oscuridad de la noche ahí fuera, la ciudad desconocida, el resplandor de las antorchas dentro de las bolas de cristal y el vino.

—Pedrito, señora Marita, saben que comparto su aflicción, pero conocer al padre Dimas y comprender su sufrimiento me hace desear compartir algo con ustedes. Quizá, decirlo en voz alta lo haga parecer menos cruel. Es muy triste para mí reconocer que te envidio, chico, pues has podido hincar tus rodillas y tu pena ante una sepultura. Bien, lo diré, ¡he intentado hablar con Dios y su silencio me hace perder toda esperanza de encontrar a mi hija con vida! Y ahora, tal vez siendo persona de la peor calaña que se pueda ser, solo deseo encontrar su tumba y acabar con esto. —El hombre parpadea con la misma fuerza que antes lo hiciera el padre Dimas y consigue, como él, detener las lágrimas—. No soporto la idea de vivir para siempre en esta incertidumbre, prefiero pensar que está muerta, llorarla como una hija difunta, pero ni siquiera se me concede este último dolor —acaba diciendo con amargura.

Pedro agacha la cabeza y mira hacia arriba antes de hablarle a su abuelo, de forma que sus pupilas casi tocan sus cejas.

—No se sienta usted así, yo también he creído que sentir alivio al ver la tumba de mi padre no estaba bien, pero me doy cuenta de que ningún mal hacemos a su memoria ¡Solo buscamos el consuelo de saber qué ocurrió! ¡La encontraré a ella también y usted podrá descansar sabiendo dónde está! ¡Se lo juro!

Esta vez no chasca sus labios sobre los dedos para afianzar el juramento, hace algo que aún no había hecho, le toca, toma la mano de su abuelo y deja que sus pieles se reconozcan.

Terminan la cena en el más apacible de los silencios.

Poco después, asomada a la angosta callejuela a la que da el balcón de su alcoba, Marita mira las estrellas. Son las mismas que ha visto aparecer noche tras noche en el cielo de San Ildefonso, tras los recortados encinares, pero ahora todo parece distinto.

Es ella la que ha cambiado.

La mujer está desnuda y se cubre con una ruda manta. Sobre la cama está su bolsa con apenas una muda y otra blusa blanca que poner sobre la basquiña negra y el corpiño de siempre. Suelta la redecilla y se masajea la nuca mientras piensa en hacerse ropas nuevas. La anterior mañana, cuando entraban en Valladolid, admiró a las damas que elegantemente vestidas paseaban su hermosura bajo sombrillas de tonos empolvados, y deseó tener su aspecto bello y distinguido. Se pregunta para qué y se responde a sí misma: «¡Para ser del agrado de él! ¿Por qué todo lo que pienso o lo que hago termina

ahora en él? ¿Dónde está la que era yo y vivía en calma, solo preocupada por Pedrito y por llenar su plato en la mesa?». Estira el cuello para escuchar la improbable respuesta de las estrellas, pero le sobresalta un ruido en la puerta. Antes de que llegue a abrirla, alguien vuelve a llamar con un suave toque de nudillos.

—¡No me deje solo esta noche, Marita! —escucha decir a don Alfonso.

Marita duda, piensa en vestirse y abrir, piensa en callar y fingir que duerme, piensa en pedirle que se vaya y no la moleste, pero descorre el cerrojo y se topa con los ojos encendidos como ascuas de don Alfonso. Ella se echa a un lado para dejarle pasar y él cierra con delicadeza. Atrás queda, pesando en el aire como una nube densa, la soledad.

—¡No me deje solo esta noche, Marita, por favor! —La voz ronca de don Alfonso acaricia su oído mientras una intensa fragancia de flores les envuelve. El hombre le tiende dos rosas de largos tallos, una amarilla y otra roja—. No sabía cuál de las dos sería su favorita, las guardé para vos. No sé muchas cosas de usted.

Marita no le deja seguir hablando, caen sobre la cama y la manta se desliza por sus hombros. El hombre intenta salvar las rosas, pero ya se han deshecho entre ellos. Primero los pétalos amarillos, que va retirando con sus dedos, con sus labios, del cuerpo desnudo de Marita, y luego, las hojas rojas, aterciopeladas, que cosquillean su piel cuando es ella la que pasa a estar encima. Al final, de las flores no queda nada, salvo un tallo largo y espinoso que alejan de sí antes de dormirse, felices y abrazados por un rato.

—Marita, ¿está despierta? Debo pedirle un favor.

La mujer ronronea con la cabeza hundida en la mullida almohada, desea dormir.

—Necesito que lo haga usted, ¡tome! —don Alfonso le tiende una navaja.

Marita lo mira aturdida, con los ojos llenos de amor y sueño, y un regusto raro en la boca seca.

El hombre vuelve a tenderle la navaja y despliega su filo. Algo de luz de luna entra por la ventana, aún alguna estrella se resiste a dejar la noche y la hoja cortante se ve plateada.

—Hágame el favor, Marita! —El hombre se da la vuelta, ofreciéndole la nuca, y se lo pide—: ¡Corte mis cabellos!

Marita lo hace, aferra la coleta del hombre por debajo de la cinta que la sujeta, y pasa por ella la navaja. En sus manos queda un ramillete de larguísimos cabellos grises.

—Mi hija peinaba siempre una larga trenza. Prometí no

cortarme el pelo hasta encontrarla. Hice muchas promesas vanas y todas las boberías que pueda imaginar: recibí a curanderos, adivinadoras, astrólogos y hasta a alquimistas. Hubiera entregado mi alma a Satán y hubiera sido capaz de cualquier cosa ruin o cruel, con tal de encontrarla. Aunque ya estaba dispuesto a darla por perdida justo cuando usted y el chico llamaron a mi puerta. Y ahora vuelvo a ese momento: deseo dejarla ir, esté donde esté. El consuelo de tener un nieto habrá de servirme. No quiero seguir buscando. ¿Me entiende, Marita? ¡Dígame que me entiende!

La mujer deja el matojo de cabellos en la mesilla, se vuelve hacia don Alfonso y sube las sábanas hasta tapar su cuello.

—No se cubra, Marita, es usted hermosa, me gusta verla desnuda, sentirla completa, libre y verdadera a mi lado.

Ella deja caer la sábana con el rubor de una joven virgen en su lecho de boda, pero complacida y tan a gusto como cuando se sentaba a ver la noche, cubierta solo por el chal, en el banco de piedra de su casa en San Ildefonso.

—¡Claro que le comprendo! Usted ha sufrido mucho y durante mucho tiempo. Pero ha de entender lo bueno que salió de la tragedia. ¡Usted fue el Caballero Contrario y nos ayudó!

—¡También di dinero a los franceses! ¿Cómo cree que sobreviví sin que me llevaran? ¡Mi cabeza estuvo en la picota! Tuve la tentación de seguir mis planes y dejar España, pero yo no podía irme sin mi hija. ¿Y si ella volvía? Quedarme y salir indemne de la guerra tenía un precio que pude pagar. ¡Por partida doble! Usted lo ha dicho antes: enciendo velas a Dios y al diablo. No animé ninguna causa por patriotismo ni ninguna otra noble intención. ¡Solo buscaba salvarme y encontrar a mi hija!

Él habla al techo, tiene la cabeza recostada en la almohada y los brazos flexionados bajo el cuello. Marita, a su lado, también habla a las vigas de madera que cruzan la techumbre encalada.

—¡Es usted mejor hombre de lo que quiere parecerme! —dice la mujer. Después cuenta las vigas: cuatro, cinco, seis. Y se decide—: ¿Qué ocurrió con la madre?

Don Alfonso la mira un momento, sorprendido por la pregunta.

—Rosario —responde mirando al techo—. Hace años que no la veo, desde que Catalina desapareció he desatendido la obligación de visitarla. Vive recluida en un convento. Pude haber hecho mejor boda, pero quedé prendado de ella e insistí. Nuestras familias lo arreglaron y el cortejo fue breve. Yo era unos pocos años mayor que ella, así que sabía más de la vida y por eso intenté calmar mi impaciencia, pero pasaban las noches y yo seguía fuera de su cama. Varios meses de

matrimonio y a lo más que alcanzaba era a tocarla, cuando me daba su brazo en los paseos, hasta que un día fui a su alcoba dispuesto a satisfacer mis derechos de marido. —Durante, unos segundos deja de mirar hacia arriba y se gira hacia Marita—. Le juro que esa primera vez fui cuidadoso. ¡Yo la adoraba, Marita! Ella solo cerró los ojos y se dejó hacer. Me dijo que se mataría si después de esa noche la volvía a tocar. ¡Y no tuve duda de que sería así!

»Entonces, en vez de irme y dejarla, decidí agotar la velada y tomar lo que era mío. Rosario comenzó a rezar en voz alta, mientras yo intentaba amarla y sus rezos me enervaron. Perdí la razón. Le quité cuanta ropa de dormir llevaba encima, pues deseaba ver a mi esposa desnuda en, al menos, una ocasión. Le pedí que se callara mientras la besaba e intentaba que me amara. Ella lo hizo, se abandonó a mí y durante unos maravillosos momentos fuimos dos amantes compartiendo lecho y pasión. Pero al acabar, me miró con ojos de loca y me repitió que se quitaría la vida si intentaba llevarla de nuevo a esos estados de placer y lujuria que ninguna buena católica debía conocer.

»Dejé pasar el tiempo, dejé que entraran confesores y toda clase de motivos religiosos, y solo me postré ante ellos cuando hube de agradecer, en el altar de su habitación, que de aquella única noche naciera nuestra hija. ¡Fui un condenado en mi propia casa mientras vivimos juntos Rosario y yo! Después, dado su continuo estado enfermizo, fue mejor para ambos que ingresara en el convento, aunque nunca calibramos el perjuicio que semejantes padres pudieron causarle a Catalina. Mi hija lo gritó en aquella última discusión, me trató de libertino y me culpó de los males de su madre.

—Seguro que no lo sentía —dice Marita, incorporándose sobre un brazo—. Si Catalina saboreó las mieles del amor, seguro que entendió que usted no le hizo maldad alguna a la madre.

—¿Usted cree, Marita? ¡Nunca lo sabré!

La mujer le abraza, la sábana cae al suelo y se lleva consigo algunos pétalos. Ambos quedan desnudos otra vez. Él no quiere que el abrazo termine y todo vuelve a empezar.

Cuando despiertan ya es de día.

Pedro está en el comedor delante de un tazón de leche y achicoria del que sobresalen trozos de pan. El joven les mira con curiosidad. Se fija en la nuca despejada de su abuelo y en los ojos brillantes de Marita pero no dice nada.

El viaje de vuelta transcurre en silencio. Marita observa la tierra de campos que van dejando atrás, Pedro finge dormitar enfrascado en sus pensamientos, y don Alfonso mira una y otra vez a la mujer.

—¿Me contará cosas de usted? —pregunta en voz baja—. Prácticamente lo conoce todo de mí.

—He llevado una vida sencilla —susurra Marita sonrojada—. Tuve un marido que murió joven, pasé una guerra y crie sola a un muchacho, nada que pueda salir en los libros.

—¿Y qué espera de la vida, señora?

«Qué preguntas más comprometidas me hace este hombre», piensa ella, y mira los campos llanos e infinitos. «¡Quizá se siente con derecho después de la noche pasada! ¿Qué le digo? ¿La verdad? ¿Que no deseo volver a dormir sola jamás? ¿Espera él que yo diga eso? ¡Ja!».

—Bueno… —responde al fin—. De la vida espero solo un canto en el que sentarme a ver las estrellas y una pared en la que apoyarme. Soy fácil de entusiasmar y cuando me rompo en pedazos, tengo voluntad para recomponerme. Aunque me conformo con poco, si se me permite, pediría eso, que no me arrebaten el entusiasmo. Pasé mucho tiempo recogida, sin deseos de ponerme en pie tras enviudar y lo mismo sentí al acabar la guerra. El alivio de la paz se llevó mi contento, si no hubiera sido por Pedrito, no hubiera conseguido levantarme.

Pedro bosteza de forma ruidosa y da por terminado su aparente descanso. No quiere que esos dos se pongan a hablar de intimidades que le dan una vergüenza terrible y además tiene algo que pedirles.

—Don Alfonso, Marita, cuando lleguemos a Segovia, ¿sería posible que fuéramos a visitar a la hermana y a la madre de mi padre?

Los dos adultos miran al muchacho como si de pronto descubrieran su compañía.

Don Alfonso se encoge de hombros y cuando entran en Segovia ordena al cochero dirigirse a la Puerta de Santiago.

Como ocurriera la vez anterior, un pequeño cuarterón enrejado se abre al otro lado cuando Pedro toca la aldaba. Pero Marita y el chico saben que ahora la presencia de don Alfonso lo cambiará todo. El hombre se adelanta. Irene Álvarez de Santillana les ve, les reconoce y les deja entrar.

Presenta a su madre, doña Esperanza. En esta ocasión, la anciana puede observar de cerca a Pedro y su hija llega a tiempo de sostenerla antes de que se desvanezca mareada por la impresión del parecido, que hace obvio el parentesco entre padre e hijo.

En el salón del hogar de Santos, Marita se fija en el blasón de dos caras. Conocía el de la fachada y ahora apenas puede vislumbrar el escudo de la sala, pues la penumbra es casi total. Irene pide permiso a doña Esperanza para descorrer un tanto las cortinas y la señora

acepta, todavía demudada y sin quitar la vista del joven. La piel que rodea sus ojos parece irritada, de mujer que llevara mucho tiempo llorando. El temblor de su barbilla llega a sus manos y a su voz.

—Llamaron hace mucho tiempo a esta puerta —recuerda doña Esperanza—. Dijeron que mi hijo había muerto, que lo habían matado por desertor y la deshonra cayó sobre esta familia. Mis otras hijas se marcharon allá donde nada pudiera manchar el porvenir de sus esposos militares. La pobre Irene y yo tuvimos que soportar las burlas y llorar en silencio la pérdida de mi amado hijo. He visto muchas veces a aquel indeseable merodear esta casa, buscar más podredumbre, pero nunca se acerca lo suficiente.

—¿De quién habla, madre? —pregunta Irene con gran curiosidad.

—¡De aquel que trajo sus cosas y vino envalentonado a decir que lo había matado cuando huía!

—¿Quién dice usted?

—El hijo del herrero de San Ildefonso, ese que perdió todo el pelo y no tiene cejas ni pestañas. Justo Cuellar. En aquel tiempo era un mozo y nos habló aquí mismo mientras su cuadrilla lo jaleaba. ¿No te acuerdas de él, Irene?

Irene siente la rojez de sus mejillas inundar todo su cuerpo. ¡Claro que se acuerda! ¿Cómo olvidar al grupo de muchachos que vinieron a increparles, borrachos, mientras alardeaban de haber acabado con su hermano y con un buen puñado de traidores más? Irene se acuerda de todo lo que prefería haber olvidado.

Muchos años después de que acabara la guerra, los tablones y los muebles que cubrían por dentro las puertas y ventanas de la casa, seguían protegiéndolas, pues raro era el día en que niños, jóvenes o mayores aún sedientos de sangre, no las acosaban, tirando piedras o gritándole insultos a su fachada.

Pedro se acerca a su abuela.

—Da igual lo que se contara entonces. ¡Eran mentiras! Mi padre fue un buen hombre, me lo han dicho quienes bien le conocieron y murió injustamente, como un héroe. Fue un caído de guerra y descansa en cristiana sepultura, bajo una cruz. He conocido a personas que pueden probar su honor y me encargaré de que su buen nombre quede limpio.

Un brillo nuevo asoma en los ojos de doña Esperanza, pero se mantiene firme como una imagen de culto en su altar. Es difícil entrever algo en esa mirada, aunque al joven eso no le importa ahora.

—Ese que vino, ¿Justo Cuellar ha dicho usted?

La anciana asiente.

—Le conozco —dice Pedro y baja el brazo para que nadie pueda ver cómo chasca sus dedos y disimuladamente los besa en silencioso juramento.

# 15
## *Junio de 1808*

*Las juntas provinciales asumieron el mando administrativo de la España soberana en nombre de Fernando VII. Napoleón apartó al rey, publicó bandos conciliadores y subió al trono a su propio hermano. La guerra era un hecho. El ejército francés combatiría en una lucha desigual hasta que Gran Bretaña entró en combate. Quedaban por delante seis años de contienda, cuando la mañana del 6 de junio amaneció en Segovia con las tropas francesas posicionadas en las afueras. Las autoridades recibieron a Frere con una carta de bienvenida, pero el pueblo estaba en armas y los franceses decidieron tomar la ciudad. Presionados por la ciudadanía, algunos cadetes del Real Colegio de Artillería se situaron en distintos puntos de entrada y abrieron fuego con sus cañones, pero ante la primera refriega, el improvisado ejército defensor salió huyendo. El Alcázar se rindió y Segovia fue tomada por el invasor.*

No conocían el terreno y la débil luz de luna, tapada por nubes negras, era insuficiente para que pudieran moverse con ligereza, así que decidieron sentarse a esperar en ese pequeño promontorio que dejaba a sus pies la ciudad de Segovia.

No muy lejos, se encontraba su pueblo, San Ildefonso, y para defenderlo era preciso cortar el paso de las tropas que se aproximaban a la población por el camino de Madrid.

El lugar escogido por la cuadrilla también suponía una zona de paso para quien pretendiera huir. Desde la caída del sol, pendían las sogas para cualquier individuo o ente que pasara por afrancesado.

El grupo no llegaba a la veintena, pero a veces se dividía y se formaban partidas de dos o tres muchachos encargados de atosigar a las familias de artesanos, romper las ventanas del círculo de pensadores, amenazar a los hombres de ciencia, medicina y leyes, o practicar algún tipo de pillaje en fábricas, señoríos o casinos que de alguna forma hubieran podido colaborar con los invasores.

Los chavales se conocían desde niños, de cuando jugaban en las cercas con las tripas vacías y peleaban por un mendrugo o por las primeras moras silvestres, o de cuando comparaban sus sabañones y dedos amoratados, y se perdían en las nieblas y los suelos escarchados y recordaban la macabra leyenda de la niña aquella que hallaron muerta bajo el deshielo de primavera tras extraviarse al principio del invierno. Los chicos crecieron entre remedios crueles para el dolor de tripas o de muelas, y nunca olvidaron la vez que vieron cómo el barbero ató un cordel a la pieza picada de Juanillo y le arrastró hasta la acequia mientras el niño escupía sangre y caía desmayado. Presumían de conocer los números hasta el diez para saber cuál de ellos era el mejor por la veces que su piedra bailaba en el agua antes de hundirse en el río.

Desde la tarde pasada, además, contaban las almas de los desgraciados que echaban de sus casas y les faltaban dedos para llevar la cuenta.

Subidos en lo alto del risco, la pandilla buscaba desertores.

Justo Cuellar estaba entre ellos. Tenía las uñas rotas y las yemas ensangrentadas, pues cuando se acabó la tintura que habían creado a base de taninos y barnices, no tuvieron otro remedio que marcar con herramientas y con sus propias manos las viviendas de aquellos que consideraban traidores a la patria y al rey por afrancesados, anticlericales o por su conducta liberal. La cacería había comenzado por azar, tras la huida de los habitantes del tercer hogar que hostigaron. Les siguieron por el bosque como a las liebres de monte, convertidos ellos, los atacantes, en perros rastreadores y después llegó la parranda por haber dejado, los huidos, la bodega abierta. Corrió el vino y el aguardiente en cada brindis al rey y en proclamas de muerte a las josefinas. Y como vieron en sus padres, y juraron ver en sus hijos, se declararon enemigos de todo el que no fuera su igual y salieron de caza, encomendándose a Dios.

Pero Justo Cuellar se negó a santiguarse.

Esa noche su enemigo también era el Señor. Horas antes había rogado a su hermana monja que se pusiera a salvo y, turbado por el alcohol y la ira, había deseado dar muerte también a su propio padre, por haberla obligado a tomar los hábitos y no impedir que la joven siguiera a su congregación. Se fue de casa, perdonándole la vida al viejo y escupiendo al cielo.

Los hacía culpables a los dos de cualquier mal que le cayera a la niña.

Por eso, esa noche, Justo Cuellar no tenía ni padre ni Dios.

Dio un trago y propuso otro brindis: «¡Por España!».

A sus espaldas, cuidando de no hacer ningún ruido, pasó Catalina de camino a casa de la partera. Hacía un rato que había roto aguas, cuando alcanzó el río tras la tortuosa bajada por la ladera, como si su cuerpo quisiera unirse al caudal del Clamores. Desde entonces, sentía las contracciones como un rayo que la partía en dos y le impedía avanzar. Entre un dolor y otro, recorría el trecho que podía, pero pasaba más tiempo agazapada que caminando, doblada sobre sí misma, aguantándose las ganas de gritar y con una sola idea en la cabeza: tocar la aldaba con forma de manita y suplicarle a la mujer que le quitara de encima ese tormento.

Vio a los chicos, que dormitaban la borrachera, y se mordió el canto de la mano para evitar el gemido que un nuevo retortijón le arrancaba de muy adentro. Se veían las primeras casas y, cuando

pudo, siguió andado a trompicones, sujetándose el vientre con ambas manos, evitando hacer cualquier ruido ya que la noche tenía los suyos propios. Mientras andaba, se concentró en percibirlos: una lechuza que parecía quejarse; el cri, cri de los grillos; sus propios pies mojados rompiendo las ramitas que pisaban; las estrellas que allá arriba titilaban como campanillas para hacerle olvidar la temible oscuridad que dejaba atrás y algunas voces muy lejanas de la ciudad a la que llegaba y en la que empezaban a prenderse algunas hogueras. El olor a leña quemada se iba haciendo más intenso y cuando llegó ante la puerta verde de la partera, la rodeaban las volutas de humo que atravesaban las calles.

Llamó.

Volvió a llamar. Una nueva contracción le arrancó lágrimas y gemidos, y se hizo otra herida en la mano al morderse con saña.

Hizo sonar la aldaba tres, cuatro veces, cinco. Cayó ante la puerta y cuando los dolores le dieron un respiro, volvió a ponerse en pie, tomó la manita de la aldaba y la chocó contra la madera verde, seis, siete, ocho veces más, hasta que un nuevo dolor la hizo volver a caer y llorar con desesperación golpeando la puerta con sus puños lastimados. Sintió náuseas y la cabeza le dio vueltas, el sudor empapaba también su vestido por la parte de arriba, pero llevó las manos a su bajo vientre, en donde nacía un dolor que jamás había conocido, de carne que se rasgaba, de huesos que se descolocaban, de algo que empujaba desde dentro queriendo salir de ella.

—¡No puedes nacer aquí, ante una puerta que no me abren! ¡Dios, no dejes que mi niño nazca aquí! ¡Ayúdame! —suplicó.

Durante un instante de lucidez, pensó que la partera tendría un dormir profundo, como el de su padre, y añoró los ronquidos que amenizaban sus siestas, cuando ella leía y don Alfonso dejaba caer, poco a poco, su cabeza a un lado, resbalando por la seda esmeralda del sillón.

Con sus últimas fuerzas, se puso en pie y llamó de nuevo una docena de veces, luego se alejó, caminando de espaldas, sin dejar de mirar la aldaba, por si finalmente la mujer abría. Hasta que, vencida, dio la vuelta y se obligó a mantenerse en pie para llegar, como fuera, a la casa amarilla de tres alturas y balcones llenos de geranios, cuyas puertas sí que le abrirían.

Consiguió dar algunos pasos, pero algo que pesaba entre sus piernas le impedía andar, se arremangó las faldas y tocó una piel caliente que no era suya. Aterrorizada, tendió su mano a la luz de la luna y vio el flujo ensangrentado que salía de su cuerpo a la vez que la cabeza de su hijo.

Entonces, sobresaltando a la noche, callando a las lechuzas, a los grillos y a sus propias pisadas, las campanas del cercano convento de San Agustín comenzaron a tañer muy cerca, y Catalina dejó que brotaran por primera vez en varias horas unas lágrimas de alivio, tan calientes y sanadoras, que ya nunca dejarían de arderle en las mejillas.

Le abrió el portón un ángel.

No estaba allí sor Teresa, ni ninguna de las otras monjas, pero Dios mandaba un ángel a su encuentro. Una señora con voz de ángel, cara de ángel y alas de ángel que la tendió sobre un colchón y le habló cálidamente mientras el bebé nacía sin dificultad, aunque costara un tanto expulsar del todo la cabecita y fueran precisos varios empujones para que la mujer tuviera en sus manos al recién nacido y se lo mostrara. ¡Era un chico! Después la ayudó a sostener la cabecita del pequeño mientras este mamaba por primera vez. ¡Parecía hambriento!

Catalina admiró sus deditos perfectos, la piel blanquísima, el cabello fosco y oscuro, la nariz ancha, los ojos, que le costaba mantener abiertos, de un color indescriptible todavía.

—Tiene la cara de Santos, su naricilla ancha, pero sus labios son como los míos —dijo. Y se durmió sin notar que se dormía.

Poco después despertó. Hundió la cara en el pequeño pecho de su hijo, que subía y bajaba con una paz infinita, y aspiró con deleite el maravilloso olor que desprendía el pequeño. La mujer le había lavado con el agua del mismo pozo del que obligó a beber a Catalina, temiendo que la muchacha se desvaneciera antes del alumbramiento. El niño olía a leche, a tierra húmeda del principio de los tiempos, a saliva de Santos, al viento que habita en los pinares y al recuerdo de su primer beso. Catalina lo arrulló y un amor desconocido recorrió su cuerpo, llenándolo otra vez de vida. ¿La habrían amado así, de recién nacida, a ella? ¡Su padre sí, a buen seguro! Pues él mostraba sus afectos y gustaba de pasar ratos acariciando su pelo trenzado. Se enjuagó una lágrima y vistió al bebé con las ropitas que, a retales, había cosido en el Alcázar y puso la medalla rectangular alrededor de su pequeño cuello.

—¡Te llamaremos Pedro, como el padre de tu padre! —le dijo.

Con la ayuda de la señora con cara de ángel, alas de ángel y voz de ángel, usó las telas sobrantes como trapos para la sangre que, tras haberse limpiado, brotaba de sí misma, y se sintió en plenitud. Miró con orgullo al niño, pensó en Santos e imaginó el día de mañana en que su abuelo lo pudiera conocer. Sintió de nuevo sed y se le vino a la mente el último melocotón que había comido en la buhardilla, suave y pegajoso entre sus manos, con la carne jugosa y el corazón de hueso duro. ¡Así de colmada y dispuesta se sentía ella con su hijo en brazos!

¡Padre! ¡Le decía tantas cosas en esa carta! Le había llevado días escribirla, había vaciado su alma en cada letra y jamás podría repetirla palabra por palabra. ¡Al Alcázar llegarían los franceses y la carta se perdería para siempre!

Suspiró por lo perdido.

Al amanecer, debería volver a casa de la partera, aunque la mujer no se hallara, pues allí iría a buscarla Santos. ¿O quizá sería arriesgado andar por la ciudad? El convento parecía seguro, tal vez era mejor aguardar allí, al menos tenía la compañía de su ángel, y agua y algunos víveres, y las monjitas volverían. Quizá podría dejar alguna señal en la puerta de la partera para que Santos supiera dónde buscarla. ¡Sí, eso debería hacer! ¡Ir a casa de la partera y dejar un aviso para Santos!

Intentó levantarse y el ángel tuvo que sostenerla para que no cayera. Se volvió a recostar para coger fuerzas y amamantó de nuevo al pequeño. Quería saciarle y poder ausentarse un momento. Catalina miró fijamente a la mujer, y sacó de dentro la sonrisa confiada, la que conseguía dulces y caprichos, la que parecía una puerta que el cielo abría a quien la miraba. Se la ofreció para engañarla, para convencerla de que estaba bien y pedirle que cuidara de su hijo, pues necesitaba salir por un rato para un recado. Le aseguró que no tardaría.

Un relincho afuera serenó sus piernas temblorosas. La casa de la partera estaba al final de la calle, pero demasiado lejos para su debilidad. ¡Tomaría la tartana de la señora! La mula se dejó conducir hasta la puerta verde, pero sucedió igual que antes y nadie abrió. Pensó en cómo dejar un señuelo para que Santos pudiera encontrarles en el convento y miró alrededor. No tenía con qué escribir.

Todo lo había dejado en la buhardilla del Alcázar.

Una raya de luz se empezó a dibujar en el horizonte y, alzándose por encima de las nubes, vio sobresalir las torres picudas. Aún tardaría en amanecer y con la tartana llegaría enseguida a la fortaleza. Podría coger tinta y pinceles, y también la carta. ¡Podría recuperar la carta! ¡Su libro de poemas y sus súplicas de perdón no correrían de mano en mano entre los brutos soldados!

Tiró de las riendas y puso en marcha la carreta.

Cuando llegó a la plazuela, la raya de luz era más ancha. El alba se anunciaba lentamente y en el puente levadizo se juntaban algunas patrullas de segovianos. Más abajo se había cruzado con varios cadetes que arrastraban un cañón para salir al encuentro de los franceses. Catalina se alejó de ellos y nadie prestó atención ni a la muchacha ni a su modesto carruaje. La guardia que quedaba dentro se

pertrechaba. Esperaban la llegada de docenas de escuadrones del ejército napoleónico que les apuntarían con sus bayonetas y los lugareños rodeaban la fortaleza y se preparaban para el envite con sus carros, sus toscas armas y las piezas de artillería incautadas al Colegio.

¡Si caía el Alcázar, Segovia estaría perdida!

El cielo clareaba pero se empezaban a juntar los nubarrones que teñían de aprensión la madrugada. La lluvia y el enemigo estaban lejos todavía, y la joven pudo acercar sigilosamente la tartana hasta el paso de mercancías.

Al apearse, Catalina notó las ropas calientes. Limpió con las faldas de la enagua los hilos de sangre que bajaban por sus pantorrillas y levantó la capucha de su capa hasta cubrir casi toda la cara. Parecía un ánima de rostro blanco y sin vida caminando por los corredores desiertos.

Subió la escalera ahogada por la fatiga. En la buhardilla aspiró los restos de su propia existencia: algunos melocotones, pochos en su muerte dulzona; el camastro de hierbas ya secas; y encima, la casaca de Santos, que abrazó entre lágrimas.

Se sentó.

Por el cuarterón de la ventana abierta entraban ya los primeros rayos rosados de la mañana, tan tenues aún que adormecían. El sopor le pesaba en los ojos y tomó el libro de Garcilaso y la carta que guardaba dentro, llena de letras y borrones de llanto dedicados a su padre. Le tentó la idea de echarse un rato con el libro en brazos, pero un calor sofocante le impedía respirar y se deshizo de la capa negra, empapada en sangre por la parte de atrás. Asustada y con torpeza, revolvió sus faldas y vio la trasera de la enagua completamente ensangrentada. Con aprensión comprendió que necesitaba más paños y rasgó las sábanas del lecho para ponérselas entre las piernas. Antes de salir, se aseguró de llevar encima lo que había ido a buscar, pues tuvo la certeza de que jamás volvería a ese lugar, y apretó el saquito de joyas y dinero que Santos le pidió que llevara siempre consigo.

En el rellano, una corriente de aire dejó su piel erizada y con los vellos de punta. La blusa interior se humedeció, sus pechos rezumaron leche y, tras una sucesión de escalofríos, se abrigó. Se puso la casaca de Santos que llevaba abrazada y guardó en el bolsillo interior, entre tiritones, el libro de poemas.

Afuera, el sol empezaba a centellear entre las nubes plomizas y le nubló la vista. La claridad la deslumbró. Apenas alcanzaba a ver lo que tenía delante. Se esforzó y distinguió a la mula, pero no encontró en sus adentros la sonrisa que sabía ponerle a la adversidad. Febril, gastó sus últimos empellones de euforia en tomar las riendas y sacar la

tartana de la plazuela. Después se apoyó en el pescante, pese a que los botones dorados parecían clavarse en su espalda, y dejó que el animal la llevara de vuelta a Segovia.

El cielo ya se había despejado, el sol traspasaba las copas de los árboles y caía formando abrasadoras franjas sobre la vereda. Cada traqueteo de la tartana hacía fluir, de su interior, un nuevo chorro de líquido caliente y pegajoso que en mala hora estaba manchando la preciosa casaca de Santos. A cada zancada de la mula, los destellos se volvían más cegadores, y los haces luminosos que antes se intercalaban con alguna sombra, lo llenaban todo, como si alguien hubiera puesto a secar una sábana blanca, y ella se hubiera metido dentro, envolviéndose en su resplandor.

Atormentado por el sol de la mañana, Justo Cuellar llevaba un rato encaramado a un roble negro. Aguardaba el paso de los fugitivos que se sabía que andaban por los caminos. Se sentía agotado después de la larga noche, persiguiendo al traidor con solo alguna tregua para dormir la borrachera mientras él y los suyos velaban los cruces, afilaban sus cuchillos y se armaban con mortíferos cantos puntiagudos.

Había corrido la voz entre las cuadrillas sobre los militares que acababan de ser apresados en Carbonero el Mayor cuando se fugaban y no eran pocos los traicioneros a la patria que estaban siendo perseguidos al huir. También se había estrechado el cerco a las clases poderosas que no aclaraban su posición y se sospechaba de todo el que no estuviera tomando las armas para defender al pueblo. El Alcázar era el mayor símbolo de resistencia que podía ofrecer Segovia y escocía entre los lugareños la marcha de sus principales mandos y la renuencia a entrar en combate de la mayoría de los cadetes y oficiales que allí quedaban para continuar las clases bajo la tutela del capitán Velarde.

El propio Justo Cuellar lo había gritado, ebrio de vino tinto, cuando aún era de noche y las tinieblas nubosas perfilaban las torres a lo lejos: «¡Dadnos los cañones y veréis cómo hacemos volar a los gabachos!».

Los demás rieron y se burlaron de los cobardes uniformados que se escondían en el Colegio, como si la fortaleza fuera una madre y los cadetes unos mocosos pegados a sus faldas.

Después, se siguieron contando relatos de las barbaries cometidas por quienes no tenían ni Dios, ni patria, ni rey. Gritaron con júbilo a Fernando VII, vivas a los caídos como héroes en toda España y brindaron por la soga que se balanceaba con una sombra mortífera sobre los vendidos a Napoleón.

—¡La Corte huye, el pueblo lucha! ¡Nos revolveremos por el buen príncipe y contra sus pérfidos padres y Godoy, el más traicionero de los ministros, que abrió la puerta a los franceses para que nos pisotearan desde los Pirineos!

—¡Qué mueran los que quieren a nuestra patria esclava de Francia!

—¡Qué ardan los ateos en nombre de Nuestro Señor!

—¡Qué ardan! —repitieron todos mientras contemplaban en la distancia las fogatas que encendía Segovia para mostrarle a los franceses la bienvenida que les esperaba.

Un sentimiento de honra les inundaba mientras decían adiós a los tiempos del hambre y la injusticia. Todo cambiaría si abatían al enemigo. Vomitarían antes de volver a comer las malditas gachas de almorta, caerían en el frente antes de dejarse matar por la enfermedad y dispararían al firmamento, si fuera preciso, antes de suplicarle al cielo unas gotas de lluvia para que las larvas no echaran a perder la cosecha.

Si todo verano trae promesas, con la guerra llegaba el momento de cumplirlas.

Mareado y harto de cánticos y cuentos que lo adormecían, Justo Cuellar se alejó del grupo. Anduvo hacia el camino y cavó una zanja, una de tantas, que esa noche rajaban la tierra.

Cuando tuvo el hoyo listo, buscó un árbol y se limitó a esperar.

Que él recordara, jamás faltó a los desfiles que el Colegio de Artillería celebraba en la Plaza Mayor y en la calle Real, bien para festejar cada 4 de diciembre a su patrona, Santa Bárbara, o para amenizar con sus marchas militares y sus sombreros de plumas cualquier fecha o acontecimiento especial que se conmemorase en la ciudad. En su memoria guardaba un vibrante ejercicio de prácticas que los cadetes llevaron a cabo asaltando la plaza de toros como si fuera una fortaleza para alborozo de la población.

Las casacas azules de los muchachos del Alcázar hacían suspirar a las mozas tanto como llenaban las fantasías y sueños de los niños y jóvenes segovianos, pero no los de Justo Cuellar. Él no llenaba su cabeza con ensoñaciones, él sabía que su suerte estaba escrita en la herrería, grabada a fuego en el yunque con el mismo nombre que llevaba su padre y el padre de su padre.

Aunque la noche de caza pasada, la guerra contra el francés que se avecinaba, quizá torcieran su destino.

Contempló las torretas, que rozaban el cielo con sus puntas afiladas, vio las nubes grises alejándose y agudizó el oído al percibir un ruido que se acercaba.

¡Alguien huía!

Cuando sintió más cerca las sacudidas de la carreta que se aproximaba, sus sentidos se alertaron, levantó por encima de la cabeza sus brazos, vio la casaca de paño azul y la piedra salió despedida.

Catalina no alcanzó a ver la ciudad.

Echada hacia atrás sobre el pescante que aún la sujetaba al mundo, evocó las hileras de casitas blancas, las plazas y fuentes, los campanarios con las campanas que imaginó danzando lentas y mudas, y se dejó envolver por el silencio con los ojos todavía abiertos. Un último fogonazo de claridad le hizo cosquillas y sonrió pensando en el hijo que la esperaba en brazos de la señora con alas de ángel, voz de ángel y cara de ángel. Pronto regresaría Santos y estarían juntos, irían los tres a ver el mar. Volvió a sonreír y con esa sonrisa en su rostro, capaz de arrancarle al mundo cualquier promesa, se adentró en la oscuridad eterna un segundo antes de que una piedra, de grandes dimensiones, le alcanzara por la espalda, abriendo una profunda brecha en su cráneo y haciendo caer su cadáver sobre el suelo de amapolas.

El cuerpo de Catalina yació tumbado, de cara al suelo, durante unos minutos hasta que Justo Cuellar se aseguró de que el golpe había sido certero. Al acercarse al cadete abatido, el muchacho se dio cuenta de que algo no andaba bien. El itinerario que seguía su víctima no era el que debería haber sido. Los que huían dejaban Segovia abandonada y desguarnecida, pero el caído venía del Alcázar y se dirigía a la ciudad. Extrañado vio las faldas que, ensangrentadas, asomaban por debajo de la casaca, aunque ya era tarde para reprimir el grito de júbilo que, poco antes, había salido de su boca alertando a los demás.

Dio la vuelta a la figura inerte y comprobó horrorizado que era una mujer. Vio la trenza castaña, recortando el rostro blanco, tan pálido y falto de aliento que, según reflexionó, pudiera decirse que en realidad cayó de la carreta mucho más muerta que viva.

Oyó a sus compañeros felicitarle en la lejanía mientras acudían a su encuentro y actuó con celeridad. Agarró la trenza enmarañada, la cortó y se la guardó en su zurrón junto al saquito que la joven llevaba al cuello y el libro y los papeles que escondía en el interior de la chaqueta. La algarabía de sus amigos se aproximaba. Con cierta aprensión y mucha prisa, recogió el cuerpo del camino y, boca abajo, lo llevó hasta la zanja. Le resultó liviano. Los brazos inertes rozaban las amapolas de camino a la fosa. Allí dejó caer el cadáver con cuidado de no voltearlo, pues no podría soportar ver esa cara de pura inocencia otra vez.

—¡Aquí! —gritó a los que se acercaban—. ¡He cazado a un

desertor! ¡Mirad cómo huyen estos soldaditos de pacotilla! ¡Pero le he dado bien fuerte!

Todos se asomaron a la tumba abierta para ver la parte del cadáver que aún no había sido tapada por la tierra y alguno se santiguó al contemplar el cráneo partido y la casaca azul con el inconfundible cuello grana y los botones dorados teñidos de sangre.

—¿Quién era? —preguntó uno de los mozos—. ¿No hubiera sido mejor llevarlo a la plaza para colgarlo y que sirviera de escarmiento?

Justo Cuellar se encogió de hombros.

—¡Pronto estarán aquí los franceses y no era cuestión de andar perdiendo el tiempo! —respondió mientras echaba paladas de grava y arena a la fosa. Levantó las manos sucias y temblorosas, y mostró una pequeña bola dorada—. ¡Tengo su bombeta! ¡Parece que aquí pone Álvarez de Santillana!

—¡Yo sé quién es! —dijo otro de ellos—. ¡Es uno que estuvo a punto de morir de fiebres! Lo metieron en el Colegio para ver si se hacía un hombre, porque no parecía, en verdad, que la sangre de militares corriera por sus venas. ¡Ya se ve que al final ha demostrado ser un cobarde traidor! Mi tío, que sirve al boticario, sabrá dónde vivía.

—¡Álvarez de Santillana, desde luego, no serás el último de los traidores caídos! ¡Vayamos a su casa y que la deshonra caiga sobre su estirpe!

Justo Cuellar los dejó ir mientras acababa de echar tierra sobre el túmulo al borde del camino. Después tiró la pala a un lado y comenzó a arrancarse, una a una, las pestañas. Cuando alcanzó a sus amigos, una hinchazón roja, de piel en carne viva, cubría los bordes de sus párpados.

# 16

## *Septiembre de 1822*

*La contrarrevolución que lidera Fernando VII sitúa su epicentro en el Palacio Real y desde allí se pasa lista a la población, dividiendo a la ciudadanía, según el proceder de cada uno, entre buenos —realistas— y malos —constitucionalistas—. Fuera de Madrid, la ofensiva absolutista cambia de táctica y cala en el pueblo, favoreciendo la aparición de partidas de campesinos fuertemente influenciados por el poder eclesiástico. La suma de juntas, guerrillas y «confidencias» en distintas zonas de España llega a reclutar a 30.000 hombres en el llamado Ejército de la Fe. Fernando VII y sus principales aliados ya no se esconden y se alzan, públicamente y sin tapujos, en medio de todos los movimientos para acabar con el sistema constitucional. En Europa, deciden usar la diplomacia para lograr la ayuda de una fuerza militar internacional.*

Pedro espolea el caballo sin importarle el daño que le pueda causar al brioso animal. Sale al galope del patio y mira atrás una sola vez para ver empequeñecerse en la lejanía la casa amarilla.

Cuando llega a San Ildefonso, el hocico del animal tiene rastros de espuma y su boca está desmesuradamente abierta, tanto como las de Marita y don Alfonso, cuando vieron al chico partir aprisa sin saber a dónde iba.

En la trasera de la vivienda suenan golpes de martillo. El herrero está inclinado sobre el yunque. Forja una pieza de metal y, sin soltar la herramienta, cesa de martillear para avivar el fuego con el fuelle.

Cuando nota la presencia de Pedro, el hombre levanta la cabeza y recibe un puñetazo.

El martillo vuela por los aires y la sorpresa casi lo arroja al suelo, pero el herrero consigue mantener el equilibrio, y se lleva una mano al labio partido. Pedro lo vuelve a golpear varias veces hasta que lo tiene donde quiere: arrastrándose por el suelo y escupiendo sangre y trozos de dientes.

—¡Hará unos catorce años, fuiste diciendo por ahí que habías matado a un cadete! —le grita el chico mientras le da una patada en la barriga que lo tumba de espaldas.

El herrero le mira desde el suelo con un ojo entrecerrado. Le zumban los oídos y apenas oye lo que el chico le dice. En su calva se insinúa un chichón y donde debía haber cejas se empiezan a dibujar moratones púrpuras. Tiene mal aspecto, pero se siente aliviado al comprobar que no es la Guardia de Gobernación la que viene a por él para llevarlo preso y colgarlo por traidor por su pertenencia al Ejército de la Fe y sus simpatías realistas. No parece que el ataque provenga de ahí. Quizá viene a robarle, es solo un muchacho, tal vez uno de esos bandoleros que asaltan los caminos y las casas decentes. «¡Este

gobierno disoluto tiene la culpa de todo!», piensa. Por eso él está con el rey. Fernando pondrá orden y se acabarán los pillos y el libertinaje. Hasta los curas le parecen mejor que esa panda de políticos que tiene arrebatado al país con sus aires libertinos. ¡Pero no se dejará robar!

Por unos segundos, se queda tendido, aguantando la respiración y tanteando el piso, muy despacio, hasta que su mano roza el mango del martillo. Lo toma con todas sus fuerzas y se lo lanza a Pedro, que no puede esquivarlo y recibe un golpe en el hombro. El dolor enfurece más al muchacho, que se acerca a su víctima y se sienta a horcajadas sobre él.

—¡Te voy a matar! —le dice apretando su cuello—. ¡Cómo te atreviste a tocar la aldaba de esa noble casa con tus sucias manos de puerco mentiroso!

—¿Qué casa? —susurra con un hilo de voz el herrero.

—¡La de los Álvarez de Santillana, desgraciado! Debiste ir a muchas otras casas, mostrando tu asquerosa lengua de cerdo. ¡Tú no mataste al cadete Álvarez de Santillana! Él no era un traidor y tú manchaste su nombre. ¿Por qué el embuste? ¡Mereces morir! —exclama con ganas de seguir apretándole la garganta y dejarlo sin vida allí mismo.

El hombre malherido cierra los ojos. No es un ladrón, piensa, pero viene a robarme la vida.

Lo sabía. Sabía que algún día vendrían a por él. Su cara magullada se llena de lágrimas. El peso de Pedro oprime su pecho y las manos del chico le privan de aire.

Se muere y sus ojos sangran.

Pedro aprieta ofuscado por la ira. Hay una fuerza en él que lo empuja, una necesidad que parece salir de la propia tierra para apoderarse de sus músculos y enrabietarlo. El hombre deja de moverse. Pedro lo nota inerte bajo sus piernas y afloja los dedos. El herrero tose y aspira con violencia. Estalla en sollozos mientras su boca se abre en busca de grandes bocanadas de aire. Babea y su saliva salpica la cara del muchacho cuando habla.

—¡Perdón! —solloza—. ¡Yo no lo sabía! —repite de forma entrecortada—. ¡Yo no lo sabía!¡Creí que era un cadete! ¡Por eso lo derribé!

Pedro suelta completamente las manos, el cuello del herrero está amoratado y empapado por las lágrimas.

—¿Qué estás diciendo, maldito?

—¡Llevaba la cabeza agachada, le tiré la piedra por la espalda cuando pasó y no me di cuenta del error hasta que le di la vuelta! ¡Lo siento! —llora compungido—. ¡Pobre muchacha! ¡Yo creí que era un

cadete!

Pedro se incorpora espantado y libera al herrero. Le flojean las piernas y se queda sentado muy cerca y muy quieto, como si hubiera sido atravesado por una daga o alcanzado por un rayo, o como si hubiera sucumbido a las dos cosas a la vez.

El hombre imberbe, sin un pelo en la cabeza y ni una sombra de vello en su cuerpo, eleva el torso a duras penas y vuelve a toser antes de llorar de nuevo con las manos sujetándose las sienes.

—¡Era casi una niña, la cara tan blanca como la nieve y la trenza de un dorado oscuro! Llevaba una casaca de cadete y por eso erré. ¡Venían los demás y solo pude cercenar su trenza de mujer y quitarle algunas cosas antes de enterrarla! Se hubieran burlado de mí si la hubieran visto.

El chico mira sus manos, están arañadas y manchadas de sangre, de lloros y babas del individuo que solloza en el suelo.

Tiembla.

Siente cómo se despeja el borrón de su existencia y ve con claridad las partes de una historia que dejan de ser trozos y se unen.

Ve las respuestas.

Ve el gaznate provocador del herrero y se apresta a partírselo, pero se detiene.

«¿Por qué no puedo? ¿Quién me lo reclama?», se pregunta en silencio. «¿Sois vosotros, padre y madre, los que me pedís que no lo mate? ¿Qué más hay que saber? ¿De verdad hay más que conocer?».

Con un gruñido, se levanta y propina una fuerte patada a la cabeza del herrero, que cae desplomado. Después, mira alrededor. Una mujer y dos chiquillos le observan atemorizados desde la entrada de la herrería.

—Traed un cubo de agua y meteos en casa —ordena Pedro.

El herrero necesita dos cubos de agua para recuperar la consciencia, luego responde como puede a las preguntas del muchacho y le relata cómo participó en la defensa de Segovia la víspera de la llegada de los franceses, limpiando las calles de afrancesados y traidores. Al final, encorvado para evitar más golpes, abre un cuartito minúsculo dentro de la fragua, levanta varias maderas que tapan un viejo horno y de sus hierros mohosos saca una bolsa.

—¡Dentro está todo! —exclama llorando—. No fui capaz de hacer uso del dinero ni de las joyas, y no sé juntar las palabras para saber qué pone.

Pedro saca un morral del tosco envoltorio. Sobresalen algunos mechones castaños de una mata de pelo sedoso y trenzado que al

principio no se atreve a tocar. Después, con veneración, toma la trenza y, al apartarla, ve el libro, y debajo, un saquito que pesa y que tintinea como si dentro bailaran monedas y piedras preciosas. El libro es de Garcilaso y su interior abultado guarda unos papeles que parecen una carta. «Querido padre», empieza a leer pero las lágrimas le impiden avanzar en la lectura.

Con un doloroso suspiro, guarda todo y empuja al herrero a la calle, amenazándole con un punzón herrumbroso. Ata el alazán de don Alfonso a la trasera del carro de Justo Cuellar, que ya tiene un mulo enganchado, cargan algunas herramientas, montan ambos en el pescante y le ordena al animal que tire a Segovia.

Hacen el camino en silencio. Pedro lucha por contener las ganas de arrojar al herrero contra los pinos para que su cabeza, impregnada de agujas y resina, vaya rebotando entre los troncos. Justo sabe que está en la ruta del calvario y cree conocer cómo y dónde acabará su vida.

Bordean la ciudad y cuando ya se vislumbran a lo lejos las puntiagudas torres del Alcázar, se detienen.

Esa parte de la vereda está cubierta ahora por flores de color violeta, pero algunas amapolas se resisten al fin del verano y aún colorean de rojo los campos amarillos.

El herrero señala con rotundidad el roble negro bajo el que enterró a la muchacha. Comienza a llorar de nuevo, pero toma del carro la pala y la hinca en la tierra.

El hombre no es muy fuerte y Pedro decide tomar otra pala y excavar también. Ya pasó el mediodía y las espaldas de ambos se cubren enseguida de sudor bajo el sol de septiembre. De pronto, el herrero va con más cuidado y sus paladas se vuelven ligeras.

El corazón del muchacho da un vuelco. ¡Ahí esta!

Siente la tentación de alejarse y correr, pero algo empuja su alma hacia el fondo del hoyo que están abriendo. Ve asomar la tela de una chaqueta. Aparta al herrero y sigue excavando con las manos. Con un temblor toca el tejido, podría ser de una casaca azul. Traza con los dedos una senda sobre la tela aterciopelada y deshecha, y la va despejando de arena y grava. Más arriba asoman cabellos.

Siente una arcada y su mano queda en el aire. Al fin sus dedos bajan y se posan sobre un mechón castaño. Es apenas un roce, un frufrú entre las yemas de sus dedos, que se convierte en un profundo y largo abrazo cuando el muchacho toma la trenza de la bolsa y devuelve a la tumba lo robado.

Aunque aprieta la mandíbula con todas sus fuerzas, acaba llorando, choca su frente contra el tronco del roble. Quiere volverse él

también materia inerte, que no siente, que no padece.

Cuando se calma, vuelven a cerrar la fosa y aún necesita un rato más para poder caminar sin temblar y alejarse del túmulo en el que yace su madre. Se siente distinto, igual de fiero, pero más sereno, y obliga al herrero a llevar la carreta a la plaza del Azoguejo.

Marita y don Alfonso acuden enseguida llevados por el griterío de los criados y del propio herrero, a quien el muchacho ha conducido a empellones hasta el salón.

La escena le pone la piel de gallina a la mujer, pues recuerda con desagrado las otras dos ocasiones en que ha visto al hombre. Una, cuando la invasión de los franceses, mientras le obligaba a devolverle la tartana y la mula que dijo haber encontrado perdidas. Y otra, señalándoles el camino a Sebúlcor a la vez que blasfemaba y maldecía a los curas.

Ahora Pedro lo tiene cogido por la nuca y lo enfrenta al retrato de Catalina Núñez.

—¿Es ella? —pregunta entre dientes y repite—: ¿Es ella?

El herrero cae de rodillas y sus hombros se convulsionan por el llanto. El muchacho le propina una patada en el vientre y no sigue pateándolo porque el señor de la casa y algunos criados le detienen.

—¡Pedro, hijo, contente! ¿Qué ocurre? —pregunta don Alfonso escandalizado mientras le sujeta.

—¡Suélteme! —grita Pedro revolviéndose furioso—. ¡Cuando usted sepa lo que este asesino hizo, querrá matarlo con sus propias manos! ¿Es ella? ¡Diles a todos la verdad!

Marita se clava las uñas en las palmas de las manos y siente vergüenza y lástima por el herido. Su rostro es una amalgama de carne abultada entre violácea y negra, y presenta en el cuerpo montones de heridas y sangre reseca. De sus ojillos, cerrados por los golpes, no dejan de brotar lágrimas. Está a punto de ir en su socorro cuando el herrero comienza a gimotear.

—¡Sí, es ella! —dice—. ¡Lo siento, yo la maté! ¡Llevaba ropas de cadete y la maté por error! ¡Lo siento! ¡Empezaba la guerra y huían los traidores! ¡Me confundí! ¡Y luego no pude deshacer el embuste! ¡El cadete auténtico no volvió! ¡Anduve por la casa de los Álvarez de Santillana durante mucho tiempo y supe que lo daban por muerto! ¡Ella llevaba su chaqueta y le quité la bombeta con su nombre! ¡Sí, maté a la muchacha! ¡Pero no he tenido paz desde entonces!

—¡Era mi madre! ¡Acababa de darme a luz y tú me has privado de ella, asqueroso malnacido! ¡Soltadme, por favor! —Pedro se revuelve y consigue liberarse. Se gira y le entrega a don Alfonso el morral con el libro y la bolsita de joyas—. Vengo de ver su tumba en

el camino que va al Alcázar. ¡La enterró allí, como a un animal, sin darle siquiera sepultura! ¡Y le robó estas cosas!

Don Alfonso achica sus ojos como si quisiera escudriñar a alguien en la lejanía, busca apoyo entre quienes lo rodean para que no le dejen caer porque siente que desfallece.

Marita lo sostiene, pero la bendita oscuridad no llega.

Es real, no es un mal sueño.

Están diciendo que su hija murió y que ese hombre es el culpable.

Mira sin aliento al herrero que suplica por su vida, entiende la pregunta que hay en los ojos de su nieto y asiente: «¡Hazlo!». Pero no le salen las palabras, boquea y coge aire.

Necesita que las cosas que acaban de pasar tengan su poso de realidad para poder asumirlas y se queda recostado en el sillón sin saber cómo ha llegado hasta ahí, ni por qué tiene ese saco en el regazo.

Pedro se acerca al herrero con el punzón en la mano. Le empieza a arder el hombro herido. Otro dolor causado por el mismo hombre.

El condenado acepta cabizbajo su veredicto.

Don Alfonso intenta levantar una mano, trata de detener a Pedrito: «¡No, no lo hagas! ¡No te condenes tú también, hijo mío!». Pero su voz no sale. Es un espectador en una escena horrible y no tiene fuerzas para evitar otra tragedia. Pedro no lo mira, no quiere saber lo que hay tras el silencio de su abuelo.

Su puño queda en el aire antes de caer sobre la cabeza del condenado, pero en su descenso, el chico suelta el punzón y la herramienta rueda estrepitosamente por el suelo y rechina en los oídos de los presentes.

Lo dedos del chico se mantienen suspendidos como volutas de humo y se cierran sobre sí mismos antes de golpear por última vez al herrero y arrastrarlo fuera del salón. Lo arroja al pasillo como si de un fardo de estiércol se tratara.

—¡Te perdono la vida, sucio cobarde embustero! He visto a tus hijos y aunque serías mejor padre muerto, no seré yo quien les prive de ti. ¡Y no te vuelvas a cruzar en el camino de nadie de esta familia, porque no sé si seré capaz de volver a perdonarte la vida!

Don Alfonso prueba sus piernas.

Le responden.

Se levanta y cruza la sala.

Pone su mano sobre el hombro de Pedrito con los ojos enrojecidos por el esfuerzo de aguantar las lágrimas. Nota bajo los dedos la sangre caliente del nieto, un hombre digno que ha

perdonado.

Quisiera rogarle: «¡Enséñame a perdonar, hijo!». Pero solo acierta a hacer más notable la caricia y palmea con afecto la espalda del chico. Después se dirige a la vitrina en la que refulgen los recipientes de licor y observa los cristales bellamente labrados. Elige la botella de whisky y la pone bajo el brazo, con la otra mano sujeta el morral.

Se da la vuelta y abandona el salón muy despacio, arrastrando los pies.

Sale sin mirar a nadie, sin verse en los ojos de Marita, que lo siguen, que hubieran querido envolverlo y que se duelen por ser ignorados.

El hombre pasa cinco días encerrado en su alcoba.

Las bandejas se acumulan ante su puerta cerrada y la comida se pudre.

De cuando en cuando, pide que le suban más licor. Marita hace guardia las primeras noches y duerme apoyada en la puerta. Le ruega, de rato en rato, que le dé muestra de vida, hasta que se asegura de que el encierro es solo una larga borrachera.

Don Alfonso relee la carta y los versos sueltos en cada despertar. Sujeta las cuartillas en su regazo cuando se dobla por la fuerza de los sollozos tras leerla. Ese paso, del sueño al despertar, desencadena el mejor y peor momento de esos cinco días de embriaguez, del maravilloso instante de abrir los ojos a un nuevo día, al terrible momento de caer en la cuenta de que la nueva jornada amanece con Catalina enterrada en la vereda de un camino. Ha muerto sola su niña, quizá sufriendo al ver que se moría.

¿Cómo no pudo verlo en sus ojos? Vivieron bajo el mismo techo y él no supo, no pudo ver su desdicha. ¿Qué tipo de ceguera envuelve a un padre que no es capaz de entrever el dolor de un hijo?

Repasa con sus propios dedos la caligrafía emborronada, relee lo escrito, quiere comprender, quiere saberse perdonado y perdonar.

*Habría que ser un ave para estar aquí arriba,*
*y, sin embargo, solo soy un ser sin alas*
*que se asoma a los ríos y a los campos*
*desde estas torres afiladas de pizarra…*

Su niña le cuenta cómo conoció a Santos y cómo de extraordinario era su amor. En una cuartilla entera describe al buen muchacho y relata cuánto anhela que llegue el día en que puedan encontrarse junto al hijo que tendrán. En otra de las hojas le detalla sus propósitos, el largo viaje que los llevará a Cuba, y la vida próspera que le aguarda al lado de su esposo, que ya lo es, tras haber contraído unas nupcias muy austeras en los sótanos del Alcázar. ¡Hallaron la

manera de encontrarse, incluso en esa fortaleza inexpugnable, como si la providencia que guarda el amor les abriera sus puertas en uno de sus costados! El resto de la carta es una extensa petición de perdón que, a la vez, va perdonándolo a él:

*… otro padre no me hubiera hecho más dichosa, nací de una madre que no nos merecíamos ni usted ni yo. Nosotros, los dos, somos seres terrenales y ella, simplemente, se equivocó de mundo. El sitio de madre no era este. Ahora que late en mi vientre una nueva vida, comprendo su extrañeza y desazón por no saber querernos, y le entiendo a usted, padre, buscando amor, ese amor que yo tengo y por el que doy gracias a Dios. Que el Señor nos ampare a todos. Vivo feliz y sé que así de dichosa me encontrará, en tiempos lejanos, la muerte, con la única pena de no tenerle cerca. Me acordaré de usted cada momento y el día que me perdone será el más grato de mi vida. Mientras que ese día llega, yo le guardo en mi corazón como el mejor de los hombres y el mejor de los padres.*

*Su amantísima hija, Catalina Núñez,*
*señora de Álvarez de Santillana*

Cuando don Alfonso sale, Marita ya no está en la casa.

La mujer decidió regresar a su hogar en San Ildefonso, pero no duda en atender la invitación y acudir a la apertura oficial del nuevo curso en el Real Colegio de Artillería.

Don Alfonso ha dispuesto que más adelante, con la presencia de doña Rosario y de miembros de la otra familia, se oficiará en la catedral de Segovia un funeral por el alma de Catalina y Santos, una vez que los restos de la joven sean trasladados al cementerio del hospital de la Resurrección de Valladolid y reposen por toda la eternidad junto a los de su amado esposo.

Irene Álvarez de Santillana se santigua cuando el capellán militar abre la ceremonia y acaricia con ternura sus pendientes y el brazalete de oro y granates. Las joyas prestadas a su hermano le han sido devueltas y ahora las luce en honor a su sobrino, mientras toma del brazo a doña Esperanza, que acude, rodeada del resto de sus hijas y nietos.

La anciana revive el momento en el que años atrás dijo adiós a su único hijo varón en esa misma plazuela del Alcázar. Pronto, allá en la otra vida, se reunirá con Santos y da gracias a Dios todopoderoso por concederle aliento y llegar a ver a su joven nieto perpetuando el buen nombre de la familia en la gloriosa carrera militar.

—¡Aquí tienes, patria! —susurra la abuela con labios temblorosos—. ¡Otro hijo que te entrego a mayor gloria!

Pedro forma parte del brillante desfile. En las pocas jornadas que han pasado desde su ingreso en el colegio, ha debido aprender a marchas forzadas los pasos que tiene que dar en la exhibición y se esfuerza en no perder la concentración y seguir el ritmo del resto de caballeros alumnos, pero le cuesta.

Siente la boca seca y le importuna el peso desacostumbrado del sombrero de plumas blancas sobre su cabeza. Ya se ha habituado al uniforme de paño azul y al gorro, pero no le resulta cómodo el traje de gala que estrena.

Como es habitual en esa época del año, el verano que se despide ha dejado en su piel un brillo oscuro. El moreno de la cara y el cuerpo contrasta con las hebras pajizas que se abren en el cabello castaño, recogido pulcramente en una pequeña coleta. Ahora sabe que las motas verdosas de sus ojos lo asemejan a su padre, como la ancha nariz y la estatura. «Igual de alto y apuesto, pero más fornido», le repiten, una a una, sus tías. Cuando su abuelo enumera los parecidos más llamativos que guarda con su madre, señala como el primero de todos la capacidad de oscurecer su mirada a la mínima contrariedad. También destaca su idéntica forma de mirar, elevando la vista y ladeando la cabeza, y la sonrisa engañosa de los labios vueltos hacia arriba, que desde hace tiempo atrapan furtivos pestañeos entre las muchachas.

El padre Juan, a quien visita de cuando en cuando en su parroquia, le habla de esas cuestiones que se dan entre hombres y mujeres si el amor les ronda y disimula, secretamente complacido, cuando su conversación se corta en seco al entrar alguna joven en el templo y abstraer a Pedro, que solo es capaz de atender los contoneos femeninos y queda alelado por un rato.

El cura, solo unos años mayor que él, le ofrece la oración para acabar con la ira que aún guarda su alma y Pedro reza, de rodillas y ante el altar, o al borde del camino en el que yació su madre entre flores moradas y amapolas, o desde el balcón de su alcoba en la casa amarilla, o viendo las estrellas como hacía con Marita siendo niño. Reza y sueña, y se empieza a enamorar tras cada mantilla que ve pasar, y vuelve a rezar porque se le olvidó rezar imaginando los pechos, las caderas desnudas, los tobillos finos y, al fin, reza cada vez un poco menos a Dios y mucho a sus padres, que tal vez no se ofenderán tanto por los pecaminosos pensamientos que últimamente le acaloran en las madrugadas.

Pedro ha intentado evitarle al profesor Vallejo futuras frustraciones, pero el viejo maestro no ha cedido y se ha impuesto como su mentor. El chico lee, estudia, se aplica en todo, pero se siente sabedor de algo y lo quiere hacer constar: carece de las cualidades que hicieron de su padre un alumno sobresaliente. Cuenta sin embargo con el don de la perseverancia y afronta con enérgica ilusión los años venideros de disciplina y estudio.

No son muchos los cadetes. El Colegio arrastra los problemas de

la reestructuración de la hacienda pública, que gasta más de lo que ingresa y que se sustenta en un arcaico sistema productivo y comercial. El Colegio sufre retrasos en el inicio de los cursos, así como un descenso en el número de alumnos y profesores.

Dos estudiantes, escogidos entre los mejores de los oficiales de arma prestos a licenciarse, portan una corona de flores en homenaje a los soldados de todos los tiempos que murieron con honor. El nombre de Santos Álvarez de Santillana resalta entre las letras de bronce de la placa.

La grafía nueva, recién instalada, resplandece al sol mientras suenan los compases de una marcha militar.

Pedro mira al frente. Su gesto grave es el de un hombre que se sabe observado por todos. Tiene una familia, hay niños, ancianos, mujeres y hombres de bien en ella. De la otra rama familiar, brota un extraño tallo, no puede hablar de él, del Caballero Contrario, del que tanto se dice, pero presume de abuelo elegante y ya comparten sastre. Tensa la mandíbula para aparentar serenidad y ocultar la sonrisa que le cosquillea en los labios.

No hay un cadete más feliz.

Marita sonríe por él.

Por el hombre que será, por el muchacho al que acaba de dedicar otra noche entera bordándole en todas sus pertenencias el nombre y los apellidos que tanto le han costado. Se pregunta si el precio a pagar no ha sido demasiado alto y si tal vez no hubiera sido mejor para el chico vivir en la ignorancia, pero él lo quiso así y le mira llena de orgullo, pues ella conoce ese gesto de gozo que oculta Pedrito, pese al solemne momento y a la tragedia vivida por sus padres.

Pedro Álvarez de Santillana y Núñez se despidió de ella, la mujer que le crio, hundiendo la cabeza en su regazo y dejándose mesar la cabellera.

—La vida son las cosas que están por pasar, Marita, no las que ya ocurrieron. Todo lo que ya pasó, queda atrás.

—¿Qué me quieres decir, Pedrito?

—Que yo estoy dispuesto a mirar hacia delante, ahora que ya lo sé todo. Y creo que mi abuelo y usted quedan del lado de las cosas que están por pasar.

—No lo creo, hijo. En esas cosas no siempre mandamos. Cada cual ha de seguir su camino y el mío está en San Ildefonso.

—Creí que podríamos emparentar si usted y él…

Marita sonrió y no lo dejó acabar. Le resultaba embarazosa la conversación

—Tu abuelo es un hombre casado, y tú y yo ya somos parientes, Pedrito. Cualquier gota de sangre que salga de ti es tan mía que me dolería como si me la arrancasen del mismísimo corazón, y sé que tú sientes lo mismo. No hay un lazo más fuerte.

El chico la abrazó y volvió a hundirse en sus faldas.

—¡Vendré a comer a casa los domingos, así que hágame usted el favor de tener el puchero siempre lleno!

Y se fue. Y la casa que estaba pensada para dos volvió a quedar vacía y Marita se esforzó en llenarla, cubriendo con rapidez los espacios, para que la soledad, hábil como la maleza, no los fuera ocupando.

De vuelta al desfile, Marita observa los pasos al frente, piensa en las cosas que están por pasar y mira de reojo a don Alfonso. El hombre sigue fijamente a Pedro y solo aparta la vista del nieto para contemplar, de vez en cuando, el cielo.

En la cómoda de San Ildefonso, quedan los vestidos recién hechos, los puños y cuellos que bordó mientras esperaba, siendo otra, hasta que se hartó de esperar. Un día más y perdería el entusiasmo, como pasó a la muerte de Philippe, cuando las sombras se hicieron con ella y la dejaron sin ánimo. No puedo obligarle a que me quiera. Si él, don Alfonso, desea seguir siendo uno, ¿quién soy yo para imponerme? ¡Solo puedo mandar en mi voluntad! ¡Pues sea!

Un poco de viento arremolina la basquiña en las piernas de Marita y suelta algunos cabellos entrecanos de su redecilla negra. Ese mismo viento hace mover la corona floreada que apoyan junto a la lápida. En ella se inscriben nombres y fechas que glorifican las batallas. «En todas, corrió generosa y fecunda la sangre de los artilleros».

La ciencia vence.

# Epílogo
## *Abril de 1823*

*Quince años después Francia vuelve a invadir España.*

*Las tropas francesas atraviesan la frontera para dar apoyo a Fernando VII, deponer al gobierno liberal y restablecer el absolutismo, según disponían los acuerdos de la Santa Alianza, formada por Rusia, Austria, Prusia, Francia e Inglaterra. Estas potencias, que velaban por el absolutismo en Europa y luchaban contra la aparición de corrientes liberales o revolucionarias, enviaron notas diplomáticas por separado al gobierno de España, urgiendo al gabinete a dar marcha atrás en sus medidas más transformadoras y a obedecer a Fernando VII.*

*El monarca español había solicitado la intervención de su primo, Luis XVIII, rey de Francia, y el 7 abril de 1823 el ejército francés, encabezado por el duque de Angulema y reforzado por las guerrillas realistas, cruza los Pirineos bajo el nombre de los Cien Mil Hijos de San Luis. Y esta vez, sin encontrar resistencia popular somete al país para entregárselo a Fernando VII.*

La consigna era que no se le infringiera al muchacho ningún tipo de daño más allá del absolutamente necesario, pues constaba que el chico era fuerte y fiero, y se revolvería. Por eso fueron a por él cuatro fornidos combatientes, cuya sobrada destreza habían probado a fuego en sus años de milicia.

Pedro dormía boca abajo y despertó de forma abrupta cuando sintió que le ataban las manos a la espalda. De su boca hubiera salido una sonora maldición si no hubieran estado sus labios sellados por un trapo que los amordazaba. Y no se hubiera conformado con lanzar al aire solo un par de furiosas patadas si sus atacantes no se hubieran dado tanta prisa y maña en inmovilizar sus piernas con unas maromas de esparto, que traspasaban su ropa de dormir y se le clavaban en sus espinillas igual que agujas de pino.

Sin ruido, con gran diligencia y recogiendo todas y cada una de las posesiones del chico, los cuatro hombres se llevaron a Pedro del dormitorio compartido por los cadetes de primer año, y dejaron atrás al resto de durmientes. Ignoraban todos, bajo la luz de una luna llena y luminosa, que el primer sol de la mañana descubriría que uno de ellos faltaba.

Cruzaron el patio, y pisaron con cuidado las losetas mojadas por la lluvia reciente. Llevaban a Pedro a cuestas, envuelto en una alfombra que dejaba bien amarradas sus extremidades, aunque el chico se resistiese revolviéndose como un pez moribundo en tierra, y se adentraron en los sótanos a oscuras, lejos de la vista de los centinelas, para salir del Alcázar por el mismo sitio por el que habían entrado. Eso implicaba bajar por las galerías hasta el risco y salvar con gran cautela el peligroso descenso.

Ahí es donde el joven se lo puso verdaderamente difícil.

Pedro cabeceaba, se retorcía cada vez con mayor virulencia y convertía su cuerpo en un resbaladizo bulto que arriesgaba las vidas de todos. Un paso en falso en una de sus arremetidas y caerían pendiente abajo, perdiéndose para siempre en la negrura de la noche.

Uno de los hombres habló a la parte por la que asomaban sus cabellos castaños.

—¡Mira, chico, no tenemos permitido hablarte, pero si sigues así nos despeñaremos todos! —dijo.

Y parecía que eso era justo lo que buscaba Pedro, pues tras oír esas palabras se encorvó para coger fuerzas y luego se estiró. Daba bandazos tan violentos que sus asaltantes tuvieron que parar y dejarlo en el suelo húmedo, entre unas rocas que lo parapetaban, hasta que cayó agotado y pudieron seguir bajando.

En la carreta se despertó, estiró la cabeza por encima del borde de la alfombra y pudo ver a los hombres que lo custodiaban. Distinguió tres bultos, aunque había contado uno más, así que dedujo que el otro llevaba las riendas. Faltaba para el amanecer. Las estrellas que vislumbraba a través de la rendija trasera de la capota presumían de libertad y plenitud allá arriba. Almas vagando por el firmamento. Pero ¿había alguien que lo escuchara a él? ¿Padre? ¿Madre?

Cerró los ojos, lamentó no poder tocar la medallita que siempre llevaba al cuello y comenzó a trazar un plan de evasión. Él era el cadete Pedro Álvarez de Santillana y Núñez. Se repetía a sí mismo su nombre una y otra vez, como en los primeros días. Entonces para acostumbrarse y ahora para darse valor. ¡Soy el cadete Pedro Álvarez de Santillana y Núñez, no podrán conmigo!

Se detuvieron en un refugio de pastores, blanco de cal y solitario. Posaron la alfombra en el suelo, el rollo se deshizo y Pedro quedó liberado. Soltaron sus tobillos para permitirle ponerse en pie y, mientras aliviaba sus necesidades entre excrementos de ovejas, sus secuestradores le apuntaron, dos de ellos con pistolas de dos cañones y los otros dos con sendas bayonetas.

Después, le obligaron a tomar varias cucharadas de gachas, y le bajaron y subieron la mordaza, mientras le daban agua, aun a riesgo de ser mordidos e insultados, pues en cuanto sentía sus dientes libres, Pedro lanzaba bocados el aire con juramentos, y se acordaba, para mal, de las madres de todos los bandoleros malnacidos, especialmente de los que habían osado atacarle y llevárselo del Colegio en plena noche, solo Dios sabe a qué sitio, y solo Dios sabe a qué precio.

El viaje continuó sin que el muchacho encontrara la forma de escaparse.

Los cuatro hombres no le dirigían la palabra; no contestaban a sus preguntas, ni respondían a sus insultos y amenazas; y hacían que no oían cuando les vaticinaba una muerte espantosa en la horca por secuestradores y ladrones. Si lo que buscaban eran los dineros de su abuelo, iban listos.

—Él no os dará nada —les advirtió Pedro—. Es el más ingenioso de los hombres y se las arreglará para machacaros. ¡Uno a uno!

Las paradas se repitieron en cambiantes paisajes de majadas deshabitadas, con la misma sucesión de bocas de cañón apuntándole, gachas lechosas resbalando por su barbilla e infinidad de improperios lanzados en cuanto su lengua se separaba del trapo que la aprisionaba. No se detenían mucho tiempo en las cabañas ni en los corrales vacíos de gente y ganado.

Nunca había nadie que pudiera oírle o verlo.

Nunca sintió tanto silencio alrededor en medio de tanto ruido. La respiración de los caballos acompasada con el traqueteo de la carreta, sus propias exhalaciones alteradas por la mordaza, los latidos de su corazón punzándole la garganta, el aire primaveral que hacía bailar las hojas, los pájaros que iban y venían entre las ramas, los páramos en los que todo se callaba, como si los sonidos le pertenecieran completamente a las montañas. Y luego al fin la sierra, los murmullos del agua bajando a su encuentro, ruedas de madera que cruzaban arroyos, lluvia que cantaba, ruedas de carreta que se embarraban, hombres fuertes que hacían palanca y las empujaban de nuevo al camino, maldiciones silenciosas y atragantadas. Y por encima del ruido, el eco de sus rezos recién aprendidos.

Llegaron a Cádiz trece días después.

Para describir aquel olor, nunca sentido con tal crudeza, el chico rememora algunos momentos de la infancia, de aquellas mañanas ardientes pescando en el Eresma, cuando hundía los tobillos en las arenas enfangadas y las piedras de río, y llenaba la cesta de truchas que, si se dejan olvidadas, se pudren y apestan.

La carreta pasa varias horas varada en el puerto. Pedro atisba el cielo azul violentado por el vuelo de unas aves extrañas de picos muy largos. Siente una humedad que le traspasa y que afloja las cuerdas que le atan. Sus muñecas pueden girar y bailan en su espalda, pero el resto de su cuerpo sigue preso, enrollado en una alfombra que le cubre hasta las orejas. Sus músculos dolientes acusan la inmovilidad. Hace fuerza y las aletas de su nariz vuelven a vibrar con aire salino. El aroma del pescado podrido le produce una arcada y, aunque ha perdido la noción de los días de viaje que lleva pasados, repara de pronto en lo lejos que está de casa.

Por primera vez en todas las jornadas de cautiverio siente miedo.

Ha llegado al mar.

Marita y don Alfonso se asoman desde la borda de estribor de un bergantín y observan con cierta aprensión cómo se carga en la bodega del barco la última remesa de mercancías. Ha sido necesario esperar hasta más allá del mediodía para que el sol de primavera despejara al gentío del muelle.

La mujer está en absoluto descuerdo con la manera en la que se ha procedido y aprieta los codos sobre el candelero.

El hombre está pálido, su cuerpo se bambolea sobre la infinidad del mar y su estómago brama. Creía haber pasado lo peor tras los meses de trámites para conseguir las licencias en el Consejo de las Indias, dejar cumplidos los requerimientos del Despacho de Gobernación de Ultramar y satisfechas las demandas del Despacho Universal de las Indias. Ahora le parece algo perverso sentir este agudo malestar, sin ni siquiera haber salido del puerto y después de haberse enfrentado con valor al terror irracional que le produce navegar.

Empezó a escribir a Marita desde el primer día que ella faltó de su casa, pero las cartas se quedaban amontonadas en el escritorio. Una mañana, una corriente de aire que parecía venir de muy lejos, las esparció por la habitación. Recogiéndolas, don Alfonso se dio cuenta de que reunían pedazos de su alma y dedicó varias horas a observar los coletazos de viento que las hacían volar por la estancia, como alas rasgadas con sus nombres.

Las palabras tenían una destinataria, así estaba escrito y debían ser enviadas.

Pero antes que las cartas, a casa de Marita fueron llegando las rosas. Una al día.

Y poco después, delicados sobres en tonos crema y con tacto sedoso, llenos de frases difíciles y hermosas.

El hombre que la estaba cortejando llamó a su puerta de San Ildefonso en febrero, poco después de que Luis XVIII de Francia pronunciara un discurso en el que daba como posible que un ejército formado por cien mil soldados entrara en España para ayudar a un descendiente de Enrique IV a recuperar el trono absolutista.

Don Alfonso explicó a Marita sus intenciones y ella no estuvo de acuerdo.

El hombre se sentó en el banco de piedra, miró los encinares recortarse en el cielo plomizo del invierno y le insistió.

—Mujer, tal vez llego tarde a su vida —le dijo—. Y quizá

rechace a un hombre que ni siquiera le puede proponer un matrimonio en esta tierra, pero tenga por bien saber que es la primera y la única de las mujeres que he querido a la que de verdad amo, si debemos llamar amor a lo que hace trotar mi corazón cuando la veo, cuando miro sus preciosos ojos azules o cuando simplemente me roza su piel. Y si debo decir amor al no encontrar otra palabra más grande para llamar a esto que me ha salvado. Usted me ha salvado. Le salvaré de cualquier cosa, como hizo conmigo. Le protegeré de la lluvía y los precipicios, nada tendrá que temer a mi lado. Estar a su lado hace la vida más grata. —Y añadió—: Yo sin usted no doy un paso.

Marita retuvo esas palabras en sus oídos más rato del acostumbrado. Eran probablemente las más bellas que le habían dicho jamás. Por eso dejó que revolotearan en su cabeza como chispeantes mariposas. ¡Era tan placentero sentirse así! Recordó aquel día ante el precipicio del foso del Alcázar. Abajo, el abismo; y a su lado, él sosteniéndola. Las preguntas se sucedían en su conciencia: «¿Es eso el amor? ¿Me busca como sostén? ¿Qué sucederá cuando se le pase la pena? Dice que no dará un paso sin mí, pero yo sin él podría despeñarme».

Marita se figuró cayendo hacia las sombras y alejó las mariposas.

—Usted toma a su voluntad cuanto tiene alrededor, como el Bonaparte ese al que tanto confiesa admirar —trató de explicarse Marita—. Yo no niego que usted me agrada… Mucho. Pero prefiero esta vida. Me gusta salir aquí y sentarme a ver las estrellas, y puedo vivir de mis labores. Pedrito es casi un hombre, se labra el futuro que deseaba y les tiene a ustedes. Yo debo asumir otro papel, prefiero esta vida tranquila, y además, usted no es libre.

—Napoleón murió solo y desterrado —respondió don Alfonso—. Yo elogio de él que nunca sirviera a nadie con entera lealtad, pues ese fue también mi camino, pero se lo acabo de decir: yo no doy un paso sin usted. No soy libre, es cierto, pero vengo a darle todo lo que soy. He encontrado una forma de poder vivir una vida a su lado. Y de honrarla. Por encima de cualquier cosa, le prometo entusiasmo, nunca lo perderá a mi lado. Usted me ha visto destrozado, ha visto lo peor de mí. Si aun así le agrado… No le oculto que habrá días malos, pero serán más abundantes los buenos. Y le prometo que esos días buenos serán maravillosos. Le estoy ofreciendo lo que nunca le di a nadie: ¡mi lealtad! ¡Para usted y para el chico!

Otra nubecilla de mariposas vino hacia ella. Marita ladeó la cabeza varias veces para esquivarlas y hacerlas marchar, porque cuando miraba al hombre, le costaba mantener las manos quietas y no lanzarse a sus brazos. Pensó en los trajes nuevos que se hizo, en los

peinados que jamás pudo acabar, con sus brazos y su alma doloridos por no alcanzar a ser mejor mujer para él incapaz de decepcionarle.

—Don Alfonso, usted tuvo su tiempo para pensar en todo esto. Deje que encuentre mi respuesta. Entre el invierno y el verano, siempre hay primaveras…

El ambiente es más veraniego que primaveral cuando los hombres acarrean las botijas de aceite; el centenar de estuches de loza vasta; los cajones de jabón; los sacos de garbanzos, pimienta, almendras y nueces; las velas de sebo y las alfombras de lana que forman parte del último cargamento que entra en la embarcación. El resto lo ocupan toneles con las últimas cosechas que dieron los campos del Duero siendo aún suyos y la más reciente producción lanar de las tierras de pastoreo que don Alfonso vendió a sus socios de la Mesta antes de partir. El hombre se fija con emoción en el bulto fino y cuadrado, de grandes dimensiones, celosamente empaquetado que fue el primero en cargarse. Es el retrato de Catalina, en Segovia lo contempla a diario, pues teme que el paso del tiempo desdibuje su recuerdo. Desea llegar de inmediato a su destino, quitarle el precinto y perderse en la mirada de su hija en sus ratos a solas, que los habrá, aunque parte rodeado de sus posesiones más preciadas y de la mejor compañía.

El barco está listo para zarpar.

Semanas atrás, don Alfonso subió la cuesta de la casa de Marita galopando. A la mujer le pareció extraño y a la vez arrebatador verlo cabalgar con los ojos puestos en ella. Otra señal de que su visita no era de las acostumbradas fue que desmontó de un salto y la besó sin decir una palabra. Después comenzó a dirigirle un torrente de palabras que terminaron en una orden.

—¡Recoja todas sus cosas porque hemos de partir de inmediato! —dijo.

—Repítamelo todo más despacio, por favor —le pidió ella con los brazos en jarra y un mohín en los labios.

—¡Están en la frontera, en los Pirineos! El ejército de la Santa Alianza está ordenado en cinco columnas, con voluntarios españoles y el duque de Angulema al frente. Dicen que la gente vitorea el paso de los Cien Mil Hijos de San Luis, así que esta vez la invasión va a ser un paseo militar. Lo llaman el Ejército Apostólico y lo impulsa ese maldito rey Fernando, que sabe que la calle no opondrá resistencia, pues tiene consigo al clero y al pueblo llano. Tendré que despachar noche y día con mi administrador y darle urgencia a lo planeado, pues mi cabeza corre peligro. ¡Y la suya, si me apura! Aquellos que no se arrodillen ante el soberano serán perseguidos.

—¡Yo no he andado nunca en política! ¡Y usted siempre ha

sabido vadear entre dos ríos! ¿Por qué tanto temor? ¡Ya los echamos una vez! ¡Volveremos a hacerlo!

—¡No, Marita! Luego se lo explicaré, durante el largo camino. El pueblo no es el mismo de hace quince años y esta vez el enemigo es otro. Francia y los reinos absolutistas están con Fernando y vienen a por los liberales. No quieren ciudadanos, solo quieren súbditos y, como antaño, España dormirá en el más exagerado y tenebroso reinado absolutista ¡No deseo quedarme a verlo! Solo hay un posible camino de huida y como sabe, llevo tiempo preparándolo. Ya le confesé que arrastro dificultades, no es que me hayan empobrecido del todo las malas cosechas y el olor a guerra, pero las sacas de dinero ya no salen de mi casa, ni tan a menudo ni tan llenas, hacia Palacio o las Cortes, y unos y otros me ven en el bando contrario. ¡Se acabó jugar a caballeros, hemos de ponernos a salvo! Usted dijo que en la vida algunas veces hay que tomar partido. Bien, ¡yo lo tomo! ¡Tomo partido por usted! Sé que para el chico la patria es importante y estoy dispuesto a ayudar a los que dejamos aquí. Si me lo piden, haré ondear la bandera de España allá donde esté mi casa. ¡Pero le suplico que venga conmigo!

—¿Y su esposa? —preguntó Marita recordando a la mujer ataviada con una túnica de sarga gris que rezaba con dramatismo durante las exequias celebradas en la Catedral por las almas de Catalina y Santos.

—En el funeral de mi hija, Rosario y yo convinimos que esa sería la última vez que nos veríamos. Ella hace tiempo que se entregó a Dios, y nadie me ha de cuestionar a mí que yo elija pasar mi vida con usted, Marita, pues usted es dueña de mí. En el destino que nos aguarda, usted será mi señora.

Tras decir esto, hincó la rodilla al suelo y entregó a la mujer la cajita de marfil que tan bien conocía. Dentro, relucía al sol un anillo de oro.

—Esta alianza siempre será suya, jamás la perderá —aseguró don Alfonso.

Marita imaginó el zumbido de cientos de mariposas atolondradas. Estaban en sus tripas, las podía sentir y si habían llegado ahí, no había vuelta atrás. Se llevaría las estrellas, no vio posible acarrear con el canto de la puerta, pero ya encontraría otra piedra de granito en la que sentarse a ver la noche cuando necesitara el sosiego que el hombre la haría perder. No se veía sin él, no quería una vida en la que don Alfonso no estuviera. Y él insistía en que la querría por siempre así, con el corpiño desabrochado y los mechones escapando de la redecilla, y repetía que el desencanto no era propio

de estas edades, pues la vejez no conoce la desilusión.

Dejó que le pusiera el anillo con manos temblorosas.

—¿Y Pedrito? ¡Ahora es un cadete! No querrá abandonar las clases y no podemos dejarlo aquí.

—Ya lo he mandado llamar, no quiero a mi nieto en el penoso vagabundear que le esperará al Colegio de Artillería, de aquí para allá otra vez si el Alcázar vuelve a caer. ¡No se preocupe, se reunirá con nosotros y partiremos juntos hacia la Nueva España! ¡Ya me he ocupado de eso, de cómo sacarlo de la fortaleza y la guardia no le detendrá!

En el bergantín los hombres se turnan para desatar al muchacho.

—Será como soltar a un toro bravo —dice el que va cortando las correas.

—¡Chico, no la tomes con nosotros! —exclama otro, apartándose.

Con sus propias manos liberadas, Pedro se arranca la mordaza. Siente la boca seca y áspera. Apenas logra sostenerse, pero les amenaza con las piernas abiertas, mostrando los puños, pensando en por cual empezar, mientras se concentra en la quimera de mantenerse en pie.

—¿Con quién la he de tomar entonces, pedazo de rastacueros? ¿Quién ha mandado hacerme esta fechoría? ¡Os voy a matar a todos, puercos inservibles!

—¡Detente, hijo, detente! ¡Yo te mandé traer! Y siento haberlo hecho así, pero no hubieras aceptado venir por las buenas, lo sé. Marita también está enojada conmigo por haberte hecho viajar de esta manera, pero me lo perdonaréis con el tiempo…

Pedro se queda boquiabierto, pero mantiene los puños en alto con los nudillos blancos.

—¡Abuelo!

—¡Marita, puede usted pasar! —vocifera don Alfonso—. ¡Parece calmado!

La mujer entra y, con una señal de su cabeza, don Alfonso echa a los hombres del camarote.

—¡Marita! —susurra Pedro incrédulo, mientras busca apoyo en cualquier mueble.

—Yo no sabía las formas que emplearía este abuelo tuyo para subirte al barco, hijo mío, ¿estás bien?

Pedro los mira de uno en uno, tratando de comprender.

—Es un bergantín fabuloso, el mejor que encontré para el viaje —aclara don Alfonso.

—¿Qué viaje? ¿A dónde me lleváis?

Marita se adelanta. Camina ligera. No la marean las aguas ondulantes bajo sus pies y siente que sus piernas flotan envueltas en la suave falda de una sola capa, sin basquiña ni enaguas; el talle liberado también, sin corpiño ni corsé; y los cabellos largos y revueltos cayendo por la espalda.

—Hemos puesto rumbo a la isla de Cuba, hijo, hacia nuestra nueva casa en La Habana. Al fin y al cabo, ese hubiera sido tu destino si tus padres vivieran. En la Nueva España ya estaban parte de los ahorros de tu abuelo y si es cierto lo que escribió tu madre, allí el cielo jamás se ensombrece, no como en la querida tierra que dejamos atrás. En nuestro país no saldrá el sol en mucho tiempo. Las tropas francesas han acudido en auxilio de Fernando y nadie las podrá parar. Le coronarán como rey absoluto, aun siendo un patán ignorante, y el pueblo sufrirá. ¡Pero no temas! —Mira a don Alfonso buscando su aprobación y él asiente—. Nos ocuparemos de ellos, aun desde tan lejos.

—¡No! —niega Pedro gritando—. ¡Yo no voy a ningún sitio! ¡Devuélveme al Colegio, soy un cadete! ¡Debo luchar por mi patria! ¡No pueden hacerme esto! ¡Quiero volver!

El chico se aleja, abre la puerta, sube las escaleras y sale a cubierta. Ve la inmensidad azulada que lo rodea. Las velas blancas se izan, hinchadas por el viento de poniente.

Marita y don Alfonso le siguen.

—Nuestro bergantín ha zarpado ya. No puedes volver. Nos hemos alejado de la costa. No sabes nadar y te ahogarías, por eso esperamos tanto para liberarte. Sé que le tienes miedo al agua, igual que yo. Si no, te arrojarías por la borda porque eres tan pasional e indómito como tu madre. Juré que velaría por ti cuando al fin pude poner unas flores ante su tumba. —Don Alfonso, mareado, se sujeta a Marita y añade con emoción—: No puedo consentir que algo te suceda a ti también. Comprendo tu enojo, pero tenemos semanas de travesía por delante para tratar de calmarlo.

Pedro se aleja. En su camino se cruzan varias sogas amontonadas, patea las cuerdas y luego busca algo en la popa que arrojar al mar. Gira sobre sus talones, las tablas del suelo parecen recién lavadas, no hay guijarros, ni hierbajos, ni una rama suelta. No encuentra nada abandonado que lanzarle al océano. Posa sus palmas sobre el candelero, siente la brisa, la camisa sucia se despega de su cuerpo y asoma en su pecho la cadenita. La saca y la hace bailar entre sus dedos. Besa la medalla rectangular y se queda allí, mirando fijamente el horizonte, entre rezos y juramentos, hasta que se desdibujan, en la lejanía, las costas de Cádiz.

—Parece muy disgustado —dice don Alfonso a sus espaldas.

—Ya se le pasará… —responde Marita—. ¡La verdad, no contábamos con esto!

# Colofón

*El 31 de agosto de 1823 tuvo lugar en la provincia de Cádiz la batalla de Trocadero, que puso fin al Trienio Liberal. Las tropas francesas llegaron a Cádiz para liberar al rey, que por orden del gobierno aguardaba en el sur.*

*La irrupción de los Cien Mil Hijos de San Luis acabó con el gobierno liberal y la Constitución, y dio inicio a la etapa absolutista del reinado de Fernando VII, que se alargaría durante una década. La muerte del monarca en 1833, designando como heredera al trono a la futura reina Isabel, desencadenó las guerras carlistas que asolaron interrumpidamente el país hasta 1876.*

*En 1898 la isla de Cuba se independizó del Reino de España. Fue, junto a Puerto Rico y Filipinas, la última colonia en desgajarse del antiguo imperio, poniendo fin a cuatrocientos años de dominio.*

*El 22 de abril de 1823, acosado por la nueva invasión, el Colegio partió precipitadamente hacia Badajoz. Meses después, el 27 de septiembre, se ordenó el regreso de los cadetes a sus casas hasta nueva orden y la extinción del Colegio. El 20 de diciembre de 1824, se aprobó el Reglamento para el Colegio General Militar, que formaría a alumnos de infantería, caballería y artillería, y como ubicación se eligió el Alcázar de Segovia. El Colegio General Militar permaneció allí desde junio de 1825 hasta el 4 de agosto de 1837, tras rendirse al ataque de las tropas carlistas.*

*El Colegio de Artillería, como tal, se volvió a organizar en 1830, en Alcalá de Henares, para finalmente regresar al Alcázar en 1839, en donde se ubicó hasta el incendio del 6 de marzo de 1862. Ese mismo día se trasladó al que continúa siendo su emplazamiento hoy: el antiguo convento de San Francisco de Segovia.*

# Agradecimientos

Hasta que empecé esta novela, mi vínculo con Segovia lo trenzaban la cercanía con Ávila —la tierra natal de mi familia materna—, un curso en la antigua universidad SEK y un par de paseos turísticos por el Alcázar. En una de esas visitas me entretuve de más en el Museo de Artillería y cuando salí de allí llevaba un principio de historia en la cabeza.

Al poco de empezar a documentarme, di con la valiosa ayuda del coronel Diego Quirós Montero, doctor en Historia y, en aquel entonces, director del Archivo General Militar de Segovia; el coronel es autor de numerosas publicaciones relacionadas con la historia del Real Colegio de Artillería de Segovia y, tras varios años de correos y consultas, no encuentro suficientes palabras de agradecimiento que dedicarle. Él me recordó en uno de sus escritos que, «la investigación es una actividad "viva" de modo que lo que hoy creías que era blanco mañana es negro». ¡Cuánto agradezco que le quitara importancia a los colores!

Los personajes principales de este libro solo existen en sus páginas, pero los escenarios, algunas figuras —como el mariscal de campo Cevallos o el capitán Velarde— y los hechos históricos en los que transcurren sus vidas son una realidad, por eso quiero agradecer al Patronato del Alcázar aquel recorrido excepcional que me permitieron hacer fuera del circuito habitual.

Cualquier inexactitud o error en los datos y momentos que recojo en el libro es fallo mío. El convento de San Agustín, hoy en ruinas, en realidad era de frailes, lo cambié por conveniencia, pero tengo que agradecer a muchos —muchísimos— autores su generosidad al publicar y compartir sus tesis y trabajos, y facilitarme así un dibujo muy real de determinados espacios y ambientes hace doscientos años. Personalizo mi agradecimiento a todos ellos, citando a María Dolores Herrero Fernández-Quesada, vicedecana de Investigación y Doctorado, profesora titular del Departamento de Historia Moderna y de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid. Sus trabajos especializados en historia militar y, sobre todo, los dedicados al Real Colegio de Artillería de Segovia durante la Guerra de la Independencia, han sido más que una guía para mí, han sido una inspiración constante. Ella me puso sobre la pista de las memorias del general Tomás de Iriarte, un argentino que en la época de la invasión francesa fue cadete en el Colegio y llevó un diario sobre su estancia, sin imaginar que dejaba para la posteridad un documento extraordinario.

Tengo que dar las gracias a mi amigo, Ángel Martínez de Lara, docente e investigador de lengua y literatura en la Universidad Técnica Particular de Loja, que una vez más hizo una excepción conmigo y le dio un repaso a este manuscrito, tan lejos de sus habituales lecturas cervantinas.

No puedo estar más agradecida a Berenice Galaz y a La Esfera de los Libros. ¡Qué alegría encontrarnos en este mágico camino de ida y vuelta que, para empezar, desafía los más de nueve mil kilómetros que nos separan!

Mi gratitud, también, por algo que nos une a todas; a las chicas de la familia, a mis amigas, a mis compañeras. Mi gratitud a esas mujeres que, ayer, hoy y siempre, lucharon por ser libres de sentir el viento en sus piernas y en su pelo.

Y por último, gracias a mi gente. Este libro es un proyecto personal que necesitaba tiempo y dedicación. Tengo la suerte de haber formado una familia aventurera. Las etapas que vivimos fuera de casa, antes en Turquía y ahora en China, me permitieron ese lapso necesario para escribir sin estar sujeta a las obligaciones del día a día. Soy una malabarista del tiempo, pero Carlos y mis niñas son la red cuando me subo al trapecio. Y este estaba muy alto.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Ana María Cadenas Martín, 2023
© La Esfera de los Libros, S.L., 2023
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023
ISBN: 978-84-1384-594-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.